Valores, espiritualidad y conciencia



colección anima mundi

Juventina Salgado Román

Universidad Autónoma de Guerrero

Unidad Académica de Filosofía y Letras

Cuerpo Académico "Humanismo y Sustentabilidad"

colección anima mundi

Primera edición: julio de 2010

Imagen de la portada: Yahir Mayo Marín y José Juan Alvarado Olvera

ISBN: 978-607-7519-82-9

© Juventina Salgado Román

© Universidad Autónoma de Guerrero

© Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V.
Av. México-Coyoacán núm. 421
Col. Xoco, Deleg. Benito Juárez
México, D.F., C.P. 03330
Tel.: 56 04 12 04, 56 88 91 12
administracion@edicioneseon.com
www.edicioneseon.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Índice

Prólogo
Filosofía Perenne: Return to the Source
Gabriel Ponti 9
Introducción 29

Capítulo 1
Perspectiva teórica: valores, espiritualidad y conciencia 37
1.1 Valores 37
1.2 Espiritualidad 46
1.3 Conciencia 56
1.4 Valores con sustento en espiritualidad y conciencia de ser 63

Capítulo 2
Pensamiento contemporáneo: de lo fragmentado a lo integrado 79
2.1 Antecedentes 79
2.2 Hacia una nueva visión 90
2.3 Reconciliación entre misticismo oriental y física moderna 101

Capítulo 3
Paradigma emergente: valores, espiritualidad y conciencia 111
3.1 Fundamentos de los valores actuales 112
3.2 Crisis de percepción y valores 115
3.3 De visión a conciencia 122
3.4 Necesidad de reintegrar ciencia, espiritualidad y conciencia 124
3.5 Espiritualidad y conciencia en la física moderna 127

Capítulo 4
Ciencia, espiritualidad y conciencia en el pensamiento de Ken Wilber 143
4.1 El divorcio entre ciencia y conciencia 143
4.2 Reduccionismo científico *vs.* pluralismo epistemológico 146
4.3 Disociación y valores 149
4.4 Intentos fallidos de integración 154
4.5 Visión integral que trasciende e incluye 159

Capítulo 5
Espiritualidad y conciencia: su evolución y los valores 165
5.1 Espiritualidad y conciencia: estado actual y sus desafíos 165
5.2 Los valores, según el nivel de conciencia 174
5.3 Conciencia e identidad 185
5.4 Conciencia de unidad y valores 191
5.5 La experiencia trascendente de totalidad 196
5.6 Espíritu y conciencia de ser: trascendencia de valores 200

Conclusiones 215

Bibliografía 219

Prólogo

Filosofía Perenne: *Return to the Source*

Gabriel Ponti*

La Filosofía Perenne siempre necesita ejemplos, ilustraciones y obras de arte para lograr el despertar del sueño de la realidad, ya que cuanto más vivas y sustanciales sean esas producciones más eficazmente se hace entender en la vida cotidiana. Al intentar ser consciente de la Verdad, de la inexistencia del objeto deseado, la Filosofía Perenne es una temática muy abstracta que no es fácilmente dramatizada en una presentación artístico-filosófica, por lo que resulta sumamente interesante cuando una obra lo consigue como es el caso del arte perenne que introduce tantos elementos filosóficamente interesantes en sus obras. Es altamente singular que una Obra haga al sujeto partícipe de esa corriente existencial, siendo extremadamente estética y a su vez refinadamente entretenida. Precisamente, es la extensa y potente aventura del Ser la que lo logra plena y espléndidamente.

A la Filosofía Perenne le interesa traspasar la falsedad y superficialidad del discurso imperante en la sociedad y cultura postmoderna, planteando temas filosóficos que golpean al sujeto en su rostro imaginario. Al actualizar las analogías filosóficas clásicas, como la *Alegoría de la Caverna* de Platón y la historia del *Gran embaucador* de Descartes, la Vía de la Filosofía Perenne consigue redefinir ciertos problemas filosóficos

* Analista, Filósofo y Maestro Budista. Director de Maitreya, Institución Analítica y Filosófica.

existenciales ante un público muy amplio. Cada personaje y cada símbolo de todo su arte son como un hipertexto y una metáfora de la realidad en la filosofía, la ciencia, la física, la biología, y la espiritualidad perenne. Es un despertar, una manera nueva de percibir la realidad, de estar-en-el-mundo y de vincularse con la autoridad, mediante la fe-en-el-Propósito-inconsciente, única creencia que no requiere que todo el mundo la comparta. El arte perenne es como un experimento de pensamiento que ayuda a los sujetos a pensar meditativamente en temas que serán importantes en el futuro. El mundo descrito en el arte perenne, lo Real, lleva al sujeto a experimentar la visión de la metafísica radical de cómo tendrían que ser las cosas. No sólo se trata de una obra de arte, sino también de la construcción de un mensaje profundo, un saber muy profético y progresista que, sin embargo, es entretenido, divertido, perturbador y, en definitiva, todo lo que el arte debería ser.

El sujeto sufriente que se cuestiona su vida, iniciando un análisis meditativo del existir, sabe algo que no puede explicar pero que lo ha sentido a lo largo de toda su existencia: la realidad tiene una falla. Si la verdad es definida ambigua y ampliamente como *la verdad es el caso*, surge el problema del método, es decir, el modo en cómo se va a descubrir la cuestión. Tradicionalmente, uno de los métodos clásicos es el de la revelación, en el que una dimensión divina comunica al sujeto una respuesta acerca de cuál es la verdad. Pero existe otro método relacionado con la filosofía y la ciencia, que la Filosofía Perenne denomina *razonamiento crítico meditativo*, cuya idea central es que el sujeto deduzca qué es lo Real por medio de su intuición y práctica espiritual. Al aplicar la ciencia, la ética y el arte, la Filosofía Perenne se retira del imperante discurso social y académico para actuar como coordinador de las profundas cuestiones metafísicas del Ser-en-el-mundo. Y es que el sujeto ordinario tiene una filosofía porque está básicamente inmerso en una cultura en la que se vive y respira un discurso determinado.

De esta manera, la Filosofía Perenne posee los grandes objetivos de buscar comprender qué y cómo se sabe, examinar el mundo a fin de ir más allá de la experiencia, entender qué es la consciencia y el propósito de la subjetividad, deducir cómo se entrelaza la psiquis con el cuerpo, inferir qué es el libre albedrío, descifrar la causalidad, conocer las leyes

naturales, interpretar las cuestiones éticas, percibir la incongruencia y misterio nodal de la vida, pensar sobre el significado cualitativamente distinto que implica la atemporalidad divina, opinar sobre los vínculos intersubjetivos y las influencias que el entorno ejerce en la conducta, juzgar qué se debe hacer y, por último, creer qué esperanza de cambio puede mantenerse sobre la realidad mundana.

La respuesta a qué es la *matrix de la realidad* se encuentra en algún lugar. La Filosofía Perenne puede profundizar en las ideas que conduzcan a la verdad del Ser, pero si éstas no cautivan al sujeto en algún nivel de su psiquis nunca podrá escuchar la silenciosa voz del espíritu. En la Filosofía Perenne se practican los llamados *experimentos meditativos de pensamiento* en los que se plantean casos hipotéticos. En el arte perenne existen buenas preguntas que se desarrollan a través de estos experimentos de pensamiento meditativo que plantean cambios en los parámetros perceptuales y conceptuales del mundo. Cuando la Filosofía Perenne habla de realidades paralelas o de que la realidad no es lo que parece, no sólo se pone en duda la percepción de la vida sino que también se despliega un posicionamiento político anarquista. En cierta medida, de estas metáforas planteadas en la Filosofía Perenne surgió el movimiento transpersonal, el cual ha sido hasta el momento el mejor paradigma en intentar hacer un arte Filosófico Perenne. En el transpersonalismo, los sujetos comunes usan la alta tecnología meditativa a su manera, apropiándose y modificando la instrumentalización espiritual con el fin de enriquecer su vida cotidiana y cumplir sus propios fines, burlando así al sistema sociocultural en una suerte de subversión existencial. El transpersonalismo se trata de sujetos ordinarios transformándose en seres libres, perennes y espirituales, y también sobre cómo estos seres autorrealizados pueden volver al plano sociomundano para ayudar a otros a liberarse de sus cadenas subjetivas. Al percibir los agujeros, errores y fallas sistémicas de la realidad del discurso sociocultural, las técnicas y tecnologías meditativas permiten al sujeto trascender todo tipo de sumisión ante autoridad alguna, ya sea de índole familiar, institucional, política e incluso religiosa, debido a que ninguna de estas figuras representan en absoluto a lo Real. Por ello, al distanciarse un poco del plano neurótico de la vida, el sujeto

adquiere mediante la meditación una visión menos ingenua y más amplia que libera su mente y lo conduce hacia el *nuevo suelo* del Ser.

No obstante, los seguidores del transpersonalismo reconocen que todos estos elementos ya estaban presentes en el Budismo, el cual es definitivamente la primera gran disciplina de la Filosofía Perenne. Desde el singular nacimiento del transpersonalismo, los pensadores contemporáneos fueron genuinamente conscientes de sostener un éxito popular y avasallador que se debía al legado contracultural de la Filosofía Perenne. La primera vez que el transpersonalismo tuvo contacto con este tipo especial de sabiduría espiritual estuvo profundamente abrumado por las imágenes e ideas sin tener aún un concepto claro y coherente del modo en cómo debían interpretárselas. Así, entusiasmado por los efectos de las prácticas perennes, se vio obligado a profundizar aún más y permitirse pensar más lúcidamente acerca de los planteamientos filosóficos que encontraba en este saber perenne. Al principio, los aspectos existenciales y analíticos no eran evidentes, sino únicamente intuidos por los grandes avatares del pensamiento transpersonal, pero al avanzar las décadas de estudio, los filósofos y psicólogos transpersonales pudieron detectar y resucitar a la Filosofía Perenne. Entonces, el ámbito científico-académico recuperó paulatinamente un tema de debate que había sido marginado de la vida teorética: la espiritualidad.

El arte perenne, de algún modo, articula los mitos contemporáneos que el discurso analítico-existencial considera relevantes. Una de las metáforas predominantes en muchas obras de arte, en los mitos y en la espiritualidad, es que el sujeto está en un viaje, buscando tormentosamente su perdido y deseado Ser. Frente a los recuerdos de una vida imaginaria, impregnada de frustración, impermanencia e insubstancialidad, el sujeto sólo puede encontrar la Serenidad en el hecho de que la *matrix social* nunca podrá definirlo y decirle quién es. De esta manera, gracias a la diferencia dada por el maestro meditativo, el sujeto intenta ir escalando las distintas etapas de la vida, siempre descubriendo cómo actuar éticamente durante el Camino del espíritu. Y precisamente, los mitos de la Filosofía Perenne son una gran reserva de sabiduría y conocimiento sobre las distintas maneras y técnicas para sobrevivir libremente en un mundo opresivo. En el legado de lo perenne está la mitología del *jazz*

existencial, no habiendo nunca un esquema único y rígido en el contenido filosófico de las obras perennes, lo cual se debe a que los maestros han incluido pequeños elementos mitológicos y los han sintetizado en un sustancial saber filosófico espiritual.

En el Budismo originario, que es la primera disciplina perenne-transpersonal de la historia del pensamiento, la faceta mitológica está claramente basada en el personaje de Buda, *el Elegido*. Todos los primeros textos y prácticas giran en torno a la profecía y a la expectación del Iluminado, el cual es una imagen budista muy translúcida. De esta manera, la reflexión filosófica percibe obviamente al Budismo como una espiritualidad gnóstica-perenne, desasemejándolo del cristianismo tradicional tan obsesionado con el pecado y el arrepentimiento. Para el gnosticismo perenne, la inconsciencia e ignorancia existencial es el problema fundamental del sujeto, con lo cual la solución radica en la Iluminación. El gnosticismo perenne sostiene que el problema del sujeto es que es un diamante en bruto, un espíritu vacío e indeterminado, preso en una corporalidad mundana y en un discurso materialista del cual hay que intentar salir para advenir al nuevo lugar del Ser. En la Filosofía Perenne, como en el Budismo, el problema es la ignorancia espiritual y la solución es el despertar, que se alcanza por el conocimiento meditativo. No es una salvación provista por la creencia y la fe, sino que es una forma de liberación y despertar del sueño de la vida. Si se lleva a cabo ciertas prácticas conscientemente dirigidas se puede despertar a la realidad subjetiva del *espíritu indefinitivo*. El *Samsara* o *Maya*, la manera total de cómo es percibida el mundo, es una red de espejismos, una *matrix de ilusiones* que atrapa a los sujetos en un mundo de ensueño generado por significantes que controlan y alienan al espíritu humano a la condición de objeto de consumo. Ergo, la meta de la Filosofía Perenne es que el sujeto se realice preguntas sobre el mundo, que piense en él de otra manera y también que se pregunte cuáles son los límites y las fronteras de su propia conducta. Dado que en el final de la práctica meditativa el sujeto plenamente consciente puede percibir el trance que caracteriza a la mayoría de las personas, esta noción de despertar es un indudable concepto sociopolítico que se aproxima a la mirada anarquista sobre el mundo. Las historias del arte perenne no pueden ser entendidas literalmente sino como un combate contra personajes que encarnan el

pensamiento rígido y estereotipado y el control institucionalizado al que la mayoría de los sujetos generalmente acepta someterse y alienarse. En esta crítica social se despliega un materialismo dialéctico-meditativo que intenta superar la ironía de que los sujetos se hayan convertido en el eventual medio de producción, debido a que mientras duermen en el discurso dominante sus cuerpos son utilizados como objetos de una sociedad mecanizada. Es un símbolo muy potente porque la inconsciencia de lo Real permite que sean explotados hasta ese extremo de ser reducidos a meras pilas, ya que han renunciado a su fuerza vital, su libertad, para convertirse en consumidores pasivos y hacer que la sociedad funcione. En esta Maya cada sujeto, como el resto, ha nacido en cautiverio, siendo esclavos de una cárcel para sus subjetividades. No alcanzan a verse a sí mismos como auténticos seres debido a que sólo pueden percibirse a través de un entramado de ideas inculcadas por la dominante sociedad capitalista. Paradójicamente, la mayoría de estos sujetos no están listos para ser desconectados de esta *matrix sociocapitalista* que los subsume a ilusiones irrealizables, estando tan diezmados que su vida depende de este sistema por lo que luchan incansablemente para protegerlo. Por ello, la Filosofía Perenne proclama que se debe desconfiar de todas las formas de autoridad y obediencia que exijan una determinada sumisión del Ser al sistema.

La Filosofía Perenne, de esta manera, proclama que lo único que se puede saber con seguridad es que nada es certero, idea que se remonta en cierta medida hasta Sócrates, filósofo griego que decía que ignoraba qué era la virtud y que dudaba de que alguien lo supiera. La Filosofía Perenne de Sócrates consiste en saber que no se sabe, conociendo así el límite del lenguaje, del pensamiento y del mundo. Este reconocimiento wittgensteiniano de los límites del conocimiento consciente parece ser el cimiento fundacional para que se pueda empezar a subsanar la condición de ser un sujeto de lo inconsciente. Todo sujeto sabe que al mundo le *falta* algo y, aunque no sepa qué es, lo siente como una esquirla clavada en el núcleo de su subjetividad. Esa sensación, precisamente, es lo que lo conduce al Camino del autocuestionamiento meditativo de la sabiduría perenne.

La Filosofía Perenne consigue atrapar al aprendiz de la misma manera que la *Alegoría de la Caverna* de Platón, en la cual se narra la historia de prisioneros que desde niños han sido atados a un lugar oscuro de una caverna subterránea. Así, sin saber que son prisioneros, todo lo que ellos ven es la cara interna de una pared en la que se proyectan las sombras de la luz que entra por detrás, con lo cual dichas imágenes proyectadas constituyen la única realidad que han conocido jamás. Este nivel de realidad, según la Filosofía Perenne de Platón, es el nivel más bajo de la realidad, lo *Imaginario*, una clara alegoría del mundo ilusorio en el que se encuentra inmerso todo sujeto neurótico y no iluminado por la Verdad. Así, la vida que experimenta todo sujeto no representa la totalidad de lo que puede vivir, pero si se lograran soltar los apegos inconscientes se podría percibir lo Real como verdaderamente es. Incluso, la situación existencial de Siddhartha Gautama fue similar hasta que por su propia elección decidió ser desencadenado y desconectado de la Maya.

La metafísica de la Filosofía Perenne, de esta manera, se pregunta por el modo en cómo se define a lo Real, ya que si se lo realiza desde el plano de las vivencias y percepciones conscientes, lo Real sería degradado al ser interpretado desde el plano de las señales de lo Imaginario. Ergo, las preguntas analíticas que dudan meditativamente del conocimiento consciente son el primer paso para destruir dicho conocimiento y reducirlo a sus cimientos fundacionales para edificarlo nuevamente.

En este sentido, Descartes fue un asombroso pensador que supo servirse creativa y ambiciosamente de los recursos de la ciencia para deconstruir a la filosofía mediante el programa meditativo de la *duda sistemática*. A través de sus meditaciones redujo a la existencia al célebre *cogito ergo sum*, *pienso luego existo*, con lo cual todo sujeto debe ser comprehendido como pensador, como un *res cogitance*, como una *cosa pensante*. La problemática idea básica de esta concepción cartesiana es que el sujeto únicamente tiene acceso al contenido de su propia subjetividad y nunca al de la realidad externa, la cual no es más que otro nivel de la realidad psíquica de la Maya. La *matrix de la Maya* se hace presente en todos lados, en cada percepción y vivencia de la vida del sujeto, debido a que es el mundo que se ha puesto ante sus ojos para ocultar la traumática verdad del vacío. Incluso el aspecto actual de un sujeto no es más que una imagen propia residual del Self, es decir, una proyección mental que tiene

de sí mismo. Por lo tanto, por medio de las meditaciones cartesianas, la Filosofía Perenne teoriza que no existen categorías generales que puedan utilizarse para asegurar que la realidad no es un sueño, o mejor dicho, que no es una Nada.

Concordantemente, la Filosofía Perenne, a través de las teorías de Berkeley, ha advertido acerca de los peligros de la visión newtoniana de la realidad, ya que de seguirse acertadamente esa ideología no sería necesaria la espiritualidad ni la meditación sino la presencia de una consciencia dispuesta a reducir a lo Real a meras ecuaciones. Y eso es sumamente preocupante porque para la subjetividad es completamente necesario sentir la presencia divina del Propósito. Por lo tanto, la Filosofía Perenne de Berkeley optó por la solución radical de negar la existencia de una realidad externa a las ideas del sujeto pensante, siendo la realidad no más que una *apariencia imaginaria*, es decir, la idea que el sujeto se hace de ella. Si la existencia es una percepción, por tanto, la realidad sólo existe en las experiencias subjetivas del pensador. Los sujetos, de este modo, juegan un papel preponderante en la construcción de la realidad, por lo que no pueden ser entendidos como objetos del universo, como sucede con la visión newtoniana, sino que deben ser comprendidos como seres autosuficientes que controlan y objetivan a la realidad.

La noción de que el pensador sea un sujeto autónomo es una invención de la Filosofía Perenne, por lo que Descartes sólo reinventa un conocimiento milenario. Del mismo modo, Kant se preguntó acerca de la independencia del sujeto sobre la realidad, la cual sería sólo un reflejo razonable de un campo desconocido, inefable e inaprensible. La Filosofía Perenne de Kant teoriza que la psiquis tiene distintas estructuras que imponen una determinada creación de la realidad de manera que el sujeto no percibe lo Real sino las estructuras de la Maya mental, produciéndose así fenómenos transicionales que son desarrollados tanto por las sensaciones y percepciones de la subjetividad como por lo que hay ahí fuera del pensador. Ergo, la experiencia consciente de lo fenoménico, desde un punto de vista meditativo-fenomenológico, no sería la causa determinante última de lo Real. La Filosofía Perenne de Kant está convencida de que existe algo trascendental, algo más allá de lo razonable, algo que el sujeto no puede controlar conscientemente y que

elude a su encuentro. Este nivel trascendental de la experiencia es lo que genera estas preocupaciones y fenómenos sensoriales en el sujeto. De esta manera, la Filosofía Perenne actualiza su teoría de que la realidad es originada por la psiquis, siendo el resultado de la matriz estructural de la Maya mental.

Pero obviamente, la Filosofía Perenne siempre tiende hacia lo oscuro en tanto que deconstruye las antiguas nociones del sujeto, del amor y de dios. Adaptándose al devenir de lo Real es como la Filosofía Perenne crea y propone nuevas ideas sobre un amor libre que, mediante elecciones y decisiones trascendentales, supere la obediencia a la autoridad de la Maya socioinstitucional. Así, rompiendo paulatinamente con la opresiva mentalidad gregaria, el sujeto se superará al convertirse en un *Übermensch*, un superhombre, un sujeto que es superior debido a que opera y deviene desde lo inconsciente, desde el saber-no-sabido. Al igual que un gran maestro, este supersujeto es un ser sublimado que antes de darse cuenta o de pensar siquiera en Eso resuelve meditativamente los conflictos existenciales que se le presentan a lo largo del Camino de la vida. La Filosofía Perenne de Nietzsche propone este nuevo tipo de sujeto, un ser libre de todas las confinaciones y encierros que implica la limitada existencia neurótica. Lo que define a un superhombre, un ser iluminado, es que rechaza el sistema dualista de evaluaciones morales que rigen la vida de los sujetos mundanos, superando inéditamente las limitaciones de la vida social mediante un aprendizaje meditativo que no adjudica fallos a la existencia. Al ver a través de la Maya, el superhombre iluminado decide que utilizará su propia Voluntad, su propio Propósito, para seguir el Camino del Ser. La *matrix de la Maya* es el discurso social, una mentalidad de grupo que subsume a los entes en una alucinación colectiva donde todos piensan lo mismo, *el desierto de lo Real*, evidente pesadilla existencial para quien desea el despertar, como es el caso de los filósofos perennes. Sorprende que la Filosofía Perenne sea una de las pocas disciplinas que muestre el trabajo analítico-meditativo de un filósofo real en un contexto social.

Según la Filosofía Perenne de Baudrillard, lo Real casi ha desaparecido completamente, una radical extrapolación postmoderna de lo que dijeron los grandes filósofos perennes sobre que la realidad es, de algún

modo, una construcción de la mente. Debido al imperio del discurso del Amo, que sostiene las grandes ilusiones y simulaciones de la vida, los sujetos neuróticos viven en un mapa de la realidad tan perfecto y tan geográficamente extenso que cubre samsáricamente cada punto de la geografía de lo Real. Al tener una primacía represiva sobre lo Real, el mapa es un simulacro que, como modelo, pierde toda referencia con lo Real. En la Filosofía Perenne de Baudrillard, lo Real existe sólo como rasgaduras que están adheridas al mapa, al modelo que tiene cada sujeto sobre lo que es la existencia. Precisamente, en la sociedad la naturaleza de lo Real se ha vuelto completamente irrelevante si no puede ser reducido a significantes, por lo que sólo quedan vestigios sintomáticos de su presencia, es decir, únicamente existe el *Desierto de lo Real.*

Claramente, la vida de los sujetos mundanos en la Maya es regida por el principio del placer, con lo cual la ignorancia de lo Real es una bendición para todo sujeto neurótico en tanto que todas sus convicciones son falsas. Así que, el único grado de felicidad que pueden alcanzar estos seres aletargados es el no-saber, la inconsciencia de la Verdad que los mantiene dormidos, por lo que acuerdan vincularse con el placer y la vanidad a costas de ceder su libertad esencial. Concordantemente, el famoso experimento de pensamiento meditativo realizado por la Filosofía Perenne de Nozick lleva a concluir que de existir una Maya, entendida como una *máquina de la experiencia* que simula perfectamente la promesa de realización de la vivencia de placer sin ataduras, alienando a los sujetos a una vida de fantasía de la que ni siquiera saben que están conectados, la posición ética de la espiritualidad haría que un sujeto no se conecte a diferencia de la mayoría. A un ser espiritual no le importa únicamente el placer, sino que es mucho más importante traspasar el velo de las ilusiones y establecer un básico contacto dialéctico con lo Real. Para el sujeto que sigue el verdadero camino del ser, la preocupación fundamental no radica en tener una vida de placer y felicidad, sino en una existencia real y plena de propósito que lo conecte con la Verdad reprimida y permita desplegar la elección, el único grado de control que se puede tener sobre el destino.

Precisamente, una de las preguntas nodales de la Filosofía Perenne es el problema de la Libertad, el cual todo sujeto cree tener pero cuando intenta responder a la pregunta de qué es parece que le sería imposible

poseerlo. Si los sujetos son entendidos y reducidos a objetos físicos no existiría el libre albedrío y el conocimiento de las leyes físicas reflejaría totalmente cómo puede ser el futuro de un ser, con lo cual desaparecerían la libertad y la responsabilidad de sus propios actos al seguir un camino que le ha sido marcado por algo totalmente independiente a él. Entonces, si no se controlaría el destino todo estaría demarcado por un fatalismo cósmico inevitable. No obstante, la meditación analítica de la Filosofía Perenne demuestra que un aprendiz no debe acudir a su maestro para tomar una decisión, porque inconscientemente ya la ha tomado, sino que arriba al proceso meditativo para analizar, interpretar y entender el porqué la ha elegido.

Así, al ir más allá de los acertijos analíticos mediante la práctica meditativa, la Filosofía Perenne supo proveer de un rico y profundo tapiz de ideas existenciales, sin la necesidad académica de definir arbitrariamente conceptos fundamentales como qué es la liberación y el despertar. No obstante, la Filosofía Perenne siempre supo servirse de historias para comprender y explicar las grandes cuestiones de la vida, como el mito del jardín del Edén del cual la humanidad fue expulsada por incurrir en el Dominio y la Vanidad, convirtiéndose de este modo en el arquitecto de su propia muerte. Ergo, es entendible que las máquinas sean en la contemporaneidad el espíritu más representativo de una humanidad industrializada.

El Camino del Elegido avanza hacia su finalización, la liberación y despertar definitivo, *regresando a la Fuente* y fusionándose con el espíritu de la Iluminación. La primera parte de esta senda puede entenderse simplista y dualista como un recorrido que intenta salir de la maléfica Maya, a diferencia del contexto de la Filosofía Perenne que percibe a la consciencia como entremezclada con la materia. Al finalizar esta etapa, cuando el iluminado concreta su búsqueda, la experiencia meditativa lo convierte en un maestro, por lo que resulta casi imposible imaginar la existencia de otro estadio evolutivo en términos de gnosis. Y la Filosofía Perenne afirma que esto puede ser verdad, pero que la gnosis sólo es un medio para otro objetivo, nunca un fin en sí mismo, en tanto que la verdadera función del Propósito existencial es la de constituir un horizonte inalcanzable e irrealizable.

En la primera parte del Camino, el sujeto autorrealizado sólo entrevé un poco del horrible y angustiante *desierto de lo Real*, por lo que todavía se encuentra inmerso en la Maya, el reino de proyecciones mentales. En la segunda parte del Camino es cuando lo Real se entiende corporalmente, ya que la sexualidad parecería afirmar al cuerpo como la encarnación material del espíritu y no como su prisión o antítesis. Existe una escuela de Filosofía Perenne llamada *Tantra*, que básicamente sostiene que ningún sujeto puede alcanzar la Iluminación total sin una relación de amor con otro. De este modo, la escuela tántrica teoriza que la unión sexual, amorosa, es completamente necesaria para desarrollar la energía espiritual del Propósito que permite trascender el Yo y subsanar consecuentemente a la separación. El tantrismo perenne es una celebración de la encarnación y de la sensualidad, estableciendo un puente reconciliatorio entre el cuerpo y la mente, ambos entrelazados por la danza del significante. De este modo, el acto sexual es un rito espiritual que rememora la unión primigenia perdida, con lo cual es una de las situaciones más importantes, íntimas y peligrosas en la vida de un sujeto, en tanto que es la elevación de un determinado cuerpo sobre los demás, percibiéndolo como la encarnación de un ser especial, un *Atman*, al que se ama. Así que el tantrismo perenne paradójicamente trata de liberar al sujeto de las ataduras del apego mediante un amor sublimado, libre y espiritual, que apunte al fundamento dinámico del Ser, unión que hace que todo funcione como una sola cosa. La meta de esta forma de Filosofía Perenne es mantener la libertad esencial y, al mismo tiempo, encontrar la verdadera mismidad en el Todo, en el Brahman.

La Filosofía Perenne tiene muchas analogías con el Budismo, cuyas cuestiones principales –vistas desde el contexto interpretativo del transpersonalismo- son la espiritualidad y la libertad. Así, el tema principal de la Filosofía Perenne del Budismo es la libertad existencial, es decir, descifrar y comprender el porqué de las decisiones y elecciones que inconscientemente han configurado la constante universal del *karma*, la repetición, el destino de un sujeto. Ergo, para abordar la cuestión del libre albedrío, la Filosofía Perenne del Budismo no obvia cuestiones analíticas-epistemológicas, de escepticismo y de conocimiento, por lo

que resuelve el problema filosófico de que, por un lado, las cosas deban ser de cierta manera, pero por otro, que parezca que no pueden serlo. Así, frente al problema del determinismo, que afirma que todo lo que existe u ocurre tiene una causa que hace que los hechos sean inevitables, aunque pareciera que la libertad es inexistente, la Filosofía Perenne del Budismo afirma que todo lo existente no es el resultado de la interacción causal de partículas, lo que Hume denominó el pegamento de universo que une los eventos unos a otros, sino del ordenamiento acausal y atemporal de patrones virtuales de energía, es decir, de probabilidades de existencia. Por lo tanto, si conociéramos la posición de cada átomo en el universo en un momento determinado, incluso así no sería posible predecir el instante siguiente sino únicamente probabilidades y escenarios múltiples. Mientras que existan seres libres e iluminados en el universo estará presente una anomalía sistémica que hará imposible la predicción y visión completa del futuro, pudiéndose conocer únicamente la posición espacial o temporal de un acontecimiento, pero nunca ambos a la vez, lo cual demuestra que la Verdad siempre elude a su encuentro pleno. De esta manera, de existir un Dios creador sería imposible que sea omnisciente, teniendo eternamente una visión completa del futuro a través de la causalidad, debido a que lo que ocurre en cada momento no es un resultado determinista de la interacción de partículas físicas, sino el resultado de elecciones que vinculan compleja e indeterminadamente a la información. Para la escéptica Filosofía Perenne de Hume, lo máximo que puede afirmarse estrictamente es que en el pasado ocurrieron determinados hechos que derivaron en los presentes, por lo que lo único que lleva a pensar qué se volverá a repetir es una creencia de que el futuro seguirá siendo igual que el pasado. Evidentemente, para la Filosofía Perenne de Hume, la guía de la psiquis no es la razón sino la costumbre, el hábito, la repetición (*karma*) que sólo puede ser cesada cuando el sujeto enfrenta y trasciende el dualismo, evanesciendo así la miseria neurótica de la vida cotidiana.

Al superar las más prominentes y dilemáticas opciones binarias que le son presentadas durante el Camino de la autorrealización, el sujeto se transpersonaliza y logra trascender las falsas dicotomías del discurso sociomundano mediante el encuentro de una tercera Vía, descubriendo así la manera de romper las opciones ofrecidas con una lógica paradóji-

ca de lo inconsciente. La Filosofía Perenne de Berkeley, Schopenhauer y Nietzsche, reconoce que hay una manera de realizar este proceso, que es el Deseo, la Voluntad, el Proyecto de la libertad. De este modo, la Filosofía Perenne analiza la experiencia subjetiva desde la base de la Voluntad, el problema de la elección, explicando detalladamente que el mundo manifiesto es en cierto aspecto una Maya que profundamente vela lo Real. La Filosofía Perenne de Schopenhauer demuestra que la percepción es un proceso de la consciencia que acontece correspondientemente con la presión de poderosos impulsos que se combinan en la enorme y estoica Voluntad. Así, la Filosofía Perenne de Schopenhauer redescubre las mismas nociones de la evolucionada espiritualidad perenne del Budismo, el cual centró el proceso de la Iluminación en la percepción meditativa a través de esas ilusiones de Maya. Este es uno de los interesantes avances de la filosofía oriental con respecto a la occidental, debido a que supo superar la autosatisfactoria labor académica, obsesionada con el desarrollo de teorías intelectuales, para dar lugar a la integración de ideas filosóficas a la existencia cotidiana. Este entendimiento práctico se debe a que los filósofos perennes de Oriente percibieron que la única y verdadera fuente de poder en la vida es comprender el porqué, sin el cual el sujeto se encuentra completamente indefenso a los vaivenes del Devenir. El Budismo es reconocido como un camino espiritual para vivenciar la Iluminación de sentirse Libre. Todo sujeto porta en el centro vacuo de su ser la indeterminada realidad espiritual del proyecto de la libertad. Así que intuitivamente todo sujeto sabe, en lo más profundo de su subjetividad, que se encuentra viviendo en una realidad ilusoria hasta que abruptamente despierta. Schopenhauer fue uno de los primeros filósofos contemporáneos en describir este proceso iluminativo de la Filosofía Perenne.

El Discurso del Maestro Espiritual perenne, precisamente, es una de las facetas más importantes y explicativas de toda la humanidad, debido a que a través de esta especial cosmovisión se descubre que un Iluminado no sólo no es un sujeto particular, único e irrepetible, en tanto que es un emergimiento de un saber perenne, sino que además es determinado por las necesidades del sistema y *matrix planetaria* de la Maya, ya que cuando la humanidad llega a una estructura disipa-

tiva generalmente se produce una nueva versión del Elegido. En este sentido, el Iluminado se encuentra en el mundo porque es una *anomalía integral* del mismo, el producto eventual de una falla sistémica, un polo de orden superior producto del caos de la Libertad, que a pesar de los esfuerzos rotundos del discurso social no se ha logrado suprimir de lo que sería una armonía de precisión matemática. Concordantemente, la Filosofía Perenne de Platón teoriza que no existen personas únicas, dado que simplemente habría clases y arquetipos de sujetos. Y en este sentido, el Iluminado se convierte en una particular alteración del espíritu, la repetición de la función social del Elegido. Además, aunque las versionas del Iluminado puedan mostrar distintas formas de reaccionar frente a un mismo estímulo, por tratarse de múltiples representaciones virtuales del sí-mismo, hay un momento en el que todos los Iluminados reaccionan exactamente igual. Este singular acontecimiento en el que todos los Elegidos muestran la misma reacción es cuando la vida les da la opción de salir de la sociedad o intentar regresar para salvar a la amada espiritualidad. En esa experiencia cumbre el Iluminado no tiene ambivalencia alguna ni múltiples pensamientos o ideas sobre qué hacer, ya que hay un único Camino, el de salvar al objeto espiritual deseado, que es la expresión de su amor sublimado y desapegado. La esperanza de un mundo mejor, de esta manera, es la mayor de las decepciones y debilidades subjetivas, pero al mismo tiempo, es la fuente de su mayor poder. Lo que se presenta en la finalización del proceso meditativo analítico es que el Iluminado está dispuesto a sacrificar al mundo por el saber espiritual-perenne, que es el mismísimo significado de la vida, lo cual implica que ha comprendido plenamente lo que existencialmente representa un Elegido. Y, desde luego, ha cumplido con su Propósito mesiánico que, lejos de suponer que debe salvar a todo el mundo, se trata más bien de salvar lo más especial de la vida o, en todo caso, se trata de rescatar y *cuidar a la espiritualidad del mundo*.

El amor espiritual es la realidad definitiva, es lo que motiva, impulsa y orienta al sujeto hacia la libertad y la autorrealización. Coincidentemente, la tradición filosófica perenne analiza el amor no sólo en términos abstractos, como amor humano, sino que también lo concretiza en términos de amor espiritual. Este amor que libera e ilumina es el

mayor nivel de la transpersonalidad al que el sujeto puede atisbar. En la escuela tántrica de la Filosofía Perenne, el amor es lo que reunifica el Samsara al Nirvana, en tanto que es la vía por excelencia para arribar intuitivamente al Todo. Al ser el amor un proceso de una consciencia menos limitada por los criterios y parámetros perfeccionistas de la racionalidad, se refiere entonces a un nuevo y superior tipo de subjetividad intuitiva. Ello se debe a que la racionalidad no puede solucionar los problemas existenciales planteados por la Filosofía Perenne porque la dimensión inefable de lo esencial parece eludir a su encuentro lógico. Ergo, la Filosofía Perenne se sirve de procedimientos fenomenológicos-meditativos, como la intuición, el insight y la percepción trascendental, a fin de profundizar sobre un tipo de experiencia esencial que deviene instantáneamente. Dado que el universo nace y muere con un fenómeno anómalo, si el Iluminado es una anomalía sistémica su función es revelada como principio y final, lo cual indica que él es el que reprograma el saber de la Filosofía Perenne desde su mismo interior, reiniciando así todo el sistema cósmico de la espiritualidad en una inimaginable revolución existencial. De esta manera, mediante su especial enseñanza espiritual, la función social del Iluminado es la de salvar bodhisáttvicamente a la humanidad del inevitable olvido del Ser.

El Camino del Iluminado finaliza fantásticamente cuando son alcanzadas y diseminadas ciertas nociones superiores de los valores trascendentales de la vida. Es un mensaje de esperanza para la posteridad y, en definitiva, es la mismísima salvación de lo humano en tanto que es una protección de su verdadera esencia, es decir, de su sabiduría perenne. Con la finalización del proceso analítico-meditativo se destruye internamente el sistema de la Maya, a diferencia de una destrucción externa de lo institucional que poco podría proveer desde una perspectiva evolutiva-anarquista, con lo cual se ha producido una entrada en el tejido mismo del Discurso sociomundano a fin de diseminar la luz de la Iluminación desde sus mismas hebras fundamentales, para así poder percibir lo oscuro Real a través de la desintegración de las ilusiones.

Las grandes interpretaciones de la mitología perenne señalan a este proceso disipativo como un eterno retorno, en el que se baja a los infiernos para poder volver a subir y resurgir de las cenizas. Dado que todo sujeto

procede de la Verdad reprimida del Ser, luz que ilumina al sujeto en el final del análisis meditativo, es posible abandonar las escaleras de lo material y regresar dialécticamente al perenne punto de partida. La Iluminación, en este sentido, es la solución al dilema de la vida en tanto que es una comprensión radical de la Verdad Real del Ser. Lo que se percibe en este especial estado de consciencia es el mismo material del que está construida la realidad de la Maya. A través del análisis meditativo de los sueños, profecías e insights, el sujeto aprehende lo Real de una forma inédita.

Precisamente, el único modo en el que el Iluminado puede encontrar la respuesta al dilema de la existencia es *retornando a la Fuente*. Aunque de no encontrar respuesta alguna, lamentablemente no habrá futuro para la realidad del Ser y así la espiritualidad perenne morirá en el olvido, siendo tapada por una sociedad autodestructiva obsesionada con los valores materialistas del Dominio. Al final del Camino, entonces, el Iluminado se convierte más que nunca en la expresión libre de su verdadero ser, por lo que se define existencialmente hasta el punto en que está dispuesto a sacrificar completamente su vida mundana para liberar y enseñar a otros la genuina senda espiritual. Obviamente, este acto de compasión es un elemento no sólo asociado con el amor y la espiritualidad, sino también vinculado profundamente con un conocimiento trascendental de la existencia que es consistente con la búsqueda de un *nuevo comienzo* que postceda a la inevitable muerte de los valores sociomundanos. La tarea del Iluminado consta así de llevar una palabra (*Logos*) plena de amor compasivo que ilumine y libere, para que los sujetos puedan desarrollar totalmente el significado de lo humano. También se lleva al campo de lo social la noción de Deber o Propósito (*Dharma*), lo cual acarrea la indudable enseñanza de que todos los seres se encuentran en un estado vincular de interconexión profunda. Cuando el Iluminado sobrevuela la dimensión social de lo Imaginario, la oscuridad de la Maya, asciende hacia el plano *pleromístico* del gnosticismo perenne, el eterno e indescriptible Tao, la forma platónica de lo Bueno y lo Bello, instaurando así la perenne operación liberadora del *Moksha-Nirvana-Satori*.

Donde más se ve claramente experimentada la Filosofía Perenne es en la Revolución existencial que porta simbólicamente el Maestro

espiritual, ya que mientras que el discurso sociorreligioso equilibra la ecuación de la vida en una suerte de homeostasis perversa, el maestro desequilibra la ecuación mediante la *anomalía sistémica* de la Libertad Iluminativa. No obstante, ello no significa que el maestro meditativo se oponga al orden de la vida, sino que proclama un nuevo tipo de equilibrio implicado, más dialéctico y menos lineal, siguiendo una lógica paradójica en la que convergen sintéticamente razón e intuición, vida y muerte, bien y mal, oscuridad y luz. Y cuando la Maya es atravesada y reelaborada, reiniciada meditativamente por el Iluminado, éste se revela como principio y final, lo cual es central en la Filosofía Perenne al afirmar que, tanto cuando aparece como cuando desaparece, el *Tao simplemente lo deja-ser*. Este es un tema bastante común en la Filosofía Perenne del Budismo, ya que la inevitable muerte del Iluminado cumple la función de poder evanescer completamente todo rasgo de poder y Dominio, es decir, de intentar proseguir existiendo y contradiciendo así los rasgos de la vida siempre frustrante, impermanente e insubstancial. Lo interesante de este punto es que es una intersección más entre la Filosofía Perenne de Nietzsche, que teoriza el advenimiento del Superhombre, y la Filosofía Perenne del Budismo, que teoriza la unión con la existencia a través del deshacimiento del Yo. Pero, si bien el Iluminado acepta los rasgos traumáticos del Inevitable Real, permitiendo ser evanescido, partes de él, enseñanzas y sabidurías perennes, son dispersadas e integradas en todos los seres, resplandeciendo así como una luz que ilumina los ojos de cada sujeto libre que deviene al mundo.

Concordantemente, según el misticismo perenne, en los primeros momentos de la Creación de la realidad aconteció una energía superior, una luz tan suprema que ningún recipiente pudo contenerla, por lo que devino la inevitable *Ruptura* y escisión (*Sheviret*) de lo Real, haciendo que esa energía se dispersara en fragmentos centellantes a lo largo de todo el universo. Entonces, el problema fundamental del misticismo perenne ha de ser la tarea especial de reconstituir y devolver la dimensión divina del Otro Trascendental a su estado perdido de completud. Y cuando eso ocurra, en alguna existencia postuniversal, la Maya se disolverá completamente porque los seres ya no se encontrarán en estado de alienación. En este sentido, el espíritu humano aparece como horribles

impulsos de agresividad en cuanto los sujetos se vieron alienados de su verdadera mismidad, porque con la forma de *emergencias espirituales* que trastornan la Maya mental es como se muestra lo místico cuando el sujeto está alienado de él. El misticismo perenne manifiesta que el espíritu es amable y benévolo hasta que se lo combate, momento en que deviene con la horrenda forma del mal. Pero cuando se retorna a la Fuente espiritual, el proceso se revierte a su expresión natural de vida y serenidad que es como acaba el Camino meditativo del Iluminado.

Finalmente, como el origen de la Filosofía Perenne se remite a los primeros pensamientos originarios de la humanidad, continuará regresando en diferentes épocas bajos distintas formas, expresiones y lenguajes. Si el nivel definitivo de la realidad está construido de información, como los pensadores cuánticos parecen señalar con su particular visión, la Filosofía Perenne se convierte entonces en el legado más preciado que posee Gaia para ofrecer al Universo. Esta es la postmetafísica sugerida en el Budismo, la cual es sumamente sutil y compleja, por lo que constituye un trabajo artístico y filosófico increíble. El Budismo, imbuido del espíritu de la investigación filosófica perenne, es una de las pocas disciplinas que ha intentado hacer un análisis filosófico sobre las dimensiones de la existencia humana y lo que sucede cuando la corporalidad y la subjetividad se ven alienadas de la espiritualidad por la vanidad y el Dominio, pero que pueden volver a ser sintetizados nuevamente cuando un Iluminado se reconecta con el espíritu, realineando así las tres dimensiones que componen la subjetividad. Es la historia del Ser originario la que cuenta la Filosofía Perenne, por lo que hay que rendirse a su extraordinario Proyecto existencial. Es más, el hecho de que simplemente algunos pensadores hayan intentado reunir durante milenios la esencialidad de la sabiduría espiritual parece increíble y merece estar en una categoría única de filosofía.

Enero de 2010
Buenos Aires, Argentina.

Introducción

El pensamiento de las sociedades occidentales se expresa en un discurso que constriñe y enajena a las dimensiones del arte, la estética y la espiritualidad. Orienta las prácticas de los sujetos, las conductas, los modos de vida y los valores, hacia un exacerbado materialismo, consumismo y un progreso que se ha convertido en un fin en sí mismo. Existe una brecha cada vez más grande entre la ciencia, la tecnología y la conciencia, alienando a las distintas dimensiones que nutren al Ser, justamente porque las dos primeras se encuentran desprovistas en sí mismas de todo valor y significado.

Paradójicamente, gracias a sus rápidos avances, el sujeto ha desarrollado enorme potencial para cometer una autodestrucción planetaria, sin precedentes en la historia; el pensamiento occidental se ha otorgado el privilegio de dirigir el rumbo de la especie humana, suponiendo desarrollo y felicidad, cuyos objetivos lejos de ser alcanzados, han sumido al Hombre en la desesperanza y en un nihilismo en el que se juega el sentido de la existencia. El planeta se enfrenta a amenazas contra la vida humana y de otras especies; estos peligros y los diferentes tipos de crisis son expresión de la mentalidad egocéntrica y de una percepción equivocada de la realidad, que se fomenta y fortalece por el discurso del amo, que disocia y confronta a las diferentes culturas, razas, religiones y creencias.

El problema es que se está relegando el sentido de la vida, el despliegue de potencialidades que van más allá de la razón instrumental y que podrían generar posibilidades de acceder a realidades esenciales y trascendentes, tan importantes o más que las materiales. La naturaleza esencial del Hombre, la espiritualidad y la trascendencia del ser humano, ocupan un lugar secundario frente al crecimiento económico y material,

cuya manera de proceder nos está llevando a la autodestrucción como especie y como planeta.

Si bien la ciencia ha tenido importantes logros, desafortunadamente junto con su lado brillante también ha desarrollado el obscuro. No sólo no ha sido capaz de acabar con el sufrimiento, sino que irónicamente lo ha acrecentado, incluso muchos de los descubrimientos científicos se han revertido a sus propios inventores.... "*Rodeada por el enfoque de la tecnología milagrosa de ciencia-ficción, la humanidad parece estar mucho más lejos que antes de una existencia feliz y libre de preocupaciones...*"[1] Por ejemplo, en países más avanzados industrial, científica y tecnológicamente, existen mayores desórdenes emocionales y existenciales.

El afán desmedido por el enriquecimiento material principalmente de los países y grupos dominantes, está llevando a la humanidad a establecer relaciones competitivas, egoístas, individualistas, frías e instrumentales, no sólo con las demás personas, sino también con el medio ambiente y con toda forma de vida, sustentadas en fundamentos filosóficos de un paradigma mecanicista, reduccionista y fragmentado que se encuentra ya en crisis y que empieza a agotarse. Un paradigma que toma en cuenta sólo las dimensiones externas del ser humano y del universo, olvidando las interiores como la conciencia, la espiritualidad, las emociones, todas aquellas que nos ayudan a dar significado a las cosas, a los eventos del acontecer diario, a las relaciones intra e interpersonales. Sin embargo, si hemos desarrollado una alta capacidad de destrucción, significa que también podemos desarrollarla para construir y reorientar nuestras vidas, a partir de una visión y percepción radicalmente distinta del mundo.

Con la modernidad el Hombre se erigió en dueño y señor de todo, pasó a ser el centro del universo y en aras de acabar con el dogma religioso desterró lo sacro. Hoy vivimos con un estado de conciencia dominado por la racionalidad instrumental, que se crea y recrea a través del discurso del amo, sometiendo y colonizando el mundo de la esencia divina. Tal racionalidad ha sido privilegiada desde el siglo XVII, con la revolución industrial y con la filosofía mecanicista. En cierta forma dicha racionalidad ha

[1] Grof, Stanislav. 2003. *La evolución de la conciencia*, p. 8.

dominado espacios que corresponden a la subjetividad, como aquellos de la conciencia que tienen como finalidad el sentido de la vida, no el control técnico.

Una expresión de la colonización de los espacios del significado de la existencia, por la racionalidad instrumental, sucede en el campo de la ciencia. Ésta ha degenerado en un reduccionismo cientificista, dedicándose sólo al aspecto externo del universo; a los aspectos mensurables y cuantificables de la realidad. "... *Hablar de valores pasó a ser no <<científico>> e incluso anticientífico, de modo que quedaron para los poetas, filósofos, artistas, religiosos y otras personas bobaliconas, pero de buen corazón*".[2] Así el mundo de las preguntas fundamentales quedó excluido de la ciencia, pues la conciencia y todas las experiencias de la subjetividad son inmensurables e inútiles para este tipo de racionalidad; este reduccionismo en que cayó la ciencia trajo consigo desafortunadas consecuencias para la vida humana, poniendo en riesgo la existencia de todas las formas de vida y al planeta entero.

La degradación del medio ambiente, el deterioro y desequilibrio de los ecosistemas, es resultado de la relación hostil y de control que establecemos con la naturaleza, a partir de valores utilitaristas, individualistas y de fragmentación legados por el paradigma mecanicista y reduccionista, cuyos atributos los hemos llevado a su máxima expresión. Por primera vez la humanidad ha de enfrentarse a la posibilidad de extinguirse de la faz de la tierra, junto con la vida animal y vegetal. Hemos llegado a un punto en el que ya no tenemos alternativa, y la necesidad de considerar al universo como una totalidad, es impostergable. Necesitamos una conciencia que trascienda las diferencias superficiales, centrada más en lo que nos unifica y no en lo que nos separa.

Existe un desequilibrio muy acentuado entre la racionalidad cuyas finalidades son técnicas, prácticas y útiles y aquella racionalidad de la conciencia que tiene como propósito dar sentido a la existencia. Si bien es cierto que la razón es importante como herramienta para discernir y significar la vida en comunión con los demás y con el medio ambiente, porque desempeña un papel crucial en el desarrollo de la humanidad,

[2] Maslow, Abraham. 2001. *La personalidad creadora*, p. 185.

no debería ocupar campos del conocimiento que no le corresponden. En buena medida ese ha sido el problema del pensamiento occidental, pretender explicar todo a partir de la razón y al mismo tiempo reducirla a una práctica instrumental.

Hoy asistimos a cambios vertiginosos a nivel global, la modernización con el avance de la ciencia y la tecnología, que si bien son necesarias para el servicio de los seres humanos, se encuentran en desfase con el desarrollo de la conciencia y en muchos casos sirven para acabar y degradar la vida humana. Establecemos relaciones de dominación, no de armonía con la naturaleza, y por eso, hoy nos encontramos ante una situación ambiental, social y planetaria insostenible, en lugar de procurar condiciones sustentables del medio ambiente y de la vida en general. Hemos comenzado a cosechar los frutos del desequilibrio: cambios bruscos de clima, sequías, excesivas lluvias, extinción de especies, desgaste de la capa de ozono, entre otros fenómenos. Esta situación augura que si continuamos en la oscuridad, postergando el conocimiento de quiénes somos y no realizamos una transformación profunda para reestablecer relaciones de concordia y respeto con la naturaleza, se avecina una catástrofe planetaria de la que habremos de ser responsables.

La carrera de la modernidad avanza a pasos agigantados, su dinámica nos absorbe mediante un discurso que aliena, en cuyo escenario somos los protagonistas compitiendo por los mejores papeles, sin importar los daños que nos causemos entre sí y a las demás formas de vida; en esta ignorancia nos negamos a nosotros mismos como totalidades y potencialidades. Desafortunadamente, en esta competencia desenfrenada y desquiciada estamos todos, pero en condiciones terriblemente desiguales y evidentemente los más afectados siempre serán los grupos más vulnerables. Así sucede con los llamados países pobres en relación con aquellos que tienen elevado desarrollo, donde se privilegia la producción económica por encima de otros campos de la vida humana. Por ejemplo, el gasto mundial en armas es muy alto (millones de dólares), mientras millones de personas mueren de hambre y otras padecen enfermedades por desnutrición.

El deterioro del medio ambiente ha generado las llamadas "*enfermedades de la civilización*",[3] el desequilibrio interno y con el entorno social ha ocasionado severas depresiones, esquizofrenia y trastornos mentales. Aumento de criminalidad violenta, de accidentes, de suicidios, alcoholismo y drogadicción; incremento de suicidios y crímenes en los jóvenes de manera espectacular, al punto de hablar ya de epidemias (y esto es decir poco). Evidentemente un comportamiento basado sólo en la competitividad hace difíciles nuestras vidas, pues olvidamos que todos, ricos, pobres, blancos, negros, altos, chaparros, gordos, flacos, sin excepción tenemos necesidad de apoyo moral, comprensión, calidez humana, afecto, momentos de recreación y reposo.

Una de las preocupaciones más grandes hoy en día es la ausencia de valores genuinos y esenciales, que sustenten una vida más equilibrada y humana. Los valores son un tema que se encuentra en la mesa de discusión de los distintos espacios académicos de diferentes instituciones educativas. Estos están siendo abordados desde diferentes perspectivas y enfoques; sin embargo, pocas veces se toca el fondo del problema. En general los valores son reflexionados por los valores mismos, de esa manera el pensamiento se sigue moviendo sobre la misma planta del edificio, sólo se mueven los muebles pero no se suben al siguiente piso, así no es posible una transformación radical y profunda. ¿Qué falta entonces? Hace falta tratar con la dimensión de la conciencia, cuya atención prácticamente es nula porque se le ha relegado a los rincones de la subjetividad.

De acuerdo con John White, para que el mundo se pueda salvar, necesita un cambio de conciencia, que supone empezar por la propia subjetividad, porque las prácticas si no corresponden a un elevado nivel de conciencia, no tienen sentido. Dicho en otros términos, "*la verdadera revolución es la revelación. Cuando esto haya ocurrido a escala global, los viejos problemas, prejuicios e inhumanidades desaparecerán y la revolución se convertirá en evolución, pero no antes de que esto haya sucedido*".[4]

[3] Capra, Fritjof. 1998. *El punto crucial*, p. 24.
[4] White, John. 2000. *La experiencia mística*, p. 11.

Los valores esenciales no se practican si no es por el profundo conocimiento de lo que somos, sólo así se viven de manera fluida y natural como modos de vida. Expresan una visión del mundo y una cultura, los que hoy practicamos son dañinos para un desarrollo humano y espiritual, por eso es importante replantearnos como principio nuevos fundamentos que los sustenten y que permitan relaciones sociales y planetarias de armonía, donde todos podamos coexistir y convivir en este planeta con el sentido de pertenencia a la misma familia. Acertadamente lo señala Abrahm Maslow,[5] cuando dice que ninguna reforma social, ni una ley o constitución, por buenos que sean, tendrán efectos a menos que la gente sea lo suficientemente sana, evolucionada y fuerte como para comprender la importancia de querer ponerlos en práctica de manera adecuada.

Los valores esenciales tienen como base a la espiritualidad, entendida como estado de conciencia de síntesis y de unidad con uno mismo, los otros y el Todo. Lo que supone reintegración con los distintos niveles de totalidad, como arte de reconciliación, sublimación de las energías primordiales y desapego de las formas defensivas y reactivas del yo.

Ken Wilber es uno de los teóricos más importantes que aborda el asunto de la espiritualidad y conciencia desde la Filosofía Perenne, y fundamenta contundentemente la importancia de recuperar e integrar en una totalidad a las dimensiones externas e internas del ser humano. Así mismo, Stalisnav Grof y John White son también de los estudiosos más importantes de la conciencia y la espiritualidad. En este marco de reflexión, igual que a otros teóricos, los acompaño en sus planteamientos fundamentales al respecto, para tratar de responder, ¿cómo y por qué los valores son afectados por la espiritualidad y el nivel de conciencia?; así, las principales categorías de análisis que ayudan a sustentar y dar cuenta de esta pregunta son: valores, espiritualidad y conciencia.

El trabajo se encuentra estructurado de la siguiente manera: en el capítulo I se plantea la perspectiva teórica desde donde se abordarán las principales categorías de análisis ya mencionadas. En el capítulo II se

[5] Maslow, *op. cit.*

hace una especie de recuento histórico, considerando los antecedentes del pensamiento contemporáneo predominante que nos permiten comprender cómo llegamos a él, tomando en cuenta también las bases de una nueva visión del universo. En el capítulo III se abordan los valores, la espiritualidad y la conciencia en el marco del paradigma emergente, que plantea una nueva visión del mundo, fundamentalmente a partir de los hallazgos de la física moderna. El capítulo IV está dedicado al pensamiento de Ken Wilber, respecto a ciencia, espiritualidad y conciencia, en virtud de que el proyecto de esta investigación inicialmente estaba planteado como una monografía de este pensador y en buena medida fueron sus ideas las que guiaron el desarrollo del trabajo. El capítulo V trata sobre la espiritualidad y la conciencia, su evolución y los valores; por su naturaleza las reflexiones que aquí se hacen tienen un enfoque eminentemente ontológico. Finalmente se arriba a las conclusiones que de alguna manera ya se esbozan en el último capítulo.

Capítulo I

Perspectiva teórica: valores, espiritualidad y conciencia

... Necesitamos seres humanos mejores, porque si no, es muy posible que nos aniquilen a todos; incluso si no nos aniquilan, es seguro que viviremos, como especie, en la tensión y la angustia...

A. Maslow

Este capítulo tiene como propósito plantear un marco teórico desde la perspectiva en que se reflexionarán los valores, la espiritualidad y la conciencia. En buena medida me apoyaré en el pensamiento de Ken Wilber, fundamentalmente en lo que concierne a espiritualidad y conciencia, básicamente su perspectiva y la de quienes junto con él trabajan en esta misma línea, será la que asumiré a lo largo del trabajo.

1.1 Valores

Los valores son un tema que se encuentra en la mesa de la discusión en los diferentes espacios de la vida humana. La axiología como la disciplina encargada de su estudio, es un campo en construcción y relativamente nuevo. Como disciplina nace en la segunda mitad del siglo XIX, aunque tiene remotos antecedentes, como se ve en Platón, quien emplea el valor y el ser como sinónimos. En *La República* afirma que el Bien es el máximo valor, es decir, aquello a lo que aspira todo ser humano. Lo define como el principio máximo del orden social (en la realidad), como el máximo ideal de modelo que todo hombre debe perseguir si pretende la perfección social.

La muestra más contundente de la actual crisis de valores, económicas, políticas, sociales y medio ambientalistas, es que el mismo ser humano ha puesto en peligro su propia supervivencia.[1] La modernidad presenta paradojas como las siguientes: mientras la economía y la tecnología avanzan, mayor es la polarización de las clases sociales. La ciencia, tecnología y economía crecen y la humanidad vive los más grandes peligros como nunca antes en la historia, generados no por factores externos a las prácticas humanas, sino como consecuencia de éstas; se han incrementado las crisis existenciales, pese a que las condiciones materiales en general se han mejorado. Al respecto, Mihaly Csikszentmihalyi se pregunta: "*¿Y por qué sucede esto a pesar de haber alcanzado milagros del progreso que no podríamos ni soñar, por qué parecemos más desamparados al enfrentarnos a la vida que nuestros antepasados menos privilegiados?*"[2] Su respuesta es que mientras los seres humanos hemos incrementado los poderes materiales, estamos atrasados en cuanto a la riqueza de la experiencia.

Frente a estas situaciones de crisis, urge repensar los valores desde nuevas y complejas perspectivas. Definirlos no es fácil, algunas veces se toma como las características morales que toda persona posee, como la humildad, la piedad y el respeto; no obstante, si los reducimos a la dimensión moral, entonces, además de limitarse, también tendremos que explicar qué entendemos por moral, y seguramente nos encontraremos con serios problemas, además de ser un campo que nos aleja del objetivo de este trabajo. También se entiende como una cualidad que se confiere a las cosas, hechos o personas, una estimación ya sea positiva o negativa; el problema con esta definición es qué o quiénes determinan su carácter de bueno o malo, porque planteado así, resulta bastante ambiguo. Abraham Maslow[3] dice:

[1] Fabelo Corzo, José Ramón. 2007. *Los valores y sus desafíos actuales*, p. 17.
[2] Csikszentmihalyi, Mihaly. 2008. *Fluir*, p. 34.
[3] Maslow, Abraham H. 2001. *La personalidad creadora*, pp. 138-139.

> ...el término «valores» se define de muchos modos y significa distintas cosas para distintas personas. De hecho, es tan confuso semánticamente, que estoy convencido de que pronto renunciaremos a este término comodín a favor de definiciones más precisas y operacionales de cada uno de los significados ligados a él.

Sugiere que podemos pensar en el término «valores» como si se tratara de un recipiente en el que se encuentra una diversidad de cosas, de las que varios filósofos que han escrito al respecto han tratado de encontrar una definición que vincule todo lo que ahí se encuentra, aun cuando algunas estén por accidente. Al preguntar qué significa la palabra olvidan que es simplemente una etiqueta sin significado. Únicamente vale una descripción que sirva para cada una de las cosas que ahí se encuentran, como una especie de catálogo a través del que se definan los diferentes usos efectivos del término «valor»; en otras palabras, se trataría de una descripción pluralista. Como veremos más adelante, en este trabajo los valores se entenderán en un sentido integral. Revisemos pues algunos planteamientos que nos orientarán al respecto.

La naturaleza de los valores, como señala Fabelo Corzo,[4] ha tenido históricamente varias respuestas; tales posiciones son: la naturalista, la objetivista, la subjetivista y la sociologista. La primera ha sido la posición de más larga duración en la historia y que encontró en Demócrito (460-370 a.n.e) a su clásico representante. Según él, el bien, lo útil y lo bello es lo correspondiente con la naturaleza; en consecuencia, lo antinatural se encuentra en el mal, lo perjudicial y lo horrible, es decir, la antítesis de lo que es un valor. Si los valores son resultado de leyes naturales, entonces lo que vale o lo valioso es lo natural y lo antinatural no es valioso, por tanto no es un valor. Demócrito se ve en la necesidad de precisar que lo agradable o deleite para ser un valor tiene que corresponderse con lo moral, lo bello o lo justo. Sin esta acotación se podría caer en cierto relativismo, pues todos los seres humanos experimentamos de modo diferente situaciones y objetos iguales; algunos podrían incluso deleitarse ante una

[4] Fabelo, *op. cit*, p. 23.

injusticia o un acto inmoral, por eso no todo deleite o todo lo agradable puede ser un valor.

Esta concepción fue retomada y ampliamente impulsada con el renacimiento y con la fe depositada en la razón. Los principales exponentes de esta concepción fueron la Ilustración y en especial el materialismo francés del siglo XVIII. Se asume al género humano como una parte de la misma naturaleza. Los genuinos valores e intereses humanos coinciden con las leyes de la naturaleza. Cuando las acciones no corresponden con la naturaleza, significa que hay ignorancia[5] de lo que realmente es valioso, desconocimiento de lo mejor y se sugiere que a partir del autoconocimiento se puede acceder no sólo al bien personal, sino fundamentalmente al bien general.

La Ilustración tiene como propósito terminar con los problemas sociales, Juan Jacobo Rousseau[6] como exponente de la Ilustración planteó que el establecimiento de un contrato social garantizaría la práctica de valores asociados a los intereses naturales de todos los seres humanos, que se resume en: "*La enajenación total de cada asociado con todos sus derechos hecha a favor del común*" y Rousseau continúa diciendo más adelante: "*En fin, dándose cada cual a todos, no se da a nadie en particular…. Cada uno de nosotros pone en común su persona y todo su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general, recibiendo también a cada miembro como parte indivisible del todo*".[7]

A diferencia de la concepción naturalista de la Ilustración, Inmanuel Kant[8] consideraba que los seres humanos en esencia son egoístas y mientras practiquen sus intereses naturales serán incapaces de tener conductas valiosas. Como se puede observar esta es una postura totalmente opuesta al naturalismo; mientras que para éste los valores son acordes con la naturaleza, para Kant son antinaturales, es necesario pasar por los propios intereses para asumir conductas morales. Fue así que Kant concibió la dualidad del mundo de la realidad y el mundo del

[5] *Ibid.*, p. 25.
[6] Rousseau, Juan Jacobo. 1979. *El contrato social.*
[7] *Ibid.*, p. 15.
[8] Fabelo, *op. cit*, p. 25.

valor, precedente que sirvió a la concepción objetivista de los valores.[9] Con esta visión las ciencias naturales son relegadas junto con sus relaciones de causalidad. Según los neokantianos, a las ciencias naturales hay que dejarles todo lo que tenga que ver con relaciones de causa y efecto; los valores todos corresponden a una dimensión de lo que debe ser, de lo trascendente, de lo universal; a diferencia del mundo empírico y cambiante los valores están revestidos por una naturaleza de unidad y objetividad, en resumen, esta vertiente los asume como "*dados de una vez y para siempre, eternos, inmutables, ordenados en cierta jerarquía también inamovible*".[10] Asumidos con esta concepción, si un valor prácticamente se realiza o no, es irrelevante, porque pese a su incumplimiento sigue siendo valor como belleza, verdad o bondad.

A diferencia del objetivismo, la concepción subjetivista sugiere que el origen de los valores se encuentra en la subjetividad, es decir, en todos aquellos espacios de la experiencia subjetiva. El problema de esta concepción es que estas experiencias de la realidad varían de sujeto a sujeto, los gustos, las preferencias, las emociones, intereses y los sentimientos varían. Si todo vale, entonces corremos el riesgo de caer en un pluralismo relativista, donde todos los puntos de vista, todas las opiniones y juicios tienen el mismo valor, igual cualquier acción es moral.

Más tarde con Emile Durkheim, Lucien Lévy-Bruhl y Celestin Bougle[11] nace la concepción sociologista de los valores. Esta vertiente sugiere que valioso es lo que la sociedad asume así. En consecuencia, los valores resultan y suponen acuerdos de la mayoría, que recrean mediante tradiciones, costumbres y modos de vida. Asumidos como parte de la cultura de un grupo social, se encuentran presentes como normas, preceptos, comportamientos, gustos, preferencias, estilos de vida que se trasmiten de generación en generación a través de la educación o a través de los diferentes procesos de aprendizaje tanto formal como informal[12] que finalmente configuran su identidad cultural.

[9] *Ibid.*, p. 26.
[10] *Ibid.*, p. 27.
[11] *Ibid.*, p. 29.
[12] Salgado Román, Juventina. 2007. *Aprendiendo entre cuadernos, trompos y maíz.*

De acuerdo con esta visión, los individuos al nacer encuentran ya una tabla de valores que asumen como dados, como algo que se les impone y rebasa, como un deber ser, este es un punto de convergencia con la visión objetivista. Sin embargo, el "*deber ser*" está vinculado a la necesidad de pertenencia e identificación con su cultura. La diferencia con la visión objetivista es que para el sociologismo la realización práctica de los valores sí cuenta como parte de un acuerdo mayoritario de un grupo o una sociedad; otra diferencia es que mientras para el objetivismo son inmutables, para el sociologismo cambian, de acuerdo con las necesidades y preferencias de la mayoría; aunque pareciera que en las dos concepciones los valores son dados de una vez y para siempre.

Estas cuatro concepciones de los valores son parciales y no atienden su naturaleza de manera integral. El naturalismo se aboca solamente al vínculo natural con los objetos y las necesidades humanas. Eso puede ser correcto pero insuficiente, porque la naturaleza por sí misma no representa un conjunto de valores, es la actividad humana que atribuye significado a las cosas, por tanto, para que algo sea valioso desde lo más sencillo a lo más complejo, requiere ser calificado como tal por las personas. Además, hay necesidades humanas que tienen un carácter fundamentalmente social, como la política, la ciencia o cualquier otra práctica que nos permite relacionarnos con el entorno. Así que los valores no se pueden reducir a la relación hombre-naturaleza. Aunque esta es importante, hay otros vínculos, necesidades y prácticas que generan aquello que puede llamarse valioso.

En cuanto a la visión objetivista, el problema es que coloca la naturaleza de los valores únicamente en una dimensión trascendente, sin tomar en cuenta la participación humana. Al mismo tiempo esta es una virtud porque sienta las bases de lo que podríamos llamar valores universales y una moral que va más allá de las diferencias entre los sujetos, de esta manera es también una contraposición con el pluralismo relativista, en el que pareciera que todo tiene el mismo valor, pues la naturaleza de los valores para esta concepción se encuentra en la subjetividad, que es tan amplia como tantas opiniones, puntos de vista o juicios haya. Sin embargo, el objetivismo tiene también sus limitaciones: al no vincular los valores con

una base concreta de la vida humana, con sus transformaciones y dinámicas, olvida también las diferencias entre las culturas de los distintos grupos sociales. En resumen, el problema más grande de esta visión es la invariabilidad de los valores, establecidos y determinados para siempre, independientemente de la acción humana.

El subjetivismo, en cambio, vincula a los valores directamente con las necesidades e intereses de los sujetos, lo que es un punto positivo, como dice Fabelo Corzo: "*...En realidad, no tiene sentido hablar de valores si éstos no se vinculan con la vida humana*".[13] La relación entre la acción humana y los valores cobra sentido en este orden y no al revés; son los sujetos sociales quienes generan sus valores a través de los diferentes procesos en los que construyen y recrean nuevas necesidades, intereses y significado de sus realidades. Sin embargo, esta concepción también cae en cierto reduccionismo. Si lo valioso depende de gustos, preferencias, intereses, juicios y hasta de la cultura de pertenencia, entonces todo se torna relativo y pluralista, ya que todo mundo tiene razón, cada uno tiene su verdad y lo considera valioso. Este es el problema fundamental del subjetivismo.

En respuesta a las limitaciones de estas concepciones nace la propuesta sociologista, que plantea a los valores como resultado de las consideraciones mayoritarias de una sociedad. Así, cada cultura tiene su propia tabla de valores determinados por la mayoría. Coincide con el subjetivismo en cuanto al problema fundamental, sujetar los valores a la opinión de la mayoría nos llevaría a la consideración de que eso sería suficiente para que todos los valores de las diferentes culturas valieran igual, aun cuando sus prácticas generen violencia, desorden, desequilibrio y desarmonía, es claro que ni todo es valioso, ni todas las prácticas se justifican simplemente porque son de la mayoría.

Ha habido varios intentos por resolver las limitaciones y contradicciones de las cuatro concepciones de los valores, pero ninguna las asume de manera integral. Incluso planteadas desde la perspectiva de las diferentes disciplinas resultan limitadas, al ser consideradas en el marco de su propio campo. Así por ejemplo, para la economía, se torna simple

[13] Fabelo, *op. cit.*, p. 32.

valor económico, mientras que para la psicología y la pedagogía el valor está centrado en el mundo de la subjetividad, para la primera los valores son desde la subjetividad social o individual y la segunda se preocupa fundamentalmente por la formación de la conciencia valorativa. Para la sociología, los valores están relacionados con las fuerzas que impulsan el funcionamiento de la sociedad a la intencionalidad de los comportamientos sociales, de comunidades o sujetos específicos. Los valores para la sociología son objeto de estudio cuando son constituyentes de la conciencia. Para el Derecho el valor es todo lo que se apega a la ley y evidentemente normado como institución. La política entiende como valor todo aquello que posibilita el poder, aunque desde la axiología no sea un valor. Obviamente estamos hablando del sentido actual y distorsionado de la política, porque si nos referimos a su connotación genuina e integral, entonces el valor significaría aquello que sirve al bien común. Está claro que cada disciplina aborda los valores desde su propio campo y que pudiera ser correcto, pero insuficiente.

Como señala Fabelo Corzo,[14] hasta ahora existe un uso indiscriminado del concepto valor debido a una inadecuada teoría axiológica. El problema es que una acepción particular del valor se erige en filosófica, o bien se retoman diferentes contenidos de lo que se considera valor y se pretende "integración" lo que más bien es "montonismo", porque no se trascienden e incluyen a partir de los elementos mejores y comunes de las diferentes concepciones.

Frente al reduccionismo de estos planteamientos está emergiendo una nueva visión, que contempla las diferentes dimensiones de los distintos niveles de totalidad, con fundamentos filosóficos que consideran la unidad y la interconexión. Ésta en realidad no es del todo nueva, los filósofos griegos, como Platón y Sócrates, entre otros, ya planteaban la necesidad de explorar las dimensiones interiores, al señalar la importancia del autoconocimiento. Hoy se están haciendo planteamientos en el sentido de integrar la ciencia occidental con la antigua sabiduría de oriente, lo mejor de la sabiduría premoderna y de la ciencia moderna,

[14] *Ibid.*, p. 53.

sugiriendo que para generar valores esenciales orientados al bienestar común, requerimos de la reconciliación entre ciencia y espiritualidad y hacernos conscientes de nuestra naturaleza divina.

La visión integral del universo está sustentada en las teorías de los grandes pedagogos, en la Filosofía Perenne, cuyo máximo representante es Aldous Huxley, y en lo que se conoce como la nueva ciencia, entre las que se encuentran: la teoría de gaia, física moderna, teoría del caos, teoría de la complejidad, resonancia mórfica, orden implicado, y la teoría holográfica, entre otras. Estas fuentes integran lo mejor de diferentes planteamientos correctos pero parciales. En este marco, los valores son planteados desde una perspectiva integral, dejando de ser abordados por sí mismos, para ser tratados desde dimensiones interiores como la espiritualidad y la conciencia, en integración con las dimensiones externas.

Si bien los buenos juicios morales son importantes, lo verdaderamente trascendente es pasar a la acción. La espiritualidad es la que nos permite actuar en función del bien común más allá del personal, la que posibilita el despliegue de una conciencia transpersonal y kosmocéntrica. El desarrollo moral está bien, pero no es suficiente, porque con él nos quedamos sólo a un nivel cognitivo o de teoría, mientras que la espiritualidad supone un elevado nivel de conciencia para actuar correctamente, de modo que el buen juicio moral sea prácticamente congruente.

Más allá de dimensiones cognitivas, el ejercicio de los valores tiene que ver directamente con la naturaleza divina de las personas, con lo que esencialmente somos. Como sostiene Abraham Maslow,[15] los seres humanos somos esencialmente buenos y es más importante usar esa naturaleza como principio rector de nuestra vida, para vivir de modo feliz, provechoso y saludable. Plantea que se debe investigar cómo es realmente el ser humano en su interior como parte de la especie humana y en cuanto individuo particular, porque entre más lo conozcamos respecto a sus tendencias naturales, más fácil será decirle cómo ser buena

[15] Maslow, Abraham. 2001. *El hombre autorrealizado*, pp. 26-27.

persona, amarse y respetarse a sí mismo y desplegar sus más altas potencialidades. La mejor forma de saber cómo actuar es conociendo qué y quiénes somos, pues las decisiones de valor y éticas atraviesan por lo que se es, por nuestra propia naturaleza, a la cuál, si la conocemos, es más fácil actuar correctamente.

Maslow sostiene que el autoconocimiento parece ser el instrumento más importante, aunque no el único. Se infiere que ello implica el conocimiento de los demás y del mundo, proceso en el que juegan un papel importante no sólo los terapeutas, sino también la educación y la familia. Independientemente del camino que cada uno elija, es crucial entender que los valores suponen no sólo la autorrealización, sino también y fundamentalmente el bienestar común, lo que significa realización del Ser.

En términos generales, los valores se han tomado como lo valioso para el pensamiento predominante de la sociedad y desde distintas perspectivas; es en ese sentido que están ligados con el nivel de conciencia. De manera más específica, según mi opinión, los valores esenciales son: "*Prácticas que posibilitan la armonía y el bienestar común, no sólo entre los seres humanos, sino también para cualquier forma de vida y todas las cosas, que nos permiten desplegar un sentido de totalidad y síntesis con el Universo.*" Esta idea trasciende el autoconocimiento, y nos lleva no al conocimiento de los otros, sino que supone ya el conocimiento de los otros. Cuando me conozco, conozco a los otros, al mundo, al Universo. "*...pues la experiencia de estar conectado con toda la naturaleza y de pertenecer al universo, es la esencia misma de la espiritualidad*".[16]

1.2 Espiritualidad

Definir la espiritualidad es complicado, por su misma naturaleza y complejidad, a riesgo de caer en cierto reduccionismo y olvidar que si bien ha estado presente en los distintos momentos de la humanidad, como el

[16] Capra, Fritjof. 2007. *El tao de la física*, p. 15.

anhelo de lo trascendente, teóricamente es un campo en construcción. La connotación más sencilla de Espíritu equivale a aliento o respiración, donde la espiritualidad por tanto sería la expresión que hacemos del Espíritu, como aquello esencial y común que se encuentra en todos y en todo. Fritjof Capra[17] también lo considera como el aliento de vida y agrega que los momentos espirituales que vivimos, son los más intensos o vivos, en los que somos más conscientes de lo que está en nuestro alrededor y cuya experiencia es de pertenencia a la totalidad.

La espiritualidad no consiste en un conjunto de creencias. Independientemente de que se crea en la existencia de los ángeles, en el cielo y el infierno, en la existencia de otras vidas después de la muerte, en la reencarnación, en Buda, Cristo, Brahman, en lo que sea, se puede desplegar espiritualidad o no. Aunque siempre está latente la posibilidad de que una genuina espiritualidad sí degenere en dogma.

Tampoco depende de un nivel académico. Incluso muchas veces parecen contraponerse, en estos espacios prevalece la idea de que la ciencia moderna ha logrado relegar definitivamente a la espiritualidad y todo lo que con ella tenga relación. Sobre todo porque se confunde espiritualidad con religión (al menos en el sentido distorsionado de esta última), es importante dejar muy clara la diferencia, de lo contrario difícilmente podemos proponer y abrir la posibilidad de reconciliación entre ciencia y espiritualidad.

La religión ha perdido su propósito de Re-ligare como reunir, religar, vincular, relacionar, distorsionando su sentido de instrumento que posibilita el proceso de la evolución, como objetivo último de todo ser kósmico.[18] Hoy tenemos la necesidad y obligación de señalar lo más precisamente posible las diferencias con la espiritualidad.

La espiritualidad es un fenómeno personal que expresa la relación entre uno y el kosmos, mientras que la religión es una agrupación organizada que necesita de un espacio físico y una estructura de mediadores establecida jerárquicamente, para servir de enlace entre el individuo y lo

[17] Capra, *op. cit.*

[18] Kósmico o Kosmos denota el sentido amplio e integral, en el que se incluyen todas las dimensiones, desde lo físico hasta lo espiritual; mientras que Cosmos se refiere únicamente al nivel de totalidad sistémico o físico.

divino. Generalmente la religión no fomenta el despliegue de experiencias personales de sus adeptos, incluso en muchos casos pueden considerarse un riesgo para la estabilidad de su organización, pues al entrar en una relación directa con lo sagrado, se percatan que no hacen falta los mediadores y se abre la posibilidad de independizarse. La genuina espiritualidad no requiere de que alguien medie entre quien la vive y lo divino, porque es una experiencia directa de comunión y síntesis con el Todo. La pertenencia a una religión o iglesia es irrelevante para desarrollar la espiritualidad o no; puede haber religión sin espiritualidad y viceversa, espiritualidad sin religión.

Muchas veces la religión ejerce control, promoviendo la asistencia regular a su iglesia, y a través de la instrucción de cómo relacionarse adecuadamente con Dios. Evidentemente el ejercicio de la coacción por parte de los líderes y la sujeción de sus miembros, expresa bajo nivel de conciencia y desconocimiento de la naturaleza divina que ya somos. Los místicos, por el contrario, no necesitan un espacio físico específico, asumen que lo divino se encuentra en cualquier lugar y que su propio cuerpo es un espacio donde habita lo sagrado.

Con la espiritualidad se trata de volver al origen y experimentarla directamente en la vida, sin mediadores, que en muchos casos ni siquiera han tenido este tipo de experiencias y pretenden sugerir a sus adeptos cómo relacionarse con lo trascendente, como si se tratara de fórmulas infalibles. Aunque hay que señalar que en las religiones existen también excepciones que propician vivencias unitivas y de totalidad con el kosmos; sin embargo, esa no es la regla: "... *no obstante, una religión con un enfoque místico genuino podría cambiar de verdad el mundo*".[19]

Las crisis actuales nos apremian a buscar más espiritualidad en lugar de más religiones, porque es frecuente que los problemas sean justamente generados por sus conflictos entre sí. En varios lugares la violencia es propiciada precisamente entre religiones, por eso creo que es la espiritualidad en su sentido más auténtico, la que puede proporcionarnos la paz que como humanidad estamos buscando.

[19] Laszlo, Ervin *et al.*, 2000. *La revolución de la conciencia*, p. 61.

Las sociedades modernas con el pensamiento materialista nos llevan a pensar que esa paz la obtendremos por lo que tenemos, por lo que hacemos, por el estatus social que logramos y por lo que percibimos en nuestro entorno. De ahí que siempre estamos pensando en tener más objetos materiales y en todo aquello que nos da prestigio ante los demás; los valores que adoptamos son congruentes con esta manera de ver el mundo.

> ...la gente todavía tiene la esperanza de que cambiando las condiciones externas de su vida hallará la solución de sus problemas. Si pudiesen ganar más dinero, estar en mejor forma física o tener una pareja que les comprendiese más, realmente serían felices. Aunque reconozcamos que el éxito material no trae consigo la felicidad, nos enzarzamos en una pugna interminable por alcanzar metas externas, esperando que con ello mejore nuestra vida.[20]

Es con las experiencias espirituales como accedemos directamente a los espacios sagrados. A través de ellas podemos percatarnos de la interconexión y la totalidad que subyace en las apariencias de separación, nos conducen hacia una visión de unidad y universalidad. Desafortunadamente las religiones tal como hoy existen, más que unir, dividen, fomentan la discordia, contribuyendo de esta manera a incrementar la crisis mundial. De origen la sabiduría es genuina pero se distorsiona cuando se va trasmitiendo de unos a otros, convirtiendo sus contenidos en conjunto de dogmas o doctrina.

Es posible que en un futuro la religión se vuelva a plantear en su sentido genuino de Re-ligare, como religar, reunir, basada en la experiencia personal y directa, respetando las diferentes maneras en que cada individuo se conecta con lo divino. Una religión que sea el medio para promover el desarrollo de la conciencia de unidad y de interconexión con todos y con todo.

La espiritualidad también se ha asociado equivocadamente con fenómenos paranormales, y se piensa que quienes tienen ese tipo de

[20] Csikszentmihalyi, *op. cit.*, p. 75.

experiencias tienen mayor desarrollo espiritual. Sin embargo, esta dimensión no supone estos sucesos, en algunos casos incluso podrían contraponerse. Tampoco se trata de categorías psicológicas, éstas pueden existir independientemente de la espiritualidad o viceversa.

El desarrollo humano es otro de los factores con los que se confunde a la espiritualidad. Aunque la preocupación por éste se ha extendido ampliamente en las sociedades modernas, dista mucho de tocar a la dimensión espiritual, en algunos casos podríamos decir incluso que es una línea que se antepone a la espiritual. Su preocupación fundamental estriba en el desarrollo personal, en posibilitar el desarrollo de distintas potencialidades, pero fundamentalmente de naturaleza humana, no espiritual; es en ese sentido que tal desarrollo puede tornarse patológico. Por ejemplo, cuando se busca desarrollar potencialidades y su aplicación está orientada sólo al beneficio propio, aun cuando sea en perjuicio ajeno, del medio ambiente o de otra vida.

La espiritualidad no depende tampoco del tiempo o del conocimiento. No significa que a mayor edad le corresponde mayor nivel de espiritualidad o que entre más conocimiento tengamos más espirituales seremos. Si bien hay una tendencia hacia la evolución (posición a la que me adhiero) y en este sentido el tiempo está implícitamente presente, no es una condición para experiencias espirituales, porque si así fuera hablaríamos de un desarrollo lineal y hoy más que pobreza tendríamos riqueza espiritual. En cuanto al conocimiento, si bien es importante como dimensión cognitiva que nos permite capacidad de discernimiento, no supone espiritualidad, una cosa es el conocimiento a ese nivel y otra su puesta en práctica.

En las diferentes épocas de la historia humana han existido diferentes grupos sociales, de distintas razas, color, lengua, con sus correspondientes costumbres, estilos de vida, cultura. Pero ninguna de estas cualidades determina su espiritualidad, ya que ésta puede desarrollarse independientemente de cualquiera de estas características. La espiritualidad no depende del grado de memoria que se tenga o del pensamiento. Tampoco de la riqueza o pobreza material, no puede medirse por el nivel socioeconómico, por el status o por la clase social, ni está basada en la autoridad.

¿Qué es entonces la espiritualidad? Experiencia inmediata y directa con el Todo; paz, salud, bienestar. Todo aquello que despliega y nutre lo mejor de nosotros; experiencia vivencial e interna, inherente a la naturaleza del ser humano; despliegue de la naturaleza esencial; posibilita el desarrollo de la conciencia que permite encontrar a todo un sentido profundo y estético; posibilita la capacidad de ser feliz a pesar de las circunstancias, no por ellas. Espiritualidad es todo aquello que nos hace ser mejores personas, pero que al mismo tiempo nos permite apertura para reconocer la sombra para trascenderla, no para nutrirla. Como dice Stanislav Grof,[21] la verdadera espiritualidad tiene que ver con una profunda toma de conciencia, de la unidad con todos y todo, que supone trascender raza, cultura, color o la pertenencia a una iglesia.

Como un asunto práctico supone estado de síntesis y de unidad con uno mismo, con los otros y con el Todo, como el arte de la sublimación y reconciliación con las energías primordiales y el consecuente desapego de las formas defensivas y reactivas del yo. Desafortunadamente, la connotación que históricamente se le ha atribuido a la espiritualidad ha distorsionado su significado genuino, muchas veces se le atribuye un carácter de dogma o como un conjunto de creencias. Sin embargo, la espiritualidad es laica y entendida en su mejor sentido nos conduce a mayor sensibilidad estética, a la capacidad de asombro, a tornar extraordinarios los eventos cotidianos de la vida, a mayor capacidad de amar, de compasión, de perdón, de reconocernos en la mirada del otro, en toda forma de vida, en el Todo. La espiritualidad, aunque es experiencia personal y directa, no es experiencia de aislamiento, de disociación, sino de totalidad, experiencia de Ser Uno con el Todo. Por eso la espiritualidad es fundamento de la evolución de la conciencia y al mismo tiempo es expresión.

La espiritualidad es conciencia de integridad y nos conduce a la búsqueda de bienestar común, en el sentido amplio de considerar todas las necesidades, no sólo las materiales, que si bien son importantes, son apenas un elemento de la totalidad, necesarias, pero insuficientes;

[21] Grof, Stanislav. 2003. *La evolución de la conciencia.*

también incluyente en el sentido de considerar a los demás y a todas las formas de vida. El bienestar material por sí solo no dota de sentido a la existencia, pero si se integra con la espiritualidad, entonces adquiere un sentido amplio y profundo. Como experiencia inmediata y directa con el Todo, nos trae paz, salud y bienestar; nos permite desplegar y nutrir lo mejor de uno, el desarrollo de la conciencia, como experiencia interna y vivencial e inherente a la naturaleza del ser humano.

La espiritualidad para John White:

> En términos físicos, consiste en reconocer el misterio y el milagro del origen creativo detrás de la materia.
>
> En términos biológicos, consiste en comprender que detrás de todo cambio de vida hay una inteligencia divina que evoluciona hacia una integridad y perfección cada vez más elevadas.
>
> En términos psicológicos, consiste en descubrir dentro de uno mismo el origen último del significado y la felicidad.
>
> En términos sociológicos, consiste en ayudar a los demás desinteresadamente, sin distinción de razas, credos, color, género, clase o nacionalidad.
>
> En términos ecológicos, es mostrar respeto por todos los reinos de la vida, sea mineral, vegetal, animal, humana o espiritual.
>
> En términos cosmológicos, consiste en ser uno con el universo, en consonancia con el infinito, abundando en el Tao.
>
> En términos teológicos, consiste en ver a Dios en todas las cosas, en todos los eventos y en todas las circunstancias como la luz infinita y el amor incondicional. [22]

La espiritualidad nos permite ser mejores personas, en relación con los otros y con todo y ser felices independientemente de lo que suceda en nuestro entorno. Expande nuestras potencialidades, despliega capacidades, pues incluye todas las dimensiones, posibilitando mayor nivel de desarrollo. Respecto a los posibles estadios del desarrollo espiritual,

[22] White, John. 1992. *Qué es la Iluminación*, p. 204.

dice Wilber[23] que las líneas evolutivas pueden estar ocasionalmente en contradicción, no necesariamente tienen coherencia, un desarrollo simultáneo; por ejemplo, el nivel de desarrollo cognitivo no necesariamente corresponde con un nivel de desarrollo espiritual, incluso pueden estar polarizados, que alguien tenga alto nivel académico no significa elevado desarrollo espiritual; o un alto nivel de memoria o pensamiento, un alto nivel económico, desarrollo humano o cultural, tampoco corresponde necesariamente a un nivel espiritual.

Para Willber,[24] la palabra espiritual puede entenderse en dos sentidos: a) como una línea de evolución separada, o b) como logros superiores de todas las líneas, en cuyo caso el desarrollo espiritual será consecuencia del desarrollo de otras líneas. Según él, ambas perspectivas son correctas, pero se debe precisar a cual de ellas nos referimos cuando hablamos de lo espiritual. Por ejemplo, si nos referimos a lo espiritual como una línea evolutiva separada, asumiremos que puede desarrollarse junto, después o paralelamente al de otras líneas. En cambio, si la consideramos como logro superior de todas las líneas, entonces tendremos que sentar las bases de lo trans, es decir, sólo después de que se consigue un alto nivel cognitivo tendremos un elevado nivel de desarrollo espiritual, después de alcanzar un desarrollo personal, se puede lograr un desarrollo transpersonal.

Siguiendo en la lógica de Wilber, asumimos que ambas perspectivas son correctas, dependiendo del contexto al que nos referimos cuando abordamos la espiritualidad. Por ejemplo, el desarrollo moral puede corresponder al pensamiento preconvencional, donde lo correcto son mis propios deseos y al mismo tiempo mi desarrollo espiritual puede ser elevado, esto quiere decir que se despliega independientemente de otras líneas, pero si pensamos en un desarrollo moral postconvencional y a éste le corresponde un alto desarrollo espiritual, entonces estamos asumiendo a la espiritualidad como una línea de logro superior.

Es importante comprender desde dónde comprendemos el desarrollo espiritual, porque entonces podremos comprender también si tomamos a

[23] Wilber, Ken. 2001. *El ojo del espíritu.*
[24] *Ibid.*

lo espiritual como línea o como nivel. Si lo consideramos como nivel, entonces nos referimos a lo post-postconvencional, es decir, como un logro que trasciende, que incluye, que supera a cualquier otra línea de desarrollo y nos movemos en una lógica de realidades superiores trascendentes, que van más allá del ego convencional que no es espiritual. Desde esta perspectiva el desarrollo espiritual aparece de modo estable sólo cuando lo preconvencional, postconvencional, ha sido verdaderamente trascendido.

Lo espiritual como línea aparece de manera independiente, que puede desarrollarse junto con otras, antes o después, dice Wilber *"es absolutamente necesario que quienes recurran a esta acepción especifiquen con detalle las características de la «línea espiritual», porque no es posible hacerlo apelando a las características distintivas de otras líneas (como amor, conciencia, moral, etcétera) ni referirse tampoco a los logros superiores de las otras líneas..."*[25]

Para Ken Wilber,[26] en cualquiera de las dos acepciones que se tome la espiritualidad, su desarrollo supone pasar por estadios, es decir, las olas generales que deben atravesarse son las mismas (preconvencional-postconvencional y post-postconvencional), planteado de esta manera la línea espiritual tendrá que pasar de lo prepersonal a lo transpersonal.

En términos de conciencia, se tendrá que trascender la arcaica de interés individual y preconvencional a la conciencia post-postconvencional, atravesando la convencional y la postconvencional, donde los intereses personales dan paso a los intereses comunes, donde los valores dejan de ser individualistas para ser transpersonales. Todas las personas nacemos en el primer nivel de conciencia y entre más alto es el nivel, menos gente lo alcanza. Las olas más elevadas no dejan atrás a las inferiores, más bien se trascienden y se incluyen. A medida que se avanza a una conciencia integral, el ser humano tiene la posibilidad de acceder a la totalidad, la sabiduría, la ciencia y la tecnología. Desafortunadamente, con la modernidad sólo se ha privilegiado el desarrollo de las dos últimas,

[25] *Ibid.*, p. 224.
[26] *Ibid.*, pp. 225-226.

tanto que hoy como nunca antes tenemos la posibilidad de acceder a todas las culturas pasadas y presentes, mientras que en otros tiempos este acceso era casi nulo.

Ken Wilber se pregunta si en medio de tantas crisis hay condiciones para que emerja una vanguardia de la evolución de la conciencia. A pesar de que nos encontramos en la "*generación del despertar*", también piensa que ésta ha caído en el narcisismo, por lo que se considera paradójicamente la "*generación del yo*", una nueva que impulsa el despertar global, pero que está aquejada por una inflación del ego, mezclada con creatividad y capacidad cognitiva. Esta cultura narcisista evidentemente se opone a la visión integral.

Sin embargo, aunque pareciera que sólo hay una tendencia hacia un marcado narcisismo e individualismo y en consecuencia un creciente afán por el materialismo y sus correspondientes dimensiones externas, hoy asistimos también a cambios significativos de conciencia y al interés por desplegar dimensiones subjetivas y concretamente la espiritualidad, sustentados por teorías de frontera y la misma Filosofía Perenne que resurge de la antigüedad.

Los seres humanos nos encontramos en un punto crucial de la evolución de la conciencia. Por fortuna, junto al lado sombrío de las crisis, también hemos desarrollado un alto potencial para lograr elevados niveles que nos permitan acceder a experiencias trascendentes de unicidad. Por ejemplo, el mismo Ken Wilber[27] plantea la necesidad de reconciliar la ciencia y la religión como dos aspectos del universo y como una forma de recuperar las dimensiones objetivas y subjetivas de los diferentes niveles de totalidad.[28] Aun cuando según mi opinión, se trataría más bien de proponer la reconciliación entre Ciencia y Espiritualidad, porque la religión, tal como hoy se entiende, comporta un carácter fundamentalmente dogmático; reconozco que Wilber ha hecho contribuciones imponderables en esa dirección. Sus aportes revelan que la conciencia es sumamente relevante para el reencuentro de estos campos.

[27] Wilber, Ken. 2004. *Ciencia y religión.*
[28] Wilber. *El ojo del espíritu*, p. 56.

1.3 Conciencia

La palabra conciencia proviene del latín *conscientia*, que en general se entiende como el conocimiento que un ser tiene de sí mismo y de su entorno. También se entiende como el conocimiento del bien que debe hacerse y del mal que hay que evitar, como noción de lo justo, conocimiento exacto y reflexivo de las cosas. Sin embargo, conciencia es una noción que se ha entendido en diferentes sentidos y desde distintas perspectivas, definirla es bastante complicado, sobre todo cuando se trata de hacerlo de modo complejo e integral y como una dimensión interior que se expresa en prácticas, estilos de vida y formas de pensar. John White opina que:

> ... Algunos científicos, sir Russell Brain, por ejemplo, han afirmado que pueden aprenderse muchas cosas acerca de la conciencia, pero que la conciencia misma no puede ser definida más que en términos subjetivos o en términos algo menos fundamentales que la conciencia. Es decir, podemos acumular datos acerca de lo que sucede durante la conciencia, pero nunca llegar a las verdaderas cualidades de la conciencia misma.[29]

En términos de proceso psicológico se entiende como aquello que nos permite darnos cuenta de sí mismos, de los demás y del mundo. Planteado de esta manera el problema es qué significa "darnos cuenta", en otras palabras, en qué nivel nos "damos cuenta"; esto nos lleva a plantearnos que hay diferentes niveles de conciencia y a entenderla también como un proceso evolutivo. "*... En el sentido más alto se está conciente de la fuerza vital, condición universal que impulsa como conciencia inteligente y propia*".[30] Lo importante, como dice David Steindl-Rast,[31] es estar conscientes de algo, de que formamos parte de algo, que pertenecemos a este mundo, al universo, a una realidad esencial. Conciencia entonces es percatarnos, darnos cuenta, saber que formamos parte de una totalidad y sentir la comunión con nuestro Ser, con los demás, con lo divino.

[29] White, John. 2000. *La experiencia mística*, pp. 17-18.
[30] *Ibid.*, p. 19.
[31] Steindl-Rast, David. 2003. *La evolución de la conciencia.*

También se entiende como la capacidad de percatarnos de nuestra realidad, de las circunstancias que vivimos, así como del pasado.[32] Conciencia de lo que nos sucede ahora mismo, como leer, comer, hacer ejercicio, conversar, etc. Podemos ser conscientes de los sentimientos que experimentamos ahora, de lo que observamos en nuestro entorno. De lo contrario, no somos conscientes como cuando por alguna razón perdemos el sentido y no experimentamos los acontecimientos pasados ni presentes. Sin embargo, esta acepción es todavía reduccionista, al considerar sólo el mundo externo. Si conciencia es percatarnos de la realidad, entonces esta última tenemos que entenderla en su sentido más amplio, de manera que incluya no sólo dimensiones objetivas sino también subjetivas, lo que significaría que la conciencia es darnos cuenta también de nuestro propio mundo interior, como dice Carl Jung[33] a propósito de la pregunta "*¿Qué es la conciencia? Ser consciente es percibir y reconocer el mundo exterior, así como el propio ser en sus relaciones con este mundo exterior*".

Según Viktor E. Frankl,[34] para comprender ontológicamente el fenómeno de la conciencia, necesitamos retraernos a su naturaleza trascendente. Sólo puede entenderse en el marco de su dimensión transhumana. La conciencia encuentra su origen justamente en el trascendente, no hace alusión al trascendente sino más que eso, es el trascendente. Su origen no se puede reducir a lo psicológico, pues su carácter es fundamentalmente ontológico y por tanto trascendente.

Hay dos tipos de conciencia,[35] la espontánea o directa, y la refleja. La primera se refiere a la percepción inmediata, fundamentalmente está referida a la experiencia sensible, al aquí y al ahora, como tener calor, frío, hambre, observar ciertas circunstancias del entorno inmediato; o bien, conciencia de cómo satisfacer determinadas expectativas o evi-

[32] Ballus, Puri. 2002. *Enciclopedia temática Universal y de México.*
[33] Jung, Carl. 1998. *Los complejos y el inconsciente*, p. 96
[34] Frankl, Viktor E. 1999. *El hombre en busca del sentido último. El análisis existencial y la conciencia espiritual del ser humano.*
[35] Ballus, *op. cit.*

tar ciertos acontecimientos que nos pudieran afectar, saber por ejemplo dónde conseguir agua cuando tenemos sed, o cómo huir de algún peligro. En cambio, la conciencia refleja es percibir la propia percepción, por lo que también se le conoce como autoconciencia, nos damos cuenta de nuestra propia conciencia, por ejemplo, somos conscientes de que nuestra visión hace posible la percepción de una mesa, un árbol, una silla o cualquier otra cosa, de modo que el ser humano puede percatarse de su propia conciencia, lo que supone que no sólo observa algo objetivo, sino también que lo comprende a través de la inteligencia. Con este tipo de conciencia podemos ser conscientes de nuestro yo, de nuestra forma de vivir y de nuestros valores.

Hablar de la conciencia en el sentido de darse cuenta de cualquier contenido psíquico, implica percatarse de afectos, juicios, deseos. De manera que ser inconsciente significa que el individuo no se percata de sus experiencias interiores; si fuera absolutamente inconsciente de todas las experiencias significaría que no se da cuenta de los impulsos, sentimientos, deseos o miedos, pero no que éstos no existen.

Un uso diferente de la conciencia y la inconciencia es cuando se toma a la primera como una parte de la persona y la segunda otra parte, como si ésta fuera un lugar profundo donde se encuentran contenidos que no están en la superficie.

Otra visión de la conciencia es aquella que la identifica con el intelecto reflexivo. El inconsciente, por el contrario, se refiere a lo irreflexivo; al parecer esta opinión no ha sido muy aceptada, porque no todo lo consciente es reflexión intelectual, aunque esta última siempre es consciente. Por ejemplo, cuando vemos algo, somos conscientes de ese algo; aun cuando no sea reflexión, podemos tener conciencia de nuestro entorno, sin pensar en él.

En términos psicoanalíticos, pareciera que la conciencia vale más que la inconciencia, si así no fuera, ¿por qué querríamos ampliar sus ámbitos? Pero desafortunadamente la mayoría de lo que tenemos en este nivel de conciencia es pura ilusión, fundamentalmente por el condicionamiento social, no tanto porque no seamos capaces de conocer la realidad; además, también el ser humano ha tenido de manera particular la necesidad de sobrevivir y esto generalmente lo logra ignorando los

fines comunes. Resulta que el contenido de la conciencia no es real, sino ficticio, por eso su contenido no es valioso ni deseable, lo importante es cuando la realidad que se encuentra en el inconsciente se revela, cuando se vuelve consciente.

En virtud de que el Hombre posee una estructura más amplia y compleja, trasciende la "conciencia simple", propia de los animales, y puede tener conocimiento de sí mismo y de su experiencia como sujeto. Pero hay experiencias que no son fácilmente percibidas por la conciencia, las que más se perciben son las que tienen directamente relación con la supervivencia del individuo o del grupo. Aquellas sutiles o que no se consideran relevantes, no entran en el campo de la conciencia. Por eso en las sociedades donde predomina el pensamiento occidental el desarrollo de la conciencia se limita a fines materialistas básicamente; mientras que en sociedades con una visión más integral, la conciencia se expande y su campo incluye realidades trascendentes. Así que el tipo de experiencias que se cultiven depende del pensamiento predominante en una sociedad, en otras palabras, depende de qué se considere valioso para esa cultura.

La conciencia en su limitado desarrollo hasta ahora, expresa al individuo en relación con sus circunstancias sociales, mientras que el campo del inconsciente representa al Hombre como totalidad, como parte del Kosmos y el microcosmos que él es, la esencia que comparte con los animales, las plantas y todo el medio ambiente. El inconsciente es todo ese campo que el ser humano tiene el desafío de hacer consciente, por eso a medida que evoluciona la conciencia, su campo se expande y los contenidos del inconsciente salen a la luz. Erich From[36] dice que no hay algo que se pueda llamar "consciente" o "inconsciente, pero lo que sí existe son grados de conciencia-conocimiento y de inconsciencia-desconocimiento. Hacerse consciente de algo que antes se desconocía significa ampliar y contactar con otras realidades. "*... Ampliar la conciencia significa despertarse, quitar un velo, abandonar la caverna, hacer la luz en la obscuridad* ".

[36] Suzuki, D.T. y From, Erich. 2009. *Budismo zen y psicoanálisis.*

El proceso de hacerse consciente supone un conjunto de experiencias cada vez más amplias y profundas, que trascienden el conocimiento teórico intelectual, dejando atrás la idea de que el individuo se conoce como un objeto, separado y disociado, porque va más allá del pensamiento racionalista y dualista occidental. El Hombre se hace consciente de la realidad trascendente que él mismo es, no como algo que está en el mundo de afuera; lo que hay en el entorno deja de ser algo diferente y separado, es parte de uno mismo, somos lo mismo, de hecho no vemos al otro, somos el otro, por tanto, en eso que vemos nos convertimos. Es entrar en contacto con toda la humanidad, donde ya nadie me es extraño.

La consciencia constreñida al egocentrismo es como estar en la caverna de Platón, ver las sombras y confundirlas con la sustancia, pero a medida que el Hombre se hace consciente, conoce la verdad, sabe que las sombras no son la sustancia, al despertar abandona la caverna y sale a la luz, ¡se ha iluminado! Este proceso de conocimiento no es del tipo reduccionista de la ciencia moderna, no es intelectual, el Yo no se conoce como algo material, sino como lo mismo, es decir, el conocedor y lo conocido son Uno mismo. Intelectualmente no se puede dar cuenta de esta realidad porque su conocimiento es inefable y muchas veces inaccesible para quienes no la han vivido. Incluso la mente resulta ser un obstáculo para acceder a este tipo de conocimiento.

La conciencia de unidad como el nivel más alto, no entra en la lógica de nuestro lenguaje, porque se mueve en planos diferentes, donde el individuo desaparece de algún modo, se olvida de sí mismo y el egoísmo ya no existe, porque se es uno con lo divino, tal como la gota de agua que vuelve al mar. Las palabras y el intelecto no sirven para explicar estos estados de conciencia, no es posible comprenderlos lógicamente o a través del análisis, racionalmente no se pueden explicar aun con todo el esfuerzo que se haga, ni con las mentes más brillantes. La razón es importante sólo como herramienta, para realizar actividades de la vida diaria o de otro campo de conocimiento, pero no para razonar los espacios sutiles de la conciencia. Sin embargo, potencialmente, todos podemos desarrollarla y experimentar los niveles más altos, vivir la realidad plenamente con toda conciencia, pero sin reflexión intelectual.

El Hombre despierto, consciente de lo que es, se libera de las cadenas del ego. Este proceso constituye una revolución interior porque se trastocan y se revelan contenidos del inconsciente que habían estado en la obscuridad. Es el despertar a la intuición directa e inmediata. Salir a la luz implica entrar en un contacto más profundo con todo, con otras especies, con la humanidad y con uno mismo; la necesidad de razonar va disminuyendo a medida que más se experimenta la trascendencia y la Iluminación, disminuye la necesidad de apego al ego, al estatus y a los objetos materiales. Con ello también tienden a desaparecer los miedos, angustias e inseguridades; las resistencias a conservar el individualismo, egoísmo y los conflictos con todo lo que antes se suponía ajeno a uno.

Cualquiera que sea la perspectiva de abordar la conciencia existen puntos de convergencia. Por lo menos hay dos grandes coincidencias: 1) la conciencia como el "darnos cuenta" y 2) la conciencia como un proceso que posibilita la evolución y que significa niveles. Como proceso supone desarrollo y evolución, desde niveles inferiores a niveles superiores. Sin embargo, cada nivel es una totalidad que incluye y trasciende, y como dice Ken Wilber: "*En toda secuencia evolutiva, la totalidad de un determinado nivel se convierte en una mera parte del siguiente nivel...*"[37] por ejemplo, una hoja es parte de una rama y ésta a su vez es parte de un árbol; un dedo es parte de una mano y ésta de un brazo. La palabra Holón acuñada por Arthur Koestler está referido a aquello que en determinadas circunstancias es totalidad y en otras es parte. De tal manera que siempre se es totalidad y parte según el contexto y en relación con otros holones.

En la conciencia hay niveles o jerarquías, cada nivel superior significa un incremento en la unidad e identidad más amplia. La jerarquía fluye en una sola dirección, es decir, siempre tiende a la evolución y no a la inversa; por ejemplo, un árbol no se vuelve parte de la hoja, sino al revés, una hoja es parte de un árbol. Esto en términos de conciencia supone que un nivel tiende a otro nivel superior y no que un nivel supe-

[37] Wilber. *El ojo del espíritu*, p. 56.

rior desciende hacia uno más bajo, de modo que la conciencia siempre tiende a evolucionar, no a involucionar, lo que significa que la jerarquía en los niveles de conciencia son irreversibles. Un nivel superior incluye y trasciende al inferior, es decir, contiene algo del inferior, más lo nuevo de sí mismo; en ese sentido es más abarcador.

Ken Wilber[38] pone el ejemplo de los niños que se hallan en el estadio del pensamiento preoperacional o preconvencional, en el que se encuentran muy identificados con su propio punto de vista, pero cuando pasan al siguiente nivel o estadio, aunque todavía están identificados con su punto de vista, ya tienen capacidad para aceptar la opinión de los demás. Es en este sentido que este nivel es superior o más amplio, pues algo se ha agregado y trascendido al narcisismo. De ese modo, un nivel de conciencia cuyo pensamiento es convencional, es superior al del pensamiento preconvencional; y la conciencia del pensamiento postconvencional es todavía superior, pues es más adecuado y valioso en tanto que posibilita a las personas comportamientos más equilibrados y armoniosos con los demás. De manera que la triada del pensamiento queda establecida como preconvencional-convencional-postconvencional. En términos de valores, nos hallamos ante prácticas que jerárquicamente son más valiosas que aquellas que corresponden a un nivel inferior.

Según Raúl Gutiérrez Sáenz,[39] la conciencia se puede comparar con un escenario en un teatro, En ella aparecen los fenómenos que conocemos: muchas veces para percibir ciertos fenómenos se necesita una apertura de la conciencia, por ejemplo, para vislumbrar valores de orden superior, se requiere una conciencia expandida, capaz de percatarse de información que comúnmente no es posible. Una conciencia con apertura permite encontrar respuestas y soluciones a situaciones que ordinariamente se consideran problemáticas, por ejemplo, para personas con una conciencia expandida, los llamados problemas no existen, piensan más bien en términos de soluciones. Expandir la conciencia abre también posibilidades para que se torne transpersonal y el interés deje de ser

[38] *Ibid.*, p. 57.

[39] Gutiérrez Sáenz, Raúl. 2004. *Introducción a la filosofía.*

sólo personal. El siguiente tema trata justamente de cómo el despliegue de la espiritualidad y la evolución de la conciencia inciden en el comportamiento de los individuos en relación a los otros, a la sociedad, al planeta y al universo.

1.4 Valores con sustento en espiritualidad y conciencia de ser

La espiritualidad no es sustento de valores en general, lo es de los genuinos, esenciales y universales. ¿Por qué no es sustento de valores en general? Lo que es valioso para una sociedad no lo es para otra, lo que vale para un grupo social, no vale para otro. Con el neoliberalismo se acentúa el interés individual, el individuo buscando sus propios beneficios por encima de los comunes. La espiritualidad no fomenta este tipo de valores, al contrario, busca equilibrar e integrar intereses individuales y transpersonales; posibilita el despliegue de los que propician no sólo bienestar personal, sino también y fundamentalmente el de todos; la espiritualidad como base de valores esenciales se torna modo de vida, expresa una visión de ésta, del mundo, de las relaciones y del universo.

En sociedades globalizadas y neoliberales, los valores distan mucho de tener el mismo sentido para grupos de condiciones económicas, sociales y culturales distintas, la libertad, el respeto, la tolerancia adquieren connotaciones diferentes. Entonces, ¿de qué valores es sustento la espiritualidad? La espiritualidad no fomenta valores que disocian, que separan y que atentan contra la vida humana, contra el equilibrio de los ecosistemas, que denigran la existencia; no es base de valores que confrontan, que violentan, que dañan cualquier forma de vida; no tiene como filosofía a la lógica de ganador-perdedor, por el contrario, sustenta una política integral que procura no sólo el bien personal, sino fundamentalmente el transpersonal y que supone ya al primero.

La espiritualidad como despliegue de potencialidad divina nos ayuda a conocernos y hacernos conscientes de quiénes somos. Si más conocemos nuestra naturaleza, nuestros más íntimos deseos y anhelos, mayores son las posibilidades de saber elegir los valores que queremos. Al saber cuáles están en sintonía con nuestra naturaleza, es más fácil que se resuelvan varios conflictos y que otros automáticamente desaparezcan. Si que-

remos descubrir lo que queremos ser, es importante saber primero quiénes somos. Este conocimiento nos lleva prácticamente a saber qué debemos ser, pues de hecho es fundamentalmente lo mismo. Este proceso conduce a mayor aceptación de la realidad, de resignación y reconocimiento de que lo que hemos considerado como malo, después de todo no lo es, por tanto, la brecha entre lo que es y lo que debe ser, se reduce. No se trata de justificar las acciones inadecuadas que perjudican a otros, sino de reconocer que todos y todo por naturaleza somos lo mismo, en un sentido eminentemente ontológico.

Pleno conocimiento conduce a saber cómo proceder con mayor confianza y seguridad, qué hacer en determinada circunstancia. Por eso es tan importante conocer la propia naturaleza para saber qué valores desplegar. El conocimiento nos lleva a mayor certidumbre en la toma de decisiones, elecciones y acciones. Consecuentemente, Maslow propone un desarrollo integral y la autorrealización del ser humano. Dice: "*... Quizá podamos utilizar pronto como principio rector y modelo al ser humano desarrollándose íntegramente y autorrealizándose, aquél en quien todo alcanza un estadio de pleno desarrollo, cuya naturaleza interior se manifiesta libremente, en vez de resultar doblegada, oprimida o negada*".[40]

Maslow[41] puntualiza la importancia de que el ser humano sea motivado por el desarrollo, para generar valores de orden superior, entendiendo desarrollo como un conjunto de diversos procesos que conducen al Hombre a la autorrealización definitiva, cuyo periodo abarca toda la vida. Sostiene[42] que la gente autorrealizada tiene mayor capacidad de discernir entre lo que es bueno y lo que es malo, tiene menos dudas que las personas comunes y corrientes. El incremento en la capacidad de percibir o de ser menos ciego, abre la posibilidad de dejarse guiar en un sentido más pleno, con una moral más elevada, con mayor conocimiento de lo que debe ser, a diferencia de las personas que son más ciegas o menos desarrolladas.

[40] Maslow. *El hombre autorrealizado*, p. 27.
[41] *Ibid.*, pp. 51-62.
[42] Maslow. *La personalidad creadora.*

Enfatiza la importancia del conocimiento pleno de los hechos de cierta situación, para saber cómo proceder. Sin embargo, señala que esto significa tener apertura para saberlos escuchar, saber estar en silencio y receptivos de una forma muy específica, con una actitud taoísta, es decir, no se refiere sólo al conocimiento externo y objetivo de los hechos, sino también y fundamentalmente al subjetivo. Retomando el pensamiento socrático, recuerda que el pleno conocimiento permite al Hombre evitar el mal, pues en la mayoría de los casos, la ignorancia de los hechos es la principal causa de comportamientos inadecuados, sobre todo si trasladamos el sentido de la ignorancia a los espacios de la conciencia. En sí mismos los hechos indican lo que con ellos se debe hacer, esta sugerencia tiene que percibirse como el deber ser. Seguramente a esta actitud de saber escuchar es a la que se refería Don Juan cuando hablaba a Castaneda[43] de la importancia de tranquilizarnos porque sólo así "*comprendemos que hay algo que nos dice cosas*".

Maslow plantea el desarrollo no únicamente como satisfacción progresiva de necesidades básicas, hasta conseguir su satisfacción; también lo considera como motivaciones específicas de desarrollo más allá de las necesidades básicas y jerárquicamente por encima de éstas. En este sentido sostiene que mientras la persona motivada por deficiencias o carencias depende más del entorno, la motivada por el desarrollo no depende de otros, es más individual e independiente, la capacidad de moverse en el mundo, en lugar de centrarse en la conciencia y en una motivación más gratificante, es más difícil para quien tiene todavía varias necesidades insatisfechas. Aunque seguramente sus experiencias en los campos de concentración y su contacto con Viktor E. Frankl lo llevó a aceptar al final de su vida, que el arte, la espiritualidad y la trascendencia, pueden realizarse sin haber satisfecho las necesidades básicas; abandonando de esta manera sus planteamientos lineales y evolutivos del desarrollo.

Él sostenía que las personas que aún no tienen cubiertas sus necesidades elementales, su atención está puesta en sus insatisfacciones

[43] Castaneda, Carlos. 1999. *El segundo anillo de poder*, p. 43.

y se relacionan de manera negativa, celosa, egoísta y dependiente; en consecuencia, generan valores de orden inferior, en tanto no satisfagan sus necesidades básicas y estén motivadas por el desarrollo. Si así fuera, entonces significaría que las personas en situaciones económicas y materiales más vulnerables, practicarían valores fundamentalmente egocéntricos. Porque de acuerdo con su pensamiento, quienes han satisfecho esas necesidades elementales dejan de ser posesivas y son amantes del ser, recibiéndolo y disfrutándolo con agrado en la conciencia, recreándose en él como un fin en sí mismo, no como medio, sino viviéndolo como experiencia estética o mística. Más adelante Maslow continúa diciendo que:

> Los amantes –del ser– son más independientes el uno del otro, más autónomos, menos celosos o temerosos, menos necesitados, más individuales, más desinteresados, pero al mismo tiempo más ansiosos por ayudar al otro hacia su autorrealización, más orgullosos de los triunfos del otro, más altruistas, generosos y alentadores.[44]

Estoy de acuerdo con él en sus planteamientos centrales. Sin embargo, respecto a que las personas no satisfechas en sus necesidades básicas no puedan acceder a niveles más altos de desarrollo, si bien individuos que han satisfecho éstas, como la alimenticia y la seguridad, tienen la posibilidad de acceder a un nivel de desarrollo donde se despliega el amor, la creatividad, y los valores superiores, sucede lo mismo con quienes se encuentran en condiciones adversas, que pueden ser obstáculo para acceder a otros campos fundamentalmente de carácter objetivo, cognitivo y racional, pero no para los espacios más profundos de la subjetividad, puesto que estos corresponden a planos diferentes de la conciencia.

Más allá de esta visión lineal, el despliegue de una conciencia elevada y el desarrollo de la genuina espiritualidad, puede suceder en quienes aún no satisfacen sus necesidades elementales. De lo contrario, daríamos por supuesto que todos aquellos que aún no tienen satisfechas

[44] Maslow. *El hombre autorrealizado*, p. 71.

sus necesidades básicas, generan valores de orden inferior, así habría una relación directa y lineal entre la variable pobreza y las prácticas egoístas, individualistas, competitivas y violentas; así mismo, quienes ya tienen satisfechas sus necesidades básicas, tendrían que ser mejores seres humanos. Lo cierto es que paradójicamente, en los países altamente industrializados, donde la mayoría de las personas tiene más que satisfechas sus necesidades elementales, existe un acentuado desfase espiritual.

Hay necesidades básicas comunes a todas las personas y por tanto valores compartidos, pero también diferentes para distintos grupos sociales o personas. Por otra parte, hay una jerarquía o prioridad entre los valores o necesidades, por ejemplo, la necesidad de alimentación es más importante o prioritaria que el amor, y esto es así para todos los seres humanos, pero más allá de esta jerarquía compartida, cada persona o grupo social establece su propio ordenamiento jerárquico según sus necesidades y su cultura.

Esta idea expuesta por Maslow, bien puede ser articulada con el planteamiento de Ken Wilber, en el sentido de que los valores tienen una jerarquía, puesto que no todos los juicios tienen el mismo valor, a riesgo de caer en el pluralismo relativista de que todo vale igual. Sin embargo, el primero se refiere a la prioridad de las necesidades básicas que relegan a los valores superiores y el segundo a los juicios de valor respecto a lo correcto e incorrecto. Lo cierto es que coinciden en cuanto al desarrollo tomado como evolución de la conciencia para generar valores genuinos y esenciales o, en palabras de Maslow, de orden superior; éste continúa diciendo:

> ...estas necesidades básicas o valores básicos pueden ser tratados, por consiguiente, ya como fines en sí mismos, ya como estadios sucesivos hacia un objetivo final único. Es cierto que existe una finalidad o valor final único de la vida y también es cierto que existe un sistema jerárquico evolutivo de valores inter-relacionados según pautas muy complejas.[45]

[45] *Ibid.*, p. 194.

Sostiene que el ser humano siempre está buscando un objetivo final como valor supremo, y en ese proceso con frecuencia accede a experiencias cumbres, aunque algunas veces sean sólo pequeños vislumbres a lo que él llama "*estados transitorios del ser absoluto*". Esto para Maslow es un valor que las personas compartimos en sí mismas de manera natural, pues todos tendemos hacia la evolución y perfección de un ser más pleno. Dicho en términos de Ken Wilber, los seres humanos tendemos hacia la evolución de conciencia, como despliegue de la naturaleza divina, y en consecuencia, de valores transpersonales orientados al bien-estar.[46]

Maslow dice[47] que las características para describir el mundo o la realidad en determinados momentos, coincide con lo que se ha considerado verdades eternas o valores supremos, por ejemplo, las tres grandes esferas del conocimiento, verdad, belleza y bondad, es prácticamente una lista de valores. Estas son las que los grandes filósofos y religiosos han considerado como tales, igual que los grandes pensadores de la humanidad los han concebido como valores esenciales de la vida. Sin embargo, plantea que si bien el ser humano tiende por naturaleza hacia el desarrollo, porque comporta intrínsecamente esos valores que lo hacen ser buena persona y desplegar lo mejor de sí mismo, en cualidades como el amor, la seguridad y la confianza, también tiende al miedo, al egoísmo, a la perversidad. El ser humano tiene además la tendencia del miedo a su propia grandeza. La mayoría de las religiones en la historia de la humanidad, ha fomentado más la ignorancia que el conocimiento y quienes en otros tiempos osaban descubrir verdades o conocimientos fueron severamente castigados.

Este dilema entre lo profano y lo sacro ha sido y es el conflicto humano fundamental de lo que esencialmente somos; de ahí la tendencia ambivalente de buscar el conocimiento y al mismo tiempo el miedo a él.

[46] Escribo bien-estar para referirme a su sentido más amplio, considerando las diferentes dimensiones del ser humano, en todos sus aspectos y en todos los ámbitos de la vida, no sólo en el reduccionista y material o en cualquier otro. Así como en un sentido transpersonal, que implica no sólo al individuo, sino también a los demás.

[47] Maslow. *La personalidad creadora.*

Al primero le corresponde una acción, por eso es que posibilita actuar de manera plena y completa, sin conflicto alguno; y la importancia de privilegiarlo y motivarlo. La persona motivada por el desarrollo tiene mayor capacidad de discernir entre lo que es bueno o malo, correcto o incorrecto, actuando en consecuencia de manera espontánea y fluida, pues conocimiento y acción se corresponden incluso como sinónimos, según Maslow.

Los seres humanos autorrealizados tienen mayor capacidad de amar, mayor seguridad y confianza en su individualidad, mayor capacidad de integración, son más independientes y aman desinteresadamente. En otros términos, desde una perspectiva espiritual podemos decir que tienen un alto nivel de conciencia, y una mayor capacidad de ser felices a pesar de las circunstancias, independientemente de éstas.

Las personas plenas o autorrealizadas tienden a obrar de manera correcta, en el sentido de que no sólo procuran lo bueno para ellas, sino también para los demás, espontáneamente experimentan la necesidad de actuar bien, desean hacer el bien y lo disfrutan, viven en unidad e interrelación; en el caso contrario se degenera en disociación y conflicto interno y el placer por lo que se hace, se desvirtúa. Las personas íntegras encuentran estrecha relación entre la verdad, la bondad y la belleza; entendiéndolos como campos diferentes de una misma totalidad, a los que se accede por vías distintas.

Para Maslow, los valores de autorrealización existen como potencialidades en los seres humanos, que pueden llegar a ser, pero que al mismo tiempo ya son. Él dice que son reales, existen objetivamente, cuando se concretan en prácticas sólo se actualizan como aquello que ya es en potencia. De manera que las personas somos al mismo tiempo lo que ya se es y lo que se anhela llegar a ser. El Hombre comporta en su naturaleza la tendencia de llegar a ser más pleno, hacia la perfección que implica a toda la humanidad, es como la oruga que se convertirá en mariposa, la tendencia es siempre hacia la evolución, no hacia la involución. El entorno o medio ambiente sólo le ayuda a desplegar las potencialidades que ya posee naturalmente, la cultura y la familia contribuyen a realizar estos potenciales y capacidades, sin los que no sería posible concretar lo que ya se es.

Cualquiera que sea la experiencia para evolucionar, el camino para el despliegue de valores esenciales y trascendentes que posibiliten el bien-estar común, es la espiritualidad, que a su vez supone elevado nivel de conciencia. John White dice: "*¿Cómo puede llegar una persona al más alto estado de conciencia? Existen muchas puertas para entrar en el mismo cuarto. Algunas de ellas han sido descubiertas, otras han sido desarrolladas...*"[48]

Koestler[49] acuñó el término de Holoarquía para referirse a toda jerarquía compleja compuesta de holones que tienden a crecer, evolucionar y ser superiores. Sin embargo, las holoarquías también pueden tornarse patológicas, ¿cuándo?; si un nivel superior ejerce control, sojuzga, reprime y aliena, puede desencadenar problemas serios y patológicos en un individuo o en una sociedad.

La cura de esas patologías no consiste en eliminar la holoarquía, a riesgo de quedarse con un mundo unidimensional y reduccionista, donde se carece de todo tipo de valores, porque se perdería la jerarquía y todo sería igual, valdría lo mismo pero de manera inconsciente, es decir, como desconocimiento de qué somos. Por el contrario, para sanar cualquier sistema enfermo es necesario erradicar los holones que extrapolaron su posición en el sistema, abusando de su poder y superioridad, precisamente por ignorancia o inconsciencia de que todos y todo a nivel trascendente somos lo mismo. Dice Ken Wilber "*No se trata, pues, de desembarazarse de la holoarquía, sino de detener (e integrar) a los holones arrogantes*".[50]

Ken Wilber hace una importante aportación al campo de la conciencia, donde plantea los diferentes niveles de su desarrollo (llamados también memes), identificando cada uno de ellos por diferentes colores, que al parecer tienen sólo el propósito de definir sus características. Él hace referencia a ocho niveles, los cuales ubica en dos grados de pensamiento, los seis niveles de conciencia corresponden al primero, el séptimo y octavo corresponden al segundo.

[48] White. *La experiencia mística*, p. 16.
[49] Citado por Ken Wilber en *El ojo del espíritu*, p. 58.
[50] *Ibid.*, p. 59.

Dentro de los seis primeros (beige, púrpura, rojo, azul, naranja y verde), es decir, dentro del primer grado, en los cuatro iniciales las acciones del ser humano son por impulso, no hay razonamiento porque la conciencia es básicamente primitiva, regida por creencias y supersticiones, se disfruta un placer por destruir o manipular y supone castigos y culpabilidad, justificadas en el dogma. ¿Nos suena a Antigüedad y Edad media? No es coincidencia.

Los siguientes dos niveles (naranja y verde), manifiestan ya un pensamiento racional, pero todavía su pensamiento sigue siendo de primer grado. A pesar de ser racionales no hay todavía sensibilidad humana, es decir, no hay criterios ni normas, se rige por un materialismo deshumanizado, aunque se supera el utilitarismo y la fría objetividad. Específicamente en el sexto nivel de conciencia, el Hombre se hace sensible a la ecología humanista y se reconoce la ética global. Estos seis niveles que conforman el primer grado o nivel de pensamiento se caracterizan por la fragmentación, el materialismo instrumental en mayor o menor medida, el reduccionismo y mecanicismo. Los dos últimos niveles de conciencia corresponden al segundo grado de pensamiento, que como veremos son los más elevados y trascendentes.

El primer nivel se identifica con el color beige, se refiere a una conciencia arcaica e instintiva, todos los seres humanos al nacer nos encontramos en éste. La conciencia se centra en la supervivencia básica o lo primitivo como el alimento, el agua, el calor, el sueño y la seguridad. Corresponde a la conciencia urobórica y a la cultura recolectora, el ser humano está sumido y confundido con la naturaleza. Se encuentran en este nivel todos los seres humanos que por diferentes razones poseen la conciencia primitiva; aquellos que se rigen sólo por la sensación y la supervivencia.

El segundo nivel de conciencia se identifica con el color púrpura, se refiere a una conciencia mágica y animista, enraizada en un mundo de superstición, misterio y magia; se mueve entre los extremos del bien y el mal, seres mágicos dominan la vida y ahí se practica todo tipo de sacrificios. Corresponde con la conciencia titánica, con la cultura hortícola, se encuentra presente en los grupos humanos que vivencian creencias de supersticiones mágicas, sectas fanáticas y grupos individualistas radicales.

Están en este nivel quienes buscan la seguridad y armonía en un mundo misterioso.

El tercer nivel corresponde al color rojo, está referido a la conciencia egocéntrica del poder, a un yo independiente, impulsivo, egocéntrico y heroico. Aquí sucede un dominio y subordinación hacia los otros grupos, se protegen sobre todo los intereses personales, por eso es difícil regirse por principios de amistad genuina. El mundo se presenta como una jungla llena de amenazas y depredadores; se denuncia el eje del mal y de los buenos aliados. En este color se encuentran las personas como los criminales, mercenarios, el Pentágono, caciques, secuestradores, y violadores; no hay una filosofía, sólo placer personal y poder para destruir o manipular al otro. Se expresa impulsivamente.

El cuarto nivel se ubica en el color azul y se refiere a la conciencia mítica que adopta un sentido religioso dogmático, es dominado por la visión de que alguna fuerza sobrenatural pone orden en el mundo, impone un código de conducta enlazado en principios absolutistas y fijos acerca de lo que está bien y de lo que está mal. El incumplimiento del código implica grandes castigos y su acatamiento grandes privilegios, promueve además sentimientos de culpabilidad. Se encuentran aquí por ejemplo, los grupos fanáticos religiosos y cualquier persona sumisa que se justifica en fundamentos religiosos. Se caracteriza por aportar orden y asegurar el futuro justificado en un sistema de creencias. Aquí podríamos ubicar el nivel de conciencia del dogmatismo de las sociedades premodernas, incluyendo a la Edad Media.

El quinto nivel está identificado con el color naranja, se trata de la conciencia racional pragmática dura, que supera lo preracional y se centra en la racionalidad y el pensamiento hipotético, deductivo, objetivo, mecánico y científico que equivale a interés y eficacia. La visión del mundo es mecanicista, utilitarista y empírica; es decir, que su propósito fundamental es la productividad; desde este nivel se puede predecir el funcionamiento del universo a partir de estudiar sus leyes; es la conciencia objetiva arraigada en la memoria y la inteligencia lógica-matemática. Se considera real sólo lo objetivo, por lo tanto el énfasis está puesto en el desarrollo material y su consecuencia es una terrible deshumanización. Seguramente este nivel nos resulta familiar, precisamente porque

es representativo del pensamiento occidental, de nuestras sociedades modernas e industriales, donde calculamos, medimos y pensamos. Poseen este nivel de conciencia grupos interesados en la tecnología y el desarrollo material y los científicos duros; todos aquellos que adolecen de sensibilidad humana, sin criterio y que se guían por la norma; analizan y planifican para proteger. Este es el nivel de conciencia que caracteriza al paradigma de la ciencia moderna y aquí también encontramos sus fundamentos, pues el grado de conciencia influye en una visión del mundo y viceversa.

El sexto nivel es el color verde. Quienes se encuentran aquí tienen una conciencia humanista, donde se supera el utilitarismo y la fría objetividad, se hace sensible a la objetividad humana, a los valores y a la ética global. Existe un gran interés por la conciencia ecológica y el respeto a la tierra, se halla presente en la ecología profunda, el postmodernismo, la psicología humana, los movimientos de derechos humanos. Es un nivel cultural que todavía no alcanza la genuina sensibilidad espiritual y por lo tanto no puede ofrecer todavía respuestas integrales, es un yo pacífico. Explora el yo interior y lo equipara a los demás.

El séptimo nivel corresponde al color amarillo, es la conciencia integradora del segundo grado. Se tuvo que dar un salto enorme y penetrar en una nueva y más profunda realidad, genuinamente superior; éste ya es un pensamiento de segundo grado. Aquí existe una visión global, percepción de holoarquías, se reconoce la sensibilidad espiritual, ¡por fin se comienza a despertar!, todo lo diverso es complementario e interdependiente; la visión de la realidad es multidimensional y multinivel, se inicia el despliegue de la verdadera naturaleza divina. En este nivel se es flexible, hay tendencia a la comprensión, articulación integral, complementariedad, se busca el beneficio de toda la gente, pues se encuentra presente el amor universal y una política integral de alto nivel. Integra y organiza sistemas.

Octavo y último nivel, se identifica con el color turquesa. Detecta los otros niveles con mayor excelencia, es la conciencia holista del segundo grado, integra el sentimiento y el conocimiento, la sabiduría y la ciencia, percibe en términos de totalidad y de holoarquías en constante flujo, se tiene una conciencia directa del orden universal, se está plenamente consciente y vivo con una inteligencia superior, se proyecta en el despertar

de la espiritualidad interior. Las personas con esta conciencia viven con inteligencia, orden, sabiduría, amor y compasión, a través de experiencias de conexión con la totalidad de la vida, paz universal, transdisciplinariedad e integración del conocimiento. Este es un nivel de curación global, donde cuerpo-mente-espíritu están integrados y supone superación del sufrimiento al resolver el malentendido de nuestra verdadera identidad, como una visión no dualista. Existe un respeto por todas las creencias, abrazando las diferentes formas de pensar y vivir. Es el nivel de la sinergia que ayuda a elevar el estado de conciencia.

Este último nivel supone trascendencia de toda moral y valores, significa una conciencia de transmoralidad, pues la transformación ética es básicamente una trascendencia de conciencia, un reconocimiento de ser todos lo mismo, de reconocernos con una misma identidad, una sola familia en el mismo hogar. Como veremos más adelante, el Testigo, el que observa, el inmutable se vuelve Uno con Todo. Ya no hay dualidad, somos lo mismo con Todo y todos. La conciencia pura, no hay más, la fuente creadora y yo, lo mismo.

Cuando nos sabemos Uno con el Todo, nuestro proceder es integral, de comunión, en el sentido de que estamos unidos por algo en común, que somos lo mismo en términos de naturaleza, a pesar de las diferencias de color, raza, religión, cultura; comprendemos que al ser lo mismo estamos interconectados y nos afectamos de alguna u otra manera. Por eso la espiritualidad como experiencia de vida, genera valores que anteponen intereses personales; valores de armonía, de concordia, de paz, de equilibrio, que impulsan una vida sustentable, ética y estética más elevada. Como experiencia no está fragmentada en los espacios cotidianos, cada uno de ellos se tornan sagrados y extraordinarios, como procesos dinámicos y abiertos que nos conducen a la evolución, a través de las preguntas fundamentales que nos despiertan a la conciencia de lo que somos y de quiénes somos, por eso su despliegue nos abre mayores posibilidades de conciencia de realidad, de comprender que el Kosmos no está allá afuera, que nosotros no estamos en el mundo; sino que el mundo está en nosotros, que somos el mundo.

No puedo conocer el universo como algo externo y después conocerme, pero si me conozco conoceré también al universo. La espiritualidad está directamente articulada con el autoconocimiento y por eso el conocimiento más apreciado es el de uno mismo, ahí se encuentra el santuario que me hace reconocerme en los demás y reencontrarme con mi esencia y mi origen. Saber que formo parte de la totalidad y poder experimentar el sentido de pertenencia a la realidad esencial, me conduce a modificar la relación con el mundo y con la naturaleza.

Espiritualidad y alto nivel de conciencia supone transformación interior, que se proyecta en el mundo externo. Desde la antigüedad con todo el mal entendido y bajo nivel de conciencia, ya se había planteado como una manera de vivir, de transformar las dimensiones interiores, su idea fundamental es que se debe cambiar la orientación hacia el Ser. De hecho la filosofía antigua se plantea en tres niveles:[51] 1) esencia, identidad de la presencia pura; hay algo dentro de mí aunque no esté consciente de esa presencia, pero ese es el Yo; 2) esta presencia está unida con la razón universal, con el orden del universo; 3) se reconoce que todos tenemos la misma conexión con el orden divino, por tanto, si daño a otro, a otras vidas o a cualquier cosa, me daño a mí misma.

El mundo espiritual está dentro de nosotros mismos, aún más, ya somos eso, sólo hay que voltear hacia él y percatarnos de que siempre ya es; cuando somos conscientes de estos principios nos relacionamos de manera diferente con los demás seres humanos y con otras formas de vida, si elevamos nuestra conciencia se elevan también nuestros valores, hasta llegar al último nivel donde se trasciende toda ética y estos últimos desaparecen, porque el Ello y yo somos Uno y lo mismo. Al percatarnos de que estamos interconectados tratamos a los otros con compasión y respeto, porque sabemos que se trata de uno mismo; explotar, dominar, agredir, lastimar de cualquier forma, equivale a dañarnos a nosotros. Cambiar nuestra manera de pensar el mundo es importante, pero lo es mucho más cambiar junto con la percepción, nuestras formas de vida y esto sólo se logra por la evolución de la conciencia.

[51] T. Snauwaert, Dale. 2003. "Conferencia Internacional". Guadalajara. Fundación Internacional de Educación Holista.

Suzuki[52] dice que la mayoría de los occidentales tendemos a separarnos de la naturaleza, como si no tuviéramos nada en común, excepto algunos aspectos deseables, y la vemos como si sólo existiera para nuestro servicio. La ciencia se sustenta en el dualismo, de ahí que los científicos traten de reducir todo a medidas científicas, para este propósito se inventaron los instrumentos mecánicos, todo lo que no pueda ser cuantificado es desechado como no científico.

Erich Fromm dice que…

> El hombre ha seguido al racionalismo hasta el punto en que éste se ha transformado en irracionalidad absoluta. A partir de Descartes, el hombre ha ido separando cada vez más el pensamiento del afecto; sólo el pensamiento se considera racional, el afecto por su naturaleza misma, es irracional; la persona, Yo, se ha dividido en un entendimiento, que constituye mi yo, y que debe controlarme como debe controlar a la naturaleza.[53]

Con el pensamiento occidental, la razón instrumental, y el control de la naturaleza, así como la producción y consumo de objetos materiales, se han convertido en los principales motivos de la vida; el mismo Hombre se ha cosificado y la existencia ha quedado confinada al "tener", mientras el Ser es relegado al mundo de lo inexistente. De ahí que se sienta deprimido, angustiado y desesperado; después de esto no tiene objetivos, no sabe cuál es el propósito de su vida, su única meta es evadirse de la soledad y la inseguridad, pues como dice From el ser humano occidental está capacitado para experimentar afecto,

Pero por fortuna la conciencia evoluciona trascendiendo niveles inferiores; si es así, uno se pregunta, ¿dónde estamos, dónde estoy?, porque sospechamos que cuando menos andamos en el camino y no estamos tan errados. De acuerdo con Capra estamos en el punto crucial. Ahí vamos cada uno, cada sociedad, cada mundo, el Todo; pasando de un paradigma obsoleto a uno emergente. El nivel de conciencia que predomina en nuestras sociedades modernas privilegia el mundo material

[52] Suzuki y Fromm, *op. cit.*
[53] *Ibid.*, pp. 86-87.

y la vida está regida y exaltada por las dimensiones externas relegando las subjetivas. La visión es mecanicista, fragmentada, reduccionista y la razón instrumental; la importancia está en la ciencia y en la tecnología pero no en la espiritualidad. ¿Cómo llegamos a este nivel de conciencia? El siguiente capítulo justamente de eso trata.

Capítulo 2

Pensamiento contemporáneo: de lo fragmentado a lo integrado

... La ciencia mecanicista ha creado en general una visión del mundo fragmentada y desviada que es incapaz de descubrir la necesidad absolutamente vital de complementariedad, sinergia y cooperación, así como el potencial para las mismas.

Stanislav Grof

2.1 Antecedentes

Los valores, la pobreza espiritual que padecemos, y el nivel de conciencia en que nos encontramos, tienen una historia. En este capítulo se pretende esbozarla y seguirla hasta nuestros días, para comprender las bases del pensamiento que hoy prevalece. Los valores que asumimos en los distintos espacios de la vida corresponden a una concepción del universo, del mundo y de nosotros como humanos. No son los mismos en una sociedad donde predomina el pensamiento occidental que en una sociedad oriental, porque los sustentos filosóficos son diferentes; tampoco son los mismos en una sociedad altamente desarrollada en su economía que en una subdesarrollada (como en la mayoría de los países de Latinoamérica). Los intereses que mueven a adoptar y generar ciertos valores tienen que ver con una manera de pensar y percibir la realidad.

La visión que predominaba en la Edad Media era orgánica, igual la relación que las personas establecían con sus semejantes y con la naturaleza. Se consideraba a la ciencia y a la religión una misma cosa, precisamente esa fue la gloria de esta época, pero su lado más obscuro fue asumir todo de manera dogmática, al punto que si la religión decía que la tierra era cuadrada, se asumía como una verdad y quienes contradecían a la iglesia eran perse-

guidos, severamente castigados e incluso asesinados. En este contexto, ¿qué valores prevalecían entonces? Antes de 1500, en Europa y en la mayoría de las civilizaciones, la visión que se tenía del mundo no era fragmentada, sino orgánica, por tanto, la relación de las personas entre sí y con el medio ambiente era de cooperación. Las dos fuentes fundamentales que sustentaban esta visión eran la Biblia y los planteamientos de Aristóteles. Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII articuló la doctrina aristotélica de la naturaleza con la teología y la ética del cristianismo, cuya estructura conceptual nunca fue cuestionada durante la Edad Media.

La ciencia medieval se basaba en la razón y en la fe al mismo tiempo, teniendo como fin fundamental comprender el significado y la importancia de las cosas, sin que esto supusiera predecirlos o controlarlos. Contemplar también a las dimensiones subjetivas e integrarlas con las objetivas, aun con todo lo equivocado, fue su gran mérito, pero su carácter dogmático fue su perdición. La libertad de pensamiento no existía, si no estaba ligado a un ser supremo perdía todo sentido, los científicos daban gran importancia a todo lo que tenía que ver con Dios cuando investigaban el fin primario de los fenómenos naturales. Esta visión orgánica y viva del universo fue reemplazada por la nueva visión mecanicista.

Como señala Jung,[1] no sólo en la Edad Media, sino también la humanidad entera desde sus comienzos, vivió convencida de la existencia de un alma sustancial, es con la influencia del materialismo científico, que todo aquello que no es físicamente visible y tangible es descalificado como existente y real, o en algunos casos hasta tildado de metafísico, "...Tal trastocamiento se había iniciado mucho antes, en una lenta gestación, muy anterior al materialismo..."

Las principales teorías que sentaron la base del sistema de valores que hoy tenemos, se plantearon en los siglos XVI y XVII. Con ello se generó una nueva forma de pensar el mundo, y por tanto también otra forma de relación entre los seres humanos y con la naturaleza. Este pensamiento proporcionó a la civilización occidental las carac-

[1] Jung, Carl. G. 1998. *Los complejos y el inconsciente*, pp. 9-10.

terísticas que definirían la Era moderna y las bases de la filosofía que ha dominado en los últimos 300 años.

En el siglo XVII Francis Bacon plantea el método científico, sustentado en dos teorías: la descripción matemática de la naturaleza, y el método analítico de razonamiento. A esta Era se le dio el nombre de Revolución Científica, y comienza con Copérnico. Sus planteamientos reemplazan la visión dogmática geocéntrica que predominó por más de 1000 años, defendida por Tolomeo y expuesta en la Biblia. Fue así que el mundo dejó de considerarse el centro del universo y pasó a ser un planeta más, que gira en torno a una estrella menor ubicada al borde de la galaxia. Por tanto, el mismo hombre dejó de considerarse la principal criatura de la creación divina.[2]

Posteriormente Kepler retoma los planteamientos de Copérnico. Trató de encontrar la armonía de las esferas a través de las tablas astronómicas y formuló sus leyes empíricas sobre el movimiento planetario, que después confirmarían el sistema propuesto por Copérnico. Sin embargo, el cambio más importante para la ciencia fue cuando Galileo Galilei puso en duda la antigua cosmología, es decir, el origen del cosmos, y afirmó la validez científica de la hipótesis que ya había planteado Copérnico. A Galileo se le considera el padre de la ciencia moderna, porque fue el primero en utilizar la experimentación científica, utilizando el recién inventado telescopio, haciendo uso de la observación y junto con su lenguaje matemático, formulando sus famosas leyes empíricas. Esto significó un gran adelanto para la ciencia del siglo XVII y prácticamente marcó sus características.

El sostenía que para que la naturaleza se pudiera describir matemáticamente, los científicos deberían limitarse al estudio de las propiedades esenciales de los cuerpos materiales,[3] propiedades que pudieran ser medidas o contadas. El resto de sus características, como color, olor, sonido y sabor, no eran primordiales, sino secundarias y subjetivas, por tanto deberían excluirse del dominio de la ciencia. Es así que comienzan

[2] Capra, Fritjof. 1999. *El punto crucial*, p. 56.
[3] Citado en *ibid.*, p. 57.

a desaparecer sus dimensiones subjetivas, como la estética y la ética, los valores, los sentimientos, el alma y la conciencia. Su pensamiento marca el principio de una visión materialista y objetiva, esbozando lo que posteriormente y paralelamente sería desarrollado por otros hombres.

Por otro lado, en Inglaterra Francis Bacon exponía sus teorías sobre el método empírico. Fue el primero en formular una teoría clara sobre el método inductivo, consistente en sacar una conclusión general de un experimento para luego corroborarla con otros experimentos. Con sus planteamientos se modificó radicalmente la naturaleza de la investigación científica. Mientras que en la época premoderna y desde la antigüedad, la ciencia buscaba el conocimiento, la comprensión del orden natural y la vida en armonía con ese orden divino, con el propósito de fomentarlo y sintonizarse con él; en el siglo XVII se pasó de la integración a la fragmentación y disociación, y la relación de armonía con la naturaleza dio paso a una relación de control. Con Bacon el conocimiento comenzó a orientarse hacia relaciones de dominio y control, este pensamiento es el que hoy predomina y que fomenta una actitud devastadora hacia la naturaleza. Bacon fue muy claro en sus planteamientos respecto a dominar y controlar a la naturaleza para obligarla a servir al Hombre. Ahí se encuentran los orígenes y la justificación de las prácticas depredadoras que hoy asumimos con la naturaleza.

Descartes y Newton iniciaron y continuaron con los planteamientos fundamentales de la Revolución Científica. El primero consideraba que la ciencia equivalía a matemáticas, pensaba que la clave del universo se encontraba en su estructura matemática. Sólo admitía como verdadero lo que era deducido y no cabía la menor duda; sugería que lo único indudable era el pensamiento. Coincidía con Galileo en que todos los fenómenos de la naturaleza podían explicarse con las matemáticas y que éstas eran su lenguaje. Desde aquí comienza a privilegiarse la razón, que más tarde fue entendida en su peor sentido, es decir, no como herramienta para discernir, sino como lo único válido, tornándose en lo que hoy conocemos como razón instrumental, que niega cualquier otra realidad y forma de conocerla.

Descartes creó lo que hoy se conoce como geometría analítica; estableció entre algebra y geometría una correlación con las relaciones geométricas aplicadas a figuras geométricas. Con su nuevo método puso en práctica el análisis matemático al estudio de los cuerpos en movimiento, con la idea de encontrar una relación matemática exacta para una ciencia natural completa y precisa. Así fue que desarrolló su método de razonamiento expuesto en su libro "*Discurso del método*".[4] Su propósito era llegar a la verdad científica. Según él, sólo era susceptible de ser verdadero aquello que podía percibirse con el pensamiento, con claridad y distinción; congruente con su principio de "pienso, luego existo". Su método analítico consiste en dividir los problemas y pensamientos en todas las partes posibles para luego ordenarlos lógicamente. Se considera que este método de razonamiento analítico es la contribución más importante de Descartes a la ciencia moderna, hoy sigue teniendo mucha importancia la aplicación del excesivo racionalismo en las teorías científicas y su aplicación, racionalismo que se tornó instrumental.

Privilegiando la razón a la materia llegó a la conclusión de que ambas estaban separadas y sin ninguna relación. Tal afirmación tuvo gran influencia en el pensamiento occidental; desde ahí nuestra civilización ha heredado la concepción fragmentada del universo, dando más importancia al trabajo mental que al trabajo físico. En el campo de la medicina por ejemplo, se puede observar la separación que se establece entre psicólogos que atienden sólo enfermedades mentales y los médicos que atienden sólo el cuerpo. Tal disociación ha impactado tremendamente la historia de la humanidad, con un pensamiento fragmentado en todos los campos de la vida.

Para Descartes el universo material era sólo una máquina, inerte, sin vida y sin espíritu. Las leyes de la naturaleza eran mecánicas y todas las cosas del universo se explicaban por la disposición y movimiento de sus partes. De ahí la imagen mecanicista que predomina en el pensamiento occidental y que ha dominado el campo de la ciencia desde los siglos XVII al XIX. La naturaleza para Descartes era una máquina perfecta regida por leyes matemáticas. De esa manera quedó atrás la visión orgánica de la naturaleza y del mundo y con ello un sistema de

[4] Citado en *ibid.*, p. 61.

valores ecológicos; ya no había sustento para respetar a la naturaleza, pues era sólo una máquina que no tenía vida y además nada que ver con el ser humano. Descartes y Bacon coincidían en que había que dominar y controlar a la naturaleza, los seres humanos podían ser sus amos y señores. Evidentemente aquí se encuentra el sustento del pensamiento que rige las relaciones de dominio que establecemos con ésta y con todo ser vivo. Así podemos comprender los valores que hoy tenemos: la naturaleza no tiene vida y está separada de los seres humanos, por tanto, no tiene repercusiones para otros seres vivos, la obligamos a someterse a nuestros caprichos, al fin y al cabo estamos desconectados. El ser humano se erige en dueño y señor de todo, y aún más, se asume como el centro del universo; si antes era Dios, ahora es el Hombre.

La visión de los organismos como máquinas ha influido tremendamente en las ciencias sociales durante más de 300 años. En virtud de la fuerte influencia cartesiana, los científicos han orientado sus investigaciones de organismos vivos con la metáfora máquina. Esta visión reduccionista ha llevado a que en la medicina el cuerpo humano sea tratado como un reloj, explicando las enfermedades por principios mecánicos y como dice Fritjot Capra: "*...De este modo pensaba lograr una ciencia exacta cuyos conceptos fueran de una certeza matemática absoluta*".[5]

Aunque fue Descartes quien sentó las bases del pensamiento mecanicista, Newton las continuó, sistematizando y dando forma a lo que éste había esbozado en líneas generales. Lo realizó desarrollando una fórmula matemática para explicar el carácter mecanicista de la naturaleza. Así fue que sintetizó no sólo las obras de Descartes, sino también las de Copérnico, Kepler, Bacon y Galileo; completando con ello la conocida Revolución Científica. Seguramente por eso, fundamentalmente a él se le atribuye el pensamiento mecanicista del mundo, y ha resultado ser en general el representante de un pensamiento mecánico, fragmentado y cientificista que hoy todavía prevalece y que ha costado mucho a la humanidad.

Newton estableció una teoría matemática del mundo que sirvió de base a la ciencia moderna hasta mediados del siglo XX. El cálculo diferencial fue uno de sus inventos más relevantes, con lo que buscó describir

[5] *Ibid.*, p. 66.

el movimiento de los cuerpos sólidos, llevándolo a trascender las técnicas matemáticas de Galileo y Descartes e impactando con ello el campo intelectual. Considerando los descubrimientos de sus predecesores, expuso leyes generales del movimiento que rigen todos los objetos desde las piedras hasta las plantas. Para él, el universo era un enorme sistema mecánico, como para Descartes, regido por leyes matemáticas precisas. Planteó una manera de combinar el método empírico e inductivo de Bacon, con el método racional y deductivo propuesto por Descartes. Sostenía que no era posible llegar a la verdad científica sólo a través de principios básicos derivados únicamente de la razón, así como tampoco mediante experimentos desprovistos de interpretación sistemática. Con esta combinación Newton desarrolló una metodología que sirve desde entonces a las ciencias naturales y que es también el modelo que han seguido las ciencias sociales. De esa manera, integró el pensamiento experimental de Bacon y la razón de Descartes.

Él consideraba que el universo era un recipiente vacío, un espacio absoluto, sin relación con los fenómenos físicos que ahí ocurrían, inerte e inmóvil; todos los cambios físicos sucedían como una dimensión independiente y separada, el tiempo también absoluto no tenía ninguna relación con el mundo físico, fluía según él de modo cronológico, yendo del pasado al presente y al futuro. Así que el tiempo como el espacio era absoluto. Toda la materia estaba formada por partículas, objetos pequeños, sólidos e indestructibles. Todos los átomos eran de la misma materia, homogénea, cuya diferencia resultaba de la agrupación más o menos densa de los átomos, pero no del peso o densidad de éstos. No importaba el tamaño de los componentes básicos de la materia, porque finalmente toda era la misma. Las partículas que por cierto eran creación divina, se movían por la gravedad que actuaba a distancia e instantáneamente. Todos los fenómenos físicos eran simple movimiento de partículas que se atraen por la fuerza de gravedad.

Para Newton Dios había creado las partículas de materia, la atracción entre ellas y sus leyes básicas que rigen el movimiento. De esta manera se puso en marcha el universo y así ha funcionado siempre como máquina, regida por leyes que no cambian. Así es como toma forma la metáfora máquina del pensamiento científico, que ya había comenzado

con los planteamientos de Descartes, fortaleciendo esta visón con la idea del determinismo causal, a través del que se podía predecir con certeza, conociendo con detalle la causa que determinaría un evento. Sin embargo, aunque los fenómenos físicos suponían un creador, éste era monárquico y externo, que imponía su ley divina, por lo que estos fenómenos en sí mismos no tenían un carácter divino y cada vez se les fueron despojando más de espiritualidad, al punto de tener hoy una ciencia disociada y vacía de lo sacro, una ciencia sin observador, sin subjetividad.

La objetividad se convirtió en el modelo metodológico de la ciencia, y la física la base de la visión mecanicista del mundo. Tal forma de pensar tuvo gran impacto en el sistema de los valores que han estado rigiendo las prácticas por más de tres siglos. Los seres humanos disociados entre sí, con los animales y con todo lo demás, desconectados e independientes, determinados por fuerzas externas, es decir, por Dios. ¿Para qué tratar entonces de ser mejores personas, si no tiene ninguna repercusión y ningún sentido?

Gracias a la expansión de la teoría Newtoniana y a la filosofía racionalista entre la clase media del siglo XVIII, se le da a esta época el nombre de "el siglo de las luces". Una paradoja de esta época es que las luces se refería al mundo de la razón y de la materia, no en el sentido de la caverna de Platón, donde salir a la luz tiene que ver con un proceso de autoconocimiento del Hombre y descubrir quién es. El pensamiento de John Locke tuvo gran influencia en este proceso de desarrollo. Así como los físicos decían que las propiedades de los gases se limitaban al movimiento de sus átomos o moléculas, Locke reducía los modelos de la sociedad al comportamiento de los individuos, de esa manera buscaba aplicar los principios de la naturaleza humana a los problemas económicos y políticos. Él asumió el pensamiento de su predecesor Thomas Hobbes, quien sostenía que todo el pensamiento resultaba de la percepción de los sentidos. En consecuencia, para Locke todos los seres humanos nacían como una pizarra en blanco y su evolución estaba determinada por la influencia de su entorno; sus acciones se orientaban por sus propios intereses.

Para él, había leyes naturales que se tenían que descubrir, como la libertad, la igualdad y el derecho a la propiedad como fruto del trabajo,

entre otras. Su pensamiento se volvió la base del sistema de valores del "siglo de las luces", con mucha influencia en la concepción política y económica moderna, fomentando y desplegando el individualismo, el libre mercado, el derecho a la propiedad y el gobierno representativo, y sentando con ello las bases para las sociedades capitalistas, cuyo principal objetivo ha sido el crecimiento de la riqueza material a costa de despojar al ser humano de sus valores más esenciales, así como de sus dimensiones interiores, como la estética y la espiritualidad.

Al mismo tiempo que se seguía desarrollando el modelo newtoniano durante el siglo XIX, emergían nuevos descubrimientos que evidenciaban las limitaciones del mecanicista. La electrodinámica fue uno de ellos, como resultado de descubrir que la luz es un campo electromagnético que viaja en forma de ondas por el espacio y alterna a gran velocidad. Sus descubridores Michael Faraday y Clerk Maxwell utilizaron el concepto de "campo de fuerzas" con un sentido más sutil, sustituyendo el de simple "fuerza", trascendiendo la visión física de Newton, demostraron que los campos podían ser estudiados por sí mismos sin necesidad de apoyarse en los cuerpos materiales. Con todo el avance que sus teorías implicaron, todavía tenían influencia los planteamientos de Newton. Maxwell interpretaba los campos como estados mecánicos dentro de un espacio muy ligero, esto es, el éter, que todo lo envolvía y las ondas electromagnéticas de este éter eran elásticas. Las entidades fundamentales de la teoría de Maxwell eran los campos.

Sin embargo, fue Albert Einstein quien reconoció y declaró que los campos electromagnéticos como entidades físicas que viajan a través del espacio vacío no se pueden explicar mecánicamente. Poco a poco la teoría del electromagnetismo fue ganando terreno y reemplazando a la teoría newtoniana en el estudio de los fenómenos naturales. Este pensamiento científico que impactó en el siglo XIX, influyó tremendamente en el posterior, que plantea un universo que evoluciona, cambia, crece y se desarrolla. Empezaban a darse los primeros pasos hacia una nueva visión del mundo, que trastocaba la concepción mecanicista del universo. A partir de la noción de "evolución" que fue usada por primera vez por la geología, científicos y otros pensadores más tarde la retomaron, con lo que se formula la teoría biológica de la evolución de las especies.

Aunque desde la antigüedad ya los filósofos habían esbozado la idea de "*una gran cadena del ser*"[6] que empezaba con Dios y descendía hasta las formas más inferiores de vida, todo seguía igual, estático, así como había sido creado permanecía, con el mismo número de especies. Esta idea mecanicista se acomodaba muy bien a la doctrina judeo-cristiana y al pensamiento de Newton.

Fue Jean Baptiste Lamarck quien propuso una teoría coherente y significativa de la evolución, su pensamiento tuvo gran impacto en la ciencia biológica. Él planteaba que todos los seres vivos evolucionaban desde formas de vida más simples a más complejas. Décadas más tarde Charles Darwin presentó evidencias de la evolución biológica. Junto con esto explicó los conceptos de variación casual y selección natural, llegando a ser fundamento de la teoría moderna de la evolución. La obra de Darwin tuvo gran relevancia en las ciencias humanas, con él se sentaban las bases de los posteriores conceptos biológicos.

Con la teoría de la evolución biológica comienza a quedar atrás la idea del universo como máquina y pasa a concebirse como un sistema en evolución y en permanente movimiento, donde las estructuras simples se desarrollan y se vuelven más complejas. Este pensamiento se elaboraba y perfeccionaba en la biología, pero también comenzó a influir en la física, sólo que en ésta las ideas evolutivas eran planteadas en sentido inverso, iban hacia un desorden creciente a partir de un movimiento. Al estudio de los fenómenos térmicos se aplicaba la mecánica propuesta por Newton, tratando a líquidos y gases como sistemas mecánicos complicados y así llegaron a la fórmula de la termodinámica, considerada la "*ciencia de la complejidad*".[7] Con esta nueva ciencia se llegó a la ley de la conservación de la energía como una de las leyes más importantes de la física, cuyo planteamiento consiste en que toda la energía envuelta en un proceso siempre se conserva, nada se pierde, aunque sí puede cambiar de forma. Es considerada la primera ley de la termodinámica, y a través del estudio de las locomotoras de vapor y de otras máquinas que generan calor, fue descubierta por los físicos.

[6] Citado en *ibid.*, p. 76.
[7] Citado en *ibid.*, p. 77.

Más tarde se descubre también la segunda ley de la termodinámica: la ley de la dispersión de la energía, la cual consiste en que mientras la energía total envuelta en un proceso se mantiene constante, la energía útil se reduce y se dispersa, volviéndose calor, fricción, etc. Esta segunda ley fue planteada en términos de la tecnología de motores térmicos por Sadi Carnot. Más tarde se introdujo la idea de un proceso irreversible, de una "flecha del tiempo", con lo que su significado se amplió. De acuerdo con esta ley, hay una tendencia en los fenómenos físicos; cuando la energía mecánica se dispersa en calor, ya no se le recupera del todo; cuando agua caliente se mezcla con fría, resulta agua tibia, entonces los dos líquidos ya no podrán separarse; o por ejemplo, la mezcla de arcilla roja y blanca darán como resultado una arcilla rosada, una vez combinadas ya no podrán separarse. El caso es que todos estos procesos van en sentido inverso: del orden al desorden. Por eso la fórmula más general de esta segunda ley termodinámica sostiene que cualquier sistema físico aislado irá espontáneamente cada vez más hacia el desorden.

Rudolf Clausius aplicó el término de entropía para explicar la medida de la evolución de los sistemas físicos, entendida como palabra derivada de "energía" y del griego "tropos" que denota transformación o evolución. Según la segunda ley termodinámica, la entropía de un sistema físico aislado seguirá creciendo, por lo tanto la entropía significaría también una manera de medir el desorden. La segunda ley junto con la fórmula del concepto de entropía fueron los descubrimientos más relevantes en el campo de la física del siglo XIX. Con el concepto de probabilidad introducido por Ludwig, era posible describir el comportamiento de un sistema mecánico complejo en términos de leyes estadísticas, de esa manera la termodinámica tenía una base newtoniana conocida como mecánica estadística. Boltzmann sostenía que si ciertos procesos no suceden, no era porque fueran imposibles, sino extremadamente raros. La entropía seguirá creciendo hasta que llegue a su máxima expresión, donde acaba toda actividad: toda la materia tiene la misma temperatura porque está repartida uniformemente. Para la física clásica todo el universo se dirige hacia la máxima entropía, hasta que finalmente se detendrá. Esta idea de la evolución cósmica es opuesta a la idea de

evolución de los biólogos, donde el universo va del caos al orden, que supone ir hacia estados superiores más complejos; como veremos más adelante, tiene que ver con la evolución de la conciencia.

A pesar de la evidencia de sus limitaciones, la teoría mecanicista de Newton era parcialmente considerada correcta. En las primeras décadas del siglo XX nace la teoría de la relatividad y la teoría cuántica, como los inicios de la física moderna que echan por la borda la noción de espacio y tiempo como absolutos, la sustancia de materia fundamental, las partículas sólidas, la causalidad de los fenómenos físicos y la objetividad de la descripción de la naturaleza planteados en las teorías de Descartes y Newton.

Esta es la historia de los valores que prevalecen en nuestras sociedades modernas. Revisemos otra, el comienzo de una nueva que está configurando una visión diferente del universo y que sin duda se manifestará en las actitudes, comportamientos y prácticas. Los inicios de una integración y reconciliación en una totalidad dinámica, que contempla tanto los aspectos objetivos como los subjetivos del Kosmos, donde la conciencia es fundamental. Como dice Rodolfo Gambini, las nuevas teorías, nos guste o no, cambiarán nuestra visión del mundo.

2.2 Hacia una nueva visión

Albert Einstein es el referente histórico y teórico con quien comienza la física moderna. Con sus hallazgos y con los de Max Plank se sientan las bases de una teoría que más tarde será desarrollada, la cuántica, que vino a confirmar que la realidad es a la vez partícula y onda. Paradójicamente, pone los primeros elementos de lo que él mismo combatirá el resto de su vida. En 1905 expone sus dos grandes teorías, la de la relatividad y la cuántica; aunque de esta última nunca aceptó su carácter de incertidumbre.[8] La primera la desarrolló casi en su totalidad, mientras que la cuántica fue sólo esbozada y 20 años más tarde elaborada por un equipo de físicos. Einstein retoma la mecánica y la electrodinámica,

[8] Hawking, Stephen, citado en Stone, Gene. 2008. *Stephen Hawking. Breve historia del tiempo.*

para formular una estructura común a partir de los principios básicos de la física clásica. Al mismo tiempo replantea los conceptos tradicionales de tiempo y espacio; a través de los que trastoca las bases de la visión newtoniana del mundo. Diez años después propone la teoría general de la relatividad, donde sus planteamientos anteriores de ésta se extendían a las leyes de la gravitación. Esto lo llevó a cambiar radicalmente los conceptos de tiempo y espacio.

En el siglo XX sucedió otro desarrollo importante en la física, concretamente en el campo atómico. A finales de este siglo, los físicos descubrieron fenómenos que tenían que ver con la estructura de los átomos, como la radiactividad y los rayos X, que se explican de manera diferente a la de la física clásica. Por ejemplo, encontraron que las partículas conocidas como "alfa" que generaban las substancias radiactivas, eran proyectiles muy veloces de carácter subatómico, que ayudan a examinar el interior de un átomo: al ser proyectados hacia éste, dichas partículas se desviaban y la forma en que lo hacían podía indicar la estructura atómica. Explorando el mundo atómico y subatómico los físicos se encontraron con realidades insospechadas que los llevó a replantearse la visión mecanicista y fragmentada del mundo. Al interrogar a la naturaleza, ésta les respondía con una paradoja cada vez más grande. De manera que su concepción y su bagaje teórico eran insuficientes para comprender los fenómenos subatómicos. No era sólo un asunto de comprensión intelectual, sino también de carácter existencial y emotivo de relevancia.

Fue así que los físicos encontraron que las paradojas eran una cuestión esencial de la física atómica. Muy a su pesar tuvieron que admitir que éstas emergen al intentar explicar los fenómenos atómicos a través de los conceptos clásicos. Entonces comenzaron a penetrar en la física, con una fórmula matemática precisa y sólida que los condujo a formular la teoría cuántica, conocida también como mecánica cuántica. Esta teoría se formuló entre 1900 y 1930, por un grupo de físicos de diferentes nacionalidades entre los que se encontraban Albert Einstein, Niels Bohr y Max Plank entre otros. La física cuántica trastocó violentamente la concepción del mundo sustentada por la física clásica y hubo necesidad de replantear los conceptos de espacio, tiempo, materia, objeto y efecto entre

otros. "*Esta realidad onda-partícula es algo así como el paradigma de una nueva manera de ver la realidad*".[9] La teoría cuántica sentó las bases para pensar el mundo de manera orgánica, ecológica e integral, conocida también como una visión de sistemas; en lugar de una máquina formada por objetos, el mundo es considerado como una unidad indivisible y dinámica, en la que todos los elementos están relacionados y son "*modelos de un proceso cósmico*".[10]

A principios del siglo se encontró a través de la investigación experimental atómica, que los átomos no son como se pensaba, partículas sólidas; por el contrario, son vastos espacios donde alrededor de un núcleo fluyen partículas extremadamente pequeñas, es decir, electrones. Más tarde esta teoría demostró que estas partículas subatómicas (electrones, protones y neutrones) no se parecen en nada a los objetos sólidos que había descrito la física clásica. Estas unidades de materia subatómica tienen un carácter dual muy abstracto: algunas veces aparecen como partículas y otras como ondas; en la luz también se encuentra esta naturaleza dual, a veces se observa como ondas y otras como partículas electromagnéticas. De hecho esta es una de sus principales características.

Einstein fue el primero en utilizar el concepto de cuantum, para referirse a las partículas de luz conocidas hoy como fotones. Esta naturaleza dual de la materia y de la luz es difícil de comprender con los conceptos de la física clásica. ¿Cómo es que una partícula, como una entidad limitada a un volumen reducido, puede ser al mismo tiempo una onda, que se extiende a través de una vasta región del espacio? Los físicos llegaron a la conclusión de que "partícula" y "onda" eran dos conceptos clásicos que no podían dar cuenta de los fenómenos subatómicos. De manera que un electrón aunque algunas veces se presenta como partícula y otras como onda, no es ni lo uno ni lo otro. La partícula se torna constantemente en onda y ésta en partícula. Lo que supone que ningún objeto atómico tiene cualidades independientes de su entorno,

[9] Marqués, Ramón. 2004. *Descubrimientos estelares de la física cuántica.*
[10] Capra, *op. cit.*, p. 84.

las características que manifiesta dependerán del contexto experimental, es decir, de la forma en que se ven obligadas a relacionarse recíprocamente. Aquí es donde comienza a comprenderse que hay una relación recíproca entre el observador y lo observado, entre lo objetivo y lo subjetivo, la ciencia y la conciencia.

Heisenberg, con su "principio de incertidumbre" y de una forma matemática exacta, expresó las limitaciones de los conceptos clásicos. A través de estas relaciones matemáticas se puede saber hasta qué punto se pueden aplicar los conceptos clásicos como partícula, onda, velocidad y posición, a los fenómenos atómicos. Entre más se puntualiza un concepto en la descripción, más incierto se vuelve el otro, de manera que la relación exacta entre ambos se logra sólo por el principio de incertidumbre. Cómo dice Roberto Markarian "... *En la física cuántica, todas las leyes se enuncian en términos probabilísticos, no hay certidumbre, hay mayores o menores posibilidades*".[11]

Niels Bohr propone la idea de complementariedad para facilitar la comprensión de la relación entre dos conceptos clásicos (pares). Para él, onda y partícula son dos descripciones complementarias de la misma realidad, correctas pero parciales y limitadas por sí solas; sólo juntas pueden proporcionar una imagen completa de la realidad atómica y ambas aplicadas de modo limitado por el principio de incertidumbre. Esta noción de complementariedad ha sido muy útil para el concepto de la naturaleza, incluso fuera del campo de la misma física.

De acuerdo con la paradoja onda/partícula, se estaba poniendo en duda la base de la visión mecanicista, es decir, el concepto de la realidad de la materia, pues a nivel subatómico la materia no existe en un lugar definido, sólo muestra una tendencia a existir; los eventos atómicos únicamente expresan una tendencia a ocurrir, no suceden con certeza en un momento definido. Según el formulario de la mecánica cuántica dichas tendencias son probabilidades relacionadas con cantidades que adquieren la forma de ondas. Tales cantidades se parecen a las fórmulas

[11] Markarian, Roberto y Gambini, Rodolfo. 1999. *Certidumbres, incertidumbres, caos*, p. 142.

matemáticas que se utilizan para describir por ejemplo "*la vibración de una cuerda de guitarra o una onda de sonido*".[12] Por eso es que una partícula puede ser al mismo tiempo onda. Se trata aquí de ondas de probabilidad, no de ondas reales tridimensionales. Como ondas de probabilidad pueden encontrarse las partículas en ciertos momentos y determinados puntos del espacio.

Con las leyes de la física atómica todo sucede en términos de probabilidades, jamás se puede predecir con certeza un evento atómico. Este carácter de probabilidad y el aspecto dual de la materia echó abajo la idea clásica del objeto sólido, pues éste a un nivel subatómico se dispersa en formas ondulatorias de probabilidades. Pero ni siquiera son probabilidades de una cosa, sino la probabilidad de que se establezca una relación recíproca entre varias cosas. Aún más, las partículas subatómicas sólo tienen significado como relaciones entre varios procesos de observación y medida, no como entidades aisladas. Es en base a sus interacciones con otros sistemas que se pueden definir y observar sus propiedades, dice Bohr.[13] De manera que las partículas subatómicas no son cosas, sino correlaciones de cosas.

Es así como se expresa la unidad básica del universo. Ni la materia ni la naturaleza están constituidas por partes aisladas. Más bien consiste en una compleja red de relaciones de partes de un todo unificado. Sin embargo, hasta cierto punto se puede dividir en objetos aislados como moléculas y átomos hasta llegar a las partículas donde la idea de división en partes se viene abajo. De manera que ninguna parte del universo se puede pensar de modo aislado y sólo puede concebirse a través de sus correlaciones. El papel de la probabilidad tiene particular importancia en el marco de estas correlaciones. Por tanto, los seres humanos no son independientes de los demás y de todas las cosas, por el contrario, están íntimamente relacionados, de modo que cualquier cambio en ellos o en cualquier otra parte, tiene repercusiones en la totalidad. La conciencia de esta pertenencia, supone una correspondiente visión del universo que afecta la cultura, los modos de vida y los valores de los individuos.

[12] Capra, *op. cit.*, p. 87.
[13] Citado en *ibid.*

Para la física clásica, cuando se conocen todos los detalles de un proceso, es decir, cuando las variables son limitadas, se puede predecir el resultado. Estas variables limitadas también son importantes para la física atómica y subatómica y están representadas por las correlaciones de eventos aislados en el espacio y conectados por determinadas señales, es decir, por redes de partículas que suponen respecto de las leyes de separación en el espacio. También existen las conexiones ilimitadas e instantáneas y que no se pueden predecir con exactitud matemática, éstas son las fundamentales de la realidad cuántica. Todo el universo influye en todo lo que sucede dentro de él, aunque tal influencia no es posible describirla con detalle, sí se reconoce cierto orden factible de ser expresado por leyes estadísticas.

Tanto en la física clásica como en la cuántica se emplea el concepto de probabilidad, para referirse a variables que imposibilitan los pronósticos exactos. La diferencia estriba en que las variables ocultas de la física clásica son mecanismos limitados, mientras que en la física cuántica no son limitadas, sino conectadas instantáneamente con todo el universo. Entre más pequeñas las dimensiones, la influencia de las conexiones es más fuerte, más difícil la separación y sólo puede plantearse en términos de probabilidades. Este planteamiento fue objeto de fuertes discusiones entre Einstein y su colega Bohr. Tal oposición del primero fue expresada con su famosa metáfora: "Dios no juega a los dados"; aunque finalmente admitió que la teoría cuántica planteada por Bohr y Heisenberg era un sistema de pensamiento coherente, seguía convencido de que era posible que en el futuro se hallara una interpretación determinista respecto a las variables limitadas. Esencialmente su desacuerdo con Bohr estaba en su creencia de una realidad externa, constituida de elementos independientes y aislados en el espacio, en este sentido, su filosofía se adhería a la cartesiana. Pese a que sus teorías iniciaron la Revolución Científica del siglo XX, al ir más allá de Newton con su teoría de la relatividad. Dice John Weeler:[14]

[14] Citado en Stone, *op. cit.*

> ... En pocas palabras: ¿La existencia del mundo es independiente de nosotros, como pensaba Einstein; o, como pensaba Bohr, hay un sentido en que, a partir de nuestra elección del equipo con que los medimos, tenemos algo que ver con los resultados? La mayoría de la gente en el mundo de la física, incluido yo mismo, sentimos que se ha inclinado de manera concluyente a favor de Bohr.

Para Bohr, aun cuando dos partículas estén separadas por una gran distancia, su sistema es una unidad indivisible y no pueden analizarse como partes independientes. Un sistema de dos electrones aun cuando estén separados en el espacio, continúan vinculados por una serie de conexiones instantáneas e ilimitadas, mientras que para Einstein dichas conexiones eran sólo señales; sin embargo, según la teoría cuántica,[15] van más allá de nuestras nociones convencionales respecto a la transferencia de información. De acuerdo con esta teoría, los fenómenos del universo no pueden analizarse desde elementos independientes. La idea de átomos o partículas como partes separadas, sólo es aproximada, pues no están conectadas por leyes causales en el sentido clásico. Para esta teoría los fenómenos individuales no siempre tienen una causa definida, lo único que se puede predecir son las probabilidades, nunca las causas precisas; dice Fritjof Capra que: "... *Las leyes de la física atómica son leyes estadísticas según las cuales las probabilidades de que ocurran ciertos fenómenos atómicos están determinadas por la dinámica de todo el sistema...*"[16] Es el todo el que determina el comportamiento de las partes, mientras que para la física clásica son las partes las que determinan el todo.

Para la física cuántica, la conciencia humana tiene crucial importancia en los procesos de observación, la conciencia afecta las propiedades de los fenómenos observados, al punto de que existe una similitud entre la estructura de la mente y la estructura de la materia. De acuerdo con esta lógica, es la conciencia la que afecta a los fenómenos atómicos

[15] Capra, *op. cit.*, p. 93.
[16] *Ibid.*, p. 94.

y subatómicos y por tanto sus propiedades. Para la física cuántica, a diferencia de la clásica, la ciencia se encuentra preñada de valores. Existe un vínculo bastante estrecho entre el observador y lo observado, al grado de que la conciencia afecta la realidad, dicho en otras palabras, afecta las propiedades y la estructura de la materia, señala Fritjof: "... *Los modelos que los científicos observan en la naturaleza están íntimamente vinculados a los procesos de sus mentes, a sus conceptos, pensamientos y valores*".[17] Si bien los valores no determinan sus investigaciones, estos siempre estarán presentes dentro del paradigma que se realice en la investigación. Kip Thorne lo dice en los siguientes términos: "... *Cuando se trabaja en las últimas fronteras de la ciencia, de la física, se debe confiar mucho en el olfato, en la manera en que se percibe algo...*"[18]

Uno de los puntos más trascendentes de la física moderna es que el universo consiste en una red de relaciones conectadas entre sí y que dicha red cósmica es intrínsecamente dinámica; tal naturaleza de la materia resulta del carácter ondulante de las partículas subatómicas. Cuanto más constreñido esté el espacio de una partícula, más rápido se moverá, dice Capra.[19] La materia siempre está en movimiento, nunca en reposo. A nivel macroscópico los objetos parecen inertes y sin vida, pero cuando se les observa con instrumentos amplificadores, se notan en movimiento y entre más se les observe, más dinamismo se encuentra en ellos. Seguramente por eso los físicos clásicos pensaban el mundo como una gran máquina y sin vida, pues la partícula más pequeña que llegaron a concebir fue el átomo. Pero más tarde, cuando se comienza a explorar el mundo microscópico, se encuentra que las partículas están en constante movimiento y nunca pasivas. Los objetos del entorno (hechos de átomos) vibran según su temperatura y la armonía de lo que los rodea. La materia, por tanto, no es inerte y pasiva, sino una constante danza cósmica. "*Existe una estabilidad, y esta estabilidad es el resultado de un equilibrio dinámico...*"[20]

[17] *Ibid.*, p. 95.
[18] Stone, *op. cit.*, p. 124.
[19] Capra, *op. cit.*, p. 96.
[20] *Ibid.*, p. 97.

La teoría de la relatividad de Einstein nos ayuda e entender el carácter dinámico de la materia; para él, el espacio y el tiempo son relativos y depende del lenguaje que utiliza el observador para explicar los eventos de la naturaleza. Con el fin de hacer una explicación precisa, los eventos más limitados en el espacio y que su movimiento ocurre casi a la velocidad de la luz, es necesario apoyarse en la teoría de la relatividad que permita incorporar la noción de tiempo a las tres coordenadas espaciales (largo, ancho y profundidad). De forma tal que se expresa la interconexión entre espacio y tiempo. Según la física relativista no es posible hablar de uno sin aludir al otro. Lo cierto es que nuestro condicionamiento del paradigma newtoniano nos dificulta entender a nivel intuitivo y cotidiano esta realidad del espacio-tiempo cuadridimensional, y cada vez que vivimos situaciones que suponen una velocidad como la de la luz, nos enfrentamos a situaciones incomprensibles e inexplicables.

El proceso de cambio del mundo cuántico a nuestro mundo dinámico clásico, se lleva a cabo mediante los sistemas dinámicos inestables. Bohr llamaba lenguaje común a lo que realmente es «un tiempo común», gracias al que podemos comunicarnos con la naturaleza. Sólo al hacer mediciones es que podemos tener una idea del pasado y el futuro; esta idea corresponde al desarrollo de los fenómenos que observamos. En otras palabras, para el Hombre y la naturaleza un tiempo común se da a partir de resonancias, siendo ésta la condición para poder comunicarnos con la naturaleza.

La descripción microscópica del universo debe hacerse a través de sistemas dinámicos inestables. Mientras que el punto de vista clásico consideraba que los sistemas estables eran la regla y los inestables la excepción, ahora la perspectiva se ha invertido.

A escala microscópica se puede estudiar lo que se conoce como el efecto de la flecha del tiempo, en otras rupturas de simetría y en la aparición del orden y el desorden al mismo tiempo a nivel macroscópico. En los dos casos el orden y el desorden nacen del caos. Pero si la descripción fundamental se hiciera en términos de leyes dinámicas estables, entonces no habría entropía ni coherencia por la falta de equilibrio, tampoco estructuras biológicas y por tanto tampoco existiría el Hombre. El caos y la estabilidad tienen dos funciones

fundamentales: a) la unificación de las descripciones macroscópicas y microscópicas de la naturaleza, tal unificación a través de un cambio de la descripción microscópica; b) la formulación de la teoría cuántica directamente fundamentada en la noción de probabilidad, evitando así el dualismo de la teoría cuántica ortodoxa. En sentido amplio, esto nos conduce a cambiar lo que se conoce como «leyes de la naturaleza». Éstas tradicionalmente estaban vinculadas al determinismo y a la reversibilidad del tiempo. Sin embargo, en los sistemas inestables las leyes de la naturaleza se vuelven fundamentalmente probabilísticas, manifiestan lo posible pero no la certeza.

Para resolver el dualismo cartesiano no necesitamos recurrir a la cosmología. Se ha comprobado que a nuestro alrededor hay objetos que están sujetos a leyes clásicas, deterministas y reversibles, pero que corresponden a casos simples y excepcionales (como por ejemplo el movimiento planetario de dos cuerpos). Por otro lado existen objetos a los que se les aplica el segundo principio de la termodinámica, que por cierto son la mayoría. Por eso es necesario hacer esos dos tipos de distinciones cosmológicas, una distinción entre estabilidad e inestabilidad y caos. Se reivindica el papel de la cosmología porque se sabe que la materia tal como se conoce emergió del vacío cuántico y se trata de un hecho irreversible y por tanto puede analizarse en términos de inestabilidad.

Descubrir con la estructura relativista que la masa no es más que una forma de energía, impactó la imagen que se tenía de la materia y por tanto del concepto de partícula, a diferencia de lo que se pensaba con la física clásica, la masa no está relacionada con una sustancia material, en consecuencia, las partículas no están constituidas por un material básico, sino son formas de energía. Puesto que las partículas están vinculadas a la actividad, al movimiento y a procesos, la naturaleza de las partículas subatómicas es inherentemente dinámica. Tales partículas sólo se conciben en el marco de una estructura donde espacio y tiempo se ajustan, constituyendo una serie continua cuadridimensional, es decir, sólo en términos relativistas. Las partículas para la física moderna se conciben como entidades cuadridimensionales en el espacio-tiempo, igual sus formas se ven dinámicamente.

Con la física moderna se descubrió que energía y materia tienen un origen común en los modelos dinámicos de partículas; mientras que la física newtoniana creía que eran diferentes y que provenían de una sustancia material, dada su aparente ilusión de solidez, sobre todo vistos macroscópicamente. Para la teoría cuántica las partículas subatómicas no son corpúsculos aislados, sino formas de probabilidades, partes de toda la red cósmica e indivisible, incluyendo al observador y su conciencia. La teoría de la relatividad ha revelado su naturaleza dinámica, demostrando que su dinamismo es básicamente la razón de su existencia. "*... A nivel subatómico las correlaciones y las interacciones de las partes de la unidad son más importantes que las partes mismas. Hay movimiento, pero no hay, en el fondo, objetos que se muevan; hay actividad pero no hay actores; no existen danzantes, sólo existe la danza*".[21]

Dice Ilya Prigogine[22] que el desarrollo científico desemboca en una verdadera elección metafísica, trágica y abstracta. El ser humano elige entre la tentación tranquilizadora pero irracional, de buscar en la naturaleza garantizar los valores humanos, la expresión de una identidad esencial y la fidelidad a una racionalidad. Ahora la ciencia ya comienza a ser capaz de describir la creatividad de la naturaleza y ya se habla de una articulación entre el Hombre y la naturaleza. Sin embargo, "*... El futuro es incierto, más incierto aún de lo que hacía presagiar la mecánica cuántica tradicional con las relaciones de incertidumbre de Heisenberg*".[23] De acuerdo con Prigogine vivimos en un momento privilegiado, la física se encuentra en un punto de transición, abriéndose a nuevas paradojas, así como a la probabilidad de comprender mejor su historia pasada. La posibilidad propuesta por la teoría cuántica y el determinismo al que se aspiraba con la física clásica, no están opuestos, aun a nivel macroscópico se pueden complementar.

Un concepto medular y recurrente en la física moderna es la conciencia, en relación con el crucial papel del observador en los procesos de investigación y conocimiento, que atraviesa los distintos campos de

[21] *Ibid.*, p. 101.
[22] Prigogine, Ilya. 2008. *Las leyes del caos.*
[23] *Ibid.*, p. 95.

la vida humana. Estos importantes aportes de la física moderna nos están llevando hacia una concepción distinta del universo, sustentada en la existencia de fenómenos dinámicos y relacionados entre sí, que conforman el universo, dejando atrás la idea newtoniana de que éste es mecánico y que sus procesos suceden independientemente de la conciencia humana. Esta orientación hacia una nueva visión deberá incluir un cambio también en los valores, dejando atrás la idea de dominio y control de la naturaleza, para pasar a prácticas de respeto, cooperación y armonía. Por fortuna ha comenzado a emerger un posible romance, el conocimiento más duro y el más sutil se están reencontrando a través de la física moderna y de la sabiduría oriental. El siguiente apartado sobre eso tratará.

2.3 Reconciliación entre misticismo oriental y física moderna

Aunque los paralelismos con el misticismo oriental, Filosofía de las tradiciones místicas o Filosofía Perenne, no sólo se están dando con la física moderna, sino también con otras ciencias, como lo señala Fritjof Capra,[24] nos interesan los encuentros sólo con la física, por ser justamente la disciplina más dura de la ciencia, que en otros momentos sustentó fuertemente a través de Newton la visión mecanicista del mundo y que además ha tenido gran impacto en los diferentes aspectos de la vida humana; prácticamente se ha tornado la base de las ciencias naturales, que al combinarse con las ciencias técnicas afecta positiva o negativamente la vida en sus diferentes formas. Al punto que sus descubrimientos científicos impactan a los valores, pues las prácticas son expresión de los pensamientos y hasta de las emociones, que a su vez se ven afectados por el nivel de conciencia. Hoy estamos asistiendo al reencuentro y a la posible reconciliación entre estos campos del conocimiento que se divorciaron quizá por simples malos entendidos.

Todavía es difícil comprender el mundo cuántico, si pretendemos hacerlo con la intuición, tenemos dos posibilidades: abandonar los plan-

[24] Capra, Fritjof. 2007. *El tao de la física.*

teamientos de la teoría cuántica o reorientar y modificar nuestra intuición, para que ambas puedan complementarse. La exploración del mundo atómico y subatómico realizada en el siglo XX, puso de manifiesto las limitaciones de la física clásica y se pusieron en duda sus principales conceptos. En virtud de que la concepción del universo está basada en ellos, al cuestionarse y plantear otros, ha comenzado a cambiar también la concepción del mundo. Esta que ahora está emergiendo resulta más parecida a la que sostiene el misticismo oriental. Curiosamente, la ciencia del siglo pasado, que nació con la fragmentación planteada por Descartes y que más tarde se desarrolló con el mecanicismo propuesto por Newton, trasciende ahora y retorna a la idea de unidad, como ya se expresaba en las antiguas filosofías griegas y orientales.

En contraste con el pensamiento mecanicista occidental, la visión del mundo de los místicos orientales es dinámica, de interconexión y de totalidad. Para ellos, todas las cosas y acontecimientos están interrelacionados, como partes de una misma realidad. Para los adeptos de estas tradiciones, el propósito principal de los seres humanos es llegar a ser conscientes de esta unidad e interconexión de todos y todo, identificándonos con esta realidad última, el desarrollo de esa conciencia además de encontrarse en el nivel intelectual, es fundamentalmente una experiencia que afecta al individuo en todos los aspectos, cuyo carácter es básicamente religioso en su sentido más genuino. Capra dice que la visión oriental del Kosmos es "*... considerado una realidad inseparable –siempre en movimiento, vivo, orgánico, espiritual y material al mismo tiempo*".[25]

Capra continúa diciendo que cuanto más se profundiza en el mundo subatómico y microscópico, más se percatan que el físico moderno y el místico oriental coinciden en ver el mundo como un sistema de elementos inseparables e interconectados y en movimiento constante, donde el observador y su conciencia son una parte fundamental del sistema. Éste forma un todo indivisible y cualquier cambio en una de sus partes afecta a la totalidad, por más distante que se encuentre.

A los místicos les interesa la experiencia directa de la realidad, que vaya más allá del pensamiento intelectual, pero también de la vivencia

[25] *Ibid.*

sensorial. Ellos se refieren a una manera de percibir que puede incluir la captación visual, pero que esencialmente la trasciende y por lo tanto no es una experiencia ordinaria y sensorial de la realidad. No obstante, enfatizan el carácter empírico de su conocimiento, sólo que el empirismo al que se refieren está planteado no en el sentido reduccionista de la ciencia moderna, sino a la experiencia directa de la meditación e introspección. Puesto que ésta trasciende el pensamiento y el lenguaje, a la hora de querer trasmitirla resultará inefable y de la que sólo se podrá recuperar su sentido. Para los místicos orientales la explicación pierde toda relevancia frente a la importancia de la experiencia directa y no intelectual; de hecho, una de sus principales metas es liberar a la mente humana de las explicaciones.

El estudio del mundo atómico llevó a los físicos a admitir que el lenguaje común que usaban era inadecuado y además impreciso para explicar fenómenos de esa índole. La física cuántica y la teoría de la relatividad como bases de la física moderna, han evidenciado que el lenguaje ordinario no da cuenta de esa realidad, porque trasciende la lógica clásica. En cambio, en el misticismo oriental siempre se ha aceptado que la realidad trasciende al lenguaje ordinario, por eso ellos nunca han temido ir más allá del pensamiento y de los conceptos comunes. Según Capra[26] esta es la razón principal de que sus fundamentos filosóficos se acerquen más a la física moderna, que a los de la filosofía occidental. Creo que la gran separación entre esta última y las dos anteriores, estriba justamente en la experiencia, la filosofía oficial del pensamiento occidental no va más allá de la reflexión, se mueve sólo en dimensiones intelectuales, que no suponen experiencias de trascendencia y de conciencia; mientras que para el misticismo eso es irrelevante porque las reflexiones no ayudan a saber quiénes somos, por el contrario, continúan fortaleciendo la visión de que podemos conocer el universo sin conocernos a nosotros.

Cuando la naturaleza esencial de los seres humanos y de las cosas se examina con el intelecto, resulta absurda y contradictoria; esto es algo que

[26] *Ibid.*

los místicos siempre han aceptado, pero para la ciencia recién empieza a significar un problema. En el caso de las realidades subatómicas nunca son percibidas a través de los sentidos de los físicos, ellos lo que ven son sus consecuencias, no los fenómenos que están investigando. A medida que los físicos incursionaban en el mundo de lo infinitamente pequeño, se fueron percatando que estas realidades trascendían la experiencia sensorial y que ya no podían seguir explicándolas con la lógica del pensamiento mecanicista. Al tratar con fenómenos no sensoriales, comprendieron que estas experiencias tenían aspectos absurdos y paradójicos. Así fue que la física moderna se aproximó más a la filosofía de Oriente.

La física moderna con sus nuevos descubrimientos se vio obligada a cambiar sus viejos conceptos como: materia, tiempo, espacio, objeto, etc. A partir de aquí (principios del siglo XX) comenzó a gestarse una nueva visión del mundo totalmente diferente, dejando atrás a la mecanicista y asumiendo una más integral y dinámica, donde las realidades sutiles son esenciales en todo el sistema orgánico. Por ejemplo, en el plano subatómico la materia no se encuentra con certeza en un lugar determinado, más bien sus tendencias son a existir y los acontecimientos atómicos no ocurren con seguridad en tiempos y formas determinadas, sino que muestran tendencias a ocurrir; en la jerga de la física cuántica dichas tendencias se manifiestan como probabilidades. Así que sus leyes se expresan en esos términos, jamás un suceso atómico se puede predecir con certeza, pero sí es probable que ocurra. Dice Fritjof Capra que: "*La teoría cuántica vino así a demoler los conceptos clásicos de los objetos sólidos y de las leyes estrictamente deterministas de la naturaleza*".[27] Para la física cuántica, los sistemas observados sólo se pueden describir en términos de probabilidades, lo que supone que nunca se puede saber con certeza dónde se encuentra una partícula en un momento determinado, ni cómo sucederá un evento atómico. Sólo se puede hablar de probabilidades.

El fundamento de la descripción objetiva de la naturaleza ha perdido validez, el planteamiento cartesiano de separación entre el indivi-

[27] *Ibid.*, p. 99.

duo y su entorno, entre lo observado y el observador, resulta imposible cuando de sucesos atómicos y subatómicos se trata, por tanto, no se puede hablar de la naturaleza sin que el investigador hable de sí mismo. Evidentemente estos hallazgos están impactando el campo de los valores, no sólo en el ámbito de la ciencia, sino también en los espacios de la vida ordinaria, por los mismos supuestos de interconexión, cuyos cambios en las partículas influyen en la totalidad, aun a gran distancia.

De acuerdo con la física subatómica, el estudio de los átomos y los núcleos ha demostrado que la mayor cantidad de materia se encuentra en diminutas gotas, mediadas por grandes distancias y ahí en ese vasto espacio entre las gotas sólidas que se mueven aceleradamente, se encuentran los electrones, que por cierto conforman una pequeñísima fracción de la totalidad de la masa y sin embargo, ellos son los que le dan ese aspecto sólido a la materia y los que otorgan los nexos para constituir las estructuras moleculares, así mismo son los causantes de las propiedades y reacciones químicas de la materia. Asombroso, ¿no?

Para la física clásica la masa de un objeto se relacionaba con alguna materia indestructible, de la que se pensaba que estaban hechas todas las cosas. Pero la teoría de la relatividad demostró que la masa no es ninguna sustancia material, sino una forma de energía. Sin embargo, la energía está relacionada con actividad o con procesos, si la masa de una partícula equivale a cierta cantidad de energía, significa que la partícula no puede ser considerada objeto estático, sino como proceso que contiene energía y que se expresa a sí misma como masa de una partícula. Así que para la física moderna, el universo es considerado como un todo dinámico, interconectado e inseparable, incluyendo al observador; de manera que los conceptos tradicionales como espacio, tiempo, causa, efecto, y de objetos materiales y aislados, pierden toda validez.

Una de las características fundamentales del pensamiento oriental es la unidad e interrelación entre todas las cosas y acontecimientos del universo. Todo lo que sucede en él son manifestaciones de esa unidad; los acontecimientos son diferentes expresiones de la misma realidad. En el mundo ordinario y cotidiano solemos separar las cosas y los eventos; aunque esta división puede sernos a veces útil, no es más que nuestro intelecto que todo lo conceptualiza, pero no es característica de la rea-

lidad última. Este concepto de la unidad básica no sólo es un elemento fundamental del pensamiento de los místicos orientales, también lo es de la física moderna.

La teoría cuántica ha demostrado el carácter de interconexión del universo y ha encontrado que no se puede descomponer y dividir a las más pequeñas unidades, sus propiedades se pueden observar y definir sólo en relación con otros sistemas. Para esta teoría el universo es más una compleja red de interrelaciones, como partes de la totalidad, no como una serie de cosas y sucesos aislados e independientes. Así también experimentan el mundo los místicos orientales. Para ellos, este complejo sistema de interrelaciones, incluye al observador y a su conciencia. Para los estudiosos de la física atómica, además de observar las propiedades de los objetos, tienen también que definirlas, es ahí donde interviene la conciencia del observador y donde se tornan realmente significativas. Así, el científico no puede jugar un papel objetivo e imparcial, tan involucrado está en ese proceso que afecta las propiedades de lo observado. Por eso en la física moderna ahora se prefiere hablar no de observación, sino de participación, claro, esta es una idea con la que los místicos están muy familiarizados, el conocimiento no sólo requiere de observación, sino también y fundamentalmente de la participación de todo el ser; incluso en sus experiencias de meditación profunda, se diluye la separación entre observador y observado, dejan de ser dos para ser uno y lo mismo.

La idea de que los opuestos son dos aspectos de una misma realidad, se encuentra muy anclada en el pensamiento místico oriental. Los opuestos no lo son en el sentido de disociación, sino en el de complementariedad, manifestación de interacción de una misma realidad. Para los místicos orientales, la unión de ambos aspectos sólo es posible gracias a un elevado nivel de conciencia, en el que el pensamiento y el lenguaje son trascendidos y los opuestos se tornan unidad dinámica. La física moderna ha encontrado a nivel subatómico casos en los que los opuestos se unifican; por ejemplo, partículas que son destructibles e indestructibles, la materia continua y discontinua, como aspectos diferentes de un mismo fenómeno. Si bien no es posible precisar un lugar fijo de una partícula, tampoco se puede pensar que no existe; como probabilidad, tiende a existir en diferentes lugares, de esa manera se mueve entre la existencia y la no

existencia. Tanto el místico oriental como el físico moderno trascienden el sentido reduccionista y fragmentado de los opuestos.

En cuanto a los conceptos de tiempo y espacio, los místicos los vinculan con especiales estados de conciencia. La física moderna, a través de la teoría de la relatividad, abandonó la idea de espacio absoluto, encontrando que depende del movimiento del observador. Un evento distante que sucede en determinado momento, para otro puede ocurrir antes o después. Fritjof Capra dice: "... *No existe un espacio absoluto e independiente del observador*".[28] Para la teoría física, espacio y tiempo son lo mismo, están unificados y las interacciones de las partículas pueden tomar cualquier dirección. Los místicos orientales son expertos en vivencias donde no existe el fluir del tiempo. El maestro Zen, Dogen, citado por Capra dice:

> La mayoría cree que el tiempo pasa; sin embargo, el hecho real es que permanece donde está. Esa idea de pasar puede llamarse tiempo, pero es una idea incorrecta, puesto que al verla sólo pasando, no pueden comprender que permanece en el mismo lugar.[29]

En este punto también convergen los físicos modernos y los místicos orientales, quienes enseñan a sus seguidores a trascender el sentido ordinario del tiempo, y con ello a liberarse de las experiencias de causa y efecto. Místicos y físicos coinciden en que sus observaciones no son directamente accesibles con los sentidos ordinarios. El primero usa como herramienta a la mente intuitiva, el segundo a la razón altamente especializada; dos maneras de acceder al conocimiento del universo, diferentes pero que se pueden integrar. Según Fritjof Capra "... *La experiencia mística es necesaria para comprender la naturaleza más profunda de las cosas, y la ciencia es esencial para la vida moderna...*"[30]

El propósito más elevado del misticismo es vivir todos los sucesos del universo como diferentes expresiones de la esencia de la realidad úl-

[28] *Ibid.*, p. 228.
[29] *Ibid.*, p. 257.
[30] *Ibid.*, p. 410.

tima, que da soporte a todas las interacciones y dinamismo de la unidad. Esas ideas de flujo y cambio no sólo son características del pensamiento oriental, de algún modo ya se había planteado en la antigua Grecia por Heráclito, al sostener que todo está en movimiento. Los místicos orientales conciben el universo como una entretejida unidad, donde todo está interconectado y todo fluye, por eso para ellos es importante trascender el mundo ordinario y fluir para entrar en la danza del Kosmos, sintonizándose con el Todo. También la física moderna está de acuerdo con el carácter dinámico del universo y con sus interconexiones. "*Según la teoría cuántica, la materia nunca está en reposo, sino que siempre se halla en un estado de movimiento*".[31]

Encontrar que la masa no es más que una forma de energía llevó a los físicos modernos a cambiar sustancialmente el concepto de partícula. Ya no se considera como un objeto estático y tridimensional, sino como entes cuatridimensionales que existen en el espacio y tiempo. La teoría cuántica ha demostrado que no son elementos microscópicos de materia aislados, sino interconexiones de una red cósmica, infinita e inseparable. La materia y su actividad son aspectos de un mismo espacio y tiempo. También los místicos orientales niegan la existencia de toda sustancia material, esta es una característica fundamental, por ejemplo de la filosofía budista.

Para los místicos orientales, la base que origina todos los fenómenos es una realidad que no tiene forma, sin especificación e inefable, vacía por tanto, pero esto no se entiende como la nada, por el contrario, es la fuente y esencia de todas las cosas y sucesos, creativo e infinito; todas las expresiones fenoménicas son simples ilusiones transitorias. También en este sentido existe un paralelismo con la física moderna, que llama a este vacío, campo cuántico, como única realidad que se encuentra en todas partes del espacio, y da origen, sostiene y absorbe una diversidad de formas.

Así que el vacío, tanto para los físicos como para los místicos, no es vacío en el sentido de no contener nada. Desde la perspectiva de los

[31] *Ibid.*, p. 266.

primeros, Fritjof Capra dice: "... *El vacío, desde luego, no está vacío. Por el contrario, contiene un número ilimitado de partículas que nacen y se desvanecen incesantemente*".[32] Contiene en potencia diversas formas de las partículas, que son expresiones ilusorias y transitorias del vacío, está en constante movimiento creando y recreando, construyendo y destruyendo al mismo tiempo.

La física del mundo subatómico ha declarado el carácter dinámico de la materia. Las partículas no existen independientemente, sino como elementos de un conjunto de interrelaciones que suponen constante flujo de energía, manifestándose como una interconexión e intercambio de las partículas, influyéndose mutuamente, moviéndose rítmica y constantemente. Para la física moderna, tanto el ritmo como el movimiento son inherentes a la materia, ha encontrado que toda partícula subatómica no sólo está en movimiento, sino que es en sí misma el movimiento de energía. Igual sucede para los místicos orientales, quienes también tienen una visión dinámica del universo. Esta idea se encuentra representada en imágenes de la filosofía hinduista, como la del dios Shiva, que simboliza la danza del universo, donde el constante flujo de energía genera una diversidad de formas que se compenetran y se funden, haciéndose y deshaciéndose constantemente. Este movimiento, ritmo y constante cambio del mundo subatómico, para nada es arbitrario y caótico, obedece a un orden preciso y definido.

Tanto el misticismo oriental como la física moderna están de acuerdo en la compenetración de todas las cosas y sucesos del universo: una partícula contiene a todas las demás, así lo microcósmico contiene al macrocosmos. Los humanos y cualquier otra forma de vida forman el Todo orgánico, interconectado e inseparable. Compartiendo esencialmente lo mismo, la inteligencia del ser humano es una expresión de la inteligencia del universo y lo más sorprendente y maravilloso es que a través de nosotros se experimenta a sí mismo, construye constantemente diversas formas, a través de las que es consciente de sí mismo. Para el pensamiento occidental, acostumbrado a la visión materialista

[32] *Ibid.*, p. 304.

y mecanicista, esta idea puede resultar desconcertante, mientras que los orientales están bastante familiarizados con esta visión de unidad, dinámica e interconectada.

Los paralelismos entre la física moderna y el misticismo oriental nos abren nuevas posibilidades de entender la realidad, nos permiten una comprensión más integral y consistente del universo, donde los valores son expresión y consecuencia, por tanto se modificarán sustancialmente. Porque la conciencia y la espiritualidad son parte esencial del Kosmos, de hecho en el nivel más alto se es lo mismo, ya no hay dualidad. El siguiente capítulo justamente trata sobre ese vínculo indisoluble.

Capítulo 3

Paradigma emergente: valores, espiritualidad y conciencia

Ya no podemos permitirnos ignorar la necesidad tanto del trabajo interno como del trabajo externo. Ambos son necesarios si queremos tomar decisiones con elementos de juicio para que sabiamente afecten a la cualidad de nuestras vidas.

Frances Vaughan

Junto con la *conciencia*, la *espiritualidad* es otro de los conceptos que se encuentra presente no sólo en la teoría de la física moderna, sino también en el resto de las teorías de frontera, así como en las distintas vertientes de la Filosofía Perenne y en los planteamientos de los grandes pedagogos, que sustentan desde su campo una nueva visión del universo. Paradójicamente, la física, considerada como la parte más dura de la ciencia, es la que está poniendo en entredicho el pensamiento newtoniano de un mundo mecanicista, y con sus recientes descubrimientos está construyendo el puente que podría integrar ciencia y espiritualidad.

Están resurgiendo planteamientos que ya se habían hecho desde la antigüedad, respecto a integrar en la vida humana dimensiones interiores que fueron relegadas con el paradigma cientificista y mecanicista. En realidad la necesidad de incorporar y desplegar la sabiduría ya se había planteado desde tiempos remotos, por diferentes pensadores, filósofos y sabios. La humanidad en las diferentes épocas ha reconocido la existencia de un Espíritu, un aspecto divino de sí mismos que nos conecta con algo sutil y de orden superior. El Hombre nunca ha podido desterrar el anhelo de contactar con esa realidad que dote a su existencia

de un sentido profundo. Al respecto, dice John Taylor: "*Siento que Dios es importante para mucha gente debido a la necesidad de explicar la enorme complejidad y la posible falta de un propósito en el universo. Nunca desearía eliminar esta gran ayuda que le da a la gente en su vida*".[1]

Sin embargo, el mundo material que nos rodea, físico y sólido, que se sostiene y se impone por la fuerza de la visión newtoniana al punto de que el espíritu aparece débil y separado de nosotros mismos, parece contraponerse con la existencia de realidades no materiales. Pareciera que podemos realizar una cantidad de actividades como comer, danzar, respirar, pensar, correr y hablar sin necesidad del espíritu, o al menos sin acordarnos de su existencia. En medio del ruidoso mundo externo y de las distintas actividades cotidianas, olvidamos la vida espiritual; nuestras prácticas, conductas, comportamientos y valores giran en torno a la vida externa y material.

Para la ciencia tradicional los seres humanos somos como máquinas pensantes. Las experiencias ordinarias de conciencia sugieren que somos objetos constituidos de átomos, moléculas, células, tejidos y órganos; pero las experiencias trascendentes de la conciencia nos revelan que todos podemos manifestar las características de un campo ilimitado de posibilidades, que va más allá del espacio, tiempo y causalidad lineal. La paradoja de la física moderna de que la partícula es onda al mismo tiempo, se aplica también en las personas como dos aspectos diferentes, pero que se complementan, ¿cual se manifiesta?, dependerá del estado de conciencia en que se lleven a cabo las observaciones.

3.1 Fundamentos de los valores actuales

Como hemos señalado arriba, los valores que prevalecen en una sociedad y en una época tienen sus propios fundamentos filosóficos. Expresan una concepción del mundo, una forma de pensar la vida, al ser humano, las realidades, el conocimiento, la ciencia; en fin, expresan

[1] Citado en Stone, Gene. 2008. *Stephen Hawking. Breve historia del tiempo*, p. 141.

una cosmovisión. Los que hoy tenemos se encuentran sustentados por planteamientos hechos hace más de trescientos años, fundamentalmente por Descartes, Newton y Bacon. Tienen como soporte al pensamiento conocido como fragmentado, mecanicista y cientificista, propuesto respectivamente por estos pensadores.

La ciencia moderna se erigió sobre la base de la diferenciación de los diferentes campos, con la pretensión de acabar con el dogma religioso de la iglesia, quien tenía la última palabra sobre el conocimiento y se encontraba fundamentada en la existencia de un Dios, concebido de un modo extremadamente dogmático, que ocupaba el centro del universo y donde todo giraba alrededor de él. Evidentemente la espiritualidad se entendía en el sentido más fanático y los valores estaban preñados de una moral que limitaba la libertad humana, pues se constreñían a los principios del dogma religioso.

Con el nuevo paradigma de la modernidad se dio un avance importante al ubicar cada campo en su justo lugar: la verdad como el de la ciencia, la moral el de la ética y la belleza el de la estética. Sin embargo, el problema más grave fue que esa diferenciación que buscó acabar con la con-fusión[2] del dogma, cayó en el otro extremo: en la disociación. Fue así que rezagó lo más esencial del ser humano, lo más significativo, lo que le ayuda a otorgar sentido a su existencia: las dimensiones subjetivas, dejando el templo vacío, frío, sin su esencia, sin su amo y señor, es decir, despojado del Ser.

Los fundamentos filosóficos del paradigma de la ciencia moderna se sustentaban en la visión de un mundo mecánico, inerte, sin vida, donde no había lugar para realidades sutiles, pues éstas no podían demostrar su existencia con el método científico; así fue que la ciencia adquirió su carácter reduccionista. Para un mundo mecánico y material lo único que se necesitaba era la atención y el desarrollo de esos aspectos, a través del despliegue del pragmatismo en sus máximas y diferentes

[2] Escribo "con-fusión" para darle un sentido de nivel de conciencia, que supone ignorancia de la naturaleza divina, que a su vez lleva a confundir y, por tanto, a fusionar las tres esferas del conocimiento, a saber: la ciencia, la ética y la estética.

expresiones. ¿Dónde quedó el sentido y el mundo de la existencia humana, la imaginación, el asombro por el milagro de vivir, el respeto a la vida y la devoción por lo sagrado, la genuina subjetividad y el amor? El campo de las dimensiones interiores quedó rezagado en el plano de las "supersticiones" y con ello también las preguntas primordiales de la existencia.

Al perderse el hábito de las preguntas fundamentales, se perdió también la posibilidad ontológica de saber quiénes somos. Perdidos en la maraña de un mundo materializado, fragmentado y desconectado, dañamos a otros seres humanos y a otras formas de vida por inconciencia de no saber quiénes somos, por desconocimiento de que somos esencialmente lo mismo, que todos somos Uno y, por tanto, que estamos interconectados. No sabemos que con cada paso que damos influimos de algún modo en el orden divino y que tenemos la posibilidad de incidir en nuestro entorno. Tal inconciencia nos está llevando a la autodestrucción como especie humana; por eso apremia elevar el nivel de conciencia y el consecuente despliegue de espiritualidad.

Para un mundo con estas características lo valioso es lo material, el estatus social, el poder (en el sentido de ganador-perdedor). Eso es lo que tiene valor: tener más y más cada día, buscando ahí la felicidad, y aunque es importante, sólo es un aspecto y por tanto parcial, que nunca nos proporcionará por sí mismo el sentido profundo y trascendente de la existencia; incluso es posible crear y vivir la belleza, el arte y la espiritualidad, aun cuando las necesidades materiales no estén plenamente satisfechas. Como consecuencia de este pensamiento fragmentado y reduccionista, los valores son de competitividad, egoísmo, mezquindad, individualismo y violencia, justamente porque están fundamentados en la visión de un mundo mecánico, frío y robotizado.

Desafortunadamente la mayoría de las pretensiones de generar nuevos valores, tienen como marco este mismo paradigma y proponen reformas que tocan sólo los niveles de conducta que propician cambios a nivel de superficie, no profundos de conciencia. Los valores no se aprenden como habilidades técnicas o por decreto, ni reformas que abordan sólo dimensiones externas; se viven y se asumen desde los distintos niveles de conciencia. Por eso el despliegue de la espiritualidad

es sumamente importante, porque posibilita construir valores esenciales y universales que reestablecen y fortalecen los vínculos con todos y con todo; permiten el reencuentro con nosotros mismos, con el planeta y con el Kosmos. Valores que posibilitan bien-estar común en todos los espacios de la vida, donde el bien-estar no implica sólo lo material, sino todos los ámbitos y, por tanto, comporta un sentido más amplio y genuino.

3.2 Crisis de percepción y valores

Como acertadamente señala Roger N. Walsh,[3] la situación en que se encuentra el mundo refleja nuestra mente; las crisis sociales son expresión de nuestra conciencia colectiva. Así es que si queremos saber en qué punto nos encontramos en cuanto a evolución de conciencia, echemos una mirada a nuestro entorno. Nuestras sociedades latinoamericanas y en general el mundo contemporáneo, tienen serios problemas sociales, económicos y culturales: rezagos educativos, marginación, extrema pobreza, programas iguales para grupos sociales diferentes, altos índices de corrupción, desnutrición, falta de servicios médicos, pornografía infantil, delincuencia, crisis existenciales y drogadicción juvenil, sólo por señalar algunos. En los países subdesarrollados vivimos con políticas neoliberales en condiciones económicas desventajosas, competimos en el mercado internacional en circunstancias desiguales para un mundo globalizado.

Los efectos de la globalización se hacen sentir en los diferentes espacios. Los valores de respeto, solidaridad, concordia y lealtad adquieren connotaciones distintas para diferentes contextos y, en su sentido genuino, han sido desplazados por la competitividad, el egoísmo y la simulación, propios de un mundo materialista, mecanicista, cientificista e instrumentalista. Prácticamente hemos olvidado los valores esenciales como la verdad, la ética y la belleza, además de distorsionar su connotación original. El primero se redujo a su sentido objetivo y los dos

[3] Citado en White, John. 1992. *Qué es la Iluminación.*

últimos se relegaron como dos esferas que la ciencia desconoció por su carácter subjetivo y contrapuso a su naturaleza de objetividad.

En este marco se encuentra la crisis de valores, expresada en experiencias que degradan la dignidad humana; la inseguridad social se ha vuelto el pan de todos los días, la indiferencia por el sufrimiento ajeno se expresa cotidianamente en distintas circunstancias, por el supuesto de que las diferencias son esenciales y no solamente superficiales. Esto lo ilustra el hecho de que en un autobús sea común que el conductor ponga música a volumen alto, que un joven vaya sentado mientras una mujer embarazada se encuentra parada, que con frecuencia conducimos el auto aceleradamente sin ceder el paso al anciano que espera cruzar la calle, que tiramos basura en cualquier parte, matamos a cualquier animal; igual se han acrecentado los homicidios, la violencia en sus diferentes formas, los asaltos, los secuestros, y así vivimos en circunstancias de inseguridad que nos vulneran y enajenan nuestra atención. En tales condiciones, el margen para atender los espacios que nos conectan con el Ser prácticamente son nulos; el discurso del pensamiento occidental moderno nos aliena y nos mantiene en una maraña de ilusiones materiales que conocemos como única realidad.

Estas prácticas expresan ausencia de los valores esenciales en un mundo donde se ejerce la mezquindad, el egoísmo, la corrupción y la competitividad, fomentando el individualismo por encima del bien-estar común. ¿Dónde se encuentran las bases científicas y filosóficas de estos valores y modelos de comportamiento? En el marco de la globalización nos encontramos con crisis en la economía, en la política, en la cultura, en la religión, en el medio ambiente; crisis de sentido, de valores espirituales y morales. Sin embargo, todas son manifestaciones de una sola crisis: crisis de percepción, como acertadamente señala Fritjof Capra: necesitamos "*... una nueva visión de la realidad, una transformación fundamental de nuestros pensamientos, de nuestras percepciones y de nuestros valores*".[4] Más aún, creo que requerimos una vida más elevada, nuevos modos de vida, donde reine la concordia, la cooperación y la paz.

[4] Capra, Fritjof. 1999. *El punto crucial*, p. 18.

Siguiendo en la lógica de Ken Wilber, agregaría al planteamiento de Capra que necesitamos básicamente mayor nivel de conciencia expresado en despliegue de espiritualidad. En otras palabras, necesitamos prácticamente vivir esa nueva visión y percepción del universo, que si bien es el punto de partida, la trascendencia se logra cuando somos congruentes con la visión integral. Lamentablemente muchos enfoques que abordan el asunto de los valores consideran los síntomas como las causas de la crisis global y, por tanto, también sus propuestas no tocan el fondo del problema. "*Curar, o al menos producir una mejora significativa a largo plazo, exige algo más que un tratamiento de los síntomas*".[5]

¿Por qué se considera que las crisis en los distintos campos son una crisis de percepción? Según Toynbee, cuando una civilización llega al auge de la vitalidad tiende a decaer. Un elemento esencial de esta decadencia es la pérdida de flexibilidad: las estructuras sociales y los modelos de comportamiento se vuelven tan rígidos que la sociedad ya no puede adaptarse a los cambios de la evolución cultural, la sociedad se derrumba y eventualmente se desintegra. En tanto que las civilizaciones en ascenso presentan una variedad y versatilidad sin límites, las sociedades decadentes presentan una uniformidad carente de inventiva y creatividad, lo que se expresa en discordias y conflictos sociales,[6] y es en este contexto que surgen nuevas minorías.

Dice Fritjof Capra[7] que tres cambios quebrantarán la base de nuestras vidas e influirán en el sistema económico, político y social: a) el derrumbe del patriarcado; b) la disminución del número de reservas de combustibles y fósiles, con lo que pasaremos de la era del combustible a la era solar; y c) el cambio de paradigma, un cambio profundo de mentalidad y de los valores que forman una visión particular de la realidad (competitividad, egoísmo, individualismo y egocentrismo); valores relacionados con corrientes culturales de Occidente como la Revolu-

[5] Walsh, Roger. 2003. *La evolución de la conciencia*, p. 17.
[6] Capra, *op. cit.*, pp. 29-39.
[7] *Ibid.*, pp. 30-32.

ción Científica, el Siglo de las Luces y la Revolución Industrial, muy diferentes a los de la Edad Media. Estos tres cambios que caracterizan a nuestra sociedad contribuyen todos al mismo proceso global, por lo tanto la crisis actual no es una crisis parcial y sólo de algunos campos de la sociedad; es también un periodo transitorio de dimensiones universales. Como individuos y como ecosistema planetario hemos llegado a un punto crucial, es importante repensar los valores más relevantes de nuestra cultura si no queremos ser partícipes de la destrucción de nuestra propia civilización.

Fritjof Capra[8] señala que Sorokin (1937-1941) planteó un sistema de valores que consistió en lo siguiente: el primero llamado *sensato,* en el que se considera que la única realidad es la materia; el *ideacional*, el cual sostiene que la única realidad está en el terreno del espíritu; y por último está el *idealista*, que hace una combinación de ambos; la verdadera realidad tiene aspectos sensibles y suprasensibles que coexisten en una unidad global. Si tuviéramos que posicionarnos en alguna de estas perspectivas para construir un mundo más equilibrado y armónico, cuyos valores nos integren en una unidad en lugar de separarnos, con seguridad nos ubicaríamos en el sistema de valores *idealista.*

De acuerdo con el esquema de valores propuesto por Sorokin, en esta época moderna estamos viviendo un periodo de valores *sensato* del siglo XVII, XVIII y XIX, caracterizado por el pensamiento heredado por el Siglo de las Luces, por la filosofía científica de Descartes y de Newton, y por la tecnología de la Revolución Industrial; hoy estos valores de la cultura sensata se encuentran en una fase decadente como ya lo había previsto Sorokin en 1937, así que hoy no nos enfrentamos a una crisis cualquiera, sino a una de las grandes fases de transición. En ésta nuestra responsabilidad es enorme, tenemos el privilegio de asistir a cambios profundos y radicales tanto en la ciencia y en la tecnología, pese al tremendo desfase que existe entre este desarrollo con el de la conciencia; tenemos la posibilidad de elegir hacia dónde dirigirnos como humanidad.

[8] *Ibid.*, pp. 32-33.

Todavía con mucha fuerza se siguen privilegiando valores, actitudes y modelos agresivos de comportamiento, competitivos, instrumentalistas, rígidos, individualistas y egocentristas. Frecuentemente en nuestra sociedad el conocimiento científico es el único aceptable y predomina el pensamiento racional. El cientificismo está muy difundido y ha penetrado e impactado no sólo el campo académico, sino todos los ámbitos de la vida humana, a las instituciones sociales y políticas.

El planteamiento filosófico de Descartes "*pienso luego existo*", que supuso una separación entre mente y cuerpo, se ve hoy reflejado en los diferentes aspectos de nuestra cultura. De esta manera nos hemos olvidado de pensar con nuestro cuerpo, de coexistir y cooperar con los demás y con una inmensa y rica variedad de organismos vivientes. Separando materia y mente se llegó a la idea del universo como un sistema mecánico, formado de objetos aislados que a su vez eran componentes básicos, cuyas propiedades e interacciones determinaban a los fenómenos de la naturaleza. Esta idea de Descartes se extendió hasta los seres vivientes, considerados como máquinas formadas de diferentes partes; hoy este concepto mecánico del mundo sigue estando presente e influyendo en los diferentes espacios de la vida. Es así como se magnifica el desarrollo material, fragmentado y mecanicista que nos ha llevado a un disparado desarrollo del poder intelectual, tecnológico y científico en desfase con la sabiduría, la subjetividad y los valores esenciales.

La ciencia y la tecnología han avanzado enormemente desde que los griegos abordaron el campo científico en el siglo VI antes de Cristo, mientras que el progreso social ha sido mínimo. Así que el progreso de nuestra civilización sucede fundamentalmente en lo racional e intelectual. Esta evolución unidimensional ha llegado a grados verdaderamente alarmantes, situación paradójica que toca los bordes de la locura. Por ejemplo, es posible controlar el aterrizaje de una nave espacial en el más lejano planeta, pero no sabemos cómo eliminar los gases contaminantes emanados de las fábricas y de nuestros automóviles; es posible comunicarnos instantáneamente por Internet o teléfono con cualquier otra persona que se encuentra al otro lado del planeta, pero no sabemos cómo

relacionarnos en armonía con quienes tenemos cerca; no sabemos cómo evitar los suicidios de los jóvenes; ni siquiera sabemos las causas de nuestras propias depresiones y cómo evitarlas; nos maravillamos de los grandes avances en la tecnología, pero permanecemos indiferentes ante el proceso biológico de la creación de una nueva vida; los triunfos materiales nos hacen sentir fuertes, pero nos vulnera la idea de la muerte; nos sentimos poderosos con los estatus sociales, pero ni siquiera sabemos que somos poderosos por naturaleza divina; hemos perdido la capacidad de asombro ante aquellos fenómenos de la existencia que son realmente trascendentes, justamente porque se han vuelto fríos y mecánicos. Incluso, recientemente la NASA ha estado explorando la posibilidad de encontrar agua en la luna. Al escuchar la noticia me pregunté: ¿más allá de la Tierra, hasta dónde llegará nuestra conciencia depredadora?, ¿qué otros rincones del universo dañaremos? Pensamos en conquistar territorios y espacios, pero no sabemos cómo reencontrarnos a nosotros mismos. Así de perdidos estamos porque no sabemos quiénes somos.

Frente a las crisis actuales generadas por el afán desmedido de poder y enriquecimiento material, a costa de sacrificar la vida misma y su sentido de existencia, sustentadas en un paradigma que fragmenta, mente-cuerpo, espíritu-materia, objetivo-subjetivo, ciencia-conciencia; que privilegia el mundo material y coloniza al espiritual; hoy tenemos la emergente necesidad de reintegrar en una totalidad el mundo externo con el interno si no queremos seguir viviendo en la actual pobreza espiritual, y recuperarnos como lo que realmente somos: seres espirituales viviendo experiencias humanas, y no al revés.

Abordar los valores desde los valores mismos nos coloca en un nivel sólo académico y cognitivo. Esta es una manera de reflexionar la problemática de los valores que, si bien es correcta, es insuficiente porque sólo atiende la superficie, no el fondo del problema. La situación de crisis mundial y planetaria nos está obligando a replantear los valores no únicamente desde las manifestaciones, sino también y fundamentalmente desde sus causas, que nos conduzcan hacia posibilidades de transformación profunda y trascendente. Los valores se consolidan a partir de procesos de subjetividad que implican en primera instancia una manera diferente de pensar el universo, que a su vez supone un elevado

nivel de conciencia. No son asunto de decreto, sino de conocimiento, certeza y vivencia de lo que esencialmente somos y nos constituye como unidad; percatarnos de que somos todos lo mismo, más allá de las diferencias culturales, raza, religión, color y credo, que son superficiales e irrelevantes frente a lo esencial y trascendente.

La existencia de una crisis de valores es el punto en el que todos estamos de acuerdo; el problema es cómo los pensamos y reflexionamos para asumirlos prácticamente; cómo trascendemos su nivel discursivo en un mundo de competitividad, individualismo, egoísmo y mezquindad, donde los valores giran en torno a la idea de ganador-perdedor, teniendo como centro de atención a la vida material, que si bien es importante, por sí misma no proporciona el sentido profundo a la existencia. El despliegue de valores esenciales orientados al bien común, que nos permita coexistir en armonía con los demás seres humanos y establecer relaciones de respeto con todo lo que nos rodea, necesita tener sustentos filosóficos que incluyan todas las dimensiones, tanto las objetivas como las subjetivas, el mundo externo como el interno.

Afortunadamente la misma ciencia, a través de la física moderna y de otras disciplinas de frontera, respalda la importancia de las experiencias subjetivas. De manera que empezamos a dejar atrás el viejo paradigma para dar paso a uno nuevo, que considera al universo un sistema de redes dinámicas y articuladas. John White[9] sostiene que siempre estamos en proceso de evolución y que si bien las crisis a veces son dolorosas, son fundamentalmente saludables, y como crisis de conciencia significa que la humanidad está buscando entender sus propias conciencias. Lo que quiere decir que se está atendiendo la enfermedad más allá de los síntomas, tocando el fondo del problema, y que empieza a emerger una conciencia más elevada de una especie que se abre camino en el planeta, enfrentándose a la dominante. "*Y esa especie dominante es una especie moribunda*".

[9] Citado en Grof, Stanislav. 2003. *La evolución de la conciencia*, pp. 171-172.

3.3 De visión a conciencia

Aunque una visión del mundo se expresa en culturas, conductas, comportamientos y en los valores que se practican, no es suficiente para que emerja un modo de vida trascendente. La concepción del mundo, de la vida, de todo, no garantiza que se viva en la experiencia, no necesariamente hay congruencia entre visión y praxis. Una forma de pensar es sólo el nivel cognitivo, reflexivo en el mejor de los casos, que no siempre corresponde con un nivel de desarrollo de la conciencia.

Es importante comprender que cuando nos movemos a nivel de la visión, nos encontramos sólo en la dimensión cognitiva, en cambio, cuando trabajamos con la conciencia nos hayamos en un terreno más profundo, ontológico, de naturaleza del Ser. Estamos en la dimensión estética y espiritual que nos permite reconocer y reconectar con lo que somos. La conciencia y su nivel de desarrollo tienen un correspondiente práctico, por eso los valores genuinos, esenciales y universales afloran sólo en un elevado desarrollo de la conciencia.

En el nivel cognitivo o de visión podemos reflexionar sobre los valores, pero es sólo eso, reflexión. Incluso se puede llegar al punto de hacer un buen juicio de valor y quedarnos en ese nivel, porque un buen juicio no garantiza su aplicación. Es sólo la espiritualidad o la conciencia en un alto nivel lo que nos permite practicar estos valores, porque es experiencia de vida directa. Podemos tener una concepción integral del mundo y prácticas fragmentadas, disociadas y patológicas; o viceversa, una concepción fragmentada, pero prácticas integrales y de valores espirituales; podemos reflexionar, hablar y hasta escribir sobre espiritualidad, pero no ser espirituales. Recordemos que la espiritualidad como asunto práctico no es un conjunto de creencias, sino experiencia directa de unicidad y síntesis con Todo.

Si bien los fundamentos filosóficos son importantes, en mi opinión éstos están planteados a niveles más generales de sociedades y de paradigmas, que nos ayudan a explicar culturas, comportamientos y valores (entre otras cosas), que evidentemente influyen pero no determinan las prácticas. Sin embargo, los fundamentos filosóficos de una visión del mundo son un nivel necesario para comprender la importancia del

desarrollo de la conciencia y el despliegue de la espiritualidad y sus valores. En el plano reflexivo, la relevancia de atender la conciencia va acompañada de un conjunto de fundamentos, de creencias, de visiones, de concepciones y hasta de juicios. Digamos que este nivel cognitivo es una herramienta teórica que sostiene los diferentes niveles de conciencia; de ahí la importancia de contar con una visión integral y dinámica del mundo, necesaria, pero no suficiente para generar valores que nos conduzcan hacia una vida sustentable, armoniosa, de paz y bien-estar común.

Desde esta perspectiva se trata de reivindicar a los fundamentos filosóficos, a la integridad de los nuevos paradigmas o sistemas, pero considerando que hasta aquí estamos sólo en un nivel de totalidad que es correcto, pero parcial. ¿Qué nos falta entonces? Vivir la integridad, es decir, considerar todas las dimensiones, desde las sistémicas (físicas, materiales) hasta las espirituales; desde las externas hasta las internas; desde las objetivas hasta las subjetivas; desde las materiales hasta las sutiles; desde lo holístico hasta lo holista; desde el Cosmos hasta el Kosmos.[10] Se reivindica la integridad sistémica, pero sobre todo se reivindica la integridad multinivel-multidimensión, la integridad que recupere la existencia de realidades sutiles y superiores, espiritualidad y conciencia, que toque lo profundo de lo que somos, que mueva, que trastoque un modo de vida para dar paso a otro, donde todos nos reconozcamos Uno y lo mismo, inseparables e interconectados.

En consecuencia, ¿se verán afectados los valores al desplegar espiritualidad y elevar el nivel de conciencia, que comporta en sí misma una nueva manera de pensar el universo?, seguramente. En el siguiente apartado se abordan algunos planteamientos al respecto, a la luz de la física moderna, cuyo campo en otros tiempos fue relevante para sustentar los valores que hoy prevalecen.

[10] Holista y Kosmos se refieren a la integridad más allá de lo sistémico, a la totalidad que considera a la espiritualidad.

3.4 Necesidad de reintegrar ciencia, espiritualidad y conciencia

Existe una relación muy directa entre el nivel de conciencia y la espiritualidad, entendida como despliegue, como práctica, como experiencia personal y directa de síntesis y totalidad, de ser Uno con el Todo. Alto nivel de conciencia que debe expresar necesariamente valores esenciales y superiores, sensibilidad al dolor "ajeno", compasión por los demás, prácticas transpersonales. Es decir, a un elevado nivel de conciencia le corresponde una vida más ética, plena y espiritual, y viceversa.

Los niveles de conciencia son cruciales para sentar las bases de los valores esenciales y espirituales; la espiritualidad es, al fin de cuentas, un asunto de conciencia, de percatarnos de nuestra naturaleza divina y reconectarnos con ella. No se enseña y se aprende como las habilidades y capacidades técnicas o intelectuales, a través de otros; es experiencia de subjetividad, de cada cual, de autoconocimiento y reconocimiento de lo que se Es esencialmente.

Sin duda, la espiritualidad es un campo relegado por el mundo moderno, en el que las instituciones educativas se rigen por los parámetros cientificistas y donde la ciencia es entendida en el sentido estrecho, tomando en cuenta únicamente la experiencia del mundo externo que descarta la validez de las experiencias interiores. La ciencia en el sentido amplio del empirismo, tendría que considerar todo tipo de experiencias, interiores y exteriores; el reduccionismo daría paso al despliegue integral de las dimensiones. Como dice Ken Wilber:[11] se trataría de una ciencia profunda que contemple los diferentes aspectos del ser humano, como la estética, la ética, los valores, los significados, en fin, todos los niveles de totalidad y dimensiones de la vida.

Se trata de integrar el arte, la ciencia objetiva y la ética, estos campos que se diferenciaron en los principios de la modernidad, pero que desafortunadamente más tarde degeneraron en disociación en lugar de integrarse. *"Cuando la ciencia superficial se abra a este tipo de ciencia profunda, podrá acceder al dominio interno de la experiencia mental y de la experiencia espiritual"*.[12]

[11] Wilber, Ken. 2004. *Ciencia y religión*, p. 216.

Si las sociedades modernas se caracterizan por la acentuada pobreza espiritual, que atenta contra la propia supervivencia humana como nunca antes en la historia, es justamente porque este campo se ha relegado y colonizado por el alto crecimiento tecnológico y científico. La paradoja de un mundo que crece en riqueza material y se empobrece cada día más en espiritualidad, en valores genuinos, en significados profundos de existencia que eleven la calidad de los sujetos en lugar de denigrarla, expresa un nivel de conciencia que privilegia el bienestar material, sacrificando el mundo de las interioridades, de subjetividades, y reduciendo el bien-estar a dimensiones externas. Para el nivel de conciencia que prevalece en estas sociedades, la espiritualidad no es importante porque no se encuentra dentro de los parámetros metodológicos de lo que se considera ciencia en el sentido más estrecho de la palabra.

Si bien la ciencia moderna nace con la base del empirismo entendido como experiencia directa, tal experiencia se redujo sólo a objetos sensibles; se olvidó que la experiencia también se vive en los espacios interiores del ser humano. En ese sentido la propuesta de Ken Wilber[13] es que el método científico que sostiene al reduccionismo de la ciencia moderna puede y debe replantearse en un sentido amplio, que recupere e integre todos los niveles de totalidad y todas las dimensiones de cada nivel.

Los niveles de conciencia se expresan en prácticas, en conductas, comportamientos, actitudes y valores. El grado de despliegue de la espiritualidad es el nivel de conciencia que determinado grupo o comunidad posee, lo que supone también niveles de integración de la verdad, la ética y la belleza; integración de la objetividad y la subjetividad. La espiritualidad despliega sensibilidad estética, genera procesos de belleza y nos conduce a la capacidad de asombro, a maravillarnos por los detalles simples pero significativos de la vida, a tornarlos extraordinarios, a tener

[12] *Ibid.*, p. 217.
[13] *Ibid.*, pp. 219-220.

mayor capacidad de compasión, de perdón y de amor, de reconocernos en los otros como lo mismo, en el Todo.[14] La espiritualidad, aunque es experiencia personal y directa, no es de aislamiento e individualismo o de disociación, sino de integridad y totalidad, experiencia de síntesis y de Ser Uno con el Todo.

La espiritualidad es conciencia de integridad y nos conduce a la búsqueda de bien-estar común, en el sentido amplio de considerar todas las necesidades, no sólo las materiales, que si bien son importantes y necesarias, son insuficientes. El bienestar material por sí solo no dota de sentido a la existencia, pero sí se integra con la espiritualidad, entonces el bien-estar adquiere un sentido amplio y profundo.

Aunque para la mayoría de la gente la espiritualidad no es un asunto práctico, en el sentido más genuino sí lo es. Desafortunadamente, influenciados por el paradigma mecanicista, las preguntas fundamentales que nos hacíamos de niños fueron quedando atrás a medida que crecíamos. El interés en los deseos, pensamientos y prácticas cotidianas se hicieron lo más importante y así el sentido de la existencia fue relegado.

La espiritualidad, con todo lo difícil que representa explicarla racionalmente, lejos de lo que muchos creen y pese a todo el escepticismo que prevalece, es un asunto práctico. Para comprenderla es necesario trascender las apariencias físicas, las creencias de que sólo lo material es real y lo no material irreal. Estamos condicionados al pensamiento de que todo lo que somos es lo que percibimos, como ver, sentir, oler, gustar. Nos concebimos como un ego aislado y enclaustrado en nuestro cuerpo, porque nos tocamos y nos sentimos, experimentamos emociones, sentimientos, pensamientos que finalmente nos hacen identificarnos con lo físico. Sin embargo, es posible tener experiencias que confirman la existencia de dimensiones espirituales y que nos ayudan a comprender que si bien tenemos un cuerpo, un ego y una mente, no somos eso, sino mucho más: seres espirituales viviendo experiencias humanas.

[14] Escribo "Todo" con mayúscula la primera letra para referirme no sólo a lo integral material o físico, sino fundamentalmente a lo integral que considera todos los niveles de totalidad y sus dimensiones, en los que la espiritualidad ¡por supuesto! está incluida y, más aún, es la expresión de la naturaleza divina que se encuentra en todo.

El espíritu no está en el mundo de afuera, es una parte esencial de nosotros mismos, es el centro de nuestro Ser; por eso la única manera de encontrarlo es contactar con esa parte divina, trascendente e invisible al ojo físico, pero real. Condicionados por el pensamiento newtoniano y cientificista, nos resulta muy difícil aceptar la existencia de realidades sutiles, y generalmente ante tal escepticismo requerimos de sustentos científicos. Afortunadamente ya existen fundamentos teóricos, metodológicos y epistemológicos que abren la posibilidad de enriquecer y ampliar la connotación de ciencia. Como veremos más adelante, Ken Wilber hace aportaciones importantes al respecto.

3.5 Espiritualidad y conciencia en la física moderna

En la física moderna, el asunto de la conciencia nació a partir de la observación del mundo subatómico; encontró que los sucesos subatómicos sólo pueden comprenderse como nexos de una red de procesos, donde la conciencia del observador es crucial. De manera que ya no podemos seguir hablando de la ciencia como imparcial y objetiva, por el contrario, para entender los fenómenos observados requerimos considerar a la conciencia.

Las ideas que tenemos acerca de quiénes somos son expresión de lo que percibimos; si nos sentimos o nos vemos fragmentados es porque vemos nuestro cuerpo como algo separado de nuestra mente y espíritu y así lo percibimos, con eso nos identificamos, con un cuerpo sólido y separado. Lo concebimos como el centro de referencia. Sin embargo, son las moléculas en nuestro cerebro las que crean todas las ideas y emociones con que nos identificamos, pero eso para la física moderna es sólo una ilusión, una trampa de nuestras percepciones.

Aun cuando pensamos que la única realidad es la que vemos con los ojos físicos, es el Espíritu lo más real, el Ser sobre el que giran todas las cosas y esta experiencia es lo más real que somos. Desde la visión mecanicista y cientificista esta idea resulta para muchos descabellada, porque el Espíritu es una dimensión que no se puede conocer materialmente y que, como entidad sutil, para la ciencia moderna es prácticamente inexistente.

La física moderna ha sustentado que el mundo de la materia es una simple ilusión. Ni siquiera podemos saber con precisión cuánta materia hay en el universo, puesto que la luz no distingue entre materia y antimateria, y ambas se ven idénticas.[15] El cuerpo, por ejemplo, está hecho de partículas atómicas y subatómicas que giran a grandes velocidades, alrededor de enormes espacios vacíos y, aún más, ni siquiera esas partículas son materiales, sino fluctuaciones de energía e información. Por tanto, nuestro cuerpo es un paquete de energía e información; el 99.999% de nuestro cuerpo es un espacio vacío y el 0001% que vemos como materia también es espacio vacío. Resulta entonces que la materia no existe, porque ni eso que vemos como tal es estrictamente sólido y material, sino una ilusión, consecuencia de nuestras percepciones. El espacio vacío que da forma a todo lo que vemos como algo físico, indica que la materia prima básica del universo no es material.[16]

Incluso, de acuerdo con la física moderna es posible acceder a otras realidades que no son precisamente materiales, pero también crear realidades objetivas y concretas a partir del campo cuántico, que supone que la existencia está llena de posibilidades y que lo que existe siempre está en proceso. No estamos en un solo lugar, en un solo momento; espacio y tiempo son indeterminados. El campo de las posibilidades está en todas partes y en todo momento. Desafortunadamente vivimos condicionados a un pensamiento tremendamente racional y objetivo que no tiene apertura para otras formas de pensar el universo, a pesar de que los descubrimientos más recientes de la física moderna demuestran que el mundo material es sólo una ilusión. Según ésta, el cuerpo está hecho de átomos que giran a velocidades de relámpago, alrededor de enormes espacios vacíos, y las partículas son fluctuaciones de energía e información que a su vez se encuentran en un vacío enorme de energía e información, pero no son objetos materiales.

[15] Hacyan, Shahen. 2003. *Del mundo cuántico al universo en expansión.*
[16] Chopra, Deepak. 2002. *El Ser superior.*

La materia no es tal, es sólo una ilusión, una elaboración de nuestras percepciones; este es un hecho comprobado científicamente, con todo lo misterioso que puede ser. La física hoy se está enfrentando a realidades insospechadas que nos están llevando a cuestionar la misma noción de realidad y evidentemente a plantearnos nuevas preguntas, por ejemplo: ¿cómo es posible que un espacio vacío dé forma a todo lo que existe? Si la física cuántica sostiene que "*la materia prima básica del universo no es material; un átomo, que es la unidad básica de la materia, no es realmente una entidad sólida, es un vacío*",[17] pero ¿este vacío es la fuente de toda la creación y de la vida misma, que crea y da forma a lo material?

De acuerdo con la teoría cuántica, al examinar el cuerpo se encuentra que todas las capas de órganos, tejidos, células y átomos se pueden desprender hasta llegar al fondo subatómico, y entonces percatarse de que lo único que queda no es materia, sino manojos de energía e información. ¿Qué es el cuerpo entonces, si no ese paquete que por mucho tiempo hemos considerado sólido? Es la física moderna la que ha avanzado a pasos agigantados al respecto, quien a través de sus hallazgos está tratando de responder a estas interrogantes.

Pero lo más importante e intrigante para nuestro objetivo es ¿qué tiene que ver todo esto con la espiritualidad y la conciencia, si por más de trescientos años éstas han sido dimensiones ajenas al mundo de la ciencia? De acuerdo con la física moderna, la conciencia es sumamente importante para acceder a la realidad cuántica, pues finalmente el mundo que vemos allá afuera es una proyección de nuestra conciencia y ésta tiene que ver con una forma de pensar y ver el mundo.

Es un error pensar la física y la filosofía como separadas, si bien esta disociación se ha mantenido por siglos y ha impactado incluso el campo de la educación escolar; afortunadamente ya se han dado los primeros pasos para su reencuentro. El movimiento de algunos filósofos contemporáneos del siglo XX plantea que la filosofía ha llegado a su límite y que su existencia prácticamente depende del diálogo con otras

[17] *Ibid.*

disciplinas como el psicoanálisis, el arte y con la misma física moderna. Capra[18] plantea que la teoría cuántica tiene un lenguaje más aproximado a los postulados místicos filosóficos. Sin duda los resultados filosóficos que plantea esta disciplina no son resultado de la fe o especulación, sino producto de la experimentación científica. Los recientes hallazgos de la física moderna no sólo suponen nuevos conocimientos y un nuevo paradigma, sino también una visión radicalmente diferente de la realidad, con fuertes impactos en los fundamentos filosóficos. Estos planteamientos nos están llevando también a comprender el vínculo indisoluble entre ciencia y conciencia y asimismo se puede entender entonces el principio de la Filosofía Perenne, que sostiene que sólo conociéndote a ti mismo podrás conocer al mundo externo. Deepak Chopra lo dice así: "*nunca conoceremos la textura verdadera de la realidad cuántica, sólo lo haremos en estados más elevados de la conciencia*".[19]

El pensamiento fragmentado y dualista acostumbrado a la explicación racional con frecuencia nos lleva a preguntarnos ¿cómo y cuándo generé estas circunstancias de mi entorno? Lo que sucede, según la física moderna, es que reacciono a la señal que en mi interior produje, en otras palabras, proyecto un conjunto de creencias respecto a determinada situación o cosa, lo que al mismo tiempo afecta mi percepción y conciencia. En los textos védicos se encuentra dicho así: "*al desdoblarme dentro de mi mismo, creo una y otra vez, creo mi mente, mi cuerpo, mis experiencias preceptuales*". También en este sentido se encuentra que la física moderna converge con la Filosofía Perenne, abriendo con ello no sólo la posibilidad sino también la necesidad de que el campo de la ciencia y la espiritualidad caminen de la mano. Hacernos conscientes de esta realidad nos lleva a conocer que los hechos objetivos que suponemos como lo único real, si bien son válidos, no son los únicos que existen. Hay otras realidades sutiles y de orden superior que no percibimos de manera ordinaria, pero que están.

Con la lógica del pensamiento cientificista y mecanicista es difícil comprender por qué la dimensión espiritual significa que el mundo ex-

[18] Capra, Fritjof. 2007. *El tao de la física.*
[19] Chopra, *op. cit.*

terno sólo es una proyección de mi interior. Lo que consideramos como real es aquello material y objetivo que vemos físicamente. Pensamos que el mundo que veo afuera y separado de mí es el que me crea y determina mis circunstancias, que, en el mejor de los casos, puedo cambiar mi entorno, pero por el entorno mismo. Esa idea se ha trasmitido por los abuelos, los padres, por las distintas tradiciones culturales que se pasan de generación en generación. Este pensamiento nos limita y constriñe a un mundo objetivo que nos impide comprender que lejos de lo que por siglos se ha pensado, no estamos en el mundo, sino que el mundo está en uno. El físico Fritjof Capra dice: "*Los místicos orientales nos dicen una y otra vez que todas las cosas y sucesos que percibimos son sólo creaciones de la mente, que surgen de un estado particular de la conciencia y se disuelven una vez trascendido ese estado...*"[20]

Desafortunadamente la mente todavía no es capaz de comprender eventos que suceden con una lógica diferente a la que conocemos. Por ejemplo, el tiempo sólo lo podemos comprender como procesos lineales de pasado-presente-futuro; sin embargo, los sueños ilustran que éste carece de una secuencia rígida, que puede acelerarse o disminuir, ir hacia delante o hacia atrás, incluso detenerse o desaparecer. De acuerdo con la física moderna, el tiempo es una realidad que también se genera en el cerebro. Esta noción con secuencia lineal se inventó por razones socialmente convencionales, realmente es creación humana y no algo que existe independientemente de la conciencia. Según John Wheeler: "*la idea del tiempo es una palabra que inventó el hombre*".[21] Frecuentemente soñamos en pocos minutos lo que vivimos en uno o dos días porque, como dice John Taylor, "*y el tiempo es actividad*".[22]

A propósito de los sueños, pensamos que esa es una realidad inexistente. Según el pensamiento lineal y materialista, los sueños acontecen como algo independiente de nosotros, de nuestra esencia, y hasta ajeno a lo que suponemos que realmente somos; no los reconocemos como

[20] Capra. *El tao de la física*, p. 369.
[21] Citado en Stone, *op. cit.*, p. 125.
[22] Citado en *ibid.*, p. 90.

parte nuestra justamente porque no se ajustan a los parámetros de tiempo, espacio y realidad a los que estamos condicionados. Sin embargo, los sueños son "*... una historia que nos afecta de cerca, nuestra propia historia contada por nosotros a nosotros mismos*".[23]

La realidad cuántica rompe con las viejas ideas de que todo es mecánico y determinado. Los sistemas cuánticos son indeterministas, pues nunca se sabe con certeza lo que sucederá; tal incertidumbre corresponde a la naturaleza misma del mundo microscópico. Comprender sus misterios y su naturaleza de incertidumbre nos conduce a entender también que es un campo infinito de posibilidades. Stephen Hawking[24] dice que Einstein nunca aceptó la mecánica cuántica precisamente por su carácter de incertidumbre, de ahí su célebre frase: "*Dios no juega a los dados*", en palabras de Hawking: "*Los efectos cuánticos de los agujeros negros sugieren que no sólo Dios juega a los dados, a veces los tira donde no pueden verse*". En este mismo sentido de la incertidumbre, dice el físico Dennis Sciama:

> ... en física cuántica las partículas no tienen posiciones ni velocidades definidas con precisión. En su lugar, la descripción más completa que se puede dar es lo que se llama la función de onda, determinada por las probabilidades de encontrar las partículas en diferentes posiciones. No se tienen que especificar las velocidades de las partículas; se determina hasta una cantidad prescrita de incertidumbre por la función de onda. [25]

Creamos los eventos con fantasía, imaginación o cualquier pensamiento que la emoción sea capaz de convertirlo en impulso de energía e información. En este fluir nos creamos y recreamos realidades que vemos como el mundo de allá afuera, aun cuando no somos concientes de estas potencialidades y nos movemos aparentemente según la dirección del

[23] Fluchaire, Pierre. 1994. *El universo secreto de los sueños*, p. 85.
[24] Stone, *op. cit.*, pp. 99-102.
[25] Citado en *ibid.*, p. 123.

viento; los sustentos de la teoría cuántica y los de la Filosofía Perenne nos sugieren que somos el universo experimentándose a sí mismo.

La conciencia juega un papel fundamental en la percepción que tenemos de los hechos, el cerebro los procesa y luego se proyectan hacia el entorno. La conciencia del Ser está en el presente, es atemporal y es capaz de responder correctamente a las diferentes situaciones de la vida; sin embargo, en la mayoría de los casos somos inconcientes de nuestro Ser y de que podemos modificar los acontecimientos. Esta ignorancia nos ha llevado a cometer graves errores con la orientación que damos a los impulsos de energía creativa, condicionados por el pensamiento fragmentado; creemos que podemos actuar de manera inconsciente e inadecuada, sin consecuencias perjudiciales para el medio ambiente y el mundo; ignoramos que una simple alteración en nuestro ritmo cardiaco afecta el orden del universo. Según John Wheeler: "*Einstein se sentía incómodo con la idea cuántica de que propiciamos de algún modo lo que decimos que está pasando... llegó a la idea de que la existencia del mundo es independiente de nosotros...*"[26] En cambio Niels Borh reconocía que los seres humanos tenemos una relación directa con los acontecimientos; incluso sostenía que nuestra idea de la realidad no era como la pensábamos, sino diferente.

La conciencia nos permite comprender a un nivel más profundo, que tenemos el privilegio de modificar y crear circunstancias que fluyan en armonía con el orden divino y que beneficien a toda la humanidad. Nos conduce a volver la mirada hacia la fuente y reencontrarnos con nuestra esencia y poder interior; comprender que la vida es como una obra de teatro en la que cada uno puede elegir qué papel realizar, en la que se es actor y espectador a la vez; porque la conciencia se puede llevar a cualquier lugar y a desempeñar distintos roles al mismo tiempo. Entender esto es importante para no hacer un uso inadecuado de este privilegio que, al mismo tiempo, es una enorme responsabilidad. Por suerte, la simple comprensión ya impacta a la conciencia y ésta a su vez genera cambios en el entorno; los descubrimientos científicos de la física moderna respaldan esta idea.

[26] Citado en *ibid.*, p. 144.

Desde la teoría cuántica, somos un campo de posibilidades que podemos construir constantemente, proyectando las diferentes opciones para el futuro que deseamos. Es importante ir más allá del condicionamiento de apego a lo material, desplegar potencialidades de expansión de conciencia para acceder a otras posibilidades que nos conduzcan a generar relaciones de concordia y respeto con el planeta y con el Kosmos. Abrirnos a otras experiencias más allá de las objetivas es fundamental para hacer de la espiritualidad una cuestión práctica más que intelectual, que evidentemente impactará el campo de los valores. Cuando el mundo material deje de ser el centro de la vida humana, ya no tendrá ningún sentido la competitividad, la mezquindad, el egoísmo y el individualismo.

Las experiencias realmente espirituales no suceden de manera aislada, se tornan modos de vida, como prácticas cotidianas pero complejas que enriquecen la existencia. Deepak Chopra dice:

> ... las experiencias espirituales aisladas tienen muy poco valor, a menos que toda nuestra vida entera sea más rica, completa y significativa. Majarishi Majes Yogi, fundador de la meditación trascendental, dice que sólo hay una experiencia espiritual que es el contacto con el Ser Superior, con el Ser. El Ser Superior es la forma más pura de nuestra conciencia, es la conciencia despojada de todo condicionamiento pasado, es el reino que va más allá del tiempo y del espacio, donde realmente vivimos. Esta conciencia pura, crea, gobierna, controla y, en un momento dado, se convierte en el universo entero. La apertura espiritual es un proceso de crecimiento que te permite ver más y más del mundo en ti mismo; al estar conciente de ti mismo te vuelves propietario de la realidad, si eres más real te conviertes en el maestro de tu vida interior y exterior. Parece que es una meta muy elevada, pero el proceso de desarrollo espiritual es algo cotidiano, se parece al proceso de crecer, sólo que el desarrollo espiritual nunca termina.[27]

[27] Chopra, *op. cit.*

La conciencia más pura es la esencia que todos compartimos, esa realidad superior que nos hace ser todos lo mismo, que fue, es y será siempre. Lo eterno, lo inmutable e indestructible está en todas partes y en todo el universo; este es un principio fundamental de la Filosofía Perenne, sustentado también por la física moderna. Para conectarse con esta esencia es necesario acudir al mundo interior, al Ser que proyecta una realidad hacia fuera y que, al mismo tiempo, se mantiene separado de lo que sucede en el mundo externo; la percepción que de éste se tiene vuelve a recrearse en nuevas realidades, es el Ser el que genera las experiencias. Para muchos la realidad de afuera se aparece como experiencias desvinculadas de la conciencia pura, del Ser; sin embargo, la física moderna está descubriendo que el mundo que vemos como algo material y objetivo está directamente involucrado con esta energía creadora que es el Ser interior. Por tanto, las experiencias de espiritualidad son manifestaciones de la reconexión con esta esencia divina, que nos permite expandir la conciencia a niveles más elevados, posibilitando estados de totalidad y síntesis con el Universo.

La física cuántica como campo de posibilidades sugiere que tenemos la libertad de elegir cualquier percepción o punto de vista de la realidad. Somos nosotros quienes le atribuimos algún significado a las experiencias externas y hacemos sentido en relación con tales eventos; es la conciencia que se involucra con los acontecimientos del entorno. Aunque pareciera que el mundo está separado y ajeno de nosotros, la realidad es que lo interpretamos, lo percibimos personalmente y de manera única; estamos directamente involucrados con la percepción, no somos sujetos pasivos que sólo observan, sino actores que observan e interpretan su propia obra y a nivel más elevado se es la obra. Los eventos de afuera nos generan una experiencia interna; una misma situación puede experimentarse de modo diferente en dos personas: la diferencia es la percepción. Por ejemplo, un atardecer me puede deprimir y, al mismo tiempo, mi ánimo influye a esa realidad; por el contrario, si mi ánimo es de alegría, este sentimiento penetra el atardecer. Involucrándonos con las realidades externas es como construimos los diferentes escenarios del mundo.

Aunque desde el condicionamiento mecanicista nos resulta difícil comprender que somos nosotros mismos quienes creamos nuestras realidades externas, la física moderna con sus nuevos descubrimientos está sustentando que creamos el mundo material a partir de nuestras percepciones. Desde la conciencia pura damos forma a realidades objetivas que se convierten en paquetes de energía e información; al final de cuentas las cosas no son tan sólidas como parecen, sino manojos de energía configurados por esa esencia divina y creadora conocida como conciencia pura o Ser interior. Pese a todo lo misterioso y místico que parezca, el despliegue del Ser es una cuestión práctica y real. Es posible experimentarnos a nosotros mismos como los creadores y, al mismo tiempo, como los espectadores de realidades objetivas. Reconocer estas potencialidades nos da la posibilidad de generar experiencias que enriquezcan y eleven nuestras vidas en comunión con el Universo, entendiendo esta comunión como lo común que nos une, es decir, la naturaleza del Ser.

Existen muchas cosas para las que nuestra conciencia todavía no está preparada o está constreñida a la rigidez del paradigma reduccionista de la ciencia. Por ejemplo, para muchos resulta difícil comprender qué de bueno puede tener el caos del mundo externo, y más difícil entender que subyace un orden, que el desorden físico que observamos tiene un sentido. Por mucho tiempo la física se ha sorprendido de encontrar que el universo en muchos aspectos parece una máquina física bien construida. ¿Dónde se encuentra el orden?, ¿por qué las golondrinas pueden organizar sus danzas con tanta sintonía entre sí, cuando el mundo parece un franco y total desorden?, ¿por qué sentimos el mismo ritmo cardiaco con las personas que amamos, después de algunos minutos de estar abrazados? Si el mundo parece estar más caótico y acelerado como nunca antes, entonces ¿qué sentido tiene todo esto?, ¿dónde está el orden que nos mantiene conectados y que da sentido a la existencia?

La teoría del caos propone que el orden puede encontrarse en la constante creación y destrucción de la naturaleza; cada revelación del orden sugiere que todo tiene sentido. "*El orden del que hablamos aquí es el orden de las leyes, el orden relacionado con la existencia de ciertas repeticiones y constancias que se pueden estudiar*", en el sentido de que existe cierta regularidad y un orden en el caos, entendiendo orden como

la armonía de la que ya hablaba Poincaré.[28] Si queremos comprender esto con los conceptos de la teoría newtoniana, nos va a resultar difícil porque según ésta el universo es mecánico, determinado y fragmentado, por tanto, para un universo así no hay lugar para la conciencia. Sin embargo, desde la física moderna sí es posible entender que hay un sentido en un Universo que tiene inteligencia, en un Universo en el que la conciencia está directamente involucrada. Deepack Chopra dice: "*el caos superficial y el caos que hay debajo de él son aspectos del mismo campo de inteligencia, ese es nuestro yo o Ser Superior*".[29]

Desde la física cuántica somos un montón de moléculas girando en torno al centro que nos mantiene conectados, formado por los valores más elevados como el amor, la esperanza y la confianza. Este centro es al final de cuentas la fuente creadora de todo, la conciencia y la inteligencia pura que pone en marcha a todo el Universo y que da sentido y orden a todos los acontecimientos. Pese a la dificultad de pensar en este centro como algo real, es justamente la parte más dura de la ciencia (y que en otros tiempos sustentó una visión mecanicista), la que está descubriendo que el mundo material es creado por realidades de orden superior, donde la conciencia es la artesana y, al mismo tiempo, la artesanía, donde la conciencia y el Universo son uno mismo.

Quizá nos intriga saber ¿cómo es que la percepción crea la realidad objetiva?, porque, planteado así, no es más que un principio metafísico que nos dice que "*todo es mente*", y aunque no es nada nuevo, la ciencia moderna lo relegó al mundo de simples creencias. Sin embargo, hoy es la misma ciencia la que lo sustenta desde la física moderna. La percepción que tenemos de las cosas es la interpretación que hacemos de ellas, el significado que les atribuimos, y esto supone un proceso de pensamiento. Es precisamente el pensamiento lo que le da forma a una cosa material, ¿por qué?, porque el pensamiento, dice la teoría cuántica, es un impulso de energía e información conocida como impulso de inteligencia creativa. Está en todo el Universo, en cada uno de los seres vivos, en cada pensamiento y en cada partícula atómica y subatómica

[28] Markarian, Roberto y Gambini, Rodolfo. 1999. *Certidumbres, incertidumbres, caos*, p. 105.
[29] Chopra, *op. cit.*

de la materia. "*El cambio en la descripción de la naturaleza física que impone la mecánica cuántica es tan profundo que aún no hemos terminado de asimilar sus implicaciones...*"[30]

Tanto la Filosofía Perenne como la física moderna plantean que toda la energía del Universo, llamada campo cuántico por esta última, es la fuente de toda creación, como la materia prima que está disponible para que cada uno de nosotros la objetive en la forma que desee. Ahí está el potencial que abre el campo de posibilidades, sin forma todavía, sólo como una vibrante energía del Universo. Dice Cristopher Isham: "*Por supuesto que el concepto de la creación de la nada es fascinante, algo que le interesa enormemente a la gente...*";[31] también intriga la idea de que en este campo, sin ser visible, ya está todo y al mismo tiempo nada hecho. Cuando nos ponemos en contacto con ese potencial inmensurable, nuestros deseos se van poco a poco configurando en realidades objetivas. Los campos cuánticos siempre están en movimiento, construyéndose una y otra vez; así es como creamos cosas, condiciones y circunstancias del mundo que vemos como algo alejado y separado de nosotros, que se nos aparece como lo más real, cuando lo cierto es que es una simple ilusión, una trampa de nuestros sentidos.

> Así es como creas tu propia realidad, partes del campo cuántico de potencialidad pura y posibilidades infinitas que coexisten todas en un continuo eterno del ahora. En este momento y a partir del mismo campo cuántico estamos creando nuestros cuerpos, nuestras mentes y todas las experiencias físicas en nuestro mundo. La realidad cuántica es la realidad, no existe nada más que este océano de energía e inteligencia.[32]

En realidad no hay separación más que la que imaginamos, todo está inevitablemente interconectado, el universo se encuentra en cada una de mis células, aun más, en cada una de mis partículas subatómicas. Para

[30] Markarian y Gambini, *op. cit.*, p. 34.
[31] Citado en Stone, *op. cit.*, p. 127.
[32] Chopra, *op. cit.*

desplegar nuestra dimensión espiritual sólo necesitamos tomar conciencia de lo que somos e identificarnos con eso, desapegándonos del ego que nos hace creer que somos un paquete material, o sea, un cuerpo, reduciendo nuestra identidad a esas características que nos diferencian de los otros, en lugar de reconocernos e identificarnos por lo común, por lo perenne que nos hace iguales. ¿Crees que si tuviéramos esta elevada conciencia andaríamos por el mundo haciendo daño a quienes reconoceríamos como nosotros mismos?

> ... En todos los casos, la conciencia autoenvolvente de que "yo" y el "otro" estamos unificados da origen a personas nuevas, renacidas. Transforma una noción de la vida oscura y sin esperanza en otra en la que todo está lleno de alegría y significado.[33]

Aunque aparentemente no tenemos ninguna relación con otras personas que se encuentran en el otro extremo del mundo, lo cierto es que cuando alguien localizado en ese punto geográfico sufre, aunque la distancia sea enorme, sentimos su dolor. La física cuántica niega el planteamiento de que no hay empatía porque la distancia supone un espacio vacío, pues ha encontrado que el universo se encuentra organizado por principios ordenados por grandes distancias. Stephen Hawking dice: "*De acuerdo con la mecánica cuántica, el espacio está lleno de partículas y antipartículas que se materializan en pares constantemente, se separan y luego se juntan otra vez y se anulan entre sí*".[34]

En cualquier lugar se obedece a los principios de las mismas leyes estructurales que viven los mismos procesos de la vida, incluso, se ha podido probar en laboratorios que partículas elementales forman pares, y que cualquier cambio en cualquiera de ellos afecta al otro, aun cuando se encuentren separados por enormes distancias. Esto, evidentemente, ha sorprendido a los físicos modernos, y desafiado a la lógica tradicional. Por eso los descubrimientos de la física cuántica parecen tan extraños y difíciles de explicar con los conceptos de la visión newtoniana.

[33] White, John. 2000. *La experiencia mística.*
[34] Stone, *op. cit.*, p. 99.

Para los sabios de la antigüedad un pensamiento y un cuantum son lo mismo. Los pensamientos se tornan energía que se materializa en moléculas concretas y ubicadas en puntos físicos. Así, por ejemplo, podemos observar cuando un sentimiento de miedo genera moléculas de adrenalina, ¿cómo es posible que un sentimiento de angustia se somatice y se exprese en malestar físico? Sin embargo, se ha demostrado que cualquier pensamiento cargado de emoción se puede convertir en algo aparentemente real. Aun cuando los pensamientos son invisibles, son posibilidades que se materializan a través de las moléculas que sí son visibles. De ahí que para los científicos las moléculas sean el punto de referencia, pues el condicionamiento paradigmático a lo físico es enorme, mientras que las emociones son consideradas de orden inferior porque no se pueden ver.

La realidad cuántica, paradójicamente, es la conciencia que se encuentra en todas partes y en ninguna al mismo tiempo; a pesar de que a nivel sensorial podemos percibir y experimentar algo, tenemos una esencia que sabe dónde estamos, ni aquí ni allá, y al mismo tiempo aquí y allá. Aunque nuestro verdadero Ser no tiene dimensiones, es el que crea todo en el campo de las dimensiones, usando la energía infinita de la fuente para objetivar los sueños y los deseos. El universo material es una realidad abstracta con inteligencia, pese a su aparente solidez e inmensidad.

En realidad los pensamientos son actividades cuánticas, que nos posibilitan actuar en el mundo material y manifestar los impulsos, las palabras, las emociones, los sentimientos y los acontecimientos. Así es como una posibilidad se vuelve realidad. Einstein fue el primero en señalar que un campo no es un modelo real de sucesos de espacio-tiempo, sino un continuo de probabilidades para posibles eventos. En ese sentido, el campo es sólo el continuo de los estados de energía e información que podrían manifestarse como acontecimientos de espacio-tiempo. Por ejemplo, nuestro cuerpo es un evento de espacio-tiempo en el marco del continuo de eternidad, es decir, suceda lo que suceda a nuestro cuerpo, hay algo que siempre estará, indestructible, imperecedero, lo que ha sido, es y será: el Ser.

Un principio metafísico dice que "*donde pones la atención en eso te conviertes*". La física moderna sustenta este mismo principio con su teoría del cuantum, que sostiene que un pensamiento es un impulso que se traduce en energía e información, manifestada en objetos y sucesos que componen el mundo material. Desafortunadamente el bajo nivel de conciencia y el condicionamiento al pensamiento mecanicista nos imposibilita ir más allá del universo físico, pensamos el mundo externo independiente de nosotros y concebimos el entorno como circunstancias que se nos imponen y determinan. En el mejor de los casos, creemos que podemos transformar el mundo de afuera sin cambiar nosotros, que podemos conocer el Universo sin conocernos nosotros. Sin embargo, son consistentes los descubrimientos científicos que convergen con los planteamientos de la Filosofía Perenne, que desde hace mucho ha estado sugiriendo la importancia del autoconocimiento.

Desde esta perspectiva, el problema fundamental es que ponemos demasiada atención en lo que vemos en el mundo externo, es decir, en lo que vemos con los ojos físicos; la capacidad de crear se la atribuimos a un Dios separado e independiente de nosotros; ignoramos que somos cocreadores en este infinito Universo de posibilidades y que nos experimentamos en esta misma danza cósmica, que podemos ser los danzantes y los espectadores. Hacia donde dirigimos nuestra atención afecta las circunstancias, las cosas, los eventos; afecta la manera de conducirnos con el medio ambiente, el tipo de relación que establecemos con los demás, con otras formas de vida; influye en nuestros comportamientos, actitudes y valores.

Los místicos[35] sugieren que para lograr la vida unitiva necesitamos despojarnos del yo, para hacernos Uno con el Todo trascendente. Porque el ego individualista se rinde frente a la inteligencia superior, pues pertenecemos enteramente al Yo divino universal, y ese Todo también nos pertenece, nos entregamos mutuamente y nos poseemos a nosotros mismos. "*Y cuando en Ti a mí me amo, a nadie más que a Ti amo, por-*

[35] White. *Qué es la Iluminación*, p. 102.

que Tú eres en mí y yo en ti, encolados juntos con una y la mismísima cosa, que en lo sucesivo y para siempre no se podrá dividir".[36]

Es importante volver la mirada hacia el interior, al Ser, porque así es como nos ponemos en contacto con la fuente y el origen de la vida. Sólo comprendiendo quiénes somos y que compartimos la misma naturaleza divina, podemos identificarnos como iguales, a pesar de las diferencias superficiales. Finalmente, como dice Deepack Chopra: "*¿Qué puede hacer respirar a las moléculas y luego robarles ese aliento en la noche?, la verdad es que pregunto sobre mí mismo, el flujo de la vida no sólo está en mí, soy yo, no soy sólo un viajero que recorre el universo, también soy el barco y su brújula, dirijo el navío de mi propia existencia*".[37]

La disciplina que en otros tiempos argumentó la existencia de un mundo mecánico, es la misma que nos está llevando a repensar el Universo y su existencia de un modo diferente. Sin embargo, también están contribuyendo de manera relevante las conocidas ciencias de frontera, en cuyos planteamientos se encuentra la idea de que para hacer resurgir los valores esenciales y genuinos es necesario recuperar e integrar las dimensiones interiores que fueron relegadas por el paradigma cientificista y mecanicista. En ese sentido, Ken Wilber hace importantes aportes, como uno de los máximos representantes de la psicología transpersonal y de quienes más han estudiando el asunto de la espiritualidad y la conciencia.

[36] *Ibid.*, p. 106.
[37] Chopra, *op. cit.*

Capítulo 4

Ciencia, espiritualidad y conciencia en el pensamiento de Ken Wilber

> *La imagen científica del mundo que me rodea es muy deficiente. Proporciona una gran cantidad de información sobre los hechos, reduce toda experiencia a un orden maravillosamente consistente, pero guarda un silencio sepulcral sobre todos y cada uno de los aspectos que tienen que ver con el corazón, sobre todo lo que realmente nos importa. No es capaz de decirnos una sola palabra sobre lo que significa que algo sea rojo o azul, amargo o dulce, físicamente doloroso o placentero; no sabe nada de lo bello o de lo feo, de lo bueno o de lo malo, de Dios y la eternidad...*
>
> Schrödinger

La perspectiva wilberiana no es simple pretexto para repensar los valores, la espiritualidad y la conciencia, es una de las más complejas y sustentadas provocaciones. Quizá las categorías valores y espiritualidad no las encontramos explícitamente en la obra de Wilber, pero están implícitas y ricas como su pensamiento. Creo que la reflexión sobre la conciencia sí la encontramos expresamente, pues como ya se mencionó, él es uno de los estudiosos más representativos del tema. Sin duda, acompañarlo en su pensamiento enriquecerá la perspectiva integral que a lo largo de este trabajo he asumido.

4.1 El divorcio entre ciencia y conciencia

La reflexión respecto al nacimiento de la ciencia moderna, que se ha estado haciendo desde los capítulos anteriores, nos permite comprender

el sustento científico y filosófico de los valores que hoy prevalecen. Por eso en este apartado se continúa como hilo conductor para comprender los fundamentos del pensamiento cientificista que hoy predomina. El nacimiento de la modernidad supuso diferenciar las tres esferas que habían estado confundidas y fusionadas: Bondad, Verdad y Belleza o, lo que es lo mismo, la Ética, Ciencia y Estética. Sin embargo, se confundió diferenciación con disociación y lamentablemente en esto último degeneró la buena intención de diferenciar. Así fue como más tarde su esplendor se tornó en su lado más obscuro.

La ciencia moderna ha tenido grandes logros. Por ejemplo, en el campo de la medicina ha avanzado erradicando enfermedades que preocupaban al mundo antiguo; en ella se puso toda esperanza de salvación, no en una realidad superior. Su carácter de origen ha generado que la ciencia se encuentre exenta de valores. Dice Wilber: "*la ciencia no nos dice lo que debería ser ni lo que tendría que ser sino lo que es: un electrón no es bueno ni malo, es simplemente lo que es; un sistema solar no es bueno ni malo, es simplemente lo que es*".[1] Ciertamente la ciencia se ocupa de la verdad, pero no de lo que se debe o no hacer con esa verdad. Este es al fin de cuentas su campo, así nació, para distinguirse de la Belleza y la Bondad, diferencia que se tornó en fragmentación disociada; por eso es que no tiene ninguna relación con los valores y la sabiduría; estos campos han sido relegados por este cientificismo reduccionista.

Los valores y el sentido de la existencia humana son dimensiones que corresponden a la subjetividad, no a la objetividad de la ciencia. Sin embargo, los seres humanos no podemos vivir sin la búsqueda constante de realidades que doten de sentido nuestra vida. Por eso es que más allá de la ciencia, la humanidad busca en otros campos la existencia de realidades trascendentes que permitan comprender su significado fundamental. La ciencia y la tecnología se encuentran por sí solas desprovistas de éste, quien se los otorga es justamente el Hombre, a partir de una manera de pensar el Universo, el mundo, la comunidad, a los demás y a él mismo.

[1] Wilber, Ken. 2004. *Ciencia y religión*, p. 9.

Desde esta perspectiva reduccionista nos encontramos con un conocimiento parcial que si bien es importante, no es suficiente para una vida plena del ser humano; hace falta explorar el mundo de las dimensiones que le otorguen sentido, cuyo despliegue posibilitará discernir y actuar según su naturaleza y con una orientación más amplia de la vida. En estas circunstancias el reto es integrar ciencia y espiritualidad. Se trata no sólo de diferenciar sino de reintegrar la Verdad con la Ética y la Estética, todo lo que es genuina sabiduría.

¿Cómo se fueron disociando los diferentes campos? Ciertamente uno de los principales propósitos con que nació la modernidad fue el de liberar a cada una de las esferas del conocimiento: la Verdad, la Bondad y la Belleza, pues habían estado sujetas a la fusión; la idea fundamental era permitir que cada una buscara su propio desarrollo y ritmo, con su respectiva independencia. En ese proceso la ciencia se fue despojando de las dimensiones subjetivas y alejándose cada vez más de las otras esferas, al punto de llegar al divorcio; olvidando que el matrimonio se consuma justamente entre diferentes para complementarse en unidad interconectada e indivisible. Este distanciamiento condujo a que la ciencia quedara despojada de subjetividad y, por ende, de los valores.

La objetividad de la ciencia supone sólo revelar los hechos como son, no la forma de utilizarlos, pues eso corresponde al campo de la ética. Pero, ¿por qué tienen que estar disociadas estas esferas?, ¿acaso los científicos adolecen de subjetividad? Seguramente ellos responderían que no, pero que se requiere de objetividad para que la ciencia tenga ese carácter, por tanto, los juicios de valor deben quedar fuera de ella. Evidentemente son justificados sus argumentos, pues con esa naturaleza nace, diferenciándose de los otros campos. El problema es su incapacidad para aceptar la integración, que supondría tomar en cuenta los aportes que cada esfera puede hacer en los diferentes conocimientos, sin que por ello se diluyan las diferencias, más bien que éstas constituyan un conocimiento más rico y completo, desde una perspectiva genuinamente compleja e integral.

Al final de cuentas la ciencia es sólo una modalidad más del conocimiento que puede coexistir con otras, como la de la espiritualidad por ejemplo. Si así fuera, los valores no serían un campo ajeno para la

ciencia, sólo otra modalidad de construcción. Más allá de la ciencia, ¿si no somos los seres humanos los que atribuimos significado a las cosas y a los sucesos, entonces quiénes? Ciertamente existen diferentes formas de conocer que, de ser consideradas, ampliarían los horizontes del conocimiento.

4.2 Reduccionismo científico *vs.* pluralismo epistemológico

Este reduccionismo científico en que degeneró la ciencia, la condujo a que, al no poder explicar otras realidades no objetivas, las relegara y hasta negara su existencia. Sin embargo, a esta limitada epistemología se le opone el pluralismo epistemológico, que abre los horizontes hacia realidades no materiales. Es precisamente Ken Wilber quien lo plantea, recuperando sus fundamentos principalmente de la tradición mística, en cuyo caso se encuentran San Buenaventura y Hugo de San Víctor, quienes sostenían que el ser humano cuenta con un ojo de la carne, uno de la mente y otro de la contemplación. Tres maneras de conocer que se corresponden con tres dimensiones: la ordinaria, la sutil y la causal. Esta es la afirmación más contundente del pluralismo epistemológico; niega que sólo exista una manera de conocer y, por el contrario, reconoce estas tres formas de conocimiento igual de válidas e importantes, aunque cada una, por supuesto, tiene su propio campo. Veamos en qué consiste cada una de ellas.

1) Ojo físico u ojo de la carne; su campo se refiere a todo lo que podemos conocer materialmente o físicamente, todo lo objetivo, tangible, medible; podemos decir que es la parte más dura de la ciencia. 2) Ojo de la razón o de la mente; su campo es el de las operaciones matemáticas, conceptuales, lógicas, verbales, estructuras mentales, reflexiones filosóficas, representaciones del mundo físico. 3) Ojo espiritual o de la contemplación; su campo es el de las experiencias místicas, el de aquellas realidades sutiles e inefables, de orden superior, a las que sólo se puede acceder a través de dimensiones interiores como la estética o la espiritual, por ejemplo. Las dimensiones subjetivas e intersubjetivas son realidades del campo del ojo mental y del espiritual o de la contemplación, que existen y pueden también ser conocidas y seguir en general el mismo proceso de rigor del método científico, a saber:

A) Prescripción instrumental. Consiste en indicar qué se debe hacer si se quiere saber tal cosa; si alguien preguntara cómo es el esplendor de una luna del mes de octubre, la prescripción consistiría en explicar con el mayor detalle qué debe hacer para conocerlo. Si estamos en el mes de mayo, supone esperar que llegue octubre y en cualquier noche de este mes, salir a un lugar despejado para observar la luna. La prescripción significa decir: "*si quieres saber esto, tienes que hacer esto*". Por ejemplo, si preguntamos: ¿es cierto que la composición química del agua es H2O?, el químico nos diría: "*si quieres saber si esa es su composición, tendrás que ir a un laboratorio y hacer el análisis correspondiente*".

B) Aprehensión directa. Se procede a realizar las indicaciones de la prescripción, experiencia directa, que supone vivencia real de la prescripción; no basta saber qué se debe hacer para conocer tal cosa, es necesario llegar a este segundo momento de construcción del conocimiento, de lo contrario, nos quedaremos sólo en un nivel teórico e informativo. Si queremos conocer el punto en el que se encuentra el sol al medio día, tenemos que salir y observarlo justamente a esa hora; igual si queremos conocer el sabor de una naranja, tenemos que probar una naranja; o si deseamos experimentar la sensación de la brisa del mar, tenemos que estar en una playa donde podamos vivir esa experiencia. De acuerdo con Ken Wilber, "*De hecho, las palabras que no se ajustan a una prescripción son el origen del dogma y la ilusión. La única posibilidad de confirmar o refutar nuestras conclusiones depende únicamente de seguir las instrucciones adecuadas*".[2]

C) Confirmación o rechazo por la comunidad de expertos que hayan vivido la aprehensión directa, es decir, que hayan tenido la misma experiencia. Los místicos validarán conocimientos de experiencias místicas o espirituales; los matemáticos, por ejemplo, conocimientos adquiridos a través de operaciones de álgebra; los químicos,

[2] Wilber, Ken. 2001. *El ojo del espíritu*, p. 102.

aquellos obtenidos mediante experimentos de laboratorios. Cada uno en su propio campo, para no caer en lo que Wilber llama "*error categorial*", al invadir espacios de otro ajenos al suyo y desde ahí querer explicar fenómenos que no son de su competencia. Por ejemplo, únicamente con el ojo espiritual o de la contemplación es posible resolver el dualismo de lo absoluto-relativo; el físico y el de la mente no lo resuelven. Dice Wilber[3] que cuando se pretende hacer racionalmente o intelectualmente, sólo se generan paradojas, contradicciones y antinomias.

Si entendemos la experiencia en sentido amplio, reconoceremos que hay experiencias mentales y espirituales, además de las sensoriales, lo que quiere decir que podemos aplicar el empirismo también en sentido amplio, conociendo no sólo con el ojo físico, sino también con el mental y el espiritual. Si bien es cierto que existen por lo menos tres formas de conocer, tenemos que sustentar el conocimiento que nos posibilitan esas modalidades de obtenerlo. Todos tienen como principio de validación los tres momentos señalados anteriormente:[4] 1) prescripción instrumental, 2) aprehensión intuitiva, y 3) confirmación o refutación. Cualquiera que sea la forma de conocer, para ser válida, debe seguir estas tres fases.

Ken Wilber[5] sostiene que en realidad estos tres ojos del conocimiento son otra versión de la Gran Cadena del Ser. Desde estos cinco niveles (materia, cuerpo, mente, alma y espíritu) el ser humano tiene correspondientemente cinco formas u ojos de conocimiento: la aprehensión material, la emoción corporal, las ideas, el conocimiento arquetípico y el espiritual. Dice que hay diferentes versiones de la Gran Cadena del Ser, por ejemplo, el filósofo Plotino nos ofrece una de 12 niveles. Si trasladamos esto a las modalidades de conocer, supondría que son 12 las formas que tiene el ser humano para acceder al conocimiento. Se trata, en todo caso, de sustentar que la ciencia moderna ha caído en un evidente reduccionismo, adjudicándose el privilegio de conocer y

[3] Wilber. *El ojo del espíritu.*
[4] *Ibid.*, pp. 97-98.
[5] Wilber. *Ciencia y religión*, pp. 32-33.

negando otras modalidades. Con ello ha relegado el significado y los valores, por encontrarse en los espacios de la subjetividad que no caben en el limitado empirismo de la ciencia.

Lo cierto es que, independientemente desde donde asumamos el pluralismo epistemológico, siguiendo la lógica de Ken Wilber existen por lo menos tres formas de conocer: el ojo de la carne o empírico, el de la mente o racional y el ojo del espíritu o de la contemplación. Hasta ahora la modernidad sólo admite el conocimiento que se obtiene a través del ojo de la carne y el de la mente. Esto es lo más integral que puede ser en el marco del materialismo científico, pues todavía predomina esta visión reduccionista que ignora el campo del ojo espiritual, como el nivel más alto de totalidad que abraza con la inclusión y trascendencia el resto de los niveles inferiores.

La ciencia ni siquiera admite la existencia de realidades o niveles superiores al suyo, por tanto, no tiene ningún interés en integrar aquello que considera sólo un conjunto de creencias irrelevantes. El problema es que la ciencia se limita en general sólo a realidades a las que se puede acceder con el método científico planteado por Francis Bacon. El ojo empírico y el mental han invadido el campo de la espiritualidad; por ejemplo, se ha pretendido demostrar la existencia de planos superiores y sutiles de realidad con el ojo de la razón, olvidando que cada ojo del conocimiento tiene su propio campo.

Mientras no se consideren los cinco niveles de la Gran Cadena del Ser o todas las formas de conocer, que es lo mismo, la integración de la ciencia moderna y la sabiduría premoderna no será posible. El mundo de las dimensiones externas y el de las internas seguirán caminos disociados y quizá despreciándose mutuamente, haciendo difícil la evolución de conciencia y el despliegue de los mejores valores de la modernidad y la premodernidad.

4.3 Disociación y valores

El reto es integrar la Verdad, la Bondad y la Belleza, a partir justamente de sus diferencias. ¿Cómo afectaría al campo de los valores dicha

integración? Ken Wilber[6] sostiene que cada una de estas tres esferas dispone de su propio lenguaje: el de la Belleza es el lenguaje del "yo", la Verdad tiene el lenguaje del "ello", y el de la Bondad es el lenguaje del "nosotros".

Para integrar estas tres esferas es necesario conocer sus respectivos lenguajes. Con la Belleza se representa al yo y se consigue la expresión de uno mismo, en sentido amplio, y se expresa a través del arte y del juicio estético. Se refiere también a los contenidos de la conciencia inmediata y la intención. La Verdad o, lo que es lo mismo, la ciencia, se describe en el marco del "ello", de lo objetivo, que no es "yo" ni "nosotros", sino realidades objetivas. Mientras que la ética como la belleza tiene un lenguaje que se circunscribe en dimensiones subjetivas, en el caso de la esfera ético-bondad su lenguaje se encuentra en el marco del "nosotros" y, por tanto, de las intersubjetividades, en el campo de las interacciones y la conciencia social del sentido de justicia y la comprensión mutua.

De esta manera la diferenciación que la modernidad hizo de estas esferas, implicó diferenciar los campos del "yo", "ello" y "nosotros". Evidentemente la diferenciación entre el "nosotros" y el "ello" impactó el campo de los valores, pues esto condujo al nacimiento de las ciencias empíricas, incluyendo a las nuevas ciencias como la teoría de sistemas, la física cuántica y relativista y las ciencias ecológicas.

Al diferenciar al "yo" del "nosotros" colectivo, logró que este último dejara de dominar al "yo" individual, lo que significó que la comunidad, el Estado o la Iglesia consideraran los derechos del "yo", que habían sido relegados en la Edad Media. De ahí que esta diferenciación haya contribuido al surgimiento de las democracias liberales y de nuevos valores como la igualdad, la libertad y la justicia, que a su vez propiciaron los movimientos de liberación y reivindicación, aboliendo la esclavitud y otorgándole un lugar político y social a las mujeres, por ejemplo. Diferenciación que más tarde degeneró en individualismo y egoísmo, pues

[6] *Ibid.*, p. 70.

el sentido que se les otorgó a los valores corresponde a la conciencia egocéntrica.

La diferenciación entre el "yo" y el "ello" significó que las simples creencias no seguirían ocupando el lugar de la verdad objetiva, que ésta no estaría más supeditada a juicios u opiniones del "yo". Ahora la Verdad no estaba en manos de la Iglesia, sino de la ciencia, como un campo de naturaleza distinta; el problema es que se polarizó pasando del "yo" al "ello". Sin embargo, la diferenciación entre Verdad, Bondad y Belleza fue el más grande merito de la modernidad y en ello estriba su esplendor, como acertadamente lo menciona Ken Wilber.

En todo caso las críticas son injustas si no se consideran los grandes avances que la diferenciación implicó. Como ya se ha mencionado, el problema no es que se hayan establecido las diferencias, sino en lo que se convirtieron, es decir, en disociación, distorsionando así los genuinos valores con connotaciones diferentes a las de su origen y adquiriendo, por el contrario, un sentido fundamentalmente materialista, fragmentado e individualista. Desafortunadamente el proceso de diferenciación que debió ser saludable, natural y de integración, se convirtió justamente en lo que no quería; privilegió un solo campo y disociado, tornándose patológico por fijar y estancar todo el proceso de diferenciación e integración.

Al confundirse diferenciación con disociación se ha confundido también crecimiento con enfermedad. Lo que ha sido esplendor y evolución de la modernidad también se ha confundido con miseria y catástrofe. De manera que en esta confusión se ha puesto énfasis en sus desaciertos, ocultando sus virtudes. Como dice Ken Wilber: "*Si la diferenciación constituyó el principal esplendor de la modernidad, la disociación supuso la peor de sus miserias*".[7] Así que la modernidad no sólo diferenció la esfera del arte, la ética y la ciencia, que realmente era necesario y benéfico, sino que también (y eso sí son sus miserias) las disoció y disgregó, lo que, como dice Wilber, constituye una característica distintiva de una patología de un sistema que se encuentra en un proceso de desarrollo.

[7] *Ibid.*, p. 76.

En ese proceso patológico, la ciencia comenzó a colonizar a las otras dos esferas, es decir, a la Belleza y a la Bondad. En otras palabras, el "yo" y el "nosotros" fueron colonizados por el "ello" frío y mecánico, sin subjetividad, sin emociones, sin juicios, significado y valores. Así poco a poco la ciencia fue tornándose en cientificismo, considerando que lo único real y verdadero era aquello revelado por ella, y todo lo que no podía ser visto y conocido con los ojos físicos, como la conciencia, la mente y el corazón, era relegado o considerado inexistente. Las dimensiones interiores como el significado y el valor, al no ser registradas por el ojo de la carne, fueron prácticamente anuladas por la ciencia, pues no podían ser estudiadas por su método empírico. "*La visión científica del mundo nos ofreció un universo enteramente compuesto de procesos objetivos, descritos, todos ellos, no en el lenguaje del 'yo' ni en el lenguaje del 'nosotros', sino en el lenguaje del 'ello', carentes de conciencia, interioridad, valor, significado, profundidad y, obviamente, de divinidad*".[8]

Ken Wilber[9] sustenta que la modernidad desde sus orígenes tuvo una visión integral. El problema es que se quedó sólo en el marco de lo objetivo, de los "ellos"; aunque se acepta la interrelación, sólo se admite en ese contexto, es decir, en la relación de "ellos". Así fue que la ciencia cayó en el reduccionismo, dejando de lado dimensiones del "yo" y del "nosotros". Si bien se plantea como integral, sucede sólo en ese nivel; esta ciencia no reconoce que también se puede conocer con el ojo de la contemplación, por lo que su método es insuficiente e inadecuado para realidades que no son objetivas. Aquellas subjetivas e intersubjetivas del "yo" y del "nosotros" son rechazadas, y con ello la Gran Cadena del Ser.

En todo caso se trata de integrar lo mejor de aquello que privilegiaron las sociedades premodernas, es decir, lo mental y espiritual, con lo mejor de lo que privilegia la modernidad al menos de origen, así como recuperar su esplendor y merito de diferenciación. Al final de cuentas esto supone integrar lo interior con lo exterior, las dimensiones objetivas con las subjetivas. De esta manera, el significado y el valor no serían

[8] *Ibid.*, p. 77.
[9] *Ibid.*, p. 77-78.

despreciados por la ciencia, sino integrados para hacer del conocimiento una realidad completa.

Hoy la cuestión esencial ha dejado de girar en torno a lo divino y se orienta más hacia lo material. Un acierto de la política liberal es que fomentó el valor de las libertades individuales, pero su desacierto estriba en que en aras de defender la libertad individual, niega los valores colectivos y con ello su naturaleza espiritual, exaltando las dimensiones económicas y materiales. Los valores colectivos tienen la virtud de vincularnos no sólo con nosotros mismos, sino también con los demás: "*De algún modo, pues, mis valores más profundos no dependen exclusivamente de la relación que sostengo conmigo mismo, sino también con mi familia, con mis amigos, con mi comunidad y con Dios*".[10]

Rechazar la interioridad no significa relegar sólo a la dimensión espiritual, sino a todas aquellas que no tienen una localización física concreta, como la conciencia, el significado y los valores. El nivel de integridad de la modernidad únicamente alcanza a los "ellos" interrelacionados; más allá de esto, no existe ninguna otra realidad. Desterró al mundo de la cualidad y sólo se quedó con la cantidad, pensando sólo en términos de más o menos; pero nunca en los de mejor o peor, expulsando así el campo de los valores y por supuesto su orden jerárquico, e ignorando que algunos son mejores que otros; por ejemplo, es mejor amar que odiar, respetar que robar, la cooperación que el egoísmo. Para la ciencia estas cualidades son irrelevantes, pues los objetos materiales tienen el mismo valor, porque sólo ve cosas, no sus cualidades. Si bien un río y una montaña, desde esa perspectiva, valen igual, desde la interior un río contaminado vale menos que uno no contaminado, pero esto a la ciencia no le importa en tanto que sólo describe hechos.

La disociación ha impactado la manera en que nos relacionamos con los demás, con la naturaleza y el medio ambiente; esto ha llevado a la preocupación por reintegrar lo que se fragmentó. El intento de integrar las dimensiones subjetivas con las objetivas no es nuevo. Ken Wilber expone las principales ideas de las cuatro corrientes postmoder-

[10] Wilber. *El ojo del espíritu*, p. 14.

nas que critican al modernismo y que fueron los primeros intentos para integrar las esferas de la Verdad, la Bondad y la Belleza.

4.4 Intentos fallidos de integración

El romanticismo, cuyo máximo expositor fue Juan Jacobo Rousseau, pretendió resolver la disociación de estos tres campos con la vuelta a la naturaleza, y con ello regresar a la creencia de la bondad del Hombre con todas sus implicaciones, como el retorno a la vida salvaje del campo, dicho no en el sentido peyorativo, pero sí en términos de nivel de conciencia. El romanticismo ha sido una contraposición filosófica del racionalismo. El problema es que la pretensión de integrar se colapsa, porque si desaparecemos la razón, entonces ¿qué se integraría?, pues la integración supone trascendencia e inclusión. La negación de la razón conduce a una patología, obstruyendo el despliegue de sus potencialidades que posibilitan una vida ética de comprensión y apoyo mutuo, reconocimiento y respeto.

Ken Wilber dice: "*los románticos acabaron recomendando cualquier cosa que no fuera racional, incluyendo muchas cuestiones que eran abiertamente prerracionales, regresivas, egocéntricas y narcisistas*".[11] Confundían lo prerracional con lo transracional, sugerían regresar a la naturaleza preconvencional confundiéndola con conciencia postconvencional. En realidad los románticos cayeron en la misma fusión, pues no entendían lo que significaba una genuina integración. Al final de cuentas también privilegiaban una esfera por encima de otras. Obsesionados por el "yo" rechazaban al "nosotros" y a los "ellos". Con este pensamiento era difícil integrar lo que por principio ya se estaba disociando y negando, cayendo así en una regresión que reprimía la evolución de conciencia y la consecuente integración. En su libro *El ojo del espíritu* Wilber dice: "*Porque el hecho es que el desarrollo no constituye una regresión al servicio de ego, sino una evolución al servicio de la trascendencia*".[12]

[11] Wilber. *Ciencia y religión*, pp. 122-123.
[12] Wilber. *El ojo del espíritu*, p. 69.

Otra corriente que intentó integrar a la Verdad, la Bondad y la Belleza, fue el idealismo. Mientras que los románticos buscaban la integración a través de la regresión, los idealistas la planteaban mediante un desarrollo superior. Por supuesto esto implicaba la aceptación de un proceso de evolución. En su opinión: "*La comprensión de este despliegue o desarrollo encierra la clave oculta para la comprensión del espíritu*".[13] Según los idealistas, el Espíritu se halla totalmente presente en todos los estadios de la evolución, dentro del mismo proceso de desarrollo.

La visión de los idealistas fue muy importante y representó un avance hacia la integración del arte, la ética y la ciencia. El despliegue de las tres esferas era igual de relevante para el proceso de evolución. Tomaban en cuenta las diferentes corrientes del desarrollo y respetaban los procesos de ascendencia de los distintos campos, como los de la espiritualidad por ejemplo. Un punto muy importante de los idealistas es que integraron el Espíritu y la evolución al reconocer que esta última es sencillamente el Espíritu-en-acción, como lo señala Ken Wilber,[14] o, dicho en otras palabras, es el Espíritu experimentándose a sí mismo, pues la evolución lejos de lo que muchos creen, sí es un movimiento que incluye la espiritualidad. "*La evolución es la forma en que el Espíritu crea la totalidad del mundo manifiesto, sin que ningún aspecto se vea privado de su omnipresente abrazo*".[15]

Desafortunadamente el idealismo tampoco logró la integración; también tenía sus limitaciones porque adoleció del ejercicio que reprodujera sus principios. No se sostenía por ninguna disciplina práctica que permitiera realmente su desarrollo, quedando así sólo en el nivel teórico. Si bien hicieron algunos intentos por acercarse a lo divino a través de experiencias prácticas, éstas eran apenas intentos burdos, sin disciplina auténtica, además de que carecían de vivencias espirituales con un método confiable para trasmitirlas a otros. Su aproximación a estos espacios sucedía a un nivel muy elemental, sin la disciplina y el rigor que exigen dichas prácticas cuando realmente se busca generar experiencias

[13] Wilber. *Ciencia y religión*, p. 134.
[14] *Ibid.*, p. 139.
[15] *Ibid.*, p. 140.

espirituales de modo consistente; de esta manera se quedaban sólo en la metafísica. Ken Wilber sostiene que ésta es la crítica más fuerte a los idealistas, a pesar de sus sinceros y buenos intentos por integrar la Gran Cadena del Ser, considerando todos los niveles de realidad, desde el físico hasta el espiritual. Pero recordemos que este último no es sólo un asunto de visión o de pensamiento, sino fundamentalmente de práctica, de experiencia de unidad y síntesis, personal y directa. Es justamente ahí donde se colapsaron los intentos de integración de esta corriente.

Así que la principal falla del idealismo fue su carencia de una auténtica, sostenida y consistente práctica espiritual. Mientras los fundamentos del idealismo se desvanecían, el campo del "ello" se fortalecía convirtiéndose en la ciencia postmoderna que considera la interrelación de los "ellos", y a ese nivel sistémico juega al holismo. Incluso el "yo" y el "nosotros" comenzaron a ser considerados como simples objetos, es decir, como "ellos" cosificados que podían ser comprados y vendidos. De esta manera las dimensiones subjetivas e intersubjetivas eran reducidas a la objetividad; el arte, la espiritualidad, el significado, los valores, las emociones, terminaron colonizadas por el mundo material y frío del "ello".

Fue así que llegamos al mundo "integral" que hoy tenemos, donde se acepta la interconexión y algunos niveles de totalidad, pero sigue siendo una propuesta reduccionista, pues todo se limita al campo de los objetos, de los "ellos". Así nació la paradoja que hoy se encuentra en los diferentes espacios de la vida humana, se habla con frecuencia de lo "integral", pero todavía con una connotación reduccionista. La práctica auténticamente espiritual sigue siendo un espacio relegado, así como todas las demás dimensiones interiores. Esto es a lo que Wilber llama holismo chato, porque si bien se exaltan las interrelaciones expresadas en una red de la vida, así como las holoarquías y sistemas, se deja de lado todo lo concerniente a la conciencia, contemplación, intuición, valor, sentido, toda la red del mundo interior. En otras palabras, niega el ojo de la espiritualidad y su campo, fortaleciendo el reducido holismo material.

Como crítica a este materialismo científico nace una nueva corriente de pensadores: el postmodernismo en sentido estricto, o lo que se conoce como postestructuralismo postmoderno, generalmente repre-

sentado por Nietzsche, Bataille, Heidegger, Foucault, Lacan, Deleuze, Derrida y Liotard, entre otros. El postmodernismo le ha dado particular importancia a la interpretación, tanto en términos epistemológicos como ontológicos, planteando que ésta es relevante como característica de la misma estructura del universo no sólo para comprenderlo. La interpretación nos sirve para reconocer ámbitos de la subjetividad e intersubjetividad. Ken Wilber dice: "*Usted puede verme externamente pero, para comprender mis interioridades, mi profundidad, deberá entrar en el círculo de la interpretación*".[16] El sujeto interpreta a otro sujeto, no a un objeto, así que se requiere no del ojo físico, sino del mental y del espiritual; se establece necesariamente una relación dialógica.

Los objetos pueden verse físicamente, pero las interioridades sólo son interpretadas; a esos niveles de realidad únicamente se accede por la interpretación. Considerar este rasgo inherente del Kosmos fue el planteamiento más importante del postmodernismo, pues la modernidad redujo todos los holones interiores a exterioridades empíricas, al ojo físico, negando la subjetividad que percibe, valora e interpreta.

El problema del postmodernismo es que se fue al extremo, declarando que lo único existente es la interpretación, negando todo lo objetivo y reduciendo el campo de la verdad a la interpretación, además de que privilegió las dimensiones subjetivas, relegando y negando las objetivas. En general los postmodernistas rechazan una realidad predeterminada, aduciendo que ésta es una constante construcción. Los considerados datos empíricos como percepciones en realidad son datos mentales, es decir, concepciones, creaciones a partir de las interpretaciones. En este punto los postmodernistas son radicales, negando la existencia de todo lo objetivo y haciendo apología de los rasgos interpretativos del cosmos como los únicos existentes. Olvidaron que si bien todo holón tiene un componente interpretativo, también tiene uno objetivo y que, en todo caso, de lo que se trata es de ubicar a cada uno en su justo lugar.

En cuanto a que el significado depende del contexto, es también una verdad parcial, porque si los contextos son ilimitados, la realidad

[16] *Ibid.*, p. 148.

misma es tan compleja y compuesta de holones, que a su vez se encuentran dentro de otros holones y así sucesivamente, entonces tendríamos tantos significados como niveles de totalidad. Esta verdad ha sido distorsionada por los postmodernistas radicales, particularmente por los deconstructivistas norteamericanos. Ellos niegan toda existencia y, por tanto, la posibilidad de trasmitir el significado. Si la ciencia afirma algo sobre el mundo objetivo, ellos lo contextualizan para volverlo absurdo o contradictorio. El extremo es que reconstruyen hasta el mismo intento. Esta corriente que propone el contextualismo radical es justamente uno de los problemas más fuertes del postmodernismo que impide la integración.

Aproximadamente en el siglo XIX, se manifiesta el llamado giro lingüístico. Los filósofos comenzaron a prestar atención al lenguaje mismo y dejaron de utilizarlo para describir el mundo, siendo ésta su característica más relevante. De manera que la metafísica fue reemplazada por el análisis lingüístico, planteando que con el lenguaje se refleja un mundo que estamos construyendo. Mientras que las culturas premodernas y las modernas hicieron uso del lenguaje para acercarse al mundo, este giro lingüístico abría una perspectiva distinta: la atención al lenguaje mismo, sugiriendo que a través de él podemos interpretar al mundo y a nosotros mismos, lo que significó grandes aportes para la comprensión del Kosmos, contribuyendo así a la posibilidad de integrar ciencia y espiritualidad.

El giro lingüístico plantea que a través del lenguaje es posible no sólo interpretar sino también crear el mundo: "*El lenguaje no sólo nos informa sobre el mundo, no sólo lo representa y lo describe, sino que crea mundos, y en todo acto creativo hay poder. El lenguaje crea, distorsiona, transmite, revela, permite, oculta, oprime, enriquece y somete...*"[17] Significa que el lenguaje no es impersonal, autónomo ni carente de subjetividad, por el contrario, es el sujeto en el marco del "yo" y del "nosotros", es decir, de las intersubjetividades que atribuyen significado al mundo a través del lenguaje, al mismo tiempo que lo crean y recrean.

[17] *Ibid.*, pp. 161-162.

Pese a los importantes avances que tuvieron los postmodernistas al reivindicar el carácter creativo e integral del lenguaje, finalmente terminaron identificándose con el modernismo en cuanto a relegar todo tipo de interioridad, considerando únicamente los aspectos exteriores. Como bien dice Ken Wilber: "*Ninguna interioridad y ninguna profundidad, ése es precisamente el credo del postmodernismo radical...*"[18] Por eso es que el pensamiento moderno y postmoderno sigue reduciéndose a las exterioridades, a los vacíos de toda interioridad, relegando los valores, la conciencia y espiritualidad. A pesar de hallarse en cierto nivel holístico, es todavía limitado a las superficies, con formas pero sin contenido y profundidad. Ken Wilber señala: "*La espiritualidad debe ser capaz de enfrentarse a la autoridad de la ciencia, pero no para imitar su locura monológica, sino para revelar sus procedimientos, sus métodos, sus datos, sus evidencias, sus valores y sus constataciones características...*"[19]

Esos intentos por integrar a la ciencia, la ética y la estética fueron fallidos al entender la integración de manera equivocada. De algún modo todos cayeron en reduccionismos al no comprender que integrar los diferentes campos del conocimiento no es en el sentido de sumar, amontonar o relegar a cualquiera de ellos, sino de ubicarlos en su correspondiente lugar a partir de la diferencia, incluyendo y trascendiendo lo mejor de cada uno, reconociendo que el conocimiento no es privilegio ni exclusividad de ninguno, por el contrario, integración es aceptar las diferentes verdades del Kosmos. Se trata de reincorporar las distintas dimensiones de la interioridad y trascender las disociaciones.

4.5 Visión integral que trasciende e incluye

Para lograr la integración entre ciencia y espiritualidad, conocimiento objetivo y subjetivo, es importante tomar en cuenta lo que algunos teóri-

[18] *Ibid.*, p. 170.
[19] *Ibid.*, p. 173.

cos conocen como la Gran Cadena del Ser y que Wilber prefiere llamar el Gran Nido del Ser, pero que en esencia es lo mismo. Se trata de considerar e incluir todos los niveles de realidad, independientemente de las diferentes divisiones que se hagan de éstos. Wilber habla de cinco niveles: espíritu, alma, mente, vida y materia; cada uno tiene su propio campo: el misticismo, la teología, psicología, biología y física, respectivamente. Sostiene que un nivel superior trasciende e incluye al inferior, de manera que en el del espíritu nos encontramos todos y todo, porque es el más superior y trascendente. Sin embargo, aunque incluye y trasciende, tiene cualidades que no se encuentran en los inferiores; por ejemplo, en el de la vida se incluye la materia, agregándose cualidades como las emociones, que no están en las rocas; igual en el caso de la mente, se incluyen las emociones y al mismo tiempo se agregan las facultades cognitivas, así se incluye y se trasciende a los niveles inferiores.

Con la ciencia moderna se negó la existencia del Gran Nido del Ser como tal. Se privilegió el mundo externo, material y objetivo, incluso, como ya se comentó, muchas teorías que se están planteando como integrales hoy en día, aún siguen siendo reduccionistas, en tanto que no consideran la dimensión espiritual en su sentido genuino de experiencia vivencial y directa. Este pensamiento moderno de Occidente fue la primera civilización de la historia que negó la espiritualidad. La diferenciación de los campos de la Verdad, la Belleza y la Bondad degeneró en disociación, negando la integración de dimensiones objetivas y subjetivas en los distintos niveles de realidad. Así es como la ciencia fue despojada de todo valor y significado, quedando revestida sólo con la frialdad de los hechos.

El cosmos fue concebido de manera sumamente reduccionista, compuesto sólo de materia o, en el mejor de los casos, también de energía. Un universo donde todo es materia y sólo puede ser estudiado por la ciencia en el sentido fragmentado y limitado, donde el observador está separado de lo observado y se describen sólo hechos sin significado, porque el Hombre perdió el derecho de interpretar y significar la realidad con la que se supone no tiene ninguna relación. De una cadena que iba de la materia al espíritu, sólo quedó la primera. Esta visión de Occidente se convirtió en el pensamiento dominante que se conoce como materialismo científico.[20]

Con el supuesto de que la verdad sólo es de naturaleza puramente objetiva, quedó en manos de la ciencia, relegando verdades de otra índole: aquéllas de las dimensiones interiores que contempla la sabiduría premoderna, por ejemplo. Por eso hoy existe un divorcio entre el mundo material y el sutil; el mundo externo y el interno; el de los datos duros y del significado y el sentido. Los mismos valores son abordados desde niveles que no llegan a tocar el más alto y profundo de la realidad, es decir, la espiritualidad; aun más, para la ciencia ni siquiera son de su campo.

La ciencia moderna y la sabiduría premoderna tienen sus respectivas verdades, por eso una posible integración tendría que considerar las de ambas, evidentemente sin confundirlas, cada una en su propio campo; diferenciarlas sí, pero para integrarlas, no para mantenerlas disociadas, como ha sucedido desde la Ilustración hasta ahora. Se trata en todo caso de recuperar los mejores aportes que cada una ha hecho para el conocimiento y el consecuente enriquecimiento de la vida humana, en relación con las otras y con el medio ambiente. Sin duda la modernidad hizo grandes contribuciones que, en aras de revivir lo que ésta sepultó, se han minimizado al punto de poner énfasis sólo en sus desaciertos. Sin embargo, supuso también avances importantes en el campo social y político, fomentó valores como la libertad, la justicia e igualdad; se impulsaron los derechos humanos, se reivindicaron movimientos como el feminismo; se abolió la esclavitud y la medicina avanzó encontrando cura para enfermedades como la viruela y el tifus; también hubo grandes avances en el campo de la biología, la química y la física.

Si revisamos con más cuidado la historia de la ciencia moderna, seguramente encontraremos que son muchos los aportes que generó su desarrollo y que merecen ser reconocidos. Considerar sólo sus aspectos negativos nos llevaría a emitir juicios parciales e injustos. En todo caso, se trata de reflexionar sobre el lugar que le ha dado desde sus orígenes

[20] *Ibid.*, p. 23.

al mundo del significado, de la subjetividad y al de los valores, porque si bien corresponden a campos diferentes, olvidó que diferencia no tiene porque ser disociación. Por el contrario, diferenciación es poner cada cosa en su justo lugar para integrar, no como algo que se amontona, sino que coexiste armónicamente en un todo; no a pesar de las diferencias, sino por las diferencias que, en términos de niveles, se incluyen y se trascienden.

No se trata de que la ciencia niegue los aspectos objetivos del mundo, pues el conocimiento objetivo es correcto, aunque parcial; se trata de aceptar que hay otras formas de conocer igual de importantes, de reconocer las dimensiones de las subjetividades e intersubjetividades, porque el mundo no se reduce a realidades de "ellos", también existen las del "yo" y del "nosotros". Como dice Wilber: "*los espacios internos no sólo estructuran el conocimiento empírico, sino que constituyen un dominio interno que contiene una inmensa reserva de otros tipos de estructuras, pautas, conocimientos, valores y contenidos que van desde la lógica y las matemáticas hasta la ética y la lingüística...*"[21]

Sin embargo, aunque ciencia y espiritualidad todavía no se han podido reconciliar porque los intentos de unirlas han equivocado el camino, es posible que eventualmente lo hagan, en tanto que ambas comparten el mismo objetivo: la búsqueda de la verdad. De hecho, ya han comenzado a caminar juntas y a reencontrarse desde una visión compartida del universo; ciencia y espiritualidad no son incompatibles, mente y espíritu son partes de una misma totalidad, de un Todo que siente y piensa. Las realidades sólidas y materiales con las sutiles no son irreconciliables; las dimensiones objetivas son influenciadas por las subjetivas y viceversa. El científico tiene una visión del mundo que de algún modo orienta sus investigaciones. Einstein, por ejemplo, creía en la existencia de un creador y, al mismo tiempo, en el determinismo y no en la incertidumbre.

Una visión integral supone que la genuina espiritualidad considere también las verdades de la ciencia y sus logros. Como el nivel más alto de totalidad incluye y trasciende, de manera que contiene también todos los elementos de totalidades inferiores. Así que la materia está incluida

[21] *Ibid.*, p. 184.

en el Espíritu, que es de orden superior y por eso todo lo abarca. Esto es a lo que Wilber llama el Gran Nido del Ser y que Arthur Koesther denominó holoarquía, refiriéndose a que cada nivel superior trasciende y, al mismo tiempo, incluye los niveles predecesores. Trascender no es desechar todos los elementos de esos niveles inferiores, sino integrar los mejores para constituir un Holón superior y saludable; "*de modo que los dominios espirituales del espectro de la conciencia son omniinclusivos y omniabarcadores configurando, como ya hemos dicho, una especie de pluralismo radical universal*".[22]

Un enfoque realmente integral busca tomar en cuenta las diferentes dimensiones de todos los niveles de totalidad, que considere el espectro de la conciencia en el "yo", en el "nosotros" y en el "ello", lo que significa integrar las dimensiones exteriores e interiores; en otras palabras, supone integrar arte, ética y ciencia, por tanto, las diferentes formas de conocer. En mi opinión, no basta entender la necesidad de integración, ni siquiera proponer una manera que emane del razonamiento y buena intención, sino fundamentalmente demostrar científicamente que es posible y necesario, en el sentido amplio que Wilber lo plantea. Sobre todo, entenderlo con la mente y el corazón porque éste es un asunto de espiritualidad y conciencia, más allá de una concepción y percepción del mundo; se trata de desplegar nuestra naturaleza como una cuestión del Ser. Justamente de eso tratará el v y último capítulo.

[22] Wilber. *El ojo del espíritu*, p. 49.

Capítulo 5

Espiritualidad y conciencia: su evolución y los valores

Tenemos que seguir cultivando la atención al momento y la reconciliación hasta identificarnos con el niño ugandés o etíope, que no es más que piel y huesos; hasta identificarnos con el hambre y el dolor de los cuerpos de todas las especies. Sólo entonces dejaremos de discriminar y empezaremos a sentir verdadero amor. Sólo entonces podremos contemplar con actitud compasiva a todos los seres y hacer lo que realmente se necesita para ayudar a aliviar el sufrimiento ajeno.

Thich Nhat Hanh

El estado de la conciencia subyace a todas las actitudes, comportamientos, prácticas, percepciones, interpretaciones, valores y demás situaciones de nuestra vida. Por eso es importante preguntarnos dónde nos encontramos, en qué nivel, qué somos y cómo percibimos el mundo y a nosotros mismos, y comenzar a pensar y actuar de modo distinto, dejando atrás el pensamiento lineal para dar paso al holográfico, y relacionarnos con los demás y con la naturaleza de manera diferente, a través de reconocernos uno mismo.

5.1 Espiritualidad y conciencia: estado actual y sus desafíos

Actualmente existe un enorme interés por el estudio de la conciencia. Buscando responder dónde se encuentra, se ha abordado desde diferentes enfoques, todos interesantes y parcialmente correctos, porque una visión

integral tendría que tomar lo mejor de cada uno. Sin embargo, más allá de reflexionarla como un fenómeno que sucede en algún lugar y plantear una teoría, la conciencia está ya presente en cada nivel de totalidad y en cada una de sus dimensiones. No existe uno solo donde no esté, o uno en especial en el que se encuentre. La cuestión, en todo caso, no es dónde se localiza, sino en qué nivel de conciencia nos encontramos.

Afortunadamente ya estamos asistiendo a cambios importantes en la manera de concebir el universo y comenzamos a pensar de modo holográfico; esto, por supuesto, augura el arribo de una revolución fundamental de la conciencia. Al parecer esta contracorriente está surgiendo frente al agotamiento de la civilización mecanicista y materialista, insostenible con su sistema de valores y la forma en que se trata el mundo. En Occidente, pese a que muchos tienen estilos de vida muy lujosos, tristemente nos percatamos que esto no funciona, pues no aporta lo que verdaderamente necesitamos como seres multidimensionales y esencialmente espirituales. Si bien los factores materiales sirven para satisfacer algunas necesidades físicas, no cubren las más profundas.

Afortunadamente hoy asistimos a los intentos de reconciliación entre ciencia y espiritualidad, entre subjetividad y objetividad. Están emergiendo teorías (como la física moderna, entre otras) que sustentan que el universo no es mecánico ni fragmentado, sino una red interconectada, dinámica e integral. Evidentemente tal concepción cambia también la forma de pensarnos, de pensar el mundo y el Universo. Si nos percatarnos de que somos esencialmente lo mismo e inevitablemente interconectados, entonces la forma de relacionarnos con los demás y con todo cambiará.

Estos nuevos planteamientos que están contribuyendo a una forma diferente de concebirnos en la sociedad, en el planeta y en el Kosmos, parten de que existen diferentes niveles de totalidad, en cuyo contenido se encuentran las diferentes dimensiones. De manera que el nivel microscópico contiene lo mismo que el macroscópico. La física moderna sustentada por la teoría de la relatividad y la teoría cuántica está convergiendo en sus hallazgos con el pensamiento de los místicos orientales, en el sentido de que el Universo es un Todo interconectado y dinámico. Esto nos está llevando a pensar el campo de los valores desde una perspectiva más profunda e integral; a comprender que tienen que ver necesariamente con el nivel de conciencia que prevalece en cada sociedad, así como con el desarrollo de la espiritualidad.

Hoy en día todavía nos seguimos sintiendo inseguros, deprimidos y con intensa soledad; paradójicamente, nuestras sociedades presencian una considerable riqueza material (en los países industriales de Occidente sobre todo y en algunos segmentos de la población). Sin embargo, los trastornos emocionales y las crisis existenciales se han incrementado, se ha exagerado el consumo de estupefacientes, la violencia familiar, la criminalidad y el alcoholismo. Existe una pérdida general de los valores esenciales y del significado trascendente de la vida, así como una tendencia hacia la autodestrucción que se expande hasta alcanzar a otras personas, a otras especies, al medio ambiente y al mundo en general.

Ante estas situaciones críticas, mucha gente está comenzando a buscar alternativas, acercándose más a la espiritualidad. Millones de personas están yendo más allá de la vida material en aras de una paz interior, de un significado profundo y de una forma de lograr sus anhelos espirituales. Sin ningún fundamento racional o científico, pareciera que una fuerza intuitiva nos empuja hacia lo trascendente y que finalmente comprendemos que la satisfacción esencial y plena la encontraremos en las experiencias de la espiritualidad, de reconocer y reencontrarnos con nuestra propia divinidad, y no de lo que equivocadamente hemos pensado por siglos: en los objetivos materiales.

Seguramente para bien, ya comienza a emerger una búsqueda colectiva de espiritualidad. Parece que ese inconsciente colectivo del que habla Jung está actuando en la conciencia de los individuos, que está apareciendo una luz de esperanza en medio de la noche obscura, de crisis profundas de percepción y de conciencia. ¿Por qué es importante promover este despertar? Porque entre más gente lo haga el proceso de transformación se acelerará, dice Russell,[1] y podría suceder un salto colectivo de conciencia para gloria de toda la humanidad.

Estamos asistiendo al nacimiento de una nueva espiritualidad, de una forma de pensar el Universo que está llevando a mucha gente a

[1] Laszlo, Ervin *et al.* 2000. *La revolución de la conciencia.*

ejercerla directamente en sus vidas. Cada vez más personas asumen que no necesitan rituales o intermediarios para conectarse con el Kosmos, que es posible hacerlo directamente. Nos encontramos ante un nuevo renacimiento espiritual que, a diferencia de otras épocas, no tiene un líder o intermediario.

Esta búsqueda por la espiritualidad parece indicar que estamos ansiosos por un mundo de paz, de entendimiento, de cooperación y tolerancia entre las distintas razas, culturas y entre los individuos. Podemos decir que la espiritualidad que está emergiendo nos conduce a mayor entendimiento, que posibilita la coexistencia armónica entre los seres humanos con otras formas de vida y con el Kosmos.

Dice Ken Wilber[2] que la evolución a nivel kósmico está comenzando a despertar, generando teorías cada vez más inclusivas e integrales. El amor que se encuentra en cada uno de nosotros, en el sol y las estrellas, es el que nos impulsa a buscar nuevos enfoques orientados a reintegrar lo que un día fue disociado. La evolución se está comenzando a hacer consciente de sí misma, la conciencia está percatándose de sí misma, está despertando más allá de lo personal, está sucediendo lo que él llama Espíritu-en-acción, y éste también se está volviendo consciente de sí mismo de modo colectivo, integral e inclusivo; está uniendo los fragmentos y armando el rompecabezas. "*Si la evolución opera en la totalidad del universo, también debe hacerlo en el caso de los seres humanos, lo cual significa que las culturas también evolucionan y que continuamente deben estar emergiendo formas progresivamente más avanzadas de interacción…*"[3]

Vivimos cambios muy rápidos y los fenómenos son cada vez más complejos. Es difícil predecir el futuro, pero lo cierto es que asistiremos a diversidad de transformaciones. Aunque sea difícil de predecir con exactitud, cualquier cosa puede suceder, desde catástrofes hasta crisis políticas y revoluciones de conciencia. Los cambios que han estado ocurriendo son aquellos que tienen que ver con lo que somos conscientes. Por ejemplo, la comprensión del mundo, de los valores y las creencias está cambiando significativamente porque la sabiduría que hoy se está

[2] Wilber, Ken. 2006. *La pura conciencia de ser*, p. 159.
[3] Wilber, Ken. 2001. *El ojo del espíritu*, p. 81.

redescubriendo en realidad no es nueva, ya se había hecho anteriormente por parte de muchas culturas, pues la conciencia concierne a la mente y a la naturaleza divina del Hombre y esa esencia no ha cambiado, sigue manteniéndose como lo que es, perenne, inmutable e indestructible.

Mientras que para la ciencia moderna el Universo es un sistema que se hizo a sí mismo, según las leyes naturales predominantes, donde la vida y la conciencia son consideradas como resultados insignificantes de la materia, las culturas antiguas, cuyos planteamientos están reapareciendo, atribuyen al Universo un campo anímico, con espacios invisibles, donde las dimensiones no materiales son parte fundamental de la realidad. Hoy en día esta comprensión es la que está resurgiendo a partir de la evolución de la conciencia.

Es cada vez más el número de gente que se interesa por el estudio de la conciencia, pese a que no es fácil comprenderla y definirla como un objeto mensurable. Aparentemente el mundo físico funcionaba muy bien sin tomarla en cuenta; sin embargo, hoy es la misma ciencia la que comienza a mostrar interés por su estudio. Tanto científicos como filósofos han empezado a interesarse por incluirla en sus investigaciones, desde su origen, su evolución y su naturaleza, e incluso en los últimos años se han realizado varios eventos internacionales en su honor. Esta apertura en cierta medida se debe a los avances científicos, pero también, dice Russell,[4] ha influido el hecho de que mucha gente esté experimentando estados de conciencia atípicos. Así es como actualmente ya están perdiendo fuerza los modelos materialistas de la realidad y configurándose nuevos, donde la mente y la conciencia son parte esencial.

Estamos abriendo ya las puertas a la realidad trascendente, que había estado constreñida a la limitada visión de la inconsciencia (entendida en el sentido de ignorancia); con ello están surgiendo valores que aportan elementos positivos para todos, que nos pueden permitir la construcción de un mundo seguro y confiable a partir de nuevas actitudes, conductas y comportamientos. Nos estamos haciendo conscientes de la necesidad de pensar en el prójimo, en los animales y en el medio

[4] Laszlo, *op. cit.*

ambiente, de que requerimos vivir plenamente y en libertad una vida que fomente la alegría y la belleza; esta es la mentalidad que está empezando a impregnar el ánimo de mucha gente.

Russell (a cuya postura me adhiero) considera que la crisis global actual en realidad en su origen es una crisis de conciencia. Por tanto, para transformar de manera profunda y radical las condiciones de nuestro mundo requerimos fundamentalmente trascender la conciencia egocéntrica materialista, más allá de salvar el medio ambiente, reforestar las selvas y evitar la contaminación. De lo contrario, estaremos atendiendo sólo los síntomas con tranquilizantes, pero no erradicando la enfermedad. Cualquiera que sea la vía, lo cierto es que necesitamos trascender hacia una conciencia kosmocéntrica. "*Se mire como se mire, es importante tomar conciencia, se mire como se mire, necesitamos realizar la misma clase de trabajo interior...*"[5] La transformación interior permite terminar con el sentimiento egoísta, libera de ataduras materiales y despliega la compasión. Por sí mismo el cambio de conciencia es trascendente, además de que nos permite evitar otros problemas catastróficos.

También para Stanislav Grof[6] la crisis actual requiere un cambio radical de conciencia, cuyo fenómeno se ha manifestado como parte de la misma naturaleza humana desde tiempos remotos y también como resultado de la época moderna. De hecho, en todas las épocas ha existido la intolerancia racial, religiosa, cultural y política, que se ha expresado en rebeliones, invasiones, guerras y violencias sangrientas; sin embargo, la ciencia materialista es la más reciente y profunda influencia, pues el cientificismo de algún modo justifica el individualismo y la competitividad, en lugar de fomentar valores de cooperación y solidaridad.

Cuando se trata de impulsar el desarrollo de la conciencia, un problema que generalmente se enfrenta es el dilema entre dos concepciones del mundo: la que comienza a emerger a partir de teorías de frontera y la predominante, sustentada por la ciencia y la tecnología, donde, por cierto, al parecer hay un desfase entre los contenidos de éstas y la respectiva apropiación de éstos por la sociedad. La ciencia materialista, tal como se entiende actualmente en su sentido reduccionista, tiene amplio prestigio; desafortunadamente este pensamiento ha traído funestas consecuencias tanto a nivel personal como social. Por eso es que se necesita una transformación interior profunda y, al mismo tiempo, replantearnos las viejas concepciones del mundo. "*En una cultura en que la ciencia infunde respeto y autoridad, si su mensaje es claramente antiespiritual, va a inhibir sin lugar a dudas la búsqueda espiritual de las personas*".[7]

[5] *Ibid.*, p. 43.
[6] Laszlo, *op. cit.*

La conciencia no es algo que surge de la materia, sino algo esencial del Kosmos, esto, tarde o temprano, se tendrá que entender según la lógica de su evolución. No se trata de una regresión hacia las ideas obsoletas, sino del desarrollo en forma de espiral, en la que se integran los mejores elementos que se han elevado para conformar una especie de síntesis entre la ciencia moderna y la sabiduría. La idea es recuperar lo mejor de la antigüedad, sin que eso implique caer en un romanticismo de que "todo pasado es mejor", sino en el sentido de obtener algo más en términos cualitativos que se incorpore a los nuevos conocimientos del Universo. Hoy necesitamos de una sabiduría actualizada, de una sabiduría perenne acorde con los tiempos que vivimos.

Por desconocimiento todavía muchas personas se encuentran en niveles de conciencia egocéntrica que, de manera negativa, influyen en otros, incluso en otras especies y en el medio ambiente en general. Apenas estamos despertando a la conciencia de que todos somos Uno, de la trascendencia de asumirla para la evolución colectiva hacia un mundo mejor. Pero como dice Grof: "*Si todos hiciéramos lo mismo el mundo cambiaría, e incluso evitaríamos la posibilidad de enfocar erróneamente diversas actividades, que es lo que en realidad empeora las cosas*".[8]

Por fortuna, parece que asistimos a la caída de la civilización occidental, de hecho, ese es el curso normal: todas en algún momento termi-

[7] *Ibid.*, p. 47.
[8] *Ibid.*, p. 72.

nan. El desafío al que nos enfrentamos es que la siguiente sea superior. Seguramente explorando las posibilidades que se abren a partir del mundo de la subjetividad, encontraremos ahí un sentido más profundo de la existencia que nos permita construir realidades distintas, porque las que hoy tenemos en buena medida son de carácter competitivo, de explotación, separación y aislamiento. Vivimos en acentuada enajenación de nosotros mismos, nuestra esencia colonizada por el mundo externo que nos demanda entrega absoluta y robotizada. Esta civilización, tal y como la vivimos, ¿es benéfica para el planeta? La respuesta es contundente: definitivamente no. El problema es que por ignorancia hemos equivocado el camino: buscamos soluciones a corto plazo, sin pensar en las consecuencias en un fututo más lejano, y a ciegas caminamos hacia una irremediable catástrofe ecológica.

Sin embargo, existe la posibilidad de que haya un salto evolutivo en la conciencia, un cambio que impacte la cultura y que afortunadamente ya se está manifestando en varios lugares del mundo. No obstate, estos cambios están siendo lentos y por eso urge fomentar las experiencias interiores transformadoras que puedan contribuir a que la conciencia evolucione más de prisa, y con esto elevar cualitativamente los valores y las prácticas de la vida cotidiana. En un mundo cuyos cambios son tan vertiginosos, necesitamos mantener la ecuanimidad y paz interior que nos permitan tomar decisiones adecuadas para el bienestar común. El equilibrio es fundamental para las diferentes actividades que realizamos en nuestra vida. Desafortunadamente el desempeño de los distintos roles que nos exige esta civilización, en gran medida, nos conduce hacia una existencia desquiciada, pues el tiempo que dedicamos al trabajo interior se reduce a nada, ya que eso es lo que nos queda de la acelerada vida cotidiana; aunque lo más seguro es que las crisis nos harán volver la mirada hacia el interior y así a recuperarnos como integridad.

Si bien es importante comenzar por la propia transformación interior, los efectos no son lineales, la interrelación es recíproca. Si mis transformaciones en ese nivel afectan a los otros, las de los demás también me influyen, es decir, que lo que suceda en el mundo interior se verá reflejado en el exterior y viceversa. Al elevar nuestro nivel de con-

ciencia es más probable que haya transformaciones sorprendentes no sólo personalmente, sino también socialmente, bienestar interior individual y colectivo. Al expandir la conciencia ésta se vuelve más abarcadora, por tanto, las luchas y resistencias que oponemos con aquello que no nos identificamos tienden a desaparecer. Muchos de los miedos que tenemos se generan por el condicionamiento de buscar aceptación y reconocimiento de los otros; nos sentimos vulnerables ante distintas situaciones sociales precisamente porque en lo que no encontramos algo en común se torna un enemigo. Esto nos impide dejarnos llevar de manera natural y fluida por la corriente de la vida y generalmente nos encontramos a la defensiva y bajo tensión.

El nuevo paradigma que necesitamos, en opinión de Laszlo,[9] tendría que componer los fragmentos de la actual representación de la realidad, tomar en cuenta los avances más recientes de las ciencias naturales, principalmente los de la nueva física, y trasladarnos a las ciencias humanas y sociales. Se requiere un cambio paradigmático de este tipo para sobrevivir a los tiempos inestables y de fluctuación que hoy vivimos, de valores, de concepciones del mundo, de formas de ver la vida, aun cuando parezcan insignificantes. Urge que seamos conscientes del poder de las ideas, sobre todo porque éstas reflejan las grandes necesidades que hoy tenemos. De ahí la relevancia de potenciar paradigmas que puedan influir positivamente en la humanidad y el planeta. Como dice Russell: "*Quizá sería deseable entrar en crisis cuanto antes; lo suficiente para que eso nos haga tomar conciencia, pero no tanto para que nos destruya*". [10]

Para trascender el dolor y el sufrimiento necesitamos conocernos a nosotros mismos, conocer nuestra naturaleza, trascender la ilusión de que el mundo material existe independientemente de la consciencia, porque ésta es la responsable de configurar los dramas de la obra. La objetividad es sólo resultado de una percepción ilusoria: la proyección de la conciencia transformada por la experiencia. Este mundo que pare-

[9] Laszlo, *op. cit.*
[10] *Ibid.*, p. 123.

ce real se nos presenta fragmentado y disociado de nuestra naturaleza y nuestro proceder es congruente con esta visión. Veamos por qué.

5.2 Los valores, según el nivel de conciencia

La idea de lo que consideramos valioso se transforma cuando trascendemos la conciencia egocéntrica; al desapegarnos del ego, los valores cambian. Si habíamos considerado importante lo relacionado con los objetivos físicos, con la conciencia transpersonal los valores se tornan de cooperación, aceptación y tolerancia, en lugar del egoísmo e individualismo. Con el pensamiento occidental la mayoría de los valores comportan un carácter egocéntrico, orientados a tener mayor riqueza material en beneficio propio, un estatus que proporcione una imagen de reconocimiento y aceptación social; se apuesta a que mayor cantidad de dinero y las experiencias de placer proporcionarán felicidad. En buena medida, nuestro comportamiento está regido por lo que consideramos valioso para la vida, según parámetros del condicionamiento occidental.

Con las transformaciones interiores a partir de las experiencias espirituales, el ego va agotándose hasta perder fuerza, entonces las cosas que por mucho tiempo hemos considerado importantes también cambian, y así los valores se modifican. Comenzamos a reconocer que compartimos con los otros la misma naturaleza, pensamos y nos ocupamos más por las otras personas, criaturas y medio ambiente. A medida que más gente se ocupe de su interioridad, mayores son las posibilidades de que los valores esenciales cambien para el bien común, más allá de las diferencias culturales, raciales y de credo.

La interconexión y la unidad del universo están sustentadas por la física moderna fundamentalmente, por lo tanto, sabemos que cualquier despertar espiritual y evolución de conciencia a nivel individual o colectivo impactará en los demás y en todo. Por ejemplo, Stalisnav Grof[11] dice que hay lugares como en la India donde consideran que la

[11] *Ibid.*

meditación que hacen los yoghis en las cuevas del Himalaya influye en la situación del mundo. Las ideas de la resonancia mórfica hacen aportaciones importantes al respecto. Según ésta, cuando una persona aprende a hacer algo es más fácil que el resto lo aprenda, pese a que vivan al otro extremo del mundo.

Sustentadas científicamente o no, estas ideas parece que han tenido bastante aceptación, quizá porque intuitivamente se sabe que esto es así, como si algo sugiriera que el nivel de conciencia de una persona puede influir en el de las otras. Según este planteamiento, la experiencia individual se articula con la de toda la humanidad. Así, afortunado e impresionante, es el hecho de que la sanación individual y todo aquello que ocurre en las conciencias personales tendrán repercusiones relevantes en los demás; cualquier avance va a impactar en toda la especie humana. Sin embargo, así como el desarrollo puede influir más allá del nivel personal, ocurre lo mismo con la conciencia egocéntrica de egoísmo y competitividad que hoy prevalece. Debemos tomar esto en cuenta porque comprenderlo nos obliga a ser más cuidadosos con lo que sucede en nuestra subjetividad.

También existen pruebas de que cuando una persona realiza meditación, influye en la conciencia de los otros que se encuentran en su entorno más próximo; o, por ejemplo, de que cuando un grupo de personas medita en la misma habitación, algo sucede. Sostiene Russell[12] que él lo ha experimentado directamente, y entonces su meditación es más clara, profunda y significativa. Pese a que no es fácil explicarlo, es muy notorio el cambio: pareciera que hay una influencia entre los meditadores. Incluso se ha encontrado que los impactos van más allá del lugar donde se medita. Dice que cuando algunos investigadores estudiaron la meditación trascendental, encontraron que si un conjunto de individuos realizaban juntos la meditación, influían notablemente en las personas que vivían en la misma zona. Estos profesionales integraron grupos de cinco mil gentes que meditaron en la misma ciudad por varias semanas. Al analizar los resultados a través de estadísticas, hallaron que los índices de delincuencia, de accidentes e ingresos a hospitales habían disminuido.

[12] *Ibid.*

Otro ejemplo de la interconexión es cuando varias personas meditan juntas y sus ondas cerebrales se sincronizan, de manera que emerge un patrón de onda cerebral muy similar, pese a que no existe contacto directo entre los meditadores. Este fenómeno de sincronía también se puede observar en las aves, cuando un conjunto de golondrinas vuela en la misma dirección que pareciera una danza previamente organizada, como si hubiera algún acuerdo y alguna inteligencia que las dirigiera. Lo mismo sucede cuando una madre amamanta a su bebé y puede percibirse, al paso de algunos minutos, el mismo ritmo cardiaco; o cuando madre e hija dicen al mismo tiempo la misma frase.

En relación con las sincronías existen diversos casos que muestran este tipo de interconexiones e influencias. Cuando se realizan ejercicios respiratorios sucede que las personas involucradas comparten experiencias similares, o también se pueden perfectamente complementar, aun cuando no hayan tenido ningún contacto mediante las vías convencionales. Al parecer estas sincronías no ocurren de manera casual. Según Russell,[13] por experiencia propia se ha percatado que curiosamente estas sincronías suceden con mayor regularidad cuando se tiene la mente clara y centrada. Después de un retiro, por ejemplo, parece como si el universo conspirara para que todo suceda favorablemente, mientras que cuando hay estrés y cansancio apenas si ocurre la sincronía. Continúa diciendo que pareciera que estas conexiones reflejan el estado de su conciencia, y sugiere que es posible ejercer cierto grado de control sobre estas sincronías cuando se busca el bienestar interior.

Todo parece indicar que las sincronías son más frecuentes en personas que han experimentado una profunda transformación interior, en la que se da un renacimiento espiritual y el ego muere. Tal experiencia trae consigo cambios importantes en el sistema de valores y de la vida misma, además, se desarrolla la capacidad de disfrutar más el presente y el interés por la riqueza material disminuye. Lo más importante es que la percepción cambia a tal punto que el individuo ya no opone resistencia, sino que se permite fluir en sintonía con el universo, y los

[13] *Ibid.*

acontecimientos se asumen naturalmente, en lugar de ver la vida como un campo de batalla; en otras palabras, se es Uno con el Todo. La vida adquiere un sentido más profundo, creativo y significativo, las actividades dejan de ser una carga y la persona que las experimenta encuentra mayores beneficios que se expanden a toda la humanidad. Se desarrolla la percepción de vínculo con los demás y la necesidad de actuar para el bienestar común; se amplía el sentido de identidad aceptando con alegría las diferencias, porque despierta la conciencia de ser Uno con los demás, con la naturaleza y con el Kosmos. Estas son las opiniones de Grof, Russell y Laszlo.[14]

Según expertos, las experiencias espirituales más profundas generan una sensación de pertenencia a todo el Universo; de haberse conectado con una realidad trascendente, esto es lo que se conoce como conciencia cósmica, o como mente universal. Se disuelven las demarcaciones entre el mundo interno y el externo; generalmente son sucesos bastante conmovedores y muchas veces contribuyen a mejorar la propia vida, así como la de los demás. Estas vivencias parecen proceder de algo más que la simple identidad con el ego, comportan el potencial de ampliar la identidad y con ello el sentido del "nosotros", al grado que la idea de los "otros" puede desaparecer.

Esta conciencia implica percatarnos que somos todos y todo lo mismo, que el Kosmos está en cada individuo, de manera que es un microcosmos que puede acceder a la información del Universo, del Todo. "*Lo que ocurra arriba, también ocurrirá aquí abajo. Lo que ocurra fuera, también ocurrirá aquí dentro*".[15] Es posible que los individuos al elevar su conciencia y reconocerse en el Todo, experimenten cambios radicales que se reflejen en todas las actividades que tienen que ver con la vida diaria, personal y profesionalmente. Se puede seguir desempeñando la misma profesión, pero con una conciencia distinta; o bien abandonarla cuando ésta atenta contra algún ser de cualquier especie o del medio ambiente.

[14] Laszlo, *op. cit.*, pp. 74-78.
[15] *Ibid.*, p. 85.

Dice Ervin Laszlo que el valor de la individualidad fue un producto del Renacimiento europeo. Se pensaba que la individualidad era válida como algo único, diferenciado de los otros y de todas las cosas. Hoy se sigue privilegiando al individuo como único, antes que a la colectividad. No obstante, últimamente empezamos a percatarnos de que nadie está separado de los demás, por el contrario, formamos parte de una totalidad mayor. En todo caso, se trata de equilibrar la individualidad con la conciencia transpersonal y planetaria, de hacernos conscientes de que el individuo y el Todo se integran y se complementan, no se contraponen, para avanzar y fomentar los logros que se han tenido por la evolución, a través de la conciencia integradora.

Lo que ha estado sucediendo es que rechazamos y reprimimos lo que realmente somos, en aras de seguir atendiendo los parámetros sociales a los que estamos condicionados. Tenemos prácticas orientadas hacia el reconocimiento y la aceptación de los demás, por eso el problema fundamental no es la individualidad por sí misma, sino aquella que conduce al aislamiento y separación de los otros y la naturaleza. El reto es que aprendamos a ser más independientes (no disociados) y reconectarnos con nuestra esencia para asumirla prácticamente. La individualidad así no se contrapone con el entorno, por el contrario, se torna más rica y con mayor sentido de solidaridad, compasión y cooperación con nuestros semejantes.

La civilización occidental no fomenta la idea genuina de lo individual y lo social. Impulsa valores materialistas e instrumentalistas, como las posesiones y el estatus social. Aunque por naturaleza anhelamos reencontrarnos con nuestra divinidad, será difícil lograrlo mientras nos sigamos pensando como egos, no como espíritus que tienen un cuerpo. La única forma de conseguir desplegarnos como seres divinos será desde la experiencia interior, lo que a su vez implicará ir más allá de las estrechas identidades personales y aisladas. Las necesidades más trascendentes serán satisfechas sólo en este reencuentro con nosotros mismos, con lo que ya somos, pero que hemos negado y rechazado por ignorancia, pese a que en el fondo todos ansiamos elevar nuestra conciencia y aun cuando no lo sepamos explicar racionalmente. Desde la

Filosofía Perenne se sostiene que la sabiduría es única y no cambia; esa es la esencia que en todas las tradiciones religiosas se encuentra.

Si bien en las sociedades de pensamiento occidental vivimos con una cultura de competitividad, egoísmo y agresión, es en estas mismas donde está emergiendo una vanguardia, buscando una conexión con su mundo interior y teniendo experiencias profundas de transformación; aunque todavía la mayoría de las personas siguen ancladas al viejo y desgastado sistema de valores. Mientras la conciencia siga siendo egocéntrica no habrá transformaciones radicales en nuestros estilos de vida, los cuales hasta hoy siguen siendo fragmentados y disociados. El desarrollo de la ciencia y la tecnología de estas sociedades, por sí mismo, no es el problema, sino el uso inadecuado que de éstas se hace, al eliminar la vida espiritual, los valores esenciales y el arte. Sobre todo en los países subdesarrollados o en vías de desarrollo, importamos valores de un exacerbado consumismo, donde los medios de comunicación juegan un papel importante para impulsar este sistema materialista.

Con frecuencia se dice que el mundo externo o los otros deben cambiar, delegando así nuestra responsabilidad, además de que esta idea expresa un desconocimiento de quiénes somos. Por años se ha pensado que las transformaciones comienzan primero en el mundo de afuera, cuya visión nos fue heredada justamente por el paradigma mecanicista y cientificista, y a través del cual la conciencia fue colonizada por el materialismo. Hoy es difícil comprender sólo mediante la razón, que los cambios profundos no suceden si no es a partir de las experiencias interiores. Evidentemente no se trata de agotar los cambios sólo en la subjetividad del individuo, pero es ahí donde comienzan, para proyectarse de cualquier forma hacia el mundo de afuera.

La evolución del individuo no es un obstáculo para que nos integremos como miembros de la sociedad y cooperemos con ella en su conjunto, por el contrario, los vínculos se tornan más fructíferos, pues se ha trascendido el egocentrismo que limitaba la verdadera compasión y se ha llegado a la iluminación como esencia de la verdad. Igual que el Kosmos, aunque ya somos, estamos sujetos a llegar a ser, porque estamos en constante transformación, desarrollo, crecimiento y evolución permanente hacia niveles más elevados, procurando siempre la perfec-

ción del origen de la existencia. Precisamente la materia nos sirve para evolucionar como espíritu, mediante el nivel físico, mental y espiritual. Sin embargo, por elevado que sea el nivel de comprensión de sí mismo, no es el último paso del recorrido, pues siempre hay estados superiores dentro del proceso evolutivo.

Las crisis sociales y el consumo abusivo de drogas y de alcohol expresan la necesidad que los seres humanos tenemos de algo más que de los objetos materiales y el estatus; son un indicador de que no estamos encontrando en la vida cotidiana la satisfacción profunda que hemos estado buscando, de que no hallamos la paz interior, el orden y la armonía, y erróneamente se vuelve la atención hacia salidas momentáneas y superficiales. "*Dado que la mayoría de los valores y recursos de la sociedad contemporánea no son satisfactorios, la gente busca algo que la haga sentir plenamente realizada*".[16]

Con el culto al materialismo y al dinero a que la Revolución Industrial empujó a los países occidentales, si bien es una fase del desarrollo de toda sociedad, estamos llegando a un punto de la conciencia en que nos percatamos que nada de los objetivos materiales que proporcionan estas sociedades, con el desarrollo de la ciencia y la tecnología, nos satisface. Por tanto, empezamos a comprender que seguir por ese camino es un error y tenemos la necesidad de reorientar nuestras vidas. El reto es, ¿cómo ayudar a la sociedad para que acelere su evolución de conciencia? Ya se ha dicho: requerimos comenzar por nuestra propia interioridad; sólo así contribuiremos en la comprensión de que en la vida existe algo más trascendente que los bienes materiales.

Los valores son algo más que sucesos subjetivos porque penetran objetivamente en el mundo y dirigen la conducta de los individuos; son fenómenos personales y sociales, afectan en el desarrollo de las comunidades y en el modo en que la gente se relaciona con los otros y su entorno. Por eso se deben tomar muy en cuenta como cualquier otro factor que influye en la sociedad y a nuestra vida en general, que afecta o beneficia nuestro bienestar. Sobre todo cuando se trata de aquellos valores transpersonales que van más allá de las diferentes culturas, aquellos que podemos llamar universales, como la compasión y el respeto por toda forma de vida, pues al trascender el egocentrismo se despliega de manera natural la capacidad de venerarla, igual que a todo lo sagrado.

[16] *Ibid.*, p. 100.

En este contexto de reflexión necesitamos diferenciar los valores de la moral. Valor es lo que pensamos como algo importante o valioso para nuestras vidas; esto evidentemente varía de una sociedad a otra. Incluso los valores de un individuo pueden modificarse al cambiar el estado de su conciencia. La moral, en cambio, es un código que la sociedad impone a las personas. Russell dice que "*son el conjunto de reglas que vinculan a una comunidad y posibilitan el trato entre sus miembros*".[17] Para él, en su mayoría la moral es un intento de inhibir nuestro egocentrismo, pero no se genera a partir de un estado elevado de la conciencia, sino de normas que la sociedad impone y desea que se respeten, mientras que los valores son aceptados por todos, al menos en el sentido esencial que aquí se está asumiendo. Cuando la conciencia se va elevando, la moral se va volviendo cada vez más innecesaria, así que la sociedad ya no necesita imponer formas de comportamiento. Las experiencias espirituales y unitivas permiten que el individuo se conecte con los valores más profundos de su esencia, y no de un código social.

La moral varía también de una sociedad a otra: lo que para una cultura es moral, puede no serlo para otra. Quienes entren más en contacto con su divinidad y con sus valores trascendentes actuarán con mayor naturalidad y procurarán más el bienestar común; sin embargo, para algún conjunto de personas pueden estar actuando inmoralmente, según sean sus principios morales. Una moral más elevada expresa reconocer en la experiencia la unidad que se encuentra en todo, un sentido más amplio de pertenencia y el reconocimiento de la propia divinidad. Esta evolución manifiesta lo que sucede en el proceso de procurar comprendernos como lo que somos y quiénes somos.

[17] *Ibid.*, p. 150.

La idea de evitar el sufrimiento propio y el de los demás se encuentra presente en todas las tradiciones espirituales, de hecho, mucha gente de manera espontánea tiene prácticas orientadas hacia este propósito, sobre todo cuando se va expandiendo su conciencia. La compasión trata justamente de evitar a los demás el daño que no queremos para nosotros, por ese sentimiento común que nos vincula. A medida que se expande nuestra identificación, el sistema de valores se vuelve más profundo y se piensa en las posibilidades de que todos estemos mejor, en armonía con otras especies, con el medio ambiente y con el planeta entero.

La experiencia espiritual, por ser directa y personal, puede tornarse transpersonal; al ampliarse nuestro sentido de identidad, se expande también nuestra capacidad de aceptación. De acuerdo con el pensamiento lineal y fragmentado, es difícil comprender cómo es que las experiencias individuales de espiritualidad y totalidad impactan la conciencia de otras personas y al entorno; no obstante, la nueva visión del Universo sustenta a través de evidencias, resultado de investigaciones, que estamos tan interconectados como Uno y lo mismo, al punto de que las experiencias espirituales a nivel personal por sí mismas ya son transpersonales, y de ahí la relevancia de las prácticas de interioridad que expanden la conciencia.

Con las experiencias transpersonales el sistema de valores cambia, sin necesidad de enseñarlos de manera explícita; las nociones de pertenencia se tornan más ricas, a medida que los individuos se conocen y reconocen más su naturaleza divina, la misma que nos hace idénticos a los otros y al mundo en general. En cambio, cuando ignoramos nuestra esencia y que todos somos Uno y lo mismo, procedemos y nos relacionamos como si nada tuviéramos en común, como si fuéramos distintos y hasta potencialmente enemigos; nos enredamos en el mundo de las ilusiones y la materia, alimentando el sufrimiento. Sin embargo, con toda la negatividad y lentitud, para bien, hoy asistimos al despertar de la conciencia de unidad e interconexión. Como dice Ervin Laszlo: "*La física moderna ha demostrado que no existen objetos separados en el mundo y que el universo es una red unificada de procesos subatómicos*". [18]

[18] *Ibid.*, p. 166.

Incluso, ahora la conciencia comienza despertar al grado que nos estamos haciendo conscientes de que somos conscientes. Esta apertura posibilita la ampliación de nuevas experiencias trascendentales, con lo cual se amplía la capacidad de sensibilidad y percepción de lo sagrado. A pesar de que actualmente la ciencia relega el carácter universal de la conciencia y sigue aún atorada en el viejo modelo que sostiene que ésta surge de la materia, el espacio y el tiempo, tendrá que tomarla en cuenta y darle un lugar importante, tanto como se lo ha dado a la materia, porque la conciencia es un elemento fundamental del Universo.

La conciencia de ser conscientes es una característica fundamental de los seres humanos; somos los únicos que hacemos uso de la introspección. Al ser conscientes de lo que somos, nos percibimos como parte del mundo y la identidad deja de ser personal. Aunque muchas veces seguimos considerándonos como algo separado de los demás y de las cosas, pensamos en términos de que todo aquello que no soy es distinto de eso que soy, y nos perdemos en la conciencia egocéntrica y en todas sus implicaciones. Con frecuencia definimos nuestra identidad a partir de lo que hacemos, de las posesiones materiales, de cómo nos piensan los demás, de los roles y el lugar social que ocupamos en el mundo. Esta limitada identidad nos vulnera porque se encuentra sujeta a las circunstancias y exigencias sociales. El precio de sostenerla es muy alto y muchas veces nos conduce a prácticas nocivas para nuestra vida y la colectiva. Ya las diferentes tradiciones espirituales han enfatizado la importancia de la evolución de la conciencia para conseguir la paz individual y mundial, el bienestar personal y común.

Cuando es el ego quien tiene el control se desencadena una insaciable sed de poder, entendido este último en el sentido estrecho de dominio sobre los otros, como una lucha constante por ocupar un lugar central en todas las situaciones de la vida, en lugar de entenderlo en su sentido genuino de *potere*, que equivale a energía, y que se refiere justamente a la manifestación y despliegue de ese aliento, esencia y espíritu que ya somos. Por fortuna, está empezando a emerger ese fundamento sagrado y con ello a recuperarse el sentido auténtico del poder, de ese que todos poseemos y que la comprensión de su naturaleza implica el bien para todos.

En medio de este mundo codicioso y absorbente es importante generar las condiciones para dedicar tiempo para trabajos de subjetividad y de autoexploración, que nos posibiliten el acercamiento a los espacios sagrados, y procurar la conexión con lo trascendente, con nosotros y con los demás. De esta manera podremos encontrarle sentido a la vida diaria, el sentido simple, natural pero profundo y extraordinario; podremos percatarnos de que los sucesos o situaciones que nos hacen sufrir sólo expresan nuestra propia percepción dualista, que pueden diluirse en la conciencia de totalidad, y que ya no tendremos necesidad de batallar y resistirnos porque somos lo que siempre hemos sido: la misma esencia que está en todo el Kosmos; esta comprensión nos llevará también a entender que los miedos, las inseguridades y la desconfianza no tienen razón de ser.

En los estados subjetivos el asunto de los valores juega un papel importante, como todo aquello que compete directamente al ser humano. La experiencia tiene sentido o es valiosa cuando corresponde a lo que social y culturalmente se considera, de acuerdo con el sistema de valores de cada grupo; se avanza o se retrocede, como se puede notar en las expresiones actuales de miedos, angustias y en las diferentes formas de violencia. Desde una perspectiva humanista, el valor se genera de la naturaleza esencial del Hombre; para otros, como los religiosos, se deriva de la razón eterna del ser. En ambos casos los valores adquieren vida en la experiencia directa.

Ser, es un proceso a través del cual se descubre y se vive la Verdad, es verse a sí mismo, es el Yo y el Todo experimentándose. Quienes alcanzan la conciencia transpersonal comprenden la importancia de prestar servicio a los demás, como a ellos mismos. Lo personal se torna universal mediante el reconocimiento de unidad con la totalidad del Universo, así también, la vida se vive de manera ligera y confiada, y lo que antes se consideraba problema, conflicto o sufrimiento deja de serlo, porque se ha cambiado la percepción.

Por fortuna la ciencia hoy está encontrando que necesita de la conciencia para sus construcciones y ha comenzando a expandir su modelo. No obstante, en muchos casos la conciencia todavía es explicada por los conceptos clásicos de espacio, tiempo y materia; no se ha comprendi-

do aún la importancia de generar un modelo totalmente diferente de la realidad, así es que la ciencia todavía sigue bien anclada al pensamiento materialista y mecanicista. Sin embargo, se está encontrando una esperanza en medio de las desoladoras circunstancias: los cambios profundos de conciencia que están transformando los valores, reintegrándoles su naturaleza trascendente y universal. Muchas personas están modificando su concepción del mundo y de la vida, lo que es, a todas luces, un indicador positivo; son más los espacios que se están abriendo a la reflexión individual y conjunta sobre temas vinculados con la conciencia.

5.3 Conciencia e identidad

– Tú y yo somos lo mismo –dijo, a la vez que me tendía la libreta.
– *¿Cómo?*
– *Tú y yo somos lo mismo – repitió sin mirarme.*

Este diálogo que sostiene Carlos Castaneda[19] con doña Soledad expresa la idea ontológica de identidad que aquí se aborda.

¿Con qué nos identificamos? Depende de la percepción y de la conciencia en que nos encontremos; el límite de lo que consideremos que somos, es el que definirá nuestra identidad. En este marco se encuentran los valores, los cuales dependerán de los juicios que hagamos de cada cosa y situación, como aquello que debe ser diferenciándolo de lo que no debe ser, estableciendo fronteras entre lo que consideramos correcto y lo incorrecto, útil o inútil, perfecto o imperfecto. Así, el ejercicio de los valores estará sujeto al deber ser, porque se ignora que ya se es la Realidad Esencial. Los valores implican una búsqueda de lo que se supone se puede llegar a ser, una aspiración de tener más o ser mejores personas; la percepción dualista separa, divide, disocia, ignora que ya se es Uno con el Todo. Por eso los valores son necesarios para esta conciencia, porque en sí mismos comportan una acepción de lo valioso y lo no valioso.

Somos los humanos quienes atribuimos significado y valor a las cosas y a los sucesos, así es como establecemos los valores sociales y

[19] Castaneda, Carlos. 1999. *El segundo anillo de poder*, p. 16.

estéticos, a diferencia de la naturaleza que no emite juicios de valor: simplemente es. De esta manera nos identificamos con alguno de los opuestos, pero "*Las fronteras no son productos de la realidad, sino de la forma en que la cartografiamos y la acotamos*".[20]

El ejercicio de los valores supone posicionarse e identificarse y diferenciarse de algo, de los demás, de los otros, de reconocer lo que se es y lo que no se es; por eso cualesquiera que sean, están presentes en toda sociedad. El nivel de conciencia es importante porque es el que nos sugiere qué somos, hasta qué nivel nos percatamos de lo que somos, hasta dónde establecemos los límites de lo que somos; con qué sí nos identificamos y con qué no, hasta dónde alcanzamos a percibirnos, ¿sólo hasta el cuerpo, hasta la mente, hasta el alma o hasta el espíritu?, ¿hasta dónde nos pensamos como nosotros mismos? Es la conciencia la responsable de identificarnos con lo que se encuentra en los pertrechos límites o con la totalidad del Universo que ya somos, pero que ignoramos.

Sin embargo, los límites que establecemos no son fijos, establecidos de una vez y para siempre, se mueven, se desplazan de un nivel a otro. Existen formas más profundas de identidad que tienen que ver directamente con la conciencia cósmica; ahí el individuo expande los límites de su identidad, en donde llegan incluso a diluirse las fronteras que lo separan de los otros y de cualquier cosa. En ese punto todo es lo mismo; las diferencias sólo son ilusiones creadas por el Universo para experimentarse, es decir, por nosotros mismos.

Establecer los límites con lo que nos identificamos significa un conflicto latente; "*una línea limítrofe es también una línea de batalla en potencia*".[21] En este sentido, la identidad del individuo se ve reflejada en los valores; hay una tendencia a rechazar y atacar lo que no se es. Lo que se considera como uno mismo es aceptado e integrado, pero lo que se piensa que no es parte de uno se recrimina y se confronta; de esta manera, los valores que practicamos serán aquellos que fortalezcan los límites con los elementos del Universo con los que nos identificamos.

[20] Diesbach, Nicole. 2001. *Frontera, ¿qué nos separa?*, pp. 23-24.
[21] Wilber, Ken. 2003. *La conciencia sin fronteras*, p. 26.

Los valores que hago míos, que asumo, dependerán de lo que considero que vale la pena afianzar como lo propio, lo que no me es extraño y que, por lo tanto, no representa ningún peligro o amenaza latente; no ataco lo que considero parte de mí misma. Conscientemente no me lastimo a mí misma, pero lo que pienso que no soy lo rechazo y establezco relaciones de discordia, resistencia y represión porque lo considero "ajeno" o "extraño". Esta disociación y confrontación se encuentra en los distintos niveles de identidad: desde lo material hasta lo más sutil.

Sin embargo, ¿por qué a veces nos hacemos daño a nosotros mismos? Esto tiene que ver con la percepción que tenemos de qué y quiénes somos. Hay muchas situaciones que nos duelen, y es justamente aquello con lo que no nos identificamos, aun a nivel personal, lo que nos lastima; es justamente lo que consideramos que no somos con lo que entramos en discordia. ¿Hasta dónde soy yo misma? La conciencia será la que me dirá los límites. Y como dice Ken Wilber:

> También nuestros valores sociales y estéticos son siempre algo que se da en función de opuestos: éxito y fracaso, bello y feo, fuerte y débil, inteligente y estúpido. Incluso nuestras abstracciones supremas se fundan en suposiciones. La lógica, por ejemplo, se ocupa de lo verdadero y de lo falso; la epistemología, de la apariencia y la realidad; la ontología, del ser y el no ser. Parece que nuestro mundo es una impresionante colección de opuestos. [22]

El juicio es de carácter eminentemente humano, pues los animales y la naturaleza no juzgan o atribuyen significado a los sucesos o a los hechos. Los individuos se confrontan, se resisten y reprimen lo que consideran extraño a ellos; por eso enjuiciamos los defectos de los otros, suponiendo que no son nuestros, y si bien los tenemos, es mejor bloquearlos para engañarnos que nosotros no somos eso. El pensamiento dualista nos lleva hacia prácticas de batalla, de rechazo y negación de todo aquello que nos parece ajeno, de todo con lo que no nos identificamos. Los valores que

[22] *Ibid.*

ejercemos encuentran ese contexto, donde están jerárquicamente establecidos por nuestros juicios de identidad, a partir de los límites de pertenencia de los diferentes elementos del Universo y hasta donde creemos que es parte de nosotros o que somos nosotros mismos. "*Cada decisión que tomamos, cada una de nuestras acciones y palabras, se basan en la construcción, consciente o inconsciente, de límites, de fronteras...*"[23]

Cuando establecemos límites entre lo que somos y lo que no somos estamos de hecho planteando opuestos y establecemos demarcaciones en los distintos espacios de la vida cotidiana. Por supuesto, estamos estableciendo conflictos, guerras, enemistades con todos y todo lo que no consideramos parte de nosotros. Por eso entre más sólidas son nuestras fronteras, más agudas son nuestras batallas en los distintos espacios y niveles de nuestra vida. Personalmente, por ejemplo, si más buscamos la paz, más nos obsesiona la guerra; si más buscamos la salud, más obsesionados vivimos por la enfermedad. En realidad, el sufrimiento y la mayor parte de lo que consideramos problemas, encuentran su origen en los límites y los opuestos que éstos generan.

Suponemos que las fronteras que establecemos son reales y jamás cuestionamos su existencia; pensamos que existen independientemente de nosotros, no sabemos que somos los que las generamos y que serán tan fuertes como nuestro convencimiento de su existencia. El pensamiento occidental nos ha especializado en fragmentar y disociar a los diferentes elementos que consideramos opuestos. Estamos en constante búsqueda de alcanzar lo positivo y alejarnos cada vez más de lo negativo, como si fueran dos aspectos irreconciliables; nos identificamos con lo primero y los valores que se encuentran en ese marco son los que nos rigen. Por eso, los que hoy tenemos son de conflicto, de competitividad, de individualismo, centrados en una identidad con el ego, más que con el Espíritu como realidad esencial del Universo.

Pese a los innegables avances de la modernidad, seguimos padeciendo miseria espiritual, carencia de paz y felicidad. Paradójicamente, el gran desarrollo científico y tecnológico no es suficiente para aminorar

[23] *Ibid.*, p. 35.

el sufrimiento y el vacío que experimentamos a nivel de epidemia y planetario. Aun con todas las buenas intenciones de acercarnos afanosamente a lo que consideramos positivo, rechazando lo que creemos que no es bueno para nosotros y que no nos pertenece. La lógica del pensamiento al que estamos condicionados no nos permite entender que la separación y oposición son sólo una ilusión, dos aspectos de una misma realidad, que uno se define por el otro, incluso con todo lo diferentes que pueden ser. "*Por más drástico que sea el contraste entre el brillo de una estrella y su fondo de obscuridad, lo importante es que sin cada uno de ellos jamás se podría percibir el otro...*"[24]

La física moderna sostiene que la realidad es la unión de opuestos. Realidad que nosotros pretendemos que puede ser fragmentada y de la que, por tanto, procuramos quedarnos con los aspectos que consideramos positivos o buenos. Lo cierto es que lo único que logramos es frustrarnos porque nos aferramos a la parcialidad de la totalidad, aquella que suponemos nuestra, perdiendo la posibilidad de Ser Todo y acabar con el conflicto y el sufrimiento.

El reconocer que la realidad esencial es unidad de dos aspectos diferentes pero complementarios, es también reconocer que las demarcaciones no existen, pues las establecemos nosotros y llegan hasta donde las percibimos. Por ejemplo, pensemos en lo siguiente: no estamos de ninguna manera separados de la Tierra, aun cuando no estemos directamente pisando el suelo; en cualquier espacio que nos encontremos, estamos vinculados a ella. La silla donde me encuentro sentada está apoyada en el piso; la mesa donde ahora trabajo también está sostenida por el suelo, y así sucesivamente. Entonces, ¿dónde está la demarcación? Sólo en mi percepción; a un nivel más sutil estamos también irremediablemente unidos, somos esencialmente lo mismo, y de esto nos podemos percatar en un sentido más profundo, trascendente y espiritual.

Dice Ken Wilber[25] que línea y frontera no son lo mismo. La línea hace que lo uno no exista sin lo otro. Las líneas que trazamos sirven

[24] *Ibid.*, p. 43.
[25] Wilber. *La conciencia sin fronteras*.

para distinguir los opuestos, por lo tanto, también vinculan; una línea de cualquier tipo une, por ejemplo, señala en un lugar físico hasta dónde llega determinado espacio y comienza otro, pero también dónde se tocan, como el agua del mar y la tierra. Mientras que las fronteras pretenden separar lo inseparable. Es así que el mundo realmente tiene líneas, pero las fronteras son una invención del pensamiento dualista.

El problema es que con frecuencia las líneas las tornamos demarcaciones reales, cuando en realidad son sólo dos aspectos diferentes de una misma cosa, de un mismo suceso o situación, donde ambos son necesarios para existir; la paz sólo se puede experimentar por la existencia de la guerra, y el sufrimiento por la del placer. Pretender que son irreconciliables es resultado de una conciencia fragmentada que entiende todo en términos de lucha de opuestos: si es esto, entonces no es lo otro. Evidentemente, en las sociedades occidentales los valores se asumen también en ese mismo sentido de conflicto, de guerra, porque rechazamos y negamos los aspectos con los que no nos identificamos. El sentido fragmentado de pertenencia nos impide ampliar nuestros horizontes de identidad, por tanto, no amamos aquello que consideramos como lo "otro" o los "otros", por el contrario, lo rechazamos porque no puede ser parte nuestra. Es en este sentido que la identidad y los valores convergen.

Los valores que practicamos expresan una forma de pensarnos en el mundo, ¿hasta dónde consideramos que se encuentra nuestra familia, hasta la consanguínea, hasta los amigos y compañeros de trabajo, la comunidad, la sociedad, el mundo o todos los seres vivos del universo? Según nuestra percepción, será la forma en que nos relacionemos con los demás y con otras formas de vida. Si somos racistas y pensamos que las personas negras no merecen ser tratados con respeto sólo por su color, entonces la relación que establezcamos con ellos será de desprecio e intolerancia; o si creemos que las plantas no son seres vivos, entonces las trataremos con indiferencia y, más aún, ni siquiera nos gustarán. Así, identidad y valores son dos nociones que se encuentran fuertemente articuladas; si la primera se amplía hasta alcanzar una conciencia donde no haya más fronteras, aunque sí líneas que distinguen, la segunda

automáticamente cambiará; su naturaleza será más genuina y esencial, hasta el punto de su desaparición.

5.4 Conciencia de unidad y valores

A medida que se eleva el nivel de conciencia, van desapareciendo las fronteras entre yo y el otro, el mundo interno y el externo, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, el cielo y el infierno, la luz y la obscuridad, las fronteras entre lo que soy y no soy. No hay más pensamiento dualista, se es Uno y lo mismo; sólo distintas formas de manifestación. Lo que sí hay es una conciencia sin fronteras, como bien dice Ken Wilber. Esa conciencia es un estado de iluminación.

Ahí el individuo puede sentir más allá de cualquier duda, que él es uno con todo, con todas las cosas, eventos y vidas, con lo sacro y lo profano. Se experimenta más allá de su cuerpo y su mente, se sabe uno con el Universo; ha logrado ya una conciencia cósmica y su percepción deja de ser fragmentada para ser integral y trascendente. A la pregunta ¿quién soy?, ya no se responde desde la concepción limitada del pensamiento dualista, que diría: soy una persona, no soy animal; soy morena, no blanca; soy mexicana, no norteamericana; soy honesta, no deshonesta; buena persona, no mala. En fin, la lista de las dualidades que nos hacen identificarnos con lo que creemos que somos y diferenciarnos con aquello que pensamos que no somos, es enorme en este nivel de percepción. Pero con la conciencia suprema se trasciende hacia la totalidad, donde irrumpe una identidad de Ser Todo y lo mismo. Dice Wilber: "... *En general, nos referimos a ella valiéndonos de la expresión 'conciencia de la unidad': un abrazo de amor con la totalidad del universo*". [26]

La conciencia de unidad nos lleva a percatarnos de que las fronteras realmente no existen, que son demarcaciones que nuestra limitada percepción de lo que somos nos conduce a establecer. Los sabios y filósofos de la antigüedad ya lo planteaban; hoy la física moderna ha

[26] *Ibid.*, p. 15.

encontrado que la realidad esencial está constituida por la integración de los dos aspectos de las cosas y de los eventos del Universo. Es un condicionamiento del pensamiento fragmentado querer separar todo, una ilusión creer que lo que vemos como cosas aparentemente separadas, es algo real. Sin embargo, más allá de que el origen de esta forma de pensamiento se encuentra en los conceptos de la física clásica, hay uno más profundo: el de nuestra conciencia. Ésta impacta la percepción que tenemos de la realidad, pero también es afectada por la visión del Universo que sustenta la ciencia.

> ... los físicos cuánticos descubrieron que ya no se podía considerar la realidad como un complejo de cosas y demarcaciones diferentes, sino más bien, lo que en ocasiones se pensó que eran "cosas" limitadas resultaban ser aspectos recíprocos entretejidos. Por alguna extraña razón, parecía como si cada cosa y cada acontecimiento del universo estuviera interconectado con las demás cosas y acontecimientos del universo...[27]

Desde esta perspectiva, todos estamos en el Uno, y a su vez el Uno está en todos. Esta es la visión oriental del mundo que ahora está siendo respaldada desde la ciencia misma. Ambas conciben la realidad como un complejo entretejido de cosas y eventos sin delimitaciones, aun con todo lo difícil que parezca comprenderlo con el pensamiento condicionado a las apariencias fundamentalmente sólidas. Acostumbrados a pensar que las formas físicas son diferentes y, en consecuencia, contrapuestas y separadas, hemos olvidado que sólo son manifestaciones de una misma realidad; por tanto, olvidamos también que la luz como esencia sutil no puede separarse, aunque sí adoptar distintas formas que se ven como un campo complejo y diverso. Como dice Ken Wilber, confundimos el mapa con el territorio; sin embargo, "*el mundo contiene toda clase de rasgos, superficies y líneas, pero están todas entretejidas en una trama sin costuras...*"[28]

[27] Wilber. *La conciencia sin fronteras*, pp. 60-61.
[28] *Ibid.*, p. 66.

Para una conciencia de unidad lo único real es el Todo y lo mismo, más allá de sus diversas formas, es esencialmente la realidad trascendente o, dicho en términos de la física, es la misma energía creándose, destruyéndose y recreándose una y otra vez, proceso en el que sus manifestaciones adquieren distintas formas. Inteligencia de orden superior que se experimenta a sí misma; en la obra es el actor y espectador al mismo tiempo, desempeñando distintos papeles.

La conciencia de unidad es comprender que no hay "yo" y el "otro", que se es Uno y lo mismo. Desaparece toda frontera entre el que observa y lo observado, ya no hay yo y el mundo como algo que está allá afuera separado de mí. Es la percepción de totalidad donde no hay fronteras. Se expande el sentimiento de pertenencia, nos identificamos con todo el Universo, no sólo con lo sagrado, sino también con lo profano.

Conciencia de unidad es acceder al nivel del Espíritu, es percatarme de que soy una gota de agua que ha vuelto al océano; volverme consciente de que el mundo soy yo, que yo soy eso y que, por tanto, estoy aquí y puedo estar allá, en todas las circunstancias que mi conciencia genere. Conciencia sin límites, sin fronteras, autosuficiente, tanto como para desplegarse en cualquiera de sus infinitas posibilidades.

Aunque actuamos como si existiera una separación real, lo cierto es que es algo que generamos y a lo que le atribuimos poder como si existiera independientemente de nosotros; es una ilusión de nuestro pensamiento, el cual construimos a partir de la concepción de un mundo mecánico y fragmentado. En cuanto comenzamos a comprender que es falsa toda demarcación y que no hay separación, sino interconexión con todos los aspectos y cosas del Universo, vamos avanzando hacia la conciencia de unidad. Las fronteras comienzan desde nuestro propio interior. La guerra también tiene ese mismo punto de origen y en ese sentido es que los políticos integrales como el Dalai Lama han planteado que desde ahí comienza el desarme.

Con esta conciencia el conflicto comienza a desaparecer, se diluye la dualidad entre el dolor y el placer, la noche y el día, arriba y abajo, yo y los otros. Empezamos a percatarnos de que no podríamos respondernos dónde termina lo uno y empieza lo otro, sencillamente porque no existe una demarcación real, ¿cuándo termina el amor, comienza el des-

amor y empieza el odio?, ¿alguno ha sentido exactamente ese punto?; como vemos, esta es una cuestión de percepción. Sucede lo mismo con las que suponemos fronteras físicas: existen pero sólo a nivel de líneas, construidas por convencionalismos e intereses sociales; realmente nunca hemos visto que la Tierra esté verdaderamente separada allí donde termina el territorio de un país y comienza el de otro.

Desde la antigüedad los pueblos han establecido muros o murallas para protegerse de los que consideraban sus enemigos en potencia. Hoy las fronteras y los muros se siguen construyendo a partir de que somos pueblos de diferente religión, raza, cultura o nivel de desarrollo económico. Lo cierto es que "*es un signo de rechazo de la familia humana al hermano menos afortunado*". De acuerdo con Nicole Diesbach,[29] es una expresión de miedo a no tener suficiente para todos, a que no alcance para vivir; pero esa inseguridad encuentra su origen en la desigual distribución de la riqueza planetaria, infundada a su vez en la falsa idea de que somos limitados y en la ignorancia de que compartimos la misma naturaleza divina. Independientemente de las diferencias superficiales esencialmente somos el Todo, nos pertenecemos y somos parte de la misma totalidad y Uno mismo. El problema es que nos encontramos en un nivel de conciencia todavía egocéntrica.

La idea de que hay fronteras nos lleva a pensar en un mundo de confrontación, de desencuentros y separaciones; no en uniones o en coexistencias armónicas. Establecemos fronteras no sólo a nivel de países, sino también a nivel personal, pero en cualquier caso comienzan en las dimensiones subjetivas. Eso depende de hasta dónde lleguen nuestros horizontes de identidad; la conciencia de unidad es ampliarlos al punto de tener una identidad suprema. Con frecuencia nos identificamos sólo con algún aspecto de la totalidad, pero a medida que evoluciona nuestra conciencia se vuelve más inclusiva y cada vez son menos los límites que nos fragmentan y separan de nosotros mismos, con la comunidad, la sociedad, con el planeta y con el Kosmos, o con los distintos aspectos de estos niveles de totalidad.

[29] Diesbach, *op. cit.*, p. 27.

La conciencia de unidad nos permite derribar las fronteras con facilidad porque no son reales, comienzan por diluirse en la conciencia, pues es ahí donde empezaron a construirse. Si consideramos que nuestro entorno está lleno de fronteras es porque se encuentran primeramente en nuestro interior. La conciencia de limitación se expresa en el mundo externo, se proyecta y adquiere forma; es así como las fronteras invisibles se vuelven visibles.

Cuando desaparecen las fronteras, desaparecen también los conflictos y se genera lo contrario: las experiencias de armonía con los demás y con el Todo, pues el individuo sabe que es Uno con el Universo. El sentido de pertenencia se amplía más allá de él, de la sociedad y del mismo planeta; la conciencia deja de ser fragmentada y limitada para ser kosmocéntrica; volvemos a recuperar el verdadero origen al reconocer nuestra verdadera naturaleza. Esta identidad incluye a todos los seres vivos y a toda la naturaleza, por eso con esta conciencia, ante la pregunta de ¿quién soy?, respondemos: "soy el Universo, soy el Todo, soy el mundo".

Con frecuencia nos pensamos individuos aislados, incluso esa es una de las causas más importantes de la soledad y las depresiones, el que nuestra mente está condicionada para concebirnos aislados de todo y de todos. De esa manera vemos muchas cosas del mundo externo, como algo lejano, inalcanzable, inaccesible y extraño. Esta estrecha percepción se acaba con la conciencia de unidad, cuando nos percibimos parte de la totalidad, entretejida e interconectada, donde todas las cosas y sucesos son diferentes aspectos de los mismos procesos de la realidad esencial; la sensación del "yo" aislado es una ilusión, invención de nuestra mente. En realidad la conciencia de unidad es percatarnos de lo que ya somos. No necesitamos descubrirlo, buscarlo o encontrarlo, ya somos eso; somos lo mismo que creemos que experimentamos, el ruido que escuchamos, el sabor que saboreamos, el atardecer que observamos, todo lo que pensamos que está afuera y de lo que nosotros somos los observadores, eso es justamente lo que también somos. No hay fronteras porque las que creemos como tales son nuestras creaciones, las inventamos porque ignoramos quiénes somos realmente, porque no nos hemos percatado, no nos hemos hecho conscientes de que somos el mismo Kosmos.

5.5 La experiencia trascendente de totalidad

Según los expertos, en la experiencia mística el individuo tiene la impresión de fundirse con el Todo o con lo que, en términos de física, es el campo de energía del Universo. A este estado también se le conoce como conciencia cósmica o experiencia cumbre (como diría Maslow). Las sensaciones e impresiones se conocen por quienes han tenido este tipo de vivencias, aunque se dice que resulta difícil describirlas porque son inefables. Muchos lo hacen en términos de luces, colores y visiones. Creo que aun cuando racionalmente no podemos entenderla, intuitivamente hay algo que nos hace percibir tal experiencia a nivel del Ser. Sin saber cómo explicarlo con el intelecto, comprendemos el sentido y sabemos de qué nos están hablando quienes las han tenido. Quizá por eso es que últimamente se ha escrito tanto y se podrá seguir haciendo aun cuando no se haya alcanzado ese desarrollo de conciencia universal o cósmica; ¿será que en grados menores ya están emergiendo ciertos atisbos de lo que será la irrupción de la conciencia plena?

Quienes poseen un elevado nivel de conciencia se perciben profundamente unidos a la humanidad, a los animales, a las plantas y a todo el universo por esa realidad trascendente. Generalmente experimentan la necesidad de comunicar sus experiencias y, al respecto, afortunadamente ya se cuenta con el respaldo de la ciencia, pues no todos los científicos consideran aberrantes las experiencias de totalidad, incluso algunos ya han comenzado a adherirse a esta visión integral del Kosmos.

Según Claire Miers Owens,[30] uno de los problemas actuales de la humanidad es la disociación que existe entre consciente e inconsciente. Esto conduce a que muchas personas no le encuentren sentido a su vida, de lo contrario, los individuos estarían integrados y equilibrados. La única manera en que los seres humanos podemos hallarle un significado profundo a la existencia es por medio de la espiritualidad, cuyo despliegue puede llevarnos hacia una conciencia de totalidad y bienestar. Ella dice que para Jung "*la sociedad no puede regenerarse, a menos que se regenere al hombre. Se está haciendo dolorosamente obvio que es el hombre mismo a quien hay que cambiar*".

[30] Citado en White, John. 2000. *La experiencia mística*, p. 132.

Sin embargo, esta transformación no tiene que hacerse a través de leyes, premios o castigos, ni siquiera mediante la educación tal y como se entiende en su sentido tradicional; estos cambios requieren de una revolución interior radical, a través de la cual el individuo se haga consciente de quién es y se reencuentre consigo mismo, con la sociedad y con el Universo. Allan W. Watts[31] opina que la Iluminación es la conciencia que hace transparente e ilumina toda la creación y la hace accesible al ojo interior. Se comprende que uno es el Universo y que, por tanto, estamos en todas partes; al mismo tiempo que se trasciende con la conciencia el tiempo, el espacio y la causalidad, se puede estar más presente en el aquí y ahora, es decir, en este mundo.

Al saberse el Todo, se pierde el interés por buscar lo que ya se es aquí y en todo, ahora mismo y siempre. En estas experiencias se encuentra que el mundo se ha tornado transparente, lleno de una inteligencia suprema, y se dice que con frecuencia se percibe el propio cuerpo como el mundo y viceversa, el mundo como el propio cuerpo. Se descubre que no se ha vuelto al mundo, sino que siempre se ha sido el mundo. Aunque estamos condicionados a la percepción fragmentada y disociada entre Yo y el Universo, entre mío y tuyo, "*la diferencia entre una estrella y la obscuridad que la rodea me impresiona, no debo olvidar que sólo puedo verlas relacionadas entre sí y que esta relación es inseparable*".[32]

Para Huston Smith[33] el ser iluminado es aquel que se encuentra en contacto con su inconsciente más profundo, ese que merece tomarse como sagrado. Según él, en las capas de la mente hay regiones ocultas que últimamente se han dado a conocer, igual que el control que ejercen en nuestras percepciones. Sostiene que debajo de esas capas del inconsciente, se encuentra una sustancia final que misteriosamente se abre al mundo tal como es. El desconocimiento de quiénes somos es lo

[31] Citado en White, John. 1992. *Qué es la Iluminación*, p. 45.
[32] *Ibid.*, p. 59.
[33] Citado en White. *Qué es la Iluminación.*

que nos lleva a separar el mundo entre lo que nos agrada y lo que no nos agrada; pensando que somos entes separados, procuramos aquello con lo que nos identificamos y rechazamos lo que nos amenaza. Cuando negamos y reprimimos el lado oscuro de la vida, tenemos miedos, porque el problema es que no sabemos quiénes somos realmente y que las fronteras sólo son imaginarias. El desafío es hacernos conscientes de eso, percatarnos de lo que ya somos, pues nuestra naturaleza divina no se alcanza o se encuentra, sino que se le descubre porque siempre ha estado, siempre ya somos. La trascendencia supone revelar lo que ya se tiene, lo que ya es, comprensión que comienza con el desarrollo espiritual. Si tarde o temprano tendremos que despertar del sueño de las ilusiones, entonces más vale comenzar ya a recorrer el camino.

Al final de cuentas, la disociación fue una etapa importante para ayudarnos a comprender la relevancia de trascender, pues a través de ella nos estamos haciendo conscientes. Desafortunadamente todavía nos concebimos incompletos y sufrimos por estar separados de nosotros mismos, de los demás, del planeta, del Universo. Más allá de este punto, todas las cosas y todo se vuelve Uno; la conciencia puede estar en cualquier lugar del Kosmos, identificarse con cualquier cosa o suceso; el otro, el ajeno, extraño, separado se disuelve. El fin último es volver a reconectarnos con nuestra esencia infinita, eterna, universal y trascendente.

Se necesita disciplina en el trabajo interior para lograr la conciencia transpersonal, cultivar la espiritualidad personal y el conocimiento de quiénes somos, porque los espacios de subjetividad han sido olvidados y necesitamos recuperarlos y reconquistarlos nuevamente. Todos potencialmente tenemos la capacidad de hacernos conscientes de nosotros mismos y podemos avanzar hacia la evolución, para convertirnos en una nueva humanidad con valores esenciales que nutran lo mejor de cada uno y de la colectividad, y para vivir cada instante como lo que somos: seres indivisibles, totales y con la misma esencia.

En las experiencias unitivas las personas pueden percibir los valores intrínsecos a su naturaleza. Con ellas se resuelven problemas que anteriormente agobiaban y tensaban la relación con los demás, pues se encuentra que no hay necesidad de oponerse con quienes esencialmente

somos uno mismo. La falta de experiencias directas y personales de totalidad e integración nos conducen a vivir en un mundo de ilusiones, con una lógica de tuyo o mío, si ganas yo pierdo o si yo gano tu pierdes; de objetos materiales, angustia, estrés, temores; de arraigado apego a las necesidades del ego, a establecer un sistema de valores dualista y disociado, entre yo o nosotros y ustedes o los otros.

El discriminar entre lo que se piensa que uno es y lo que se percibe como ajeno conduce a tensión, preocupación y angustia, porque se teme perder ese lugar social único (individualista) que se ha logrado con tanto trabajo y energía, precisamente porque reafirmamos nuestra identidad egocéntrica a partir de la oposición con todo lo que creemos que no somos. Mientras que las vivencias trascendentales nos permiten conocer al verdadero Ser que nos conecta con todo y con el Todo y, más aún, nos conducen a comprender no que ya somos o estamos como algo que se alcanza, sino que siempre hemos estado en Él y que nos pertenecemos mutuamente, que de hecho nunca estamos separados porque somos lo mismo.

El Todo se encuentra completamente en cada lugar del espacio, en cada partícula, micropartícula, incluso en eso que se considera "vacío". Está en todas partes y al mismo tiempo en ninguno. No es un punto o un espacio, o algo que se encuentre entre otros puntos; no tiene forma, pero puede acoplarse (como el agua) a cualquier molde. Sin extensión ni dimensión, sencillamente es omnipresencia, porque está al mismo tiempo en cualquier parte y siempre; es ahora mismo, es decir, está en todo como el eterno ahora.

Incluso ese estado de conciencia absoluta que buscamos ya somos, sólo necesitamos percatarnos de ello, y en ese sentido es la evolución. No es diferente de la conciencia ordinaria que tenemos, ya somos seres iluminados, sólo hace falta darnos cuenta de eso que ya somos; por eso cuando la buscamos no la encontramos, porque ya estamos y somos Iluminación. Los estados de conciencia parciales, que consideramos extraordinarios, en realidad los podemos lograr, pero nunca entrenarnos para alcanzar el estado que nunca hemos abandonado, y que incluye a estos fragmentos o estados parciales; fuera del estado absoluto, no hay lugar. ¿Cómo buscarte a ti mismo?, ¿cómo buscar al buscador? No

vemos al absoluto porque ya lo somos. "*El Universo entero y toda la experiencia sólo existen para ser trascendidos*", dice Da Love-Ananda.[34]

Cuando buscamos eso que ya somos, es decir, nuestra naturaleza divina, creamos una ilusión porque, paradójicamente, nos perdemos buscando lo que nunca se ha ido y que no se puede perder; es como querernos ver con nuestros propios ojos a nosotros mismos. Por eso es que no encontramos lo que nunca se pierde, y tampoco puede esconderse, aunque sí adoptar diferentes formas. "*Nuestro error ha consistido en suponer que honramos al individuo, y enaltecemos su unicidad, al separarlo del mundo circundante, enfatizando la eterna y esencial diferencia que lo aleja de su creador. ¡Así mismo se honraría la mano, cercenándola del brazo!*"[35]

5.6 Espíritu y conciencia de ser: trascendencia de valores

Hay un nivel de conciencia en el que todavía encontramos cierta disociación entre lo que somos y lo que no somos. En este punto nos identificamos con el Testigo que observa, pero que sabe que no es lo que observa. Según la propuesta de Wilber, nos encontramos en el nivel del alma, todavía no en el del Espíritu. Por eso es que pudiera parecer paradójico que hablemos del Testigo que sabe que no es lo que siente, piensa, observa, ni lo que ve afuera, sino mucho más que eso; es el observador silencioso que reconoce la existencia de cosas, sucesos y emociones, pero que él no es eso; por otra parte, hablamos de la conciencia de unidad en donde desaparece todo tipo de fronteras.

Recordemos que se trata de dos niveles de conciencia: el alma y el espíritu, por tanto, se trata también de dos niveles de identificación más abarcadora. El del segundo es más trascendente e inclusivo que el del alma, pues, como dice Viktor E. Frankl, "*por definición, una dimensión más alta es a su vez más inclusiva. La dimensión menor queda incluida dentro de la mayor; está integrada y queda abarcada por ella…*"[36] Así

[34] Citado en White. *Qué es la Iluminación*, p. 281.

[35] White. *La experiencia mística*, p. 298.

[36] Frankl, Viktor E. 1999. *El hombre en busca del sentido último. El análisis existencial y la conciencia espiritual del ser humano*, p. 23.

es como se resuelve la aparente paradoja del observador que no se reconoce en lo observado, y del observador que se sabe lo mismo que lo observado. La conciencia de unidad supone percatarnos de que nuestro verdadero Ser es omnipresente, omnisciente y omnipotente; es la totalidad del Universo que se despliega en diversas formas y experiencias, porque realmente no está fragmentado o disociado, es nuestra percepción la que hace que así parezca. ¿Cuál es el proceso a través del que se llega a la conciencia de unidad?

Es en el nivel del alma y del Espíritu, como los niveles más altos de conciencia, donde comienza a desaparecer toda dualidad: yo y el otro, yo y el mundo de allá afuera; en este segundo y más alto nivel, desaparece toda moral y todo valor. Según la Filosofía Perenne, éste es el nivel más elevado de la conciencia al que todo mundo aspira llegar, donde se realiza la identidad con la Realidad Esencial. A través de la trascendencia de los niveles inferiores que conduce a la evolución, se accede al más superior que todo lo abarca; como se ha mencionado en páginas anteriores, el proceso va desde la materia hasta el Espíritu. ¿Qué supone este último nivel de conciencia? Habituados al pensamiento racional y fragmentado, nos cuesta entenderlo desde el ojo de la contemplación. Igual que hemos perdido la capacidad de las preguntas fundamentales, realizamos diferentes actividades mecánicamente, sin preguntarnos ¿quién es el que las realiza?, ¿quién es el que se pregunta?, ¿quién observa?, ¿quién es el que piensa?, ¿quién es el Testigo silencioso que observa y que sabe que no es lo que observa, pero que a un nivel más alto se sabe lo mismo que observa?

Los pensamientos vienen y van, pero hay algo que se percata de ellos, por lo tanto, no soy mis pensamientos, entonces soy ese que los observa, el Testigo silencioso, la conciencia pura que se da cuenta de todo sin ser afectada. Ken Wilber, en relación con los pensamientos, dice: "*todos ellos vienen y van, pero tú eres el inmenso, libre, vacío y abierto Testigo que los contempla sin verse afectado por sus tormentas y torturas*".[37] Esta es la esencia que compartimos con todos y con Todo,

[37] Wilber. *La pura conciencia de ser*, p. 25.

que emerge de ese vacío, de esa causa sin forma, pero que se experimenta de diferentes maneras y formas; eso somos, la vacuidad que todo lo crea, una y otra vez, haciéndose y deshaciéndose, experimentándose, recreándose y perfeccionándose.

Wilber dice que en el nivel del Testigo que observa, sin ser lo que observa, sólo hemos llegado a la mitad del camino en cuanto a conciencia. Sin embargo, hay un punto en el que se es Uno con lo que se ve. Cuando somos plenamente concientes de todo lo que aparece, se diluye la frontera entre el que observa y lo observado; se es Uno con Todo, ya no se ve al otro, se es el otro; ya no se ve a la cosa, se es la cosa; no se ve el sol, se es el sol; no se observan los montes, somos los montes; no se observa el dolor, somos el dolor; no se observa la alegría, somos la alegría; no se observan las estrellas, se es las estrellas y Uno con Todo. A esta experiencia Ken Wilber le llama ser un solo sabor.

Con el pensamiento de la ciencia moderna estamos condicionados a identificarnos con el cuerpo, nos asumimos como si eso fuéramos, y cuando fallece un ser querido sufrimos porque lo identificamos con su cuerpo y no con el Espíritu. Sin embargo, "*¿cómo podría echar de menos una cosa que forma parte de mí misma?*".[38] Eso que esencialmente somos es invulnerable, indestructible, perenne; independientemente de lo que le suceda al cuerpo, a eso que somos no le sucede nada. Los deseos, las emociones y los pensamientos que tenemos son percepciones e interpretaciones de nuestro entorno; pero nosotros somos mucho más que eso, somos el Testigo que observa y que puede observarse a sí mismo, el universo que se experimenta a sí mismo a través de las experiencias humanas. Wilber[39] dice:

> … En la conciencia de unidad, hasta el mismo testigo transpersonal acaba disolviéndose en lo atestiguado. Pero antes de que tal cosa pueda ocurrir es necesario descubrir el testigo transpersonal, que entonces actúa como una especie de "trampolín" que facilita el salto a la conciencia de unidad.

[38] Castaneda, *op. cit.*, p. 235.
[39] Wilber. *La pura conciencia de ser*, p. 29.

> Y sólo es posible acceder a ese testigo transpersonal desidentificándonos y, de ese modo, trascendiendo todos los objetos concretos, ya sean mentales, emocionales o físicos.

Cuando se alcanza la conciencia de que uno es parte del Todo y nos identificamos con eso, como lo señala Ken Wilber, experimentamos una conciencia sin fronteras. Los límites se diluyen, desaparecen, se es lo mismo que el Kosmos; ser Uno y lo mismo en ese fluir constante del universo supone conciencia plena, presencia plena en el río de la vida. ¿Cuáles son las cualidades de esta conciencia? Es inmortal, pues no nace ni muere, siempre ha sido, es y será; es ilimitada, sin fronteras, un campo de infinitas posibilidades; abarca todo, por tanto, es integradora, su referencia está en sí misma y por eso es también autosuficiente, no determinada por ninguna otra realidad que no sea ella misma, como la última y más elevada.

El que observa es el Testigo puro que no cambia, que siempre ha sido, es y será, el inmutable, omnisciente y omnipresente. No es visible a los ojos físicos, pues no es un objeto. Las cosas sí aparecen y desaparecen en la conciencia, vienen y van una y otra vez, pero el Testigo siempre es lo mismo, no aparece y desaparece con el tiempo. Como no es una forma física con una localización geográfica y que se manifiesta sólo en algún tiempo, suceda lo que suceda en el mundo material, a Él nada lo afecta. Eso somos, no un cuerpo que nace y muere, ni objetos que están en el mundo, ni emociones, ni pensamientos; el Testigo siempre es y está presente en todos los estados de la conciencia que observa todo y que no tiene forma. El vacío de donde todo emerge, eso somos, esa es la naturaleza perenne que nos hace ser Uno con el Todo.

Ese Yo no hay que buscarlo en algún lugar o en algún tiempo, porque ya es, siempre ha sido y será. Ahora mismo somos esa conciencia que observa, el mundo que nos rodea, la que está leyendo, la que mira a través de mis ojos. Entonces, ¿por qué buscar afuera lo que se es? En todo caso, se trata de despertar a eso que ya somos, hacernos conscientes de nuestra naturaleza divina que observa silenciosamente y que nada la destruye porque pase lo que pase es invulnerable.

Cuando nos convertimos en el Testigo, en el Yo sin forma, no estamos en el cuerpo, sino que el cuerpo está en nuestra conciencia; cuando somos conscientes de ese algo es porque no somos ese algo. Si estoy consciente de mis pensamientos es porque no soy mis pensamientos; o de mis emociones, igual es porque no soy mis emociones, sino el Yo que observa, la conciencia que todo lo contiene. Así es como no estamos en el mundo, el mundo está en nosotros. Recordemos que en este nivel somos el Testigo que observa, pero no es lo que observa, es decir, en términos de conciencia estamos en el del alma.

El condicionamiento de la ciencia moderna nos ha sugerido la idea de que la conciencia está en algún lugar de nuestro cuerpo, y que éste a su vez está en algún lugar del universo, por tanto, nos concebimos en el mundo. Pero desde la perspectiva del Ser sabemos que estamos viviendo experiencias humanas, como la vacuidad que todo lo crea, expresándose a través de distintas formas, y el Universo, experimentándose una y otra vez, haciéndose, perfeccionándose, evolucionando. "*Yo soy el Testigo puro en el que ahora mismo emerge mi cuerpo. Yo no estoy en mi cuerpo, sino que mi cuerpo está en mi conciencia. Yo soy, por consiguiente, conciencia*".[40]

Como conciencia pura somos toda la humanidad, estamos interconectados con todas las formas de vida. Somos el Ser del mundo, por eso a cierto nivel amamos, nos condolemos del dolor de los demás y sufrimos junto con los otros. Somos esa Realidad Esencial que está en todo, eso que nos hace ser conscientes de todas las cosas, de todas las emociones y los pensamientos; el observador que se percata de su entorno, pero que es mucho más que su entorno y se da cuenta que no es eso; el Testigo que todo lo ve a través de mis ojos, de los tuyos y de los demás; el observador que no se inmuta por nada porque se sabe indestructible. Somos la Realidad Esencial de todas las cosas, de todas las vidas y las mentes, lo único y lo más real, lo Perenne.

Alcanzar esta conciencia supone ir desde la egocéntrica hasta la kosmocéntrica, así es como se puede entender por qué la moral y los

[40] *Ibid.*, p. 53.

valores desaparecen una vez llegados a este punto. La experiencia humana es la que los crea, no la espiritual, donde desaparece todo juicio. Wilber dice: "*El Espíritu ama todo lo que emerge tal cual es y lo mismo sucede con el Testigo. El testigo ama el ego, porque el Testigo es la mente-espejo ecuánime que refleja y abraza con la misma aceptación todo cuanto aparece*".[41]

Equivocadamente pensamos que somos seres humanos y que de vez en cuando vivimos experiencias espirituales. Creemos que estamos aislados del entorno, que nada tenemos que ver con ese mundo de "allá afuera". El Espíritu se concibe encapsulado en el cuerpo. Esta es una visión fragmentada y materialista que nos hace mucho daño y que actúa en perjuicio de quienes suponemos "ajenos" a nosotros, y en esa ignorancia se nos va la vida autodestruyéndonos. Nos encontramos todavía en un nivel de conciencia fundamentalmente egocéntrica, que privilegia el egoísmo y el individualismo, renegando incluso de nuestra propia naturaleza.

Ya hace mucho que hemos olvidado quiénes somos y hoy padecemos crisis de identidad y de conciencia, en otras palabras, padecemos crisis de ignorancia, porque creo que el problema más grave de nuestra época es el autodesconocimiento: no negamos al otro, nos negamos, antes de que cante un gallo más de tres veces, a nosotros mismos. Cuando me percate de que soy el Todo, que soy una chispita de luz de toda la inmensidad, comprenderé que yo, el Universo, decidí experimentarme en cualquiera de las diferentes formas que adopte en este plano de realidad. Por tanto, reconocernos implica reencontrar nuestro origen, y eso sólo es posible a través de la evolución de conciencia que nos permita percatarnos y asentarnos en el Testigo. Sin embargo, ser el Testigo que observa no es estar ya en casa, es apenas el camino. Wilber[42] dice:

> … Sólo desde el Testigo puedes, por así decirlo, saltar al espíritu pero, llegado el momento, hasta el mismo Testigo debe disolverse o morir. Y

[41] *Ibid.*, p. 46.
[42] *Ibid.*, p. 51.

> es que, para poder alcanzar tu identidad suprema con el Espíritu, tu alma debe ser sacrificada, liberada y abandonada y debe morir. En última instancia, el alma no es más que la última contracción de la conciencia, el nudo más sutil que constriñe al Espíritu universal, la última y más sutil forma de sensación de identidad separada. Y ese nudo final también debe ser desatado. Ésa es, por así decirlo, la última muerte. Primero muere el yo material –es decir, nos desidentificamos de él–, luego muere la identidad exclusiva con el yo corporal, luego sucede lo mismo con el yo mental y finalmente con el alma. Esto último es lo que el zen denomina la Gran Muerte.

La Filosofía Perenne sostiene que los seres humanos evolucionamos, trascendiendo desde la materia, el cuerpo, la mente, el alma, hasta llegar al Espíritu, ahí donde se es Uno con la Realidad Esencial. Este recorrido supone una jerarquía en la que se va desde una conciencia inferior a una más elevada. Para esta filosofía, la Gran Cadena del Ser es una de sus fundamentales nociones, pues la realidad no es unidimensional, sino multidimensional y continua. Cada ascenso en la jerarquía significa que crece la unidad y la identidad es más amplia; desde la identificación con el cuerpo, hasta la identificación con la Esencia Suprema, es decir, con el Espíritu. Cada nivel superior incluye y trasciende, por eso es más abarcador; por ejemplo, un árbol incluye a las ramas y a las hojas, pero las hojas no contienen a las ramas y al árbol.

Los niveles superiores pueden influir en los más bajos, pues la totalidad superior es más elevada e incluyente que los niveles inferiores. Sin embargo, su influencia puede ser positiva o negativa; cuando los controlan, oprimen, subordinan y reprimen, o sea, cuando abusan de su poder, se tornan patológicos. Un nivel superior contiene más elementos: los suyos y además los del nivel anterior, y como es más inclusivo se aproxima más al Espíritu, porque este es el máximo nivel de evolución, por tanto, también se encuentra presente en cada uno de los niveles inferiores, pues es la esencia de todo lo que existe.

El Espíritu es lo más trascendente e inmanente que se encuentra en Todo; suceda lo que suceda, éste siempre permanece inmutable e invulnerable. De manera que nada en el Universo se halla más cerca o más

lejos del Espíritu, pues éste se encuentra en cualquier cosa o fenómeno. El Espíritu es la máxima aspiración y al mismo tiempo es el punto de partida o fundamento del proceso de evolución.

En el orden de la jerarquía, el alma es el último nivel que se tiene que trascender para llegar al máximo peldaño, es decir, al Espíritu, a la plena y total identificación con lo que somos, ya no más identidades con lo que no somos. Lo maravilloso de todo esto es que el proceso ha comenzado. Las teorías de frontera (como la física moderna, por ejemplo) están encontrando coincidencias con los planteamientos que hace siglos filósofos y místicos ya habían hecho. Está sucediendo que el Yo está comenzando a despertar.

Quizá porque, como dice Viktor E. Frankl,[43] lo espiritual puede ser consciente o inconsciente, sin embargo, las bases espirituales de la vida humana finalmente son inconscientes. A un nivel más profundo, el ser humano es inconsciente de su centro. Ahí no hay auto-observación, el Hombre no se puede ver a sí mismo porque en ese punto el Espíritu se encuentra en su condición original y es más auténtico, no es consciente de él mismo. Creo que esto corresponde al nivel de conciencia en el que los vedas dicen que el que observa no puede ser observado, y que el que piensa no puede ser pensado.

En la lógica de Frankl, el Espíritu es inconsciente no sólo en su origen o en lo más profundo de él, también es inconsciente en todo lo que incluye. Prácticamente el que decide si algo es consciente o inconsciente, en sí mismo es inconsciente, paradójico, ¿no? Ese que decide qué va a ser consciente o inconsciente, en sí mismo es inconsciente; o tendremos que decir que, ¿es el Ser experimentándose a sí mismo o jugando a los dados y a veces tirándolos donde no se ven, como diría Stephen Hawking? A nivel de conciencia que se experimenta significa que existe capacidad de decidir y discernir. Desde la psicología, pero también desde la filosofía, como fenómenos espirituales son inconscientes: el que conoce, no se conoce a sí mismo. Sin embargo, es justamente cuando la conciencia logra niveles más profundos e inconscientes, cuando suce-

[43] Frankl, *op. cit.*

den las más auténticas decisiones, cuando no se reflexiona pero se sabe Uno con Todo.

Mientras esta conciencia se despliega, no puede ser explicada en términos racionales. En resumidas cuentas, podemos decir que más que racional y consciente, es intuitiva. Así es como encuentra sus raíces en lo irracional, por eso es que lo ético y lo estético encuentran sus fundamentos en el espíritu inconsciente. "*En conclusión, allí donde el sí mismo espiritual conecta con sus profundidades inconscientes, es donde se dan lugar fenómenos como la consciencia, el amor y el arte*".[44] Carlos Castaneda[45] dice que para Don Juan el núcleo de nuestro Ser era el acto de percibir, y lo maravilloso es que nuestro Ser puede tomar conciencia. De manera que percepción y conciencia conformaban una unidad inseparable. Si bien puede darse la reflexión de una experiencia profunda de conciencia, sólo puede suceder después de ésta. La racionalidad sólo es una pequeña parte de la totalidad que es uno mismo.

Cada vez que se trasciende, el Espíritu se está desplegando ante sí mismo, y cada nuevo nivel engloba a su propio Ser. El desarrollo evolutivo siempre está en proceso hacia la conciencia no dual. La evolución es trascendencia e inmanencia, el Kosmos se trasciende y se renueva continuamente, trasciende sus propias creaciones experimentándose a través de sus formas una y otra vez. Cuando entramos al fondo del yo transpersonal, éste da paso al Yo universal, que es todo lo manifestado y lo no manifestado. Esta Realidad Esencial y última está presente en todo, no hay lugar donde no se encuentre. Así el Universo entero se ha vuelto el último Ello, pero también puede tornarse en Yo, al punto de que el Ello y el Yo desaparecen.

En la lógica del pensamiento fragmentado valoramos los sucesos y las emociones con lo que consideramos que somos. El sufrimiento, por ejemplo, lo asumimos como algo ajeno a nosotros y, por lo tanto, no lo tomamos como algo valioso para nuestra vida, sino como lo que no nos pertenece y que debemos rechazar, porque se asume como algo negativo y ajeno que hay que evitar. Sin embargo, dice Wilber que gra-

[44] *Ibid.*, p. 56.
[45] Castaneda, *op. cit.*

cias a él accedemos a niveles más elevados de conciencia. Representa una señal de que vivir desconectados de la totalidad es doloroso, por eso es que nos posibilita reconocer que hay realidades más trascendentes. Esto explica también por qué las crisis sociales indican que los seres humanos estamos comenzando a despertar, como cuando el cuerpo se está sanando de algún malestar y tiene una reacción de crisis (curativa). Pese a que muchas veces ponemos más atención a los síntomas que a las causas profundas que los ocasionan, vemos más el desorden que el orden que subyace en el fondo. El sufrimiento nos abre la posibilidad de observarlo sin identificarnos con él, para luego trascenderlo, porque la conciencia nos debe llevar a reconocer otros niveles superiores, no a quedarnos atorados en ese plano de identificación.

En realidad el sufrimiento es una manera de decirnos que conscientes o no somos la unidad, una llamada de atención para recordar que "*tal vez hayas perdido la conciencia de esa unión ¡pero no puedes perder esa unión porque, en tal caso, dejarías de existir!*"[46] Es una manera de decirnos que volvamos la mirada hacia el interior, de reconocernos Uno con el Todo. Expresa la mentalidad de fragmentación que tenemos. Sufrimos porque nos identificamos con lo que no somos, con el cuerpo, con la materia, con las emociones y los pensamientos. Nos hemos perdido en el camino que conduce a casa y en lugar de ir a la fuente vamos a la superficie.

> … Pero a lo largo del proceso el yo deberá comenzar desidentificándose, diferenciándose, "renunciando" o trascendiendo esa estructura, para terminar identificándose posteriormente con el siguiente estadio superior al tiempo que integra la estructura previa en la nueva organización…[47]

Justamente en el vacío es donde se encuentra la liberación, porque es ahí donde se es Uno con el Universo, desde donde se abraza y se trasciende toda forma. El mundo material y "sólido" es impermanente, lo único

[46] Wilber. *La pura conciencia de ser*, p. 131.
[47] Wilber. *El ojo del espíritu*, p. 152.

real es el vacío, el Brahman que se manifiesta en lo visible y tangible. En este nivel del Espíritu ya no se es totalidad/parte, se es el infinito y el Kosmos mismo, unidad que se encuentra en todas las formas. Esta es la verdad más elevada, es la totalidad que todo lo abarca, ahí se es Uno y lo mismo, pues cada uno es el Todo. Ken Wilber dice que "*la comprensión de Uno-en-los-muchos y de los-muchos-en-el-Uno es común a todas las escuelas no-duales, tanto orientales como occidentales*".[48]

Uno de los errores más graves es que solemos buscar al Espíritu y algunos incluso se preguntan ¿dónde está? Condicionados con el paradigma materialista y cientificista, estamos habituados a buscar en algún punto, a razonar y a conceptualizar lo que es fundamentalmente de naturaleza divina y, por tanto, subjetiva; es decir, aquello que compete al ojo de la contemplación, lo queremos conocer con el de la carne y con el de la mente. Buscamos lo que ya somos, por ignorancia nos buscamos a nosotros mismos, sin saber que somos eso que estamos buscando, pero que hemos olvidado poniendo la atención en las ilusiones de la materia. Búsqueda tras búsqueda nos alienamos más del fundamento del Ser y, paradójicamente, parece que entre más busquemos menos despertamos. Sin embargo, hay algo que nos hace saber que ya somos lo que buscamos, que hemos sido, somos y que seremos siempre lo eterno.

Acostumbrados al pensamiento dualista, buscamos al Espíritu en lo que consideramos perfecto o bueno, en circunstancias de beatitud o experiencias religiosas, en prácticas altruistas o compasivas, pensando que así podemos estar más cerca de Él. Sin embargo, no hay ni un solo espacio en el que éste no se encuentre, desde lo macro hasta lo microscópico; no existe un lugar que tenga más Espíritu u otro donde se encuentre en menor medida. De hecho ni siquiera se puede decir que todo lo contenga, porque todo ya Es. La sensación de separación es lo que nos lleva a la interminable búsqueda y a la paradoja de no encontrarlo, pues no se puede encontrar lo que no se ha perdido y no se puede perder lo que es en Todo. "*La gran búsqueda es, en suma, el principal enemigo de lo que es*".[49]

[48] Wilber. *La pura conciencia de ser*, p. 155.
[49] Wilber. *El ojo del espíritu*, p. 281.

El Espíritu tampoco se encuentra en el pasado o el futuro. Está totalmente en el siempre ahora, en el eterno presente, ahora mismo en todas las cosas, las vidas y las mentes; es la esencia perenne atemporal, inmutable e indestructible. Se encuentra no sólo en lo bueno, lo bello o la verdad, sino también en todo lo que suponemos adversidad, fealdad e incertidumbre. Es Todo, con sus diferentes manifestaciones por supuesto, con sus distintas formas y despliegues. Justamente ahora la que escribe es ese que por mucho tiempo ha buscado, la que piensa y redacta es el Espíritu que ya soy.

Wilber[50] dice que seguir buscando supone estar perdidos. Podemos estar conscientes de lo que somos, es decir, que somos ahora mismo y siempre ese que buscamos. Como conciencia no sabemos qué y quiénes somos y nos hemos perdido a nosotros mismos, como cuando despertamos de un profundo sueño y nos preguntamos ¿quién soy, dónde estoy? Nos hemos perdido no como objeto, sino como subjetividad, es decir, como esencia de lo que somos, por desconocimiento e inconciencia de lo que siempre hemos sido, somos y seremos. Seguimos en ese estado de ilusión que nos heredó el pensamiento materialista y fragmentado, continuamos pensando en un mundo que dice: "*si eres esto, entonces no eres esto*".

Hay algo en nuestra conciencia que sabe quiénes somos, que sólo hace falta despertar para saber que no hay que buscar lo que no se ha perdido. En el fondo sabemos quiénes somos, siempre lo hemos sabido. Porque somos justamente el que todo lo sabe, el omnisciente, omnipresente e inmutable. Paradójicamente, buscamos al menos perdido, al que todo lo conoce y se sabe en todo, al que se experimenta una y otra vez, al que se busca a sabiendas que es; ahí nos buscamos, sin saber que ya somos ese que busca, el cielo que truena porque va a llover y ahí (parafraseando a Wilber) "*soy la lluvia derramándose*".

Con la lógica del pensamiento dualista, pensamos que una vez iluminados o despiertos nada tenemos que ver con lo profano, y lo que suponemos mundano y terrenal lo concebimos como inferior, como un

[50] Wilber. *El ojo del espíritu*.

nivel ya trascendido al que no hay que volver; no sabemos que el Espíritu está en todo, que realmente es el Todo, no como algo "allá afuera", sino como lo que ya somos. Ahora mismo, estemos donde estemos, en todas las circunstancias tendríamos que percatarnos de que somos lo mismo, Uno con Él. Lograr esta conciencia es el principal objetivo de las tradiciones místicas no duales.

En esa búsqueda interminable suponemos que el Espíritu es algo que hay que alcanzar, ¿cómo alcanzaríamos el aliento? No podemos alcanzar lo que somos, ya somos el aliento, el mismo que compartimos con los demás y con el mismo Universo; es como querer aprehendernos a nosotros mismos, como elevarnos a la montaña que ya somos, como correr tras nosotros mismos, ¿cómo nos alcanzaríamos a nosotros mismos si, como dice Ken Wilber de acuerdo con el pensamiento budista, ya somos un solo sabor, Uno con el Kosmos, lo mismo?

En el nivel de la consciencia omnipresente somos la conciencia pura que está en todo, que se percata de sus pensamientos y sentimientos, de los objetos que nos rodean, pero que sabe que no es eso; no somos eso de lo que nos percatamos, somos el Testigo que observa, el inmutable, el que se da cuenta, el que es consciente de lo que observa. Soy el Testigo de mis pensamientos, pero no soy mis pensamientos, y si soy consciente de lo que observo es porque no soy eso que observo. Entonces, ¿soy el que observa, la misma esencia de lo que soy?, ¿ese Testigo que es consciente de lo que es y lo que no es? "*Según afirman las tradiciones, la conciencia testigo es el Espíritu, la mente iluminada, la naturaleza esencial del Buda, Dios mismo, en su totalidad*".[51]

Este Testigo o consciencia omnipresente es, en otras palabras, la Realidad Última. El mundo y lo que en él sucede puede ser visto como el constante fluir de las formas que van y vienen, se hacen y deshacen, una y otra vez, podemos observarlas como partículas danzantes de una gran obra; eventos dolorosos, trágicos, alegres, felices, tristes que vienen y se van, retornan en otra cosa y se transforman nuevamente una tras otra, formas cambiantes. Pero el Testigo que las observa no cambia,

[51] *Ibid.*, p. 286.

ese que presencia la obra es siempre el mismo, el imperecedero, el perenne, el inmutable e invulnerable.

El Testigo no muere ni nace, no empieza ni termina, no viene y se va; el Testigo es el de siempre, el que está en todo, el que es Todo, conciencia pura no visible, pero que se sabe y se experimenta a sí misma. Comprender esta Realidad Última con los conceptos tradicionales y con el ojo de la carne o de la razón no sólo es difícil, es prácticamente imposible porque no es materia, tangible, calculable, medible, sensorial; es justamente no materia, la vacuidad inmensurable e inmanente, por eso buscarla indica que estamos perdidos, que no sabemos que somos el Testigo. Este que observa todo y que está en todo es el Yo del Espíritu, el estado último de la consciencia.

Cuando somos el Testigo nos abrimos a la posibilidad de desidentificarnos con lo que observamos, la posibilidad de libertad, de desapego con lo que no somos, porque somos conscientes de quienes sí somos. Wilber lo dice así: "*Donde anteriormente se hallaba su yo contraído sólo queda una inmensa sensación de apertura y libertad. Como objeto usted está encadenado, como testigo, en cambio es libre*".[52]

El Testigo no tiene pasado ni futuro, es siempre ahora; no es inalcanzable dice Wilber, es más bien inevitable. Es literal, aunque parezca simple metáfora, es atemporal. Seamos o no conscientes, existe como eterno presente y esencialmente en todo, es el Todo, somos el Todo. Uno de los principales objetivos de las tradiciones místicas no duales es precisamente percatarnos de ese Testigo que ya somos, de que no hay necesidad de buscar lo que está más cerca de nosotros y de nuestra propia respiración. Llegados a ese punto, los pensamientos vienen y van, pero sabemos que no somos los pensamientos, aun los juicios que éstos supongan, los razonamientos, las interpretaciones y las conceptualizaciones, sabemos que no somos eso.

Sin embargo, en el nivel del Espíritu ya no hay separación entre el que observa y el observado, se es lo mismo. Así se puede entender la aparente paradoja de que no soy lo que observo, pero luego me torno en

[52] *Ibid.*, p. 288.

lo que observo. Conciencia pura, eso es lo que somos en el último nivel de evolución y trascendencia. Ya no hay dualismos, somos el Universo experimentándose en diversas formas, el Universo desplegándose y replegándose en sí mismo. Somos Dios en acción, somos yo, nosotros, ellos; Todo, observándose, perfeccionándose y evolucionando en lo que ya es Perfecto. Por eso "*la gran búsqueda es el principal enemigo del Espíritu omnipresente, la más violenta mentira ante el más amable infinito*".[53] ¡Hermosa manera de decirlo!

Wilber continúa diciendo que buscamos al buscador sin percatarnos de ello. Así, perdidos estamos, aun sabiendo que no se puede perder lo que está en todo, lo que no está lejos ni cerca, sino aquí y allá, en el que observa y lo observado, en el que ve la luna y es la luna, en el juez y el juzgado. Porque "*cuando llueve es usted mismo quien está derramándose*".[54]

No se trata de convertirse en el Espíritu, sino de reconocer lo que ya se es, lo que siempre ha estado y ha sido inmutable, aun en ese experimentarse en formas diversas. Lo único real es el Espíritu; la realidad última es eso que tú y yo somos, aun sin ser conscientes. De eso nos daremos cuenta sólo cuando accedamos a una conciencia más elevada, no sólo transpersonal, sino fundamentalmente kosmocéntrica; entonces podremos desplegar potencialidades trascendentes e insospechadas. Entonces seremos el sanador, el viento, el comensal y la comida; seremos Dios en acción, ilimitados, creando una y otra vez infinitas posibilidades de experimentarse a sí mismo.

[53] *Ibid.*, p. 292.
[54] *Ibid.*, p. 293.

Conclusiones

Lo que en nuestras sociedades modernas se considera valor o valioso, está relacionado con intereses y objetivos fundamentalmente materialistas. Los fundamentos filosóficos de este pensamiento se encuentran en los planteamientos que configuraron una forma de pensar el mundo, hace más de trescientos años. Descartes, Bacon y Newton son los referentes y representantes de la concepción fragmentada, cientificista y mecanicista del Universo, respectivamente.

Desde la perspectiva de la evolución de la conciencia, este pensamiento implicó el nivel de la diferenciación de las diferentes esferas del conocimiento, a saber: la Verdad, la Bondad y la Belleza, pero desafortunadamente se asumió como disociación. Hoy el desafío que tenemos como Humanidad para seguir avanzando en la evolución de conciencia es reintegrarnos, reunir las distintas piezas del rompecabezas en la totalidad que somos, pero que hace falta percatarnos; hacernos conscientes de que somos el Todo y que, en ese sentido, no se puede dividir lo indivisible, a riesgo de vivir en la ilusión de la fragmentación.

Tal reintegración deberá considerar las diferentes dimensiones de los distintos niveles de totalidad, desde el nivel de la materia hasta el del Espíritu. Esto supone tomar en cuenta todas las dimensiones de la subjetividad, así como las de la objetividad, es decir, tanto el mundo externo como el interno. Se trata de recuperar aquellos campos de la vida humana que fueron relegados y rechazados por el pensamiento predominante del paradigma mecanicista y materialista; justamente los que otorgan sentido a la existencia y que nos ayudan a conocernos y comprendernos como seres con naturaleza esencialmente divina.

Nos encontramos precisamente en el punto en el que está terminando una forma de visión y percepción y comienza otra. Estamos pasando

de la fragmentación a la integración, del mecanicismo a redes interconectadas y dinámicas, del pensamiento lineal al holográfico, de la conciencia egocéntrica a la kosmocéntrica. Por suerte estamos comenzando a despertar, pero por desgracia puede ser que lo hagamos demasiado tarde y a destiempo. La pregunta es, ¿asistiremos a nuestro renacimiento o a nuestro propio funeral? La decisión nosotros la tomamos. Este ya no es sólo un asunto de los místicos, los filósofos o los sabios, ahora también lo está retomando la ciencia, sobre todo a partir de la física moderna y sus últimos hallazgos.

La pregunta ¿por qué y cómo la espiritualidad y la conciencia impactan a los valores?, ha sido la que ha guiado el desarrollo de este trabajo; sin embargo, en el mismo proceso de la investigación se ha encontrado que los valores desaparecen en el nivel más alto de la conciencia. ¿Por qué y cómo desaparecen? Durante el proceso de evolución de la conciencia se va logrando la integración del Todo, en donde se comprende que todo es lo mismo y desaparece el más o el menos; todo vale igual, pero no en el sentido humano, sino en el sentido ontológico, es decir, del Ser. Los valores son una noción del Hombre, creada para establecer jerarquías entre lo más importante y lo menos importante, lo más valioso y lo menos valioso, donde el juicio juega un papel relevante, pero al desaparecer éste con la conciencia de ser todos y todo lo mismo, desaparecen también los valores.

¿Qué sucede con los valores en los dos niveles más altos de conciencia? El alma es el último que hay que trascender para que el Testigo se torne lo mismo que observa. Entiendo que si bien éstos y la moral son más elevados, todavía existen en tanto que el Testigo es consciente de que no es lo que observa, aún no se identifica y es Uno con lo observado. Es hasta que se alcanza el nivel del Espíritu cuando los valores desaparecen, pues ya no hay bueno ni malo, correcto e incorrecto, bello y feo; el Espíritu abraza todo, es Todo, incluso el ego mismo.

Ken Wilber nos ayuda a entender que en el nivel más alto de la conciencia los valores y la moral desaparecen porque ya no hay dualidad, ni siquiera el Testigo que observa lo que no es; lo único real y verdadero es la Realidad Última. En ese nivel somos Uno con el Todo. El mismo sabor, dice Wilber retomando al budismo. No hay un solo lugar en el

que no se encuentre el Espíritu, un solo espacio donde no estemos y no seamos nosotros mismos desde ya. Los valores comportan un juicio y la concepción de un mundo dualista, pero éste desaparece en la conciencia pura del Ser, en la conciencia de saberse Uno con el Kosmos, de ser lo mismo. Ahí los juicios desaparecen, no hay observador ni observado, sólo hay el Ser, la Realidad Última, Dios experimentándose a sí mismo.

Bibliografía

Alcaraz Lozano, Federico. 2000. *Creación y sólo creación…* México. Editorial Linajes.

Ballus, Puri. 2002. *Enciclopedia temática Universal y de México*. Colombia. Grupo Dimas Ediciones.

Capra, Fritjof. 1999. *El punto crucial*. Buenos Aires. Editorial Estaciones.

———. 2007. *El tao de la física*. Barcelona. Editorial Sirio.

Castaneda, Carlos. 1999. *El segundo anillo de poder*. Sao Paulo. Editorial Emecé.

Chopra, Deepak. 1998. *Companion: Illuminations on Health and Human consciousness*. New York. Edited by Leon Nacson.

———. 2002. *El Ser superior*. [Audiolibro de Cuántica Activa. Casete 1-2.] México. Editorial Grijalbo.

Csikszentmihalyi, Mihaly. 2008. *Fluir*. Lisboa. Relógio D' Água Editores.

Diesbach, Nicole. 1999. *Frontera, ¿qué nos separa?* México. Editorial Yug.

Dyer, Wayne W. 2004. *La sabiduría de todos los tiempos*. México. Editorial Random House Mondadori.

Enomiya-Lassalle, H.M. *El Zen*. España. Ediciones Mensajero.

Fabelo Corzo, José Ramón. 2007. *Los valores y sus desafíos actuales*. Lima, Peru. Educap/EPLA. Cuarta edición.

Ferguson, Marilyn. 1994. *La conspiración de Acuario*. Buenos Aires. Red Editorial Iberoamericana Argentina.

Fernández Álvarez-Estrada, Ramón y Ramón Medrano, Marina. 2003. *Partículas elementales*. México. Editorial Fondo de Cultura Económica.

Fluchaire, Pierre. 1994. *El universo secreto de los sueños*. Madrid. Red Editorial Iberoamericana Argentina.

Frankl, Viktor E. 1999. *El hombre en busca del sentido último. El análisis existencial y la conciencia espiritual del ser humano*. México. Editorial Paidós.

Grof, Stanislav. 2003. *La evolución de la conciencia*. Barcelona. Editorial Kairós.

Gutiérrez Sáenz, Raúl. 2004. *Introducción a la filosofía*. México. Editorial Esfinge.
Hacyan, Shahen. 2003. *Del mundo cuántico al universo en expansión*. México. Editorial Fondo de Cultura Económica.
Hayles, N. Katherine. 2000. *La evolución del caos*. Barcelona. Editorial Gedisa.
Heisenberg *et. al.* Editado por Ken Wilber. 2007. *Cuestiones cuánticas. Escritos místicos de los físicos más famosos del mundo*. Barcelona. Editorial Kairós.
Huxley, Aldous. 2000. *La Filosofía Perenne*. España, Barcelona. Edit. Edhasa.
Jung, Carl G. 1998. *Los complejos y el inconsciente*. Madrid. Alianza Editorial.
Laszlo, Ervin *et al.* 2000. *La revolución de la conciencia*. Barcelona. Editorial Kairós.
Laurence, William L. 1966. *Nuevos horizontes de la ciencia*. México. Editorial Diana.
Markarian, Roberto y Gambini, Rodolfo. 1999. *Certidumbres, incertidumbres, caos*. México. Uribe y Ferrari Editores.
Marqués, Ramón. 2004. *Descubrimientos estelares de la física cuántica*. Barcelona. Editorial Indigo.
Maslow, Abraham. 2001. *El hombre autorrealizado*. Barcelona. Editorial Kairós.
———. 2001. *La personalidad creadora*. Barcelona. Editorial Kairós.
Nhat Hanh Thich. 2000. *La paz está en cada paso*. Santiago. Editorial Cuatro Vientos.
———. 2003. *Cómo lograr el milagro de vivir despierto*. Madrid. Ediciones Jaguar.
———. 1999. *El sol, mi corazón (vivir conscientemente)*. España. Ediciones Dharma.
Osho. 2003. *Aquí y ahora*. Santiago. Editorial EDAF.
Prigogine, Ilya. 2008. *Las leyes del caos*. Barcelona. Editorial Gedisa.
Rousseau, Juan Jacobo. 1979. *El contrato social*. Bogotá, Colombia. Editorial Linotipo LTDA.
Salgado Román, Juventina. 2007. *Aprendiendo entre cuadernos, trompos y maíz*. México. Universidad Autónoma de Guerrero.
Sametband, Moisés José. 1999. *Entre el orden y el caos. La complejidad*. México. Editorial Fondo de Cultura Económica.
Steindl-Rast, David. 2003. *La evolución de la conciencia*. Barcelona. Editorial Kairós.

Stone, Gene. 2008. *Stephen Hawking. Breve historia del tiempo*. México. Editorial Planeta.
Suzuki, D.T. y Fromm, Erich. 2009 (18a. reimp.). *Budismo zen y psicoanálisis*. México. Editorial Fondo de Cultura Económica.
T. Snauwaert, Dale. 2003. "Conferencia Internacional". Guadalajara, Fundación Internacional de Educación Holista.
Tolle, Eckhart. 2000. *El poder del ahora. Un camino hacia la realización espiritual*. México. Editorial Norma.
Vaughan, Frances. 1996. *Sombras de lo sagrado*. Madrid. Edit. Gaia.
Waldo Trine, Rodolfo. 1973. *En armonía con el infinito*. Buenos Aires. Editorial Kier.
Walsh, Roger. 2003. *La evolución de la conciencia*. Barcelona. Editorial Kairós.
——— y Vaughan, Frances (compiladores). 1994. *Trascender el ego. La visión transpersonal*. Barcelona. Editorial Kairós.
White, John. 1992. *Qué es la Iluminación*. Barcelona. Editorial Kairós.
———. 2000. *La experiencia mística*. Barcelona. Editorial Kairós.
Wilber, Ken. 2006. *La pura conciencia de ser*. Barcelona. Editorial Kairós.
———. 2001. *Después del Edén*. Barcelona. Editorial Kairós.
———. 2000. *Una visión integral de la psicología*. México. Editorial Alamah.
———. 2001. *El ojo del espíritu*. Barcelona. Editorial Kairós.
———. 2003. *La conciencia sin fronteras*. Barcelona. Editorial Kairós.
———. 2003. *Los tres ojos del conocimiento*. Barcelona. Editorial Kairós.
———. 2003. *Una teoría de todo*. Barcelona. Editorial Kairós.
———. 2004. *Ciencia y religión*. Barcelona. Editorial Kairós.
Zohar, Danah. 2002. *Inteligencia espiritual*. Barcelona. Edit. Random House Mondadori.

Valores, espiritualidad y conciencia,
se terminó de imprimir el 19 de julio de 2010, en los
talleres de Artes Impresas Eón, S. A. de C.V., Fiscales
núm. 13, Col. Sifón, C.P. 09400, Del Iztapalapa,
México, D.F. Tels.: 56 33 02 11 y 56 33 90 74,
<info@arteon.com.mx>.
La edición consta de 1 000 ejemplares.

Frecuentemente los valores son abordados por los valores mismos; de esa manera se consideran sólo los síntomas de la enfermedad, pero no la causa. Las diferentes crisis en los distintos espacios de la vida social, entre ellas los valores, se generan no sólo por una visión mecanicista y fragmentada del mundo, sino fundamentalmente por la pobreza espiritual y el nivel de conciencia en que nos encontramos. Se puede tener una concepción integral del Universo, pero lo único que nos permite congruencia es el conocimiento de nuestra naturaleza divina, desplegada en espiritualidad. Los valores esenciales suponen una revolución interior de revelación, y cuando nos sabemos Uno con el Todo, nuestras prácticas, comportamientos y actitudes corresponden con esa visión integral. La espiritualidad entendida como estado de conciencia de unidad y síntesis con uno mismo, con los otros y con la realidad trascendente, que implica reintegración con los distintos niveles de totalidad, como arte de reconciliación con las energías primordiales y desapego de las formas defensivas y reactivas del yo, es la base de los valores esenciales y universales.

EDICIONES EÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUERRERO
Unidad Académica de Filosofía y Letras

ISBN: 978-607-7519-82-9